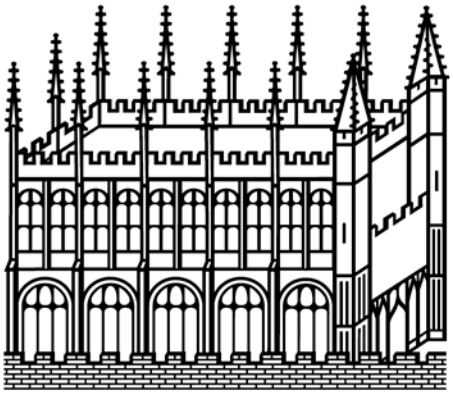


Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

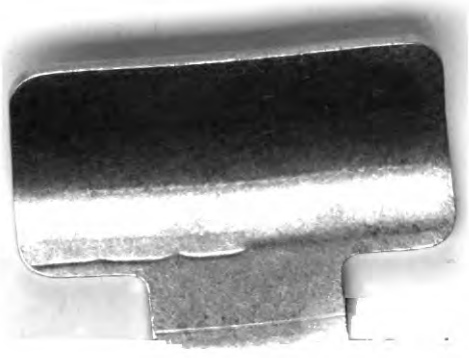
For more information see:

http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.

TAYLOR INSTITUTION
DOMINUS ILLUMINATIO MEA

~~[illegible]~~
REP S. 2818



EL HIJO

DEL

CONDE-DUQUE

EL HIJO

DEL

CONDE-DUQUE.

NOVELA HISTÓRICA

POR

EMILIO COTARELO Y MORI

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

MADRID
IMPRENTA DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS
Olózaga, 1 —Teléf. 3.185.
1912

TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
- 1 MAY 1963
OF OXFORD
LIBRARY

CAPITULO I

LA MISA DE LA VICTORIA

Un mediodía sereno, pero frío, del mes de Marzo de 1640, bajaban por la matritense calle de las Carretas tres jóvenes y airosos caballeros departiendo viva y amigablemente.

Era el que traía la derecha más alto que los otros, y tanto por su erguida apostura y ademán resuelto, como por su traje, mostraba no ser ajeno al noble ejercicio de las armas. Parecía de más edad que sus compañeros, bien que la de ninguno de ellos fuese más allá de los veintiocho ó treinta años. Delgado de cuerpo, sin ser flaco ni anguloso, su pálido y moreno semblante recibía luz de unos ojos grandes, abiertos y casi negros, y daban fuerza y vigor á su fisonomía el levantado bigote y naciente perilla.

Vestía de chamelote de aguas leonado, calzón y ropilla, bien entrapados y forrados, como pedía la estación del año; jubón ó coleto de ante sencillo; medias de seda doble del mismo color que la ropa, pero de matiz más obscuro, y zapatos fuer-

tes de cordobán con elegantes lazos de colonia que sujetaban el pie. Cubríale amplia capa de grana de polvo con pasamanos de oro y vueltas de lama; sombrero de fieltro gris, adornado con toquilla de gasa de seda color rojo vivo, cintillo de chispas de diamantes que la sujetaba y plumas largas de colores diversos que caían fuera del ala del sombrero hasta tocar en la espalda.

Cuando el viento ó el brusco ademán de su brazo derecho derribaban el embozo de la capa, mostraba en el costado de la ropilla la cruz bermeja del hábito de Santiago. Pendíale del cuello, ceñido por limpia y caída valona, sutil cadena de oro de doble vuelta, y de vistoso y bordado tahalí la cumplida espada de cazoleta con lujosa empuñadura y hoja del *Moro de Zaragoza*, rival de los más famosos maestros toledanos. Al costado derecho traía afilada daga de áureo puño, salida de las forjas vizcaínas.

Tipo diverso ofrecía el joven colocado al otro extremo. Algo menor de estatura y más relleno de carnes, sin exceso, eran su rostro y manos de la mayor blancura. Llevaba el bigote y pera como el anterior, por ser así el uso; pero con mayor esmero y pulcritud en su aliño, cualidades extensivas á todo el resto de la persona.

No dejaba caer su largo y suelto cabello con el noble descuido de su amigo, sino que el hierro habíale ondulado ligeramente, y aunque no usaba guedejas, rigorosamente vedadas por reciente pragmática del Consejo de Castilla, todavía en-

cuadraba su rostro con gracia la melena algo traída hacia adelante.

Su vestido, mixto de soldado y golilla, componíase de calzón y ropa de terciopelo verde muy obscuro; el calzón á los costados guarnecido de almenillas de seda negra y golpes por delante. La ropa, con faldillas abiertas por el frente y costados, estaba también cantonada de almenillas de raso, así como las mangas, abiertas, por donde se veían las del jubón, que era más claro y bordado de *eses* de colores diversos, todo ello de seda, pues los adornos de plata y oro estaban interdictos á los no soldados por severas pragmáticas. La valona baja y vueltas de las mangas de holanda con puntas de Flandes, levemente teñidas de azul, parecían aún de mayor blancura.

Al cuello traía eslabonada cadena de una sola vuelta, de resplandor hechura de Portugal, como entonces las denominaban. Sujetaba las medias, de seda gruesa y color casi negro, con anchas ligas de tafetán, que se enlazaban en artística roseta y cabos guarnecidos de puntas, así como formaban otra roseta las cintas de seda negra cuajada de menudas puntillas, que cerraban las orejas del bruñido zapato.

El ferreruelo con que graciosamente se embozaba era de negra bayeta frisada de Sevilla, cuajado el cuello, fiador de seda y cantonado de galón de igual clase y delanteros de raso. De suave y lustroso castor negro el sombrero de grandes faldas, ceñido por toquilla de humo color verde,

como el traje, y ella y la flotante pluma blanca estaban sujetas por un joyel de topacios. La pretina y los tiros de su hoja toledana de Belmonte eran de ante blanco bordados profusamente con seda de colores, y calzaba en las manos guantes de ámbar con vueltas labradas y guarnecidas de puntillas.

Menos favorecido de la naturaleza parecía el otro galán que iba en medio de estos dos, sin que nada tuviese de feo y repulsivo. Al contrario: la viveza de su mirar y continua sonrisa que bordaba sus labios daban atractivo á su rostro, en el que desdecía una nariz mayor y más gruesa de lo que debiera; cosa singular y extraña al resto de su cara y persona, en lo demás bien proporcionados.

Su traje era enteramente civil, sin que en él hubiese más color que el negro, excepto la nívea valona y vueltas de las mangas del jubón de seda pajiza. Calzón, ropilla y ferreruelo eran del más fino y lustroso picote de Córdoba. El calzón iba por los costados cubierto de botones que se decían de plata pasada, y galón de raso y sujeto á las medias con ancha liga de tafetán negro, con rosa y puntas en los rapacejos. La ropilla de tres faldetas, bien colchada contra el frío, llevaba, además del galón, pestañas de rasoliso, que también ornaban los brahones ú hombreras de ella y se abrochaba con gran número de botones de muletilla.

El ferreruelo, gayado de arriba abajo, con al-

menillas, tenía cuajado el cuello, vueltas de raso y flequillo corto por la orilla. Cubría su cabeza sombrero de castor, sin toquilla, pero con un trencillo de sedas de colores aconchados que sujetaba ancha y luciente pluma negra.

Oprimía su cuello la antipática y almidonada valona de golilla, tan cara á los que no vestían á lo soldado, y sobre el pecho caía también una cadena de resplandor hecha con eslabones torcidos. La pretina y tiros de su espada no eran tan lujosos como los de sus amigos, cosa indicativa de que el interesado no concedía tanto valor como ellos á estos arreos.

De la condición y carácter de estos tres personajes nos irá enterando su conversación, pues, sin duda, por más dilatarla, parábanse de cuando en cuando en medio de la calle, porque á la sazón muy pocas aún gozaban el beneficio y comodidad de las aceras.

Era domingo, y como se guardaba la fiesta con el rigor propio de corte tan católica, ni carros ni ganapanes estorbaban el paso á las gentes que discurrían tranquilas yendo ó viniendo de las misas de las iglesias y conventos.

En una de las paradas que en su camino hacían los jóvenes, el que hemos diseñado en segundo lugar dijo, como volviendo á un tema ya iniciado y tomando cariñosamente el brazo del que iba en medio:

—Nada más ausente de mi memoria, señor don Juan de Salas, que la idea de hallaros en la corte

y con las desconveniencias que expresáis, cuando, por lo menos, os me figuraba yo desempeñando el corregimiento de la ciudad y señorío de Molina.

—La fortuna, amigo y señor don Lope—respondió—que sólo es constante en la adversidad, por sucesivos embates vino á privarme de la sombra de un padre inolvidable, muerto cuando llegaba á la cima de sus deseos, al nombrarle oidor de la Chancillería de Granada, y de mi tío el consejero, que pensaba sin tardanza ponerme en estado de no necesitar de ajeno auxilio. Y gracias á que Su Majestad (Dios le guarde), que apreciaba á mi tío, viendo el desamparo de mi madre, perpetuó en ella parte de los juros y pensiones que gozaba su hermano y mandó que á mí se me diese ocupación adecuada. Mas, como las órdenes de los reyes, cuando el interés no es muy vivo, *se acatan, pero no se cumplen,* llevo manteniendo esperanzas los tres años que ha que no nos vemos. Por dicha hame dado colocación decorosa el Duque de Olmedo, como secretario suyo. Este gran señor me honra y sustenta, y con poca asistencia á su casa cumplo en mi oficio, según su voluntad, y casi me hace poner en olvido mis pretensiones.

—De suerte —exclamó don Lope—, que vos, tan hijodalgo é independiente como sois y os mostrabais en Salamanca, habéis inclinado vuestra cerviz al yugo de la servidumbre. Perdonadme, querido amigo —prosiguió estrechando más el

brazo de don Juan—, lo duro que pueda haber en mi lenguaje; no es sino dolerme de ver tan mal empleada vuestra persona, digna de mejor fortuna.

—No tan mala, señor primo—dijo á este punto el otro personaje á quien hemos atribuído la condición de soldado—. No tan mala ni desdorosa, pues en parecidos oficios estuvieron y están hombres que, sin ánimo de rebajar el mérito del señor don Juan, valen tanto como él. Secretario había sido del Duque de Osuna y lo era del de Medinaceli don Francisco de Quevedo cuando hace pocos meses le prendieron y trasladaron al convento de San Marcos de León, donde vos y yo acabamos de dejarle; secretario del Conde de Oropesa es el celebrado poeta don Antonio de Solís; igual cargo ejerció en casa del Almirante de Castilla el discreto don Antonio de Mendoza, caballero de Calatrava, actual secretario de Su Majestad; lo es asimismo del Virrey de Aragón, Marqués de los Vélez, el ingenioso novelista don Alonso de Castillo Solórzano, y hasta el insigne don Pedro Calderón de la Barca, caballero de Santiago, tira gajes como criado, aunque no continuo, de la gran casa de Alba.

—Agradezco como debo, señor capitán Mansilla, la defensa que de mí habéis hecho, sobrado cumplida y satisfactoria, ya que estoy muy lejos de igualarme con ninguno de los hombres ilustres que habéis nombrado. Con todo eso no puedo menos de confesar á mi querido don Lope que

hubiera preferido servir á la Majestad del Rey Don Felipe IV. Pero, conócese que mi nulidad es causa de que el Gobierno de hoy no piense en utilizar mis largos y (no debo callarlo) penosos estudios.

—Y no poco lucidos, al decir de mi primo don Lope, que siempre os recuerda como dechado y ejemplo de escolares. Pero vuestro nombre no es desconocido; si no yerro, cuando el año pasado estuve en esta villa del oso, á mi regreso de Flandes, os citaban como poeta florido y ameno hasta en lugares donde no se rinde culto ordinario á las Musas.

—Desahogos juveniles, nacidos al calor de fugaces empeños amorosos ó bien de mandatos que no es posible dejar de obedecer.

—Y aun añadían que vuestros versos eran mordicantes como la pimienta de la India portuguesa. Pero ¡cuidado!, ved que en los tiempos que corren no se puede decir todo lo que se quiere; miraos en el espejo de Quevedo. Por lo que toca á mi caro primo, que también adolecía del mal de poeta, imagino que los consejos de aquel grande hombre han entibiado su inspiración y le creo vecino á renegar de Apolo y de sus nueve hermanas.

—Por no interrumpiros—dijo Salas—he dejado de procurar la satisfacción á una grande curiosidad que me aqueja. Aunque sobre el carácter de mis pobres rimas había mucho que oponer ó explicar en lo que habéis indicado, prefiero ir

á mi asunto. Habéis dicho que recientemente visteis al prisionero de San Marcos, y quisiera saber de vos las circunstancias de vuestra visita.

—Como nos hemos de ver ya de continuo, os la narraré, si os es lo mismo, con más sosiego á mejor tiempo. Lleguémonos ahora á la Puerta del Sol, que mi primo, como forastero y bisoño en esta confusión cortesana, quiere surcarla sobre seguro, y presumo que ningún piloto cual vos para advertirle las sirtes, bajíos y corrientes de este mar revuelto y anchuroso.

Habían llegado con esto á la esquina, enfrente de la calle de la Montera, que tenían allí á cincuenta pasos, pues, como saben todos los que han visto planos antiguos de Madrid, la célebre Puerta del Sol era entonces menos de la mitad que la actual en todas direcciones. Más que plaza regular era y fué aún mucho tiempo una extensa encrucijada adonde convergían las mismas grandes calles que hoy, salvo la de Espoz y Mina, abierta á mediados del pasado siglo.

Detuviéronse nuevamente los jóvenes y espaciaron su vista por diversos lugares de la plaza que atravesaban en todos sentidos grupos y personas aisladas, vestidas con más aliño que de ordinario, á pie la mayor parte; en sillas de manos, porteadas por robustos gallegos ó esclavos mulatos y negros, tapadas y misteriosas damas, ó ya en compañía de sus familias en aquellas pesadas y enormes carrozas arrastradas por mulas de lento paso. Muchas señoras, echado sobre la cara el

denso velo, eran conducidas de la mano por viejos y torpes escuderos, ó bien acompañadas de obesa dueña ó de avispada doncella que, torciendo la cabeza á uno y otro lado, parecía invitar de pico á los mancebos que detrás ó al costado iban en seguimiento de ellas. Graves señores y honorables mercaderes de la Puerta de Guadalajara y calle de las Postas regresaban, cumplido el deber dominical, con mesurado paso, dilatando el momento de entrar en sus viviendas para que coincidiese con el de sentarse á la bien proveída mesa, y otros desambridos, apresurábanse á llegar á las casas de anfitriones poco memoriosos donde sabían que aun sin su presencia entrarían á llenar la imprescindible función nutritiva.

Afluían las gentes al convento de San Felipe el Real, que nuestros amigos tenían á su izquierda. Por la calle del Arenal salían y pasaban los devotos de la iglesia de San Ginés; por la de los Peregrinos y callejón de los Cofreros, los que bajaban de las Reales Descalzas; asomaban por la del Carmen los fieles amigos de los padres Calzados; por la de la Montera, los de San Luis, y por la de Alcalá, aquellos cuya particular devoción les había conducido á las monjas Vallecas ó Calatravas. Pero donde los grupos abundaban más era ante las dos casi contiguas iglesias del Buen Suceso y convento de los Mínimos de la Victoria.

Justamente dijo entonces don Juan de Salas á sus amigos:

—Acerquémonos á la Victoria, pues, si no me

engaño, ahora comienzan á salir y esta es *la misa de las damas,* como dijo allá en su tiempo aquel buen padre mercenario que tantos ratos de honesto solaz ha dado á estos madrileños.

Lo principal de la iglesia de este convento era la capilla de la Soledad, donde estaba la célebre imagen tallada por Gaspar Becerra en un tarugo á medio quemar, como aún se reconoce hoy (pues la imagen se conserva en la iglesia de San Isidro) en la cabeza de ella. A esta efigie revistió con el usual hábito de viuda y con sus propias ropas la Reina doña Isabel de Valois, y el modelo fué seguido para las tocas y vestidos de otras imágenes.

Más aún que tal circunstancia y su céntrica situación hacían preferida de los madrileños esta iglesia lo espaciosa y cómoda que era y el esplendor con que en ella se celebraban los oficios sagrados y su aire y sabor profanos, pues hasta comedias se habían representado dentro de sus muros con no poco escándalo de las almas piadosas, que obligaron al Vicario á que castigase, no á los frailes que las habían hecho ejecutar, sino á los recitantes, verificándose una vez más el dicho común de que siempre ha de romperse la soga por lo más delgado.

Había ya cerca de la puerta, arrimados á las cadenas de la lonja, numerosos grupos de jóvenes y caballeros maduros revueltos con los mozos de las sillas, escuderos y rodrigones de á pie y lacayos que, como hoy á la salida de los teatros, esperaban á sus amos para guiarles á los co-

ches y carrozas puestos en fila á lo largo de la Puerta del Sol y Carrera de San Jerónimo.

Muchos de los que allí estaban de plantón saludaron, quitándose los sombreros, á don Juan de Salas, á lo que éste respondió con igual cortesía, haciendo exclamar á su antiguo condiscípulo:

—¡Por vida mía, amigo don Juan, que conocéis á medio mundo!

—Por desgracia—contestó él—mis ocupaciones no me impiden frecuentar el trato de un gran número de los ociosos que mantiene la corte. Esto me suele entretener y me da materia de estudio.

—No lo dudo; y me arrojo á presumir que estos agasajos encierran tal vez el secreto del temor de los filos de vuestra pluma y tal otra la esperanza de que vuestro numen supla la falta del propio en lances apretados del corazón.

—No habéis puesto los pies en la corte y ya os pasáis de malicioso—respondió Salas.

En tanto, en un corrillo de jóvenes de buenas apariencias, preguntaban:

—¿Quiénes serán esos dos caballeros que acompañan á don Juan de Salas?

—Yo os lo diré —contestó uno de ellos—. Son dos hidalgos leoneses muy emparentados en Castilla. El de la cruz de Santiago es el capitán don Félix de Mansilla, que el año pasado dió mucho que loar por su valor en la campaña de Flandes, y quedó herido de gravedad en la batalla de Thionville; vino á curarse á su casa y el Rey le concedió el hábito. El era más robusto de lo que

ahora parece; acaso no esté sano de la herida; pero, como caballero de Orden, hubo de presentarse ante sus cabos en virtud del llamamiento general habrá unos dos meses. El otro es su primo don Lope de Toral y Guzmán, segundón de una familia muy rica de la misma ciudad de León y pariente del Duque de Medina de las Torres. Acabó hace tres años sus estudios de Jurisprudencia y Cánones. Estuvo en Valladolid asistiendo dos al estudio de un famoso letrado de aquella Audiencia, y ahora viene á recibirse de abogado ante el Consejo y aspira á conseguir y logrará por sus buenos arrimos no mal empleo en su carrera.

—Mil gracias por vuestras noticias; pero estoy asombrado de su puntualidad—dijo el otro—siendo estos caballeros recién llegados aquí.

—Cesará vuestro asombro cuando sepáis que las debo á don Fernando del Rosal, nuestro amigo, que lo es mucho del capitán Mansilla; que éste y su primo llevan ya cerca de dos meses en la corte; que el capitán es veterano en ella, donde estuvo pretendiendo antes de pasar á Flandes con el empleo de alférez, aunque allá residiese cuatro años seguidos, y que, como forasteros desocupados, son bastante frecuentes en el patio de Palacio, en las Gradas de San Felipe, en el Prado, en las casas de conversación y en otros lugares.

Habíase, á todo esto, casi desocupado la iglesia de la gente común, pues la moda exigía que las personas de calidad (entiéndase las mujeres,

porque los hombres salían en seguida) esperasen á que los sacristanes rompiesen las llaves golpeando con ellas las puertas para indicar que querían cerrar y marcharse.

Acercáronse más los tres amigos en ocasión en que desembocaba por la puerta de la iglesia una gruesa y augusta matrona, quien, lejos de echarse el velo á la cara, parecía gozarse en que todos la viesen y reconociesen. Iba muy afeitada; es decir, llevaba el rostro lleno de mudas y sebillos; coloreados los pómulos y labios y sombreados los párpados con alcohol; todo lo cual, de lejos, le daba aspecto juvenil que chocaba harto con su corpulencia, exagerada aún por la descomunal amplitud de sus faldas.

En vano el Consejo de Castilla había una y otra vez procurado suprimir en el traje de las mujeres aquel ridículo armatoste de hierros ó ballenas llamado *guardainfante,* ya recogiendo todos los que tenían en sus tiendas los comerciantes de la calle Mayor y de las Postas, y colgándolos, á guisa de ahorcados, en los balcones de la cárcel de corte en la plaza de Santa Cruz, y ya despojándolas de él á las que lo llevaban puesto, aunque fuese en la calle ó en el paseo. Las señoras mujeres no se habían dado por enteradas del vilipendio que se quería echar sobre el querido ahuecador y continuaron sufriendo los manoseos de alguaciles y corchetes, las que no podían menos, bien que otras de más copete les dieron cumplida venganza.

Sucedió que en uno de los días de que hablamos plugo á cierta gran señora dejar el coche cerca de la Puerta de Atocha y continuar á pie Prado adelante con dos de sus hijos, que eran niños, y una dueña. Arrebozóse en el manto para no ser conocida, y cuando más ajena caminaba, dos alguaciles, á quienes alarmó la enorme anchura de su faldamenta, quisieron librarla de aquel estorbo y trataron de reconocerla. Inútilmente les dijo y repitió que no era persona de las que ellos creían y que la dejasen en paz. Pero, viéndolos resueltos á poner en ella las manos, se destapó la cara, exclamando:

—¡Pícaros! Soy la Condesa de Alba de Liste y os he de hacer matar á palos.

Contuviéronse algo los alguaciles; pero como la desconociesen, pensaron fuese treta suya para librarse del despojo; fisgaron de la declaración que acababan de oir y se apercibieron á cumplir la pragmática suntuaria.

Miró la afligida Condesa á una y otra parte buscando algún rostro conocido; pero, habiéndose alejado de los sitios de más concurrencia de personas de su clase justamente por lo contrario, sólo vió gentes groseras que con risa y algazara festejaban el aprieto de la dama. En resolución: antes que dejarse tocar de impuras manos, aflojó ella misma las cintas de la odiada jaula, que dejó entre las garras de aquellos halcones, y corrida y *escurrida* fué á ocultarse en el coche.

Su marido, que era Ministro del Consejo de la

Guerra, dió airado las quejas y prendieron á los alguaciles, á quienes se castigó, si no como quería la Condesa, en término de que no les quedaron alientos para reirse de ninguna mujer de entono aunque les dijese que era la Reina Sevilla ó la Papisa Juana.

Siguió, pues, en uso el guardainfante hasta que el buen juicio de muchas señoras hizo que fuesen disminuyendo paulatinamente su amplitud y acabaron por desecharlo.

Tan abultado era el que llevaba la dama que salía de la iglesia de la Victoria, que tuvo que estrecharlo con las manos para que cupiese por la puerta, dejando enteramente detrás á dos pimpollos, sus hijas, que la acompañaban, también cercadas por sus anchurosos guardainfantes.

Vestía la madre rica basquiña-pollera de tela felpada y dorada con muchas guarniciones de pasamanos de lomillos de colores y mosqueada de crucecitas negras; jubón de terciopelo de flores con botones de puntas de diamante y ropa de terciopelo alto y bajo negro, forrada en tafetán blanco. La manga amplísima permitía ver las del jubón, que eran acuchilladas, sobre el cambray de la camisa, así como el cuerpo todo.

Llevaba el pelo sujeto con lazos de colonias de colores y las guedejas rizadas y muy traídas adelante. En las orejas enormes arracadas con broqueletes diamantinos, compañeras de la gargantilla de cinco pinjantes, que caía sobre un ancho cuello vuelto de sutiles puntas de Flandes. An-

daba con dificultad y á pasitos, no por defecto físico, pues aunque cuarentona era sana y robusta, sino por los altos chapines de cinco corchos, disimulados y cubiertos con virillas y clavetes de plata.

Engorroso era hasta no más y no exento de peligros el tal calzado; pues la caída, por la torcedura del chapín, solía dejar huellas dolorosas, ó bien quedaban las que los traían inútiles en el momento para caminar sin auxilio ajeno. Así dijo Lope de Vega en su comedia *El desprecio agradecido*:

> Suele torcerse en la calle
> alguna dama un chapín,
> y ella detenerse á fin
> de que llegue á enderezalle,
> sin reparar en el talle,
> algún hombre.

Pero nuestras damas lo sufrían todo á trueque de parecer más altas, si no es que aprovechaban ó provocaban el incidente con fines galantes para que, acercándose á sostenerlas el que de otra suerte no tenía derecho á ello, pudiesen dar ó recibir papel ó recado.

Aludiendo á un lance de esta especie dijo también el malicioso Tirso de Molina en su comedia *Por el sótano y el trono*:

> Llevas sin tiento los pies
> por tropezar con los ojos.
> ¿De tres corchos de chapín
> caes? ¿Qué hicieras de ocho?

No iban las niñas, que por cierto tenían muy buenas caras, menos ostentosamente prendidas ni menos arreboladas que la dama. La hechura de sus trajes, basquiña, jubón y ropa era igual, así como la tela, sólo diferentes los colores, casando y conchabando los que más gracia prestaban á sus rostros, y andaban también sobre altos chapines como la madre. Por orden suya al salir se taparon con el manto, que era de los llamados de soplillo de Granada, con que quedaron casi tan descubiertas como antes. Así una como otras abrigaban sus manos con finos guantes de ámbar, bordados con hilo de oro y vueltas de espumillón, y á guisa de manillas rodearon las muñecas con sendos rosarios de calambuco, con lazada de oro y cruz con remate la madre, y de ágatas, guarnecidas de oro, las hijas.

Pasó la matrona, resplandeciente de orgullo, por entre los grupos de caballeros, aceptando con benévola sonrisa y graciosa inclinación de cabeza los saludos que unos y otros le enderezaban, quitándose los sombreros que tendían hasta arrastrar la pluma por el suelo. Acercóse el carruaje en que las tres damas entraron, alzando las niñas los velos y separando la madre las cortinas de damasco para aún allí recibir el humo del incienso popular, y empezó la majestuosa carroza á caminar lentamente.

No poco admirado el futuro abogado don Lope de tal prosopopeya, interrogó á su amigo Salas:

—¿Quién es esta diosa, esta Juno celeste á

quien tan estrecho le cae el mísero planeta? ¿Conocéisla por ventura?

—Es la mujer de un Contador de Hacienda de Su Majestad, vascongado él, cuyo apellido es Peñarrieta ó cosa así; un águila en materia de números. Lleva en su cabeza todas las cuentas, sueldos, pensiones, juros, censos reales, alcabalas, penas de Cámara y demás de esta vasta Monarquía. Era maestro de niños allá en un pueblo de su tierra, y sintiéndose llamado á mayores cosas, dejó la palmeta y la disciplina, y con su tintero al cinto y su cartapacio á la espalda vino de pueblo en pueblo á pie, granjeando su comida con escribir las cartas, memoriales y muestras que le pedían, y ganando así en un lugar para pasar á otro. Detúvose en la ciudad de Burgos; y como en un par de meses enseñase á escribir tal cual á dos sobrinos de un canónigo, dióle una carta de creencia para el Presidente de Hacienda, que lo era entonces el Arzobispo de aquella diócesis (pues estas cosas pasaban ha más de veinte años, en tiempo del señor don Felipe III), y el Arzobispo, que necesitaba un amanuense para sí, acogióle y empujóle y afianzóle de tal suerte, que es hoy una de las columnas de nuestra Hacienda. Recompensó el cielo sus fatigas, pues entre tantos haberes como manejó también halló para sí censos, juros y mercedes reales. Tiene muchas y buenas casas que le dan florida renta: una de placer, que es de las mejores de la corte, cerca de los Agustinos Recoletos, donde va á desenfadarse de los nego-

cios; vive en un palacio; es caballero del hábito de Alcántara; crió á sus hijos con regalo; es hombre muy piadoso, confiesa con los Padres de la Compañía y nadie duda que cuando muera se irá al cielo.

Trazas llevaba el poeta Salas de continuar ensartando méritos y excelencias del bienaventurado Contador, cuando le interrumpió é hizo volver la cabeza un fuerte y creciente murmullo que á su lado se produjo ante la aparición de dos hermosas y bien compuestas damas en la lonja de la iglesia. Hendiendo por la gente acudieron allí cuatro fornidos ganapanes conductores de dos sillas de manos que depositaron al ingreso del templo.

Antes de entrar en las sillas, que eran de vaqueta de Moscovia ambas, negra una y otra colorada, pero sin más adornos por defuera, y por dentro forradas de damasco carmesí y azul, con sus vidrios á los costados, despidiéronse afectuosamente las mujeres besándose y abrazándose repetidas veces. En los grupos exclamaban los más atrevidos:

—¡Vítor, vítor la bella Armida, la más airosa dama de nuestros teatros!

Y como en respuesta, decían otros:

—¡Vítor la Bezona, la *graciosa* de más gracia que ha pisado los corrales!

Respondía la primera con seriedad inclinando la cabeza á sus conocidos y cubriendo algo el rostro con su estufilla de felpas. La segunda, rién-

dose como loca, hizo un mohín picaresco á todos y se metió corriendo en la silla.

—Ya lo oís—dijo don Juan—. Son dos comediantas. Pero, llevando cerca de dos meses en Madrid, habréis podido verlas en el corral de la Cruz, donde ambas representaron antes de que empezase la Cuaresma, que, como sabéis, cierra los teatros.

—Sí —dijo el capitán—. Varias veces las hemos visto y oído; y por cierto que mi amado primo, que es muy dado á este espectáculo, no parecía descontento de la representación de la señora Armida, á juzgar por la preferencia que daba á su corral sobre el del Príncipe, obligándome á oir más de una vez la misma comedia.

—Porque caía más cerca de nuestra posada —dijo algo distraído don Lope, que no había cesado de mirar la silla de la cómica hasta que se perdió de vista al entrar en la calle del Príncipe. Vuelto en sí, preguntó á su amigo:

—¿No podríais, don Juan, darnos algunas noticias acerca de estas dos farsantas?

—Sí, ciertamente; pero como es cuento largo lo dejaremos, si os parece, para después de la cena.

Iba á replicar el joven, cuando atrajo su curiosidad y la de sus amigos el rumor del montón ya poco numeroso de mirones que, en gran parte, habían desfilado luego que se fueron las comediantas. Sin embargo, aún quedaron bastantes para que se oyesen, salidas de diferentes lugares, estas palabras dichas en tono bajo:

—¡La Unzueta!... ¡Es la Unzueta!

Habíase presentado en el umbral una joven como de veinticinco años, alta, bien formada y de lindo rostro. Vestía con elegancia, aunque sin riqueza. La tela de la basquiña era de ormesí labrado de Italia, con ribete de tirela al canto. El jubón y ropa de rizo cortado por los bordes; las delanteras de la ropa labradas de negro y el jubón con botones de alquimia. La valona era de puntas y á la garganta llevaba triple sarta de aljófar; arracadas también de perlas en las orejas; lazos de colonia en el pelo; manto contrahecho de Sevilla con puntas y chapines de sólo tres corchos, á que llamaban chapines bajos.

Sin soltar el manto paróse un instante á la puerta mirando con rapidez á una y otra parte. Descansó la vista en un punto algo alejado de los grupos, como en los escalones de piedra de Mariblanca, plegó sus labios una breve sonrisa, y diciendo á otra mujer que la acompañaba: "Vamos", siguió á pie por la Puerta del Sol á la vez que deslizaba el velo ante el rostro.

Un momento después cruzó por delante un joven de buen talle y vestido; saludó ligeramente á don Juan de Salas y avivó el paso en la misma dirección que llevaba la dama. Salas, volviéndose á sus amigos, les dijo:

—Es Julián Valcárcel que va en pos de la Unzueta, cuyo amante es al presente.

—Y ¿quiénes son ellos?—exclamaron á la par el capitán y don Lope.

—Poco esta vez podré deciros de uno y otra, por ser tan contradictorias las noticias que me fué dable adquirir, y eso que no puse leve empeño en esclarecer el misterio que rodea y envuelve á esos dos seres. Ella es hija del Secretario de Su Majestad Leonardo de Unzueta, que murió en buena opinión, corroborada al ver cuán pobres quedaron su mujer doña María de Gamboa y su hija doña Leonor, que es la que acabáis de ver. Pero lo extraño es que ahora madre é hija viven separadas. Unos lo achacan á que la joven no pudo soportar el mal trato de la madre; pero otros, los más, afirman que las dividió un señor de título con quien doña Leonor tuvo trato amoroso algún tiempo, hasta que fundados celos le hicieron abandonarla. Desde entonces la fama justa ó injusta de la Unzueta no es buena. Hace unos meses apareció en Madrid este joven, que es otro enigma, enamorado perdidamente de doña Leonor, hecho que le dió notoriedad y ocasionó que buscasen su trato muchos desocupados, yo entre ellos, movidos de la curiosidad que despertaban estos amores. Nadie entre los que han seguido estudios ó son de familias nobles le conoce. A veces, al pasar por la calle, le saludan gentes del más bajo pueblo, lo cual nos da la medida de su extracción humilde. Sin embargo, él es comedido, cortés, discreto, valiente, y aunque ayuno de instrucción teórica, parece haber visto mucho, contratado gentes de toda clase y corrido luengas tierras. De Madrid, si es que fué su cu-

na, es seguro que faltó muchos años. Vive solo con una anciana á quien llama de tía; gasta en abundancia y es buen compañero. Otro día os daré mayor noticia, porque ahora debemos acercarnos á nuestras casas, pues ya la gente se retira y parece no quedar nadie en la iglesia.

No bien dicho esto iban á volver las espaldas los tres cuando se apareció, saliendo del templo, una joven bellísima, acompañada de venerable dueña de largas y blancas tocas. Apenas la vió el capitán, exclamó en voz alta:

—¡Vive Dios, primo, que esta es la misma dama que el otro día se nos escabulló entre la gente que salía del sermón de las Monjas de Pinto y que tres días antes nos dió también trascantón en la calle del Prado junto á Santa Catalina! Lo que es hoy ya no la perderé de vista.

La joven, que quizás oyó estas frases, detúvose un momento mirando con insistencia cerca de sí como si esperase hallar alguna persona, y volviéndose á su compañera al mismo tiempo que se cubría con el no muy tupido manto de humo de Milán, le dijo: "Anda, Otáñez", y siguieron á buen paso por la Carrera adelante, habiéndose pasado al otro borde de la calle.

Aunque la parada fué corta, dió espacio á que nuestros amigos apreciasen bien la sorprendente hermosura de la dama, cuya edad no excedería de los veinte años. Iluminaban su rostro dos ojos grandes y expresivos que parecían bañar su faz con dulce y simpática alegría y difundirla por las

frescas y rosadas mejillas; rojos labios y blanquísima tez, contrastada por lo obscuro de su cabello, cejas y pestañas. Alta y de buen gálibo, donairosa, sin exceso, en el andar, imprimía á su cuerpo rítmicas y suaves cadencias como de diosa, que cautivaban la vista por lo gracioso y á la par honesto.

Iba vestida con lujo, sin ostentación: basquiña de espolín negro aprensado, con ribetes de terciopelo y ruedo de damasco; jubón de gorgorán de flores y ropa capona de terciopelo con bebederos y flequillo al canto; lazos en el pelo; arracadas con chispitas y broquelillos de diamantes y una estrecha gargantilla de oro de filigrana al cuello. El jubón alto y cerrada la valona vuelta de fino encaje. De un costado pendía la escarcela ó faltriquera en que traía los guantes, y en la mano un rosario de cuentas de cristal labradas y engarzadas en oro con una cruz sencilla por remate. Ni el verdugado era tan hueco ni los chapines tan altos como otros, prueba de buen seso en la dama ó de juicio y razón en los que gobernaban sus acciones.

—Ya que veo á vuesas mercedes—dijo el poeta Salas—hechos galanes de comedia en persecución de la encubierta, yo me recojo á mi posada hasta que á la tarde reanudemos nuestra sabrosa plática.

Despidiéronse con el mayor afecto, y los dos primos siguieron con vivo andar el camino que

había llevado la hermosa, no sin que don Lope dijese al capitán:

—¿Sabes, primo, que no honras mucho tu propia sangre trayéndome á desempeñar el papel de tu criado Grajales, á quien me alegraría de ver por aquí según se lo hemos ordenado?

—Empeños de alguna dama de mantellina y chinela con listón se lo habrán estorbado.

—Si no es—agregó don Lope—que su devoción al santo que partió con el pobre su capa le retenga en alguna de las muchas ermitas que en esta villa le rinden culto.

Habían entrado en la hoy estrecha y entonces estrechísima calle de los Cedaceros cuando ya pudieron alcanzar á la joven que, en vez de ser acompañada, remolcaba á la madura dueña. Quejábase la vieja del rápido andar de la niña, y aprovechando esta coyuntura dijo, adelantándose, don Félix:

—Sin duda por huir de quien adora vuestras pisadas, hermosa señora, sois cruel con esta honrada y respetable compañera.

—¡Jesús, señor!—dijo la hermosa riéndose—. Ni la edad ni su buena salud impiden á esta señora caminar tan apriesa como yo. Además, que en llegando á casa podrá descansar harto.

Visiblemente halagada la anciana por el irónico elogio de su ama, avivó su tardo paso y con algún retintín dijo:

—Agradezco al noble caballero el cuidado que mi persona le cuesta. No creí serlo de tanto va-

lor para semejante preferencia; pero creed que es superfluo doleros de quien no lo ha menester.

—Os pido mil perdones, dueña honrada, por mi atrevimiento si os ha ofendido.

—Ahora bien —dijo la joven—, caballero, pues lo sois de la mejor milicia, según acredita la noble insignia de vuestro pecho, tened á bien dejarnos ir libremente á nuestra casa volviéndoos desde aquí á la vuestra ó adonde os parezca.

—Necedad fuera ya en mí, linda encubierta, habiendo perdido otras dos ocasiones de seguiros y conoceros desaprovechar ésta que mi buena suerte hoy me ha deparado. Y pues vuestra orden me pone en el duro trance de ser, ó necio, obedeciéndoos, ó grosero, en otro caso, dispensadme que opte por este segundo vicio, del cual puedo corregirme cada y cuando que vuestra voluntad no sea tan rigurosa, mientras que de necio nadie se enmienda.

—Con todo eso—replicó la tapada—me habéis de hacer la merced de no pasar de aquí. De vuestra pertinacia puede seguirse grave daño.

—¿Será porque pueda sobrevenir quien alegue mejores títulos á ocupar este puesto á vuestro lado?

—No por cierto, en cuanto al intento con que lo decís. Quedó mi padre en ir á recogerme á la salida de misa; pero se conoce que más urgentes atenciones motivaron su ausencia. Temo, sin embargo, que aparezca á cada instante, pues no desconoce el camino que suelo traer cuando salgo

sola y á pie á la iglesia. Y ya que sabéis los sitios que frecuento, no os será difícil que otro día, con más espacio y seguridad, podáis decirme lo que se os ofrezca.

Quedóse un momento suspenso don Félix, y luego, con acento conmovido, dijo:

—Os obedezco, señora; pero tened entendido que me lleváis el alma y que ya no descansaré un instante hasta que logre la dicha, seáis quien fuereis, de poder serviros y obligaros con mi rendimiento.

—¡Válgame Dios—replicó la dama—y qué precipitadamente se ha entrado en vuestro pecho el ciego infante! Bien que siendo soldado no me causa maravilla, pues lo inseguro de vuestro oficio os hace mirar el amor, así como lo demás, cual cosa fugaz y pasajera que hay que disfrutar aprisa. Quedad con Dios.

Así hablando habían llegado á la entrada de la calle Real del Barquillo. Las damas siguieron por ella, y los galanes, doblando por la esquina del convento del Carmen Descalzo, subieron la calle de Alcalá.

—¿De modo que otra vez nos quedamos sin saber quién es ni en dónde vive nuestra ingrata?—insinuó don Lope.

—Ofreció hablarme otro día con más sosiego —respondió don Félix, bajando la cabeza como descontento del resultado de su empresa.

En silencio atravesaron la Puerta del Sol, y tomando el mismo camino, aunque en dirección

opuesta, que al comienzo de este libro se ha dicho, llegaron á lo alto de la calle de Carretas, donde torcieron á la izquierda y entraron por la de Atocha, parándose á la entrada de una casa de regular apariencia, casi enfrente del convento de la Trinidad, á tiempo que llegaba á la misma puerta un mozo de hasta veinticuatro años, vestido con modesto traje pardo de raja, que permaneció en actitud respetuosa quitándose el sombrero.

—¡Bribón!—le dijo don Félix, con menos enojo del que indicaba la palabra—. ¿No te ordené que nos fueses á buscar calle abajo luego que pudieses?

—Calle abajo he ido, señor, y no te he visto.

—Pues no hemos salido de la Puerta del Sol —añadió don Lope.

—Yo seguí esta calle hasta la Plaza Mayor y bajé á Puerta Cerrada á saludar á un paisano allí establecido.

—De fijo será alguna taberna—murmuró el capitán.

—No es sino un ilustre bodegón—respondió él—, donde un honrado lacayo restaura las fuerzas que gasta en servicio de dos señores mozos y antojadizos.

No oyeron la respuesta de Grajales, que tal era su nombre, porque habían subido la escalera.

CAPITULO II

EN LA CASA DE CONVERSACIÓN

Uno por uno, y á veces á pares, habían ido levantándose y saliendo muchos de los que dos horas antes estaban congregados ante una larga mesa en la dulce y virtuosa ocupación de "verlas venir".

Las llamadas *Casas de conversación* en el siglo XVII eran como los círculos y casinos de ahora. Su principal recreo lo formaba el juego; pero en algunas se reunían personas de lustre á conversar realmente y en otras se celebraban rifas y se vendían bolsillos, guantes, medias, baratijas y bujerías de precio y hasta cosas de comer y beber. Las había clandestinas, que eran verdaderos garitos, donde ladrones y rufianes se desplumaban mutuamente cuando no caían en sus garras víctimas inocentes que salían á recoger y engatusar con mil artimañas por las plazas y paseos auxiliares que designaban con los nombres de *muñidores*, como en las cofradías, y *encerradores* de tales novatos ó novillos.

Pero otras estaban autorizadas con real licen-

cia, que solía concederse á soldados estropeados en la guerra y que no tenían medios de sustentarse sin mendigar, quienes las gobernaban por sí ó transferían á otras personas.

De esta clase era la que cerca de la iglesia de San Sebastián tenía, en unión de otro compañero, un pobre soldado que había perdido casi toda la pierna izquierda en las campañas de Italia. Estaba bien reputada; no admitía tahures profesionales ó *ciertos,* ni *guiñadores,* barateros, ganchos ni otras sabandijas de esta laya; así que las pendencias por motivos de juego eran poco frecuentes, acreditándose con esto lo que decía el buen Cornejo, su dueño; esto es, que en su casa no entraban más que caballeros.

Que el juego fuese liso y sin trampas en toda ocasión es lo que no puede asegurarse, ya que muchas veces debajo de una apariencia hidalga encubríase un redomado florero que, con habilidad y disimulo, ejercitaba aquellas artes de que están llenos nuestros libros picarescos y los que tratan del juego especialmente, como el de Luque Fajardo y el *Remedio de jugadores.*

A esta casa, por indicación de un grande amigo de don Félix de Mansilla, acudieron él y su primo algunos días; en ella se hallaban la tarde del domingo en que los hemos presentado, habiendo hecho la razón en las partidas de juego que se habían ofrecido, y con tan buena suerte, que al levantarse la mayor parte de los jugadores se vieron uno y otro dueños de algunos cen-

tenares de ducados que no tenían al entrar en la casa.

Pero, como hidalgos y forasteros, no quisieron parecer desatentos negándose á conceder el desquite á los perdidosos que se lo rogaron. Llevaba su voz un mozo próximamente de su edad, á quien los demás jugadores llamaban don Marcos del Río, que les propuso unas suertes de pintas teniendo él en la mano el libro de los naipes. Sentáronse de nuevo los dos leoneses con otros aficionados, cuyo aspecto pregonaba sin voces que poco les restaba ya que perder, si alguna vez tuvieron mucho, cosa también harto dudosa.

En una sala contigua entreteníanse en los más honestos y recreativos juegos "del hombre", que era una especie de tresillo; rentoy, pollas y en el prolijo de los cientos otros caballeros, entre ellos el capitán don Fernando del Rosal (íntimo é introductor en la casa de nuestro Mansilla), con sus respectivos "mirones" y "entretenidos".

Los demás, que, ó por no querer ó no poder jugar, estaban ociosos, formaban grupos ó paseábanse por la sala hablando de asuntos generales.

Sentado cerca de uno de los balcones hallábase un joven á quien hemos ya visto, aunque sólo de paso. Representaba unos veintiocho años y, no obstante la buena configuración de su cuerpo, no parecía robusto; penas ó fatigas habían dado á su rostro un aire de cansancio que chocaba con sus pocos años. Su fisonomía era singular, y aunque

graciosa, sobre todo por la viveza que le daban sus ojos brillantes como dos chispas, tenía defectos notables. La nariz era grande y parecía caer sobre la boca, también extrañamente encorvada hacia arriba en forma de arco, por lo estrecho y delgado que era el labio superior, cubierto por un bigote castaño, que tampoco estaba muy poblado. En cambio el labio inferior era grueso y saliente la mandíbula, imprimiendo energía y tal vez dureza á su rostro.

Vestía bien, según el uso, de paño negro de Segovia las prendas exteriores; medias de seda con anchas ligas que sujetaban el calzón en la roseta y caían en dos bandas adornadas de puntas. No llevaba más distintivo que una cadena de eslabones de oro, de la que pendía un medallón esmaltado y un joyelito en el trencellín del sombrero que tenía puesto, según costumbre de entonces, quizá morisca, pues nadie se descubría, por respeto, en casa ajena, ni aun delante de mujeres más que para saludar.

Puesto al balcón, como va dicho, miraba con indiferencia la calle unas veces, y otras, con mayor interés, los diversos lances del juego que cerca de él ocurrían. Habíase cambiado la suerte de los dos primos y perdían de continuo, sobre todo el vehemente don Lope de Toral, que se hallaba algo encendido y hacía esfuerzos por torcer el curso de su mala estrella. El capitán, más tranquilo y dueño de sí, atravesaba menos cantidades y con visible desdén é indiferencia del resul-

tado. En cambio el que hemos llamado don Marcos ganaba y ganaba siempre. Estaba pálido, aunque, al parecer, tranquilo. Representaba ser hombre de treinta años, delgado y no de grande estatura; ágil de movimientos y de mirada muy viva. Su traje, de raja mediana, con adornos de tafetán, no indicaba opulencia, pero el aspecto sí pregonaba atrevimiento y aun descaro.

A cada lance favorable para él, á la vez que recogía el dinero, exclamaba con aire modesto, pero en el que un extraño hubiera advertido un dejo de falsedad:

—Cierto que estoy pasmado de mi suerte de ahora; bien que más de doscientos ducados llevaba perdidos al comienzo de la partida. Y por lo que veo sólo yo soy el que medro—añadió contemplando los escuálidos fondos de los otros tres jugadores, que nunca los habían tenido muy crecidos.

A veces, dirigiéndose á los dos primos, declaraba con solemnidad:

—Este es el juego, señores; comiénzase mal para acabar en bien, y al contrario.

Y otras:

—Deploro infinito que estos dos caballeros no reciban de mí toda la cortesía á que son acreedores por su condición de forasteros.

Tantas veces repetía estos bordones, que en una de ellas levantó el capitán la cabeza vivamente con intención, sin duda, de decir algo; pero la volvió á bajar y prosiguió jugando.

El joven del balcón, que oía estas palabras, miraba con alguna extrañeza al que las profería; esbozaba un gesto imperceptible de desdén y se volvía á mirar á la calle.

En tal momento uno de los paseantes, mozalbete de no mucha edad, vivaracho y de alegre semblante, parándose ante el silencioso balconero, exclamó:

—Paréceme, amigo Valcárcel, que la señora Fortuna os ha jubilado por hoy, como á mí, de aquel ejercicio—señalando á la mesa del juego—. Pero vos, al menos, podéis consolaros, con que si Mercurio os niega sus favores, os mima y halaga la diosa de Citeres. ¡Ay de aquellos que sin descanso sufrimos los rigores del uno y de la otra!

—No os creo yo, señor don Luis de Luna, tan desgraciado en cuanto á lo segundo que se justifiquen vuestros lamentos, ni considero que vuestra nobleza y desinterés hagan aprecio de lo otro.

Oyóse entonces la voz melosa del ganancioso don Marcos que, á continuación de un buen golpe dado á don Lope, repetía por centésima vez:

—Cierto que estoy maravillado... Si os parece cesaremos por hoy ya que resueltamente la fortuna os ha vuelto la espalda.

—No, no, sigamos —repuso don Lope—; todavía me quedan algunos escudos, y donde no, prendas que rendiros en aras de vuestra feliz estrella.

Entonces Valcárcel hizo un gesto de indignación y, levantándose, acercó su cabeza á las de don Lope y su primo, diciéndoles en voz baja:

—Caballeros, dispensadme que me entrometa en vuestros asuntos; pero os ruego que no juguéis más con ese hombre; lo perderéis todo, y no me preguntéis otra cosa.

—Eso me parece á mí—exclamó el capitán, sin poder menos de dar un puñetazo en la mesa.

Don Marcos, más pálido aún, pero con acento sereno, aunque temblorosa la voz, dijo:

—Señor Julián Valcárcel ó como os llaméis: pudierais haber dicho alto lo que de secreto habéis manifestado á estos señores, pues ya sabéis que yo contesto siempre á los que me ofenden. Caballeros—añadió, dirigiéndose á los leoneses—: supongo habréis oído con desprecio las palabras...

Pero los dos galanes, sin responderle ni mirarle siquiera, se levantaron y volvieron la espalda.

—Caballeros—prosiguió don Marcos, empezando á recoger sus monedas y guardándolas en las faltriqueras—: no me parece obra de nobles este desaire sólo por lo que diga un mal nacido, usurpador de un nombre que no le pertenece.

Oir esto Julián, saltar al lado del ofensor y asentarle una bofetada, exclamando: "¡Cobarde!", fué cosa de un instante.

Rugió el golpeado y echó mano á la espada, á la vez que uno de los que estaban próximos dijo, levantándose también y requiriendo la suya:

—¡Voto á Dios, que ha sido acción bellaca y no ha de quedar sin venganza!

Volvióse el capitán Mansilla y, empuñando, replicó:

—No ha sido sino muy bien hecho, y aquí estoy yo para castigar fulleros y rufianes.

Al alboroto levantáronse los que en la sala inmediata jugaban al *hombre,* y así ellos como los demás, desenvainados los aceros, se interpusieron con el fin de apaciguar á los contendientes, que estaban: don Marcos, echando espuma por la boca en la actitud del tigre que va á dar un salto, con el estoque hacia adelante; su compañero, haciendo fieros y desgarros y con el arma levantada; Julián, apercibido, esperando á su adversario, y el capitán Mansilla, á quien su amigo Rosal había cogido de un brazo, pugnando por desasirse.

Abrióse la puerta y entró en la sala, acercándose al grupo, un hombre de buena estatura, fornido y de edad como de cuarenta años, vestido á lo soldado. Sacó también su espada y tendiéndola hacia don Marcos y su amigo, les hizo una ligera seña, y ellos, con singular obediencia, bajaron sus armas y emprendieron la retirada hacia la puerta. Al mismo tiempo los que se habían interpuesto gritaban:

—¡Basta, basta, envainad!

Así lo hicieron, Julián, que seguía quieto cerca del balcón, y el capitán, que ya se había desprendido de los brazos de su compañero.

El hombrón vigilaba, vuelto de espaldas al grupo, la salida de sus dóciles amigos. Mas, al llegar

á la puerta y antes de cerrarla con fuerza, exclamó don Marcos con voz vibrante:

—¡Hijo de la genovesa, nos veremos!

Al oir estas palabras Julián bajó la cabeza con desaliento y, lanzando un hondo suspiro, se dejó caer en la silla.

Miráronse unos á otros y en silencio los circunstantes, al paso que volvían sus aceros á la vaina y se iban retirando, después que también sin ruido lo había hecho el jayán que por tan extraño modo puso fin á la reyerta. Quedaron solos el capitán Rosal, el joven que había hablado primero á Valcárcel, éste y los dos primos.

Entonces el generoso don Lope dijo, acercándose á Julián y tomándole la mano que éste le dejó pasivamente estrechar, aunque levantándose del asiento:

—Caballero Valcárcel, os doy gracias por vuestra noble acción que me libró tal vez de un serio contratiempo, pues yo estaba ciego. Y si de alguna satisfacción puede servir á los groseros insultos que os han dirigido, os invito á cenar esta noche en nuestra compañía en nombre mío y de mi primo el capitán Mansilla aquí presente...

—Y del capitán don Fernando del Rosal—dijo don Félix, señalando y haciendo la presentación.

—Y de don Juan de Salas—dijo una voz sonora desde la puerta—, que también está presente y presenta á sus amigos Toral y Mansilla para que lo sea suyo, al mozo de más mala lengua y mejor corazón que hay en la corte.

Y tomando de un brazo á don Luis de Luna, que estaba algo retirado, lo acercó á sus amigos, que le saludaron.

Julián Valcárcel se había quitado el sombrero y saludaba con él y con el cuerpo á cada presentación que le iban haciendo, y, tomando á su vez la mano de don Lope, dijo con voz conmovida:

—Caballero Toral: agradeciendo infinito vuestra cortés invitación y la de vuestros amigos, y sin perjuicio de aceptarla otro día, hoy me habéis de perdonar que sea rebelde á vuestros mandatos, pues compromisos anteriores é inexcusables me fuerzan á ello.

—Ya, ya —repuso don Luis—, sospechamos de qué género serán esos compromisos: es femenino sin duda ninguna.

—Sean de la clase que quieran —replicó don Lope—, basta que el señor don Julián nos haya ofrecido honrarnos otro día para que los aceptemos como buenos.

—Y para que me deis licencia —añadió Valcárcel—. Me siento algo desazonado y quiero retirarme á mi posada.

Compúsose el ferreruelo y, quitándose nuevamente el sombrero, como así lo hicieron todos, salió de la habitación dirigiéndose á la calle.

—¡Hombre verdaderamente extraño es éste! —exclamó el poeta don Juan de Salas—. Generoso, leal, con acciones é impulsos de noble y siempre mezclado con gentes ruines.

—Consecuencias de su primera crianza—agregó don Luis de Luna.

—Según eso ¿conocéis vos su origen?—repuso el capitán don Fernando del Rosal, que hasta entonces había permanecido callado.

—Sé, al menos, lo que de él se cuenta por ahí.

—¿Y habéis entendido las alusiones que le dirigió el bellaco de don Marcos?

—Perfectamente.

—Declarádnoslas, por vuestra vida.

—Aguardad un instante—interpuso don Lope—. ¿No advertisteis en un hombretón que se apareció como llovido en el momento en que más ardorosa andaba la escarapela y que sin más de una seña desarmó á aquellos dos bribones y les hizo desaparecer?

—Ese es—dijo don Luis—el jefe de una especie de espías que tiene el señor don Gaspar de Guzmán, Conde-Duque de Olivares, para que, introduciéndose en todas partes, le cuenten lo que de él se piensa y dice. Por cierto que si le tratan verdad, lindas cosas tendrá que oir el privado. Lo que yo no sabía es que el tal don Marcos del Río fuese de la cuadrilla, ya que por tan hidalgo se nos vendía.

—De ese tengo yo cumplida noticia; es también notable sujeto—añadió Salas.

—Otro día la oiremos—replicó el capitán Rosal, que mostraba empeño en que sólo se hablase de Julián Valcárcel—. Señor don Luis, os escuchamos.

Este prosiguió:

—Con ser siempre la madre cierta, como suele decirse, no lo es en lo que á nuestro personaje atañe. Dicen unos, que era dama cortesana, natural de Génova, y se llamaba doña Margarita Espínola; pero otros la hacen napolitana y nombran doña Isabel de Aversa. Entretuvo algunos años á esta mujer un alcalde de casa y corte llamado don Francisco Valcárcel, hombre ya maduro de edad aunque verde de costumbres. Durante su trato con la italiana nació Julián, sin que el presunto padre manifestase gusto ni conformidad en serlo. Crióse en la calle sin instrucción ni freno, llenándose de vicios y defectos propios de educación semejante.

Pasó don Francisco á ejercer funciones de su carrera en Portugal, al lado de la Infanta Margarita, gobernadora de aquel reino, sin cuidarse del allegadizo vástago. Murió la madre de Julián cuando éste frisaba en los quince años; pero entonces no se sabe quién le colocó de paje con el Patriarca don Diego de Guzmán, y le acompañó en la jornada que el Patriarca, ya Cardenal y Arzobispo de Sevilla, hizo para conducir á Viena á la Infanta doña María, desposada con el Archiduque don Fernando, después Emperador de Alemania. Esto ocurría en 1631. Al llegar á Ancona murió don Diego de Guzmán; la regia comitiva no detuvo su viaje; pero á la servidumbre del Cardenal fué forzoso regresar á España y con ella nuestro paje, que entonces se llamaba Julián Pérez.

Vuelto á Madrid, donde se hallaba ya don Francisco Valcárcel, que falleció á poco, hizo instancias con él para que le permitiese usar su apellido fuera del reino á fin de conseguir en Indias algún cargo ú ocupación decorosa. Accedió el anciano, bien que protestando no ser verdadero padre suyo.

Marchóse Julián á Nueva España, y aquí empieza la parte más obscura de su vida. Hay quien da por cierto que allí se le vió desempeñando los más viles oficios; reunirse con gente la más desgarrada y licenciosa del pueblo; llegar á tal rotura de vida y cometer tan graves delitos, que le pusieron en trance de ser condenado á la pena de horca. Añaden que el Virrey ó el Regente de aquella Audiencia, que había uno de ellos sido muy amigo de don Francisco Valcárcel, apiadado de la suerte del que creía su hijo, le facilitó los medios de fugarse de la cárcel y trasladarse á la patria.

No se sabe cuándo regresó; quién dice hace sólo unos meses y quién que lleva tres ó cuatro años, aunque no haya venido á la corte sino sirviendo como marinero en las galeras reales y aun en los ejércitos de Flandes,

En Madrid comenzó á fijar la mirada y atención de las gentes baldías el verle acompañar á la Unzueta, mujer á quien de sobra todos conocéis, de la que está ciegamente enamorado, y aunque ella no le rechaza, tampoco, según dicen, le admite del todo en calidad de amante favoreci-

do; ella sabrá por qué; no será por sobra de virtud.

A Julián acompañan á veces un sacerdote ó un fraile; se ha visto entrar en el Alcázar, y aun se cuenta de un encopetado Consejero de Castilla, que le abrazó para despedirle en ocasión en que inoportunamente abrió la puerta de la cámara el que lo vió y lo dijo, habiéndole costado agria reprensión del susodicho Consejero. Vive con una señora que se dice tía suya y con el desahogo y comodidades que se ve; recibe con frecuencia cantidades de ignorado origen, y, en fin, detrás de ese hombre se oculta indudablemente un misterio que ni él mismo conoce.

Quedaron todos silenciosos y pensativos, y, al cabo, dijo don Félix:

—Sea como quiera, señores, ese secreto no hemos nosotros de penetrarlo ni nos importa. Si os parece, ya que la tarde está apacible, bajaremos al Prado en tanto llega la hora de festejar el nombramiento acordado de mi señor primo como uno de los abogados de los Reales Consejos.

Hiciéronlo así tomando por la calle del Viento, frente de San Sebastián; cruzaron el callejón del Beso (hoy desaparecido), la plazuela del Angel y, doblando á la derecha, descendieron por la calle del Prado.

CAPITULO III

DUDAS Y CONSEJOS

EMBOZADO en su ferreruelo siguió Julián Valcárcel, con lento paso y aire concentrado, por la calle de Atocha á la Plaza Mayor, que atravesó sin detenerse, saliendo por la calle Nueva á la puerta de Guadalajara. Esquivando encuentros con la multitud allí agrupada por ser domingo y hora y sitio ordinarios de paseo, bajó á la Platería, cuyas famosas tiendas se hallaban cerradas, y subiendo por la calle del Salvador entró por la del Rosal y se paró ante una casa de modesta aunque no mala apariencia. Cruzó el aseado y bien y menudamente empedrado zaguán, subió una obscura y empinada escalera y, al llegar al primer suelo, tiró del cordón de la campanilla. Salió á abrir una moza de justillo y guardapiés que medio se ocultó tras de la puerta de sólo una hoja para dejar libre el paso, y volvió á cerrar, mientras que del interior una voz femenina preguntaba:

—¿Es mi sobrino, Jusepa?

Y antes de que pudiera oir la respuesta ya se

había parecido en el umbral de la puerta frontera una mujer de más de medio siglo, como indicaban los mechoncitos de cabellos blancos que salían bajo de la tersa y limpísima toca de beatilla vitoriana. Pero, su fresco y colorado rostro, vivos ademanes y tal cual encarnadura no permitían dudar sobre su buena y no descuidada salud. Vestía un hábito de estameña plateada con ribetes y adornos de terciopelo negro. Traía un broche de oro y algunas piedras en el cierre del jubón sobre el pecho y sortijas en las manos, que mitigaban y contradecían el aspecto monjil del resto de su endeliño.

Acercóse, risueña y solícita, al joven, que la saludó, diciéndola:

—Buenas tardes, señora tía.

Y mientras se despojaba de capa y sombrero, le dijo ella:

—No podías haber llegado á mejor tiempo; tenemos ahí al padre Manrique.

Entraron juntos en una sala espaciosa, alumbrada por dos balcones, sin celosías y con techo de bovedilla á uso madrileño. Cubría el suelo una alfombra de Alcaraz, de colores vivos, imitando ramos y flores. De las paredes colgaba una tapicería contrahecha de las de Flandes y algo caída de color, con la historia del robo de Elena y sobrepuertas floreadas. A un lado y otro de los balcones había dos escritorios de los llamados de Salamanca, de obscuro nogal, con embutidos de boj, clavazón dorada y su pie cerrado en forma

de alacena. Uno de ellos tenía baja la delantera, mostrando su puertecilla en medio y doce navetas á los costados. Sobre la tabla, en revuelta confusión, buen número de papeles y algunos libros. En el espacio que quedaba entre balcón y balcón había un escaparate de concha de Portugal, con puertas de vidrios, sobre un bufete de pies torneados y balaustres de hierro pavonado, y dentro de él barros americanos, vidrios de Venecia, cruces, relicarios y otros objetos de devoción de la dueña de la casa. Encima del escaparate colgaba un retrato en lienzo, de medio cuerpo, de una dama, hermosa y joven, vestida de seda de colores y adornada con el cuello escarolado, tipo de la época del tercer Felipe. Era la madre de Julián Valcárcel.

En un astillero, que hoy diríamos panoplia, estaban puestas sin orden dagas y espadas, algunas de las que se llamaban negras ó de esgrima. Sobre las sillas, una guitarra de diez cuerdas, y no lejos una vihuela de puntear con seis, instrumentos indicativos de los gustos de la gente de la casa.

Completaban el adorno de la sala dos cuadros devotos, bufetes de nogal y ébano, sillas y taburetes de vaqueta roja con fleco de seda del mismo color y clavazón dorada. Todo mostraba, si no riqueza, un buen pasar y vida cómoda y tranquila.

Al entrar el joven se fué derechamente al rincón de la cámara, donde, en amplio sillón de bra-

zos, estaba sentado un fraile jerónimo de no mucha edad, aunque ya canoso, ni gordo ni flaco, de semblante alegre y ojos alertos. Tenía á su lado, sobre un bufetillo de caoba y una blanca toallita de puntas, el servicio del chocolate de Guajaca que el padre acababa de tomar.

Hizo ademán de levantarse, y alargando la mano, que el joven llevó someramente á sus labios, mientras el fraile estrechaba cordialmente la suya, y le dijo:

—Sea vuesa merced muy bien venido.

—Infinito me huelgo, padre Manrique, de ver á vuesa paternidad, pues tenía necesidad de hablaros.

—No se os conoce mucho, porque si no me engaño, más ha de veinte días que no habéis parecido por nuestro convento; y eso que la presencia de Sus Majestades en el Buen Retiro todo el Carnaval y lo que va de Cuaresma ha llevado mucha gente á aquellos lugares. Pero, ya se ve, andáis tan distraído que hasta descuidáis lo que más os interesa, cual es completar vuestra educación para que, sin desdoro, podáis ocupar algún día el puesto á que os creo destinado. Se os han dado maestros de quienes recibáis, ya que no instrucción profunda, que viene tarde, por lo menos la necesaria para vuestro gobierno y calidad. Si no estudios de filosofía y artes, aprenderéis á conocer las historias antiguas y modernas; los libros de los grandes linajes de España; la lengua toscana y algo de la flamenca, por si al-

gún día tenéis que ver en aquellos países; las artes del caballero, así á la brida como á la jineta; esgrimir con destreza, y no se os han regateado las de cortesano, pues tenéis maestros de tañer y danzar; estudios estos últimos en que aprovecháis más que en los primeros.

—Justamente sobre todo eso—respondió Valcárcel—es lo que tenía que comunicar con vuesa paternidad. Yo agradezco todos los favores y mercedes que recibo y son más de lo que deseo; pero se me oculta la merced principal, la que llenaría mi pecho de gozo y daría un fin y objeto á mi vida. Ya no soy niño, padre Manrique, y bien comprenderéis la importancia que entre los hombres tiene el conocer su origen. Repetidas veces, y hoy mismo, hanme dado en rostro con no saber quién fué mi padre y llevar un nombre postizo. Yo sé bien que no debo el ser al buen alcalde cuyo apellido ostento; pero ¿quién soy yo? ¿Quién es mi padre? Vos lo sabéis de fijo, y ha llegado el momento de advertiros que, ó bien me sacáis de esta duda insufrible, ó renunciaré á todos los favores de esa mano desconocida y me ausentaré; volveré á las Indias ó sentaré plaza en los ejércitos de Su Majestad.

—No lo haréis —dijo el fraile—, porque ofenderíais á Dios contrariando la voluntad de quien tiene sobre vos derechos radicados en la misma naturaleza.

—Y ¿cómo se prueba eso?

—Por los favores y beneficios que diariamente estáis recibiendo.

—Y ¿puedo yo legítimamente gozar estos favores?

—Eso yo os lo aseguro por el hábito que visto. Todo lo que os dan es vuestro. Y para que no desesperéis os diré otra cosa: que vuestras dudas quizá no tarden mucho en ser absueltas. En cuanto á lo demás, bien se os alcanzará que no sin poderosos motivos la persona ó personas que pueden declarar vuestro origen se ven precisadas á celarlo por ahora. Despreciad cuantas ofensas recibáis por esta causa; sois noble, y esto debe bastaros.

Bajó lentamente la cabeza el joven quedando sumido, al parecer, en hondos pensamientos. El fraile guardó silencio también y la anciana se limpiaba los húmedos ojos con su fino pañuelo de holanda.

—Otro consejo, y muy importante, tengo que daros —prosiguió el padre Manrique—. No descuidéis el completar vuestra enseñanza y desarraigo de antiguas costumbres, pues se me antoja que vuestro adelanto en esto abreviará el estado de incertidumbre que os apena. Dejaos también de amoríos superficiales é impropios tal vez de vuestra sangre.

Al oir esto alzó Julián con rapidez la cabeza como si fuese á protestar; mas el padre ya se había levantado del sillón y, medio dirigiéndose á la dama, agregó:

—A mi señora doña Ana he entregado una ayuda de costa extraordinaria según orden recibida. La estación primaveral se acerca; están próximas la Semana Santa y Pascua de flores, y tendréis que vestiros más á la ligera y otras urgencias. Y con esto os dejo con Dios. No deis lugar á que sea yo el que os busque, pues os afirmo que la plática conmigo no ha de seros nunca perjudicial. Quedad con Dios, señora.

Y el fraile tendió su mano al joven, que nuevamente hizo ademán de llevarla á la boca, y echándose la capucha sobre la cabeza salió acompañado por ambos hasta la puerta.

Volvió el mancebo á la sala y, dejándose caer en el sillón, permaneció largo rato con el rostro apoyado en la palma de la mano. Sacóle de su abstracción la vuelta de la anciana, que se acercó á tiempo que, irguiendo él la cabeza, le dijo:

—Pero, tía, ¿vos no sabéis nada?

—No, hijo mío; si no ya te lo hubiera declarado. Y hasta presumo que el padre Manrique tampoco sabe mucho más de lo que dice.

—Pero ¿no tenéis ni una indicación, ni un recuerdo...?

—No, ninguno.

—¿Tal vez mi madre no os dijo...?

—¡Ay, no! Tan súbita y mortal fué su dolencia, que cuando llegué á vuestra casa (pues, como te he dicho, residía yo entonces en Valladolid), ya tu madre estaba difunta. Y por más que indagué y rebusqué entre sus papeles y objetos, nada

pude hallar sobre este punto. Bien que yo entonces creía, como todos, que tu padre era don Francisco.

Un gesto de desesperación fué la respuesta del joven. Al advertirlo su tía, añadió:

—Pero, no te aflijas ni acongojes de ese modo. El padre Manrique te ha asegurado que ya tendrá fin tu desasosiego y podrás llevar á la faz del mundo entero un nombre, no sólo tuyo propio, mas noble y honrado.

—¡Ay, tía, que temo llegue tarde ese momento!

—¿Tarde? ¿Por qué?

—Porque me habrán acabado los disgustos.

Quedóse la buena señora cortada ante esta respuesta. Mas, recobrándose un poco y dando á su tono y semblante aires de severidad, exclamó:

—Mira, sobrino, que pienso que no nace tu impaciencia sólo del deseo de conocer tu sangre, y que así me tenga Dios en su ánimo, creo que esos amores te tienen loco, causarán tu desgracia y la muerte de tu tía.

Y salió de la pieza para que el sobrino no viera sus lágrimas.

Anochecía cuando el padre Manrique dejaba la casa de Valcárcel, y aunque tenía de su Prior licencia para recogerse en casos de necesidad bien entrada la noche, considerando que no había dado fin á sus tareas en aquel día, avivó el paso, encaminándose derechamente á la calle de la Concepción Jerónima, casi enfrente del convento de religiosas de este nombre, debido á la piedad de

la famosa doña Beatriz Galindo, *la Latina*. Llamó en la puerta de una casita de un solo piso con dos balcones, que tenía en el portal y tienda adjunta un pobre zapatero. Eran los balcones de la casa tan bajos que casi se tocaban con la mano, y lo que es una persona de buena estatura y flexibilidad de miembros de seguro podría saltar por allí dentro de la vivienda.

Salió á recibir al fraile una mujer de bastante edad y humildemente vestida. Manifestó sorpresa, pero no se atrevió á embarazarle el paso. Entró él en la antesala diciendo simplemente:

—Prevenid á vuestra ama.

Y se alzó la cogulla dejando el rostro descubierto.

Apareció la dueña de la casa con un velón de azófar en la mano. Ya la conocemos; era la misma que hemos visto salir de la misa de la Victoria; esto es, doña Leonor de Unzueta.

No se mostró menos sorprendida que su criada, y exclamó con voz algo vacilante:

—¡Jesús, padre! ¿Es á mí á quien deseáis hablar? Pasad, no estéis á la puerta.

Siguió ella delante hasta penetrar en una salita de un solo balcón, aunque más larga hacia el fondo de la casa. Puso el velón sobre un bufete de caoba con tapete de cañamazo, y sin subir al estrado, que tenía cubierto de una alfombra más fina que la del resto de la habitación, sentóse en una silla á la vez que señalaba otra al fraile, que

la colocó de modo que estaba casi enfrente de la dama.

La cual no desdecía del favorable que de sus prendas naturales habían formado á la mañana los que la nombraban con misterioso recato. Al contrario: el natural descuido en su tocado la figuraba más joven y agradable. Ceñía su cuerpo un jubón de terciopelo azul ya traído, cerrado, con gran número de botones de cristal, que terminaba en el cuello por una graciosa golilla de randas, igual á los vuelos de las mangas, sin más adorno que unos lomillos en los hombros, y una saya ó manteo de raja de Florencia, guarnecida con ribetes de terciopelo y trencillas de seda plateada.

Pero en nada de esto reparó el fraile, que, yendo en filo á su asunto, dijo:

—Os pido, ante todo, señora, mil perdones por la hora en que me presento. Soy el padre Manrique, del convento de San Jerónimo del Paso, y necesito hablaros un instante enteramente á solas—añadió, mirando á la puerta del gabinete.

—Sola estoy, padre. Mi criada, allá en la cocina, no podrá oir lo que tengáis que decirme.

—Una elevada persona —comenzó él—, que se interesa por un joven á quien conocéis, me envía á fin de haceros una propuesta que, si atentamente miráis á vuestra conveniencia y sin ofensa de Dios ni del prójimo, no podrá menos de satisfaceros.

—Aguardo á que os declaréis.

—Pues bien: se trata de Julián Valcárcel. La persona que os he dicho conoce vuestros amores con ese joven; sabe también que hasta ahora no han rebasado los límites de una afección honesta, y como supone que no tendréis acerca del referido galán ningún proyecto serio, desea que continuéis entreteniéndole de la misma suerte en un período que no excederá de un año. A cambio de este servicio podréis elegir entre una buena dote, si queréis entraros religiosa; la misma ó mayor suma si al cabo del plazo dicho tenéis con quién casaros, ó, si deseáis permanecer soltera, una cantidad anual que baste á vuestra subsistencia asegurada en forma.

Al comienzo de este discurso habíase puesto doña Leonor densamente pálida, y al acabarlo estaba roja como una amapola. En su mirada brillante y fija reflejábase la indignación que requemaba su pecho. Contúvose, sin embargo, y con voz temblorosa y hueca articuló, no sin dificultad:

—Y ¿no podré saber qué objeto se propone esa persona con semejante fingimiento?

—Pero ¿no lo adiviináis?—dijo el fraile—. Apartar á don Julián de cualquier otro compromiso de amor que inutilice los propósitos que dicha persona tiene sobre este joven.

—Pues ¿no hubiera sido más sencillo y breve —exclamó doña Leonor sin poder reprimir la explosión de sus celos, que esa *persona*—y acentuó la palabra—procurase atraérselo directamente?

¿O tan fea es que sólo espera obtenerlo en un instante de aburrimiento y despecho?

Soltó el fraile una sonora carcajada, y repuso:

—Los celos os hacen delirar, doña Leonor. ¿Quién os ha dicho que la persona aludida sea una mujer? ¿Me creéis capaz de traeros semejante embajada? Sosegaos. Se trata sólo de la mayor honra y dicha de don Julián.

Algo más tranquila por este lado, comenzó doña Leonor á meditar en las palabras del fraile, ya desde el otro punto de vista. Observábala aquél de reojo, esperando con calma su respuesta, que, al fin, salió á tropezones y con tristes acentos de la boca de la dama.

—He sido mala, padre; pero no creo haberlo sido tanto que merezca el ultraje que vuestra proposición me infiere. Cuando mi propia madre y toda mi familia me rechazan, Dios sabe cuán injustamente; cuando el vulgo, que no ve más que lo externo de las cosas, me infama y calumnia, y llega un hombre generoso que me ofrece un amor digno y honesto, en pago de acción tan heroica ¿había yo de engañarle tan vilmente y engañarle por dinero? Veo que no me conocéis, padre. Si se me demuestra que la honra y felicidad de Julián dependen de que rompa toda comunicación y trato conmigo, estoy pronta á ello, le rechazaré, fingiré no amarle —añadió llorando—; pero engañarle, ¡nunca!

—¿Qué os proponéis entonces? ¿Pensáis casaros con él?

—¿Casarme? No... no sé... Nunca he pensado en eso. Sólo atendí á agradecer su noble y sincero afecto, á amarle yo... A satisfacer esta necesidad del corazón que, por lo visto, sólo á mí se me quiere negar.

Quedóse el fraile un poco desconcertado, y murmuró:

—En fin, no sé por qué me figuraba que desde luego no accederíais... Veo que la cosa es más seria de lo que se pensó—añadió en voz más baja; y luego, con más claridad y con acento paternal—: Señora, conozco que os calumnian y casi me alegro, pues de este modo satisfaréis en vida por las faltas que hayáis podido cometer, si á Dios place.

Después de una corta pausa, y volviéndose más directamente á la joven, preguntóle:

—Y ¿habéis referido á don Julián todo vuestro pasado?

—Absolutamente: como os lo hubiera referido á vos si me oyeseis en confesión ante el Señor que está en los cielos.

Callaron ambos un buen rato; y levantándose el padre Manrique, dijo:

—Está bien, señora. Como ya es tarde me retiro con vuestra licencia.

—Adiós, padre. Rogad por mí á la Virgen María.

—Sólo Ella, en efecto, puede sacaros del laberinto en que os habéis entrado—repuso el fraile riéndose.

Salió, y cuando bajaba la escalera iba murmurando:

—¡Diantre de mujer! Difícil habrá de ser el persuadirla.

Siguió á paso vivo el camino del convento. Llamó fuerte con la gruesa armella del portón; dió su nombre y subió rectamente á su celda, donde se puso á escribir con rapidez. Cerró la epístola, pues carta misiva era; y en el sobreescrito estampó solamente estas palabras: "*Reservada.* Para Su Excelencia."

CAPITULO IV

NOCHE TOLEDANA

La casa en que el capitán Mansilla y su primo don Lope se alojaban, en la calle de Atocha, frente de los Trinitarios calzados, era una de las que se llamaban *posadas secretas,* y responden, poco más ó menos, á las actuales casas de huéspedes. Como entonces no se conocían los grandes hoteles y fondas, estas posadas eran lo mejor para hospedaje de gente formal y de respeto, sobre todo parangonadas con los sucios y ruidosos mesones.

Habíales cabido en suerte á los dos leoneses una vivienda espaciosa y clara. Tenían en medio de sus gabinetes una sala no mal dispuesta, común á entrambos, que servía para descanso y visitas y podían aún disponer de más piezas que destinaban á guardarropa y otros usos, amén de las que en la planta baja corrían bajo la inspección de Grajales, que cuidaba de los caballos en que solían ruar los galanes.

Sus gabinetes encerraban lo suficiente para la comodidad: escritorios salamanquinos; bufetes

con todo su avío y parergo; sillones de brazos y taburetes. En las alcobas sendas camas de madera de nogal, de columnas con su colgadura de lana en invierno y gasa en verano, compuesta de cielo y goteras con cenefa y fleco, cinco paños con recamos y franjas y rodapiés también con flocadura y telliza de igual clase. Las paredes y el suelo cubiertos con tapices de los mejores de nuestras fábricas de Alcaraz y Cuenca. En resolución: no siendo en casa propia no podían hallarse mejor instalados.

Gobernaba esta hospedería un antiguo cocinero de casa principal, valenciano, casado con una arrogante moza vascongada que había servido en la misma casa; y con sus ahorros y la ayuda de sus antiguos amos pudieron montar la posada en que no les iba mal, porque sólo admitían huéspedes bien recomendados.

Preciábanse marido y mujer de buenos cocineros; él en la gran cocina, la científica y regia, formulada en sus libros excelentes por Diego Granado y Francisco Martínez Motiño (y no Montiño, como suele llamársele), cocinero mayor del rey; y ella en disponer y aderezar los platos comunes y regionales, sin excluir los de la patria misma de su cónyuge.

Así es que cuando don Lope les dió orden de preparar el banquete en celebración de su título de abogado, propusiéronse dejar bien puestos el nombre de su casa y su habilidad coquinaria.

Con la antelación debida se proveyeron de lo

necesario, pidiendo en casa de su antiguo amo la plata que les hizo falta; y aunque no bajaban de ocho los comensales, todos tuvieron en cada servicio su vaso, cuchara, tenedor y cuchillo y platos trincheros y de postre suficientes del metal referido.

Además, sobre la mesa, cubierta de níveo mantel alemanisco, con su largo fleco deshilado colgante, refulgían salvas y talleres con sus saleros, mostaceros y azucareros; limetas, garrafillas, picheles y jarros agallonados para la malvasía y otros vinos dulces, hipocrás y aguas refrigerantes, todo del propio argénteo metal.

Alumbraban la mesa dos grandes velones de azófar de á cuatro mecheros, con su pie cuadrado, garrillas, nudete y avivador para su buen manejo y gobierno.

Don Félix de Mansilla había convidado á un capitán amigo suyo y don Lope á otro condiscípulo y amigo á quien casualmente se había tropezado la víspera, así como don Juan de Salas á un poeta dramático de algún renombre llamado don Felipe Jalón, también amigo de don Lope, que con el capitán don Fernando del Rosal y el maldiciente don Luis de Luna, ya invitados en la casa de conversación, formaban el número dicho.

Al cerrar la noche abandonaron el Prado, como los demás paseantes, pues las de Marzo no son muy agradables en aquel sitio, y subieron calmosamente la calle de Alcalá, pensando recoger en el camino á los otros convidados, en lo que recibie-

ron engaño, porque ya los esperaban en casa, y antes de las ocho entraban en ella, bien dispuesto el estómago para saborear la cena.

Grajales y otros criados del hostelero, después de recoger las capas y las espadas, sirviéronles aguamanos y toallas perfumadas, según forzosa costumbre, y sentáronse á la mesa, descogiendo cada cual la bien cumplida servilleta alemanisca. Grajales, adiestrado con anterioridad, pudo ejercer las funciones de trinchante ó maestresala en el entonces complicado y grave "arte del cortar del cuchillo", como había escrito don Enrique de Villena.

Diéronles primero unas escudillas de caldo ó "substancia" y en seguida uno de los platos más celebrados á la sazón: el famoso jigote de pierna de carnero, que maestre Vicente Cañaveras, dueño de la casa, se gloriaba de guisar con la misma finura y suavidad que Juan de Mesones, su inventor ó perfeccionador, cocinero que había sido de la reina Margarita.

En un santiamén desapareció el jigote, reemplazado con unas pollas de leche rellenas sobre sopas doradas, que, despedazadas al vuelo por Grajales, hicieron su ingreso triunfante en la mesa, donde fueron recibidas con aplauso. Como bocado fuerte que era exigía remojarse con vino de Alaejos, que fué el que sirvieron en los capaces vasos cubiletes.

Para suavizar el camino á un gran plato de liebre enlebrada, dispuesto por la señora posadera,

trajeron en braserillo cubierto unas alcachofas tiernas, aderezadas con jarretes de tocino que les obligaron á beber con repetición y sin aluquetes, pidiendo algunos vino de Esquivias y de San Martín. Y no eran estos los únicos que el buen Cañaveras tenía en las empegadas tinajas de su cueva, pues ofrecía servirles el suave de Coca, el fresco Ribadavia y el blanco de Yepes, según así se lo mandó advertir por Grajales.

Satisfecha la apremiante necesidad, siguió la comida con más parsimonia y soltáronse las lenguas, comentando los sucesos del día, según las preocupaciones ó el gusto de cada uno. Hablóse de los armamentos que se hacían para contener la entrada de los franceses, resueltos á vengar el descalabro de Fuenterrabía, por el mismo camino, si bien el capitán Rosal, dijo:

—No creo que intenten repetir la aventura, porque les daría el mismo resultado: las plazas están proveídas y las tropas de Castilla y Aragón apercibidas al socorro. Más bien presumo que la entrada sea por Cataluña, que tenemos poco guarnecida, por la resistencia de los naturales á admitir tropas castellanas.

—He oído decir —agregó el otro capitán amigo de Mansilla— que el famoso Monseñor de Sourlis, arzobispo de Burdeos, lobo más bien que pastor, conducirá tropas de desembarco á la Coruña.

—Se contentarán, y aun lo dudo, con maltratar la plaza —dijo Mansilla—; pues si pretenden

internarse en aquel país no volverá un soldado á Francia.

—Y en esta incertidumbre —añadió don Juan de Salas—, ¿á qué responde el viaje de Su Majestad á Aragón y Cataluña?

—A sacarles dineros, que es lo único que desvela al Conde-Duque—insinuó don Luis de Luna.

—Sin embargo —repuso don Lope— hace ya mucho que no se celebraron cortes en aquellos reinos y bueno será no olvidar tan saludable práctica.

—Con motivo ó pretexto de ese viaje —dijo Rosal— es por lo que han mandado venir á todos los caballeros de las órdenes. Vos, don Félix, habéis sido de los primeros en acudir.

—Yo vine antes de recibir aviso —contesto éste—, porque deseaba volver á Flandes; pero en el Consejo de las Ordenes me dijeron que debía procurar quedarme en España, donde serviría con menos fatiga, pues se empeñan en que no estoy bien curado.

Al menos no estáis tan bien de carnes como antes de ser herido. Pero desde que residís en Madrid os hallo mucho mejor que á vuestra llegada.

—Será la buena cocina de maese Cañaveras —dijo Mansilla riéndose.

—O las satisfacciones de amor—interpuso el capitán Ocejo.

—Si eso fuese estaría hecho un esqueleto.

—¿Tan mal os tratan?—arguyó el mismo capitán.

—Ni bien ni mal —afirmó don Lope—. Sabed, señores, que mi primo ejemplifica el título de la comedia *Amar sin saber á quién*. Tres veces hemos estado sobre el rastro de la bella desconocida y tres veces la hemos perdido: la última por un exceso de cortesía de don Félix.

—Es mala cosa á veces la cortesía —dijo el poeta Salas—. Propongo un brindis en honor de la dama misteriosa, y á que nuestro amigo obtenga su gracia antes de marchar al ejército, á fin de que pueda invocar su nombre en los combates "porque le acrezca el corazón", como dijo el Rey Sabio.

—Nunca más oportuno ese brindis —exclamó el de Luna— que en la buena compañía del suculento frasi de ternera que acabamos de saborear.

Hicieron todos la razón, y después de unos pastelillos saboyanos, comenzaron á servir los postres, llevando la delantera, conservas, suplicaciones y unas exquisitas almojábanas de queso, saturadas de hierba buena y seguidas de una hojosa ginebrada dorada en el horno.

La venida del manjar blanco, plato de los dioses, al decir del autor dramático don Felipe Jalön, fué el momento elegido para escanciar los vinos de malvasía, Cariñena y Málaga en pequeñas tembladeras de plata.

—Muy silencioso os hallo hoy, insigne poeta

—le dijo su amigo Salas—. No será porque os hayan silbado alguna comedia, pues faltan más de quince días para abrirse los corrales.

—No por cierto, sino que ayer noche han dado unas cuchilladas á un buen amigo mío, de que está en gran peligro. Fuí á verle esta tarde y la compasión me desazonó para mucho rato.

—Es lastimoso —dijo el capitán Rosal— el número de muertes violentas que suceden cada día. Achacan estos delitos á soldados; pero yo pienso que son ladrones y rufos, que en esta época de movimiento de tropas se entran en las ciudades á sus fechorías.

—Poca vigilancia de los alcaldes de corte —arguyó Salas— alienta esos desmanes que suelen quedar impunes. Podrían evitarse muchos si escrupulosamente fuese cumplida la orden que hay para recoger las armas á los que de noche y sin necesidad andan con ellas.

—Eso quiso hacer —interrumpió riéndose don Luis de Luna— el corregidor de una ciudad del Arzobispado de Toledo, y saliendo una noche en compañía de dos alguaciles acercósele un burlón que le dijo: "—¿Es vuesa merced el que mandó quitar las armas? Sí, tal, respondió con altivez el Corregidor: ¿qué hay por eso?" Y el otro agregó: "—Pues bien podíais quitarme unas corazas que tengo empeñadas en casa del pastelero."

—Peor le sucedió á uno de esos gracejantes —añadió el capitán Ocejo—con cierto alguacil que hacía lo mismo en un pueblo de Aragón.

—¿Cómo fué ello?—interrogó Luna.

—Iba para su casa con un jarro de vino el bufonista, que era sastre, y pasando cerca del alguacil fingió embarazarse para ocultar lo que llevaba. Notóselo el ministro y díjole: "—¿Qué armas lleváis?—Un puñal", respondió el sastre. "—Entregadlo al punto." Y descobijándolo conoció la burla. Pero sin alterarse, tomó el jarrillo, llevóselo á la boca y bebió todo el vino, diciéndole, al devolvérselo vacío: "Tomad: os hago gracia de la vaina."

—Fuera donaires —insistió Salas—, no es menos cierto que tales desmesuras y muertes en esta corte se repiten con escandalosa frecuencia.

—Y aun por eso —continuó don Luis, que parecía algo asomado—el padre José Butrón que, como sabéis es uno de los poetas más agudos de esta era, dijo el otro día de repente:

Matan á diestro y siniestro;
matan de noche y de día;
matan al Ave-María,
matarán al Padre Nuestro.

Rieron la gracia, y Salas añadió:

—El buen padre Butrón, como ve celebrar sus dichos y versos, va entrando ya en terreno más resbaladizo: "A sátira se va su paso á paso", que dijo el poeta. Algunas de las que corren contra el gobierno de esta monarquía y especialmente contra el Conde-Duque de Olivares, que se atribuyeron á Quevedo, antes de su prisión, son suyas. Y á propósito de Quevedo. Capitán Mansilla,

acordaos de que me ofrecisteis referir vuestra reciente visita al cautivo de San Marcos de León.

—¿Cómo?—exclamó don Luis de Luna—. ¿Este caballero ha hablado recientemente á aquel hombre insigne?

—Sí—dijo el Capitán—. Mi primo y yo fuimos á verle hace unos tres meses. Yo como compañero de hábito me ofrecí á su mandado, y el señor don Lope, como afecto á las letras, gozó también su plática. Le hallamos harto decaído; nos dijo ser su enfermedad más de tristeza y aburrimiento que de otra cosa. Está muy descontento de los frailes, que le muelen á sermones diciéndole que se arrepienta y vuelva los ojos á Dios, cual si fuese un luterano, y añade que son unos ignorantes con quienes no se pueden tratar cosas de entendimiento. Confía en que se formalice su proceso, de lo que hasta el presente nada se le ha dicho, y como nada puede probársele, salir pronto absuelto y libre del encierro.

—Fué uno de tantos actos de execrable tiranía perpetrado por Conde-Duque—gruñó el de Luna.

—Sin embargo—repuso el capitán Rosal—, la falta es grave. El Rey halló debajo de su servilleta una poesía en que, además de ultrajar á Olivares se desacataba al monarca mismo.

—Pero no merecía castigo tan severo—afirmó don Lope—. Al principio se le encerró en un calabozo húmedo y obscuro.

—Aquí anduvo como cierta la especie de que le habían degollado.

—No llegarán á tanto —siguió don Lope—. Olivares no se enteró de que los versos eran de Quevedo más que por confesión amistosa que supo arrancarle; don Francisco, en público, negó siempre que fueran suyos. Y el Conde-Duque debería haber considerado que se trata de un hombre ilustre, que honra á la patria, que le produjo y que además es ya sexagenario. Nadie, juzgo, aplaudirá en adelante esta persecución contra quien, por lo mismo que es ya conocido por su carácter festivo y maleante, poco daño podía causar con sus desenfados satíricos.

—Vaya, señores —exclamó don Juan—; ya que nuestra comida llega á su término, no la entristezcamos con asuntos de esa índole. Bebamos para empujar esta gustosa ginebrada y estos deliciosos bollos maimones que las delicadas manos de la patrona, rival de la más almibarada monja de Constantinopla, han compuesto y ella nos ha remitido como sainete de tan copiosa cena. Sin duda, con ellos pretende acabar de ganarnos la voluntad, según virtud misteriosa que á estos bollos atribuyen el vulgo y aun gentes que no lo parecen.

Todos brindaron por que el anfitrión se viese pronto con la garnacha, y se levantaron de la mesa, proyectando cada cual lo que haría.

Don Lope, don Juan de Salas y el de Luna declararon irse hasta cerca de medianoche á casa de un rico italiano que celebraba semanalmente en su casa academias poéticas, á que asistían bue-

nos ingenios. El autor dramático y el capitán Ocejo, que se retiraban á sus casas.

Don Félix ofrecióse á acompañar al capitán Rosal hasta la suya, que era en la calle de Toledo, enfrente de San Isidro. Fuéronse los demás y quedaron los dos últimos esperando á que Grajales, que los había de acompañar, se desocupase. Púsose don Félix un traje de noche, de color, incluso el ferreruelo; ciñóse al pecho un fuerte coleto de cordobán y, tomando una rodela barcelonesa, salieron á la calle.

Estaba la noche obscura, y como Madrid carecía de alumbrado público, no era fácil transitar por algunas calles, aparte de otros peligros, por los inconvenientes del mismo suelo, desigual y lleno de guijarros, y á veces por otros mayores obstáculos.

Sin ningún tropiezo llegaron á casa del capitán, á quien dejaron en ella, volviéndose en dirección á la suya. Mas, apenas habían embocado la calle de la Concepción Jerónima, oyeron una música no desacordada de instrumentos y voces. Dijo don Félix á su criado:

—Detengámonos un momento para no interrumpir este agradable solaz que, sin duda, un amante proporciona á su dama.

Arrinconáronse en uno de los huecos que formaban las paredes del convento y estuvieron corto rato oyendo los cantores que entonaban un sentido romance de amor. Pero antes de acabar el canto con los usuales pasos de garganta, ni de

hacer los tañedores sus *diferencias* y *falsas sonoras* en las guitarras y vihuelas, comenzó á llover sobre ellos tal nube de piedras salidas de lo obscuro, que á más de quebrarles los instrumentos hubieron de descalabrar á alguno, porque, dando voces, apeldaron respailando calle arriba, y Dios sabe dónde pararían. Oyóse entonces una voz enérgica que exclamaba, dirigiéndose á los malhechores:

—¡Villanos y cobardes! A mí es á quien debíais acometer cara á cara y no á esos pobres músicos.

—Ahora veremos quién es el villano—respondieron á la vez que tres hombres se despegaban de las paredes de otro costado del convento.

—¡Vive Dios, que son tres contra uno!—exclamó don Félix—. Fuerza será socorrerle. Anda, Grajales.

Pero Grajales no se movió. Un miedo insuperable se apoderó de él, y sólo con la mirada pudo seguir á su amo, que de un salto se puso al lado del agredido, diciéndole:

—¡Animo, caballero, y acabemos con estos viles asesinos!

Sin verse casi lidiaban con desapoderada furia los contendientes. A poco la espada de don Félix penetró en el cuerpo de uno de los malsines, que cayó al suelo, gritando:

—¡Jesús! ¡Confesión! ¡Confesión!

Y en el mismo instante un tropel de alguaciles y corchetes con linternas y varas cortas llegaron

á escape al lugar de la pelea. Los agresores, apenas vieron las luces y oyeron los pasos y voces de los ministros, desampararon el campo y á carrera tendida lanzáronse en dirección á la calle de Toledo.

—¡En nombre del Rey!—gritaron los alguaciles—. ¡Abajo las espadas!

Inclináronlas, efectivamente, y al acercarse los ministros con las linternas á reconocerlos y desarmarlos, ayudador y ayudado viéronse y reconocieron, exclamando:

—¡Capitán!

—¡Valcárcel!

Los alguaciles, repitiendo siempre "¡En nombre del Rey!", pidieron sus espadas á los dos caballeros, que las entregaron, diciendo don Félix:

—Ante ese nombre sagrado no hay resistencia. Aquí está la mía.

—Y la mía.

Examináronles los alguaciles con cierta curiosidad, y un corchete exclamó:

—Aquí hay un hombre muerto.

—No está muerto—dijo otro que se doblegó á reconocerlo—; aún se queja.

Inclinóse hacia él uno de los alguaciles; mas á poco se levantó, exclamando:

—¡Toma! ¡Si es Roque Núñez! ¿Cómo se hallaba aquí? ¡A ver, mirad lo que tiene!

Entre dos de los porquerones le desabrocharon el jubón y la camisa; restañaron la sangre de la herida y la limpiaron; y uno de ellos, que al

parecer tenía algún conocimiento en la materia, la estuvo catando y moviendo al doliente. Luego, sacando del bolsillo una larga venda, se la ciñó por el pecho con el esmero de un hábil cirujano; le abrochó parte del jubón y, levantándose, dijo al alguacil que había identificado al herido:

—Un buen pinchazo; pero no lo creo de peligro.

Entonces el alguacil ordenó:

—Tomadlo entre cuatro y conducidlo á la cárcel de corte, que está bien cerca. Allí se le podrá curar mejor.

Y, dirigiéndose á los jóvenes, añadió:

—Vuesas mercedes, caballeros, se vengan con nosotros ante el señor alcalde, quien resolverá lo que ha de hacerse.

Sin hablar palabra empezaron á caminar en medio de la fuerza cuando, á pocos pasos andados, divisaron otra ronda que venía en sentido contrario y que al sentir el ruido de la que subía aprestó sus linternas. Los de abajo gritaron:

—¿Quién va?

—Ronda del alcalde — contestaron los de arriba.

Acercáronse unos á otros, y el alcalde, viendo conducir al herido, preguntó:

—¿Qué ha sido eso?

Adelantándose don Félix, respondió:

—Yo lo diré, que quizá lo sé mejor que nadie. Este caballero, que está á mi lado, daba una música ahí abajo, cuando tres malhechores que esta-

ban escondidos en los huecos que forman los muros del convento, no solamente apedrearon y espantaron á los cantores obligándoles á la fuga, sino que, espada en mano, trataron de asesinar á este valiente joven que les hizo frente. Por casualidad pasaba yo por la calle hacia mi casa y le presté ayuda, derribando á uno de los asesinos, que es el que va ahí; por él sabréis quiénes son los otros que huyeron al ver las luces de los ministros.

—Eso mismo dijeron, en efecto, unos músicos que llenos de pavor iban corriendo allá arriba y fueron detenidos.

Y tomando el alcalde una de las linternas acercóla al rostro de don Félix con curiosidad y luego al de Valcárcel. Pero, al ver á éste, exclamó muy sorprendido:

—¿Vos?

Apartó vivamente la linterna; retiróse algunos pasos con uno de los alguaciles, y diciendo á los que conducían al herido que anduviesen, fué él delante con el grupo de ministros que le había acompañado.

El alguacil que llevaba las espadas, dijo á los suyos:

—Seguid también vosotros, que yo tengo que comunicar á estos caballeros algunas órdenes del señor alcalde:

Hiciéronlo así, y el alguacil, vuelto al capitán y su amigo, les dijo respetuosamente:

—El señor alcalde me ha ordenado que os en-

tregue las armas, os deje en libertad y os acompañe adonde gustéis.

Diéronle gracias y rogaron se fuese con los otros, pues no creían necesitar de auxilio.

Al quedarse solos abrazó estrechamente Valcárcel á don Félix, diciéndole:

—Capitán, mi vida es vuestra, pues me la habéis dado esta noche.

—Pero ¿se puede saber—dijo éste—qué diablos hacíais aquí á esta hora?

—Vive en esta calle una dama á quien sirvo...

—¡Ah, ya! Ahora recuerdo que don Juan de Salas nos dijo que estabais muy herido del niño flechero. Pero ¿qué objeto se propusieron los bellacos que de tal modo interrumpieron vuestro inocente deporte?

—Solamente darme muerte. ¿Sabéis quiénes eran?

—No, por cierto; ni siquiera les he mirado la cara por no ensuciar los ojos.

—Pues dos de ellos eran el don Marcos del Río y su compadre el jugador que en la casa de conversación sacó la espada en favor suyo. El herido es un pobre diablo á las órdenes de don Marcos en su oficio de espía.

—Pues entonces considero casi providencial mi venida á estos lugares, ya que por mi causa os habéis enemistado con ese hombre.

—Ya lo estaba. Muchos días ha que se ha interpuesto en mi camino pretendiendo á la misma

mujer á quien amo; de suerte que uno de los dos tendrá que desaparecer.

—En ese caso mucho temo por vos, pues ya sabéis que

el leal no vive más
de lo que quiere el traidor,

y el suceso de esta noche lo acredita. Y es enemigo tanto más peligroso y temible, cuanto que, ocupando un puesto de confianza y autoridad como el suyo, puede haceros caer en cualquiera celada política.

—De eso es justamente de lo que estoy libre. En su oficio público es en lo que nada puede contra mí. Quiso ya notarme de sospechoso ante el Gobierno, y se le dijo que de mí no se cuidase hiciese lo que quisiere. La misteriosa protección que me circunda y defiende me hace invulnerable á las calumnias y asechanzas de ese malvado.

—Es cierto y bien lo hemos echado de ver. Y á propósito: ¿conocéis al buen alcalde que acaba de librarnos de los corchetes?

—Absolutamente no.

—Pues harto demostró él conoceros.

—Así parece, aunque no atino de dónde proceda...

—Efectos serán de la misma causa.

Apareció en esto Grajales, tímido y silencioso, aunque con rostro alegre y risueño. Díjole su amo:

—Si no fueras tan cobarde, serías el fénix de los criados.

—No ha sido falta de ánimo, señor, lo que me ha tenido fuera de la pelea, sino admiración de tu habilidad y gallardía. Si yo me hubiera mezclado habría deslucido tu asombroso juego. ¡Ahí era nada ver cómo bailaban aquellos pícaros para defenderse de vuestras certeras cuchilladas!

—Ahora bien, señor capitán—dijo Valcárcel—; es cerca de medianoche; bueno será que nos separemos.

—No lo haré—respondió Mansilla—sin que os deje á la puerta de vuestra casa. Somos dos para volver y vos no más que uno.

—Será un nuevo favor que anotaré en la cuenta de mi gratitud.

Caminaron á buen paso, llegando en breve. En lugar próximo á la casa vieron dos sombras que, según los galanes iban avanzando, retirábanse ellas hasta desaparecer por completo.

—Ellos son —dijo Valcárcel—; han huído al ver que no venía solo.

—Eso prueba que no ha sido sin acierto el acompañaros.

Media hora después, ya tendido el capitán en su lecho, decíale á su primo que, esperándole, no había querido acostarse:

—¡Vaya un día, mi querido Lope!

CAPITULO V

EL CORAZÓN DE DOS MUNDOS

Muy cerca sería de las once de la mañana de uno de los últimos días de Marzo, diez ó doce siguientes á los sucesos narrados, cuando el capitán Mansilla y su adicto é inseparable primo don Lope de Toral y Guzmán, doblando la esquina de la iglesia de Santa María de la Almudena, daban vista al real Palacio, el antiguo alcázar de Madrid, y se dirigían á él resueltamente.

Una gran multitud de toda casta de gentes bullía y se agitaba en la plazuela abierta delante de la fachada Sur, que era la principal, como hoy sucede, aunque sin verjas ni edificios adyacentes que le interceptasen la vista. Esta plazuela eran las célebres *Losas de palacio*.

El viejo alcázar de los reyes austriacos (que se quemó casi enteramente la Nochebuena de 1734 y tardó treinta años en ser reedificado con nuevas planta, figura y tamaño) más que palacio era una incontable serie de construcciones menores que encerraban dos grandes patios centrales, sin otros pequeños destinados á dar luz á las habitaciones.

La fachada del Mediodía avanzaba algo más que la del edificio actual, y obstruyendo el paso de lo que es hoy calle de Bailén, seguía por la que ahora es Plaza de Oriente, que llenaba casi toda, continuando sus paredes por la calle de San Quintín á unirse en el costado Norte del palacio que hoy existe. La pared del Oeste ocupaba el mismo lugar que al presente y estaba asentada sobre robustos cubos y otros fragmentos de la vieja muralla de la villa y su ciudadela.

El costado del Sur ofrecía un vasto frente de dos pisos altos con veintiocho balcones cada uno, una gran portada en el medio y á los lados dos torres cuadradas de altura y aspecto desiguales. La del Suroeste, llamada *la Torre dorada* y *Torre del Rey,* construída por Carlos V y acabada por Felipe II, formaba esquina y tenía tres pisos (además de un pequeño entresuelo) con tres balcones en cada uno y en cada frente, y terminaba en agudísimo chapitel con ligera veleta. Sus balcones, por el Sur y el Oeste, daban sobre un jardín cerrado por una alta pared que limitaba por este lado la gran plaza del palacio.

La torre de la derecha ó *de la Reina,* tenía igualmente tres pisos de á tres balcones, pero sin chapitel ni entresuelo. Había sido levantada por Felipe II y ampliada por la villa de Madrid en vida de la reina Margarita, esposa de Felipe III.

El cuerpo central de este frontis Sur del edificio, que sobresalía un poco, tenía en cada uno de sus dos pisos tres balcones mucho más separados

y de mayor tamaño que los demás y terminaba en un ático cercenados los costados en arco y cubierto con un tejadillo bajo del que se ostentaba el escudo regio en gran tamaño. La puerta monumental, única que con dos grandes ventanas de rejas doradas, á los lados había en esta porción de edificio, servía para la entrada de los reyes y actos de gran solemnidad. En el lienzo correspondiente al cuarto de la Reina existía otra puerta sencilla que ofrecía ingreso al patio principal y encima de este lienzo un enorme guardillón destinado á servidumbre de la Reina, que daba extraño y feo aspecto al palacio por este lado. Después seguían las cocinas y otras muchas dependencias, dando vuelta hasta enlazarse con el *Jardín de la Priora.*

En torno del patio principal estaban las salas y secretarías de los Consejos de Castilla, Aragón, Estado, Guerra, Italia y Portugal. El otro, también muy espacioso, daba acceso á los Consejos de Indias, Ordenes militares, Hacienda, Contaduría mayor y Salón de Reinos. Este, los Consejos de Estado, Castilla y algún otro estaban en el piso principal; los demás, en la planta baja. Todos los grandes locales necesarios para estas oficinas iban extendiéndose y prolongándose, enlazados entre sí por galerías y corredores, hacia la parte Norte del conjunto, donde también Felipe II había hecho construir torres con agudos chapiteles.

Casi toda la fachada meridional, como se ha dicho, estaba aplicada á las habitaciones de las rea-

les personas. En las primeras salas del cuarto del Rey asistían las guardias española, tudesca y de archeros. Seguía luego el gran salón en que el monarca abría las Cortes y daba su respuesta á los procuradores de ellas; recibía los embajadores con solemnidad y alguna vez á los Consejos reunidos. En lo que se llamaba *la cámara* comía el Rey en privado, recibía á los cardenales y presidentes de altos cuerpos, prestaban juramento virreyes y capitanes generales de mar y tierra y oía particularmente á los embajadores.

Más adelante, en otra gran sala de ciento setenta pies de largo por treinta y cinco de ancho. comía el Rey en público, se representaban comedias y se hacían máscaras y otras fiestas cortesanas.

Hacia el Noroeste estaban las habitaciones regias de verano: en una de ellas murió Felipe IV, el 17 de Septiembre de 1665. Este mismo Rey, en las nuevas construcciones que mandó hacer en la parte Este de palacio y caían sobre los jardines de la Priora, se reservó algunos locales para comer y dormir en completo aislamiento y entrar y salir de secreto.

La capilla se hallaba casi en el centro de toda la fábrica, entre los dos patios principales. Era muy espaciosa, y, amén de famosas pinturas, encerraba miles de joyas, alhajas y objetos preciosos que fueron presa del fuego en 1734, pues casualmente por esta parte tuvo comienzo y se cebó con mayor furia antes de que pudiera acudirse al re-

medio en aquella triste noche. Terminaba en una torrecilla en que había un reloj de campana muy sonora.

Viniendo ya hacia lo exterior, después de muchas salas y retretes, se entraba en una extensa galería llena de pinturas y muebles de insigne riqueza, y al lado estaban el dormitorio y despacho reales de invierno, ya en la torre dorada. Una escalera especial conducía al jardín del Rey, donde, á más de estatuas y templetes, se admiraban unas "cuadras" pintadas de mano del Tiziano con temas mitológicos y en una de ellas la célebre mesa de jaspe y piedras de colores y calidad muy diversas, que San Pío V envió á Felipe II y hoy se conserva en el Museo de Pinturas (sala grande) del Prado. Unido á estas cuadras corría un pasadizo secreto formado de azulejos y ornado de estatuas por donde se bajaba al Parque y á la Casa del Campo.

Las habitaciones de la Reina, sus hijos, damas y camaristas tenían, como es natural, menor extensión y estaban de otro modo dispuestas cerca de la real capilla y del guardajoyas. En junto, las piezas habitables del real alcázar no bajaban de quinientas.

Las caballerizas, que limitaban también la plaza de Palacio por el lado Sur, estaban en la nueva que hoy se ha hecho entre la catedral en construcción y la plaza de la Armería, y próxima á ellas la Casa de los pajes.

Gozaban estos inmensos edificios reales dos

principales desahogos, amén de algunos jardinillos, como el ya indicado del Rey, y eran: el llamado *Jardín de la Priora,* al Este, ocupando mucha parte de la actual plaza de Oriente, con fuentes, árboles frutales, toda suerte de recreos campestres y un Juego de pelota; y otro al Oeste, que llamaban *el Parque,* que era toda la bajada de Palacio, desde la Puerta de la Vega, siguiendo por el río, hasta la Cuesta de San Vicente, recién abierta entonces y ya en las afueras de Madrid.

Cerca de la puente segoviana había un gran espacio de terreno llamado *la Tela,* porque lo había sido para los torneos y juegos de cañas antes de la edificación de la Plaza Mayor (1619), y á la sazón hacía oficios de picadero público y lugar para encierro de toros.

Aludiendo al olvido de aquel uso noble y guerrero de la *Tela* y á la desproporción entre la cercana puente y el exiguo Manzanares que bajo sus arcos se deslizaba, escribió don Luis de Góngora este soneto en diálogo fingido:

—Téngoos, señora Tela, gran mancilla.
—Dios la tenga de vos, señor soldado.
—¿Cómo estáis acá fuera?—Hoy me han echado por vagamunda fuera de la villa.
—¿Dónde están los galanes de Castilla?
—¿Dónde puedan estar sino en el Prado?
—Muchas lanzas habrán en vos quebrado.
—Más respeto me tienen: ni una astilla.
—Pues ¿qué hacéis ahí?—Lo que esa puente;

puente de anillo (1): *tela* de cedazo:
desear hombres, como ríos ella.
Hombres de duro pecho y fuerte brazo...
—Adiós, Tela, que sois muy maldiciente,
y esas no son palabras de doncella.

Lo demás del parque estaba cuajado de árboles, jardines y paseos con fuentes, sotillos y praderas. Una parte era de uso público, como se ve (entre otras) por la comedia de Calderón *Mañanas de Abril y Mayo,* cuya acción se desarrolla casi toda en el *Parque,* del que habla en términos del mayor elogio:

Esta mañana salí
á ese verde, hermoso sitio,
á una divina maleza,
á ese ameno paraíso,
á ese *Parque,* rica alfombra
del más supremo edificio;
dosel del *cuarto planeta,*
con privilegio de quinto;
esfera, en fin, de los rayos
de Isabel y de Filipo.

En lo reservado tenía el Rey caza mayor y de volatería. Con la edificación del nuevo Palacio el parque fué talado y destruído. Muchos de los

(1) Como los obispos «de anillo» ó meramente titulares *in pártibus infidelium* y sin territorio en que ejercer jurisdicción, así era la puente segoviana, sin río que justificase su tamaño y grandes ojos.

vivos recuerdan el árido y sucio Campo del Moro, que era una parte de él, convertida hoy en frondosos y amenos jardines.

Tal era en 1640 el Palacio de nuestros Reyes. Toda la vida oficial de dos mundos confluía á este lugar y se encerraba en los inmensos caserones cuyos límites extremos quedan señalados; porque en ellos se contenían y funcionaban, no sólo todas las Secretarías del Rey, sino los Consejos y Supremos Tribunales.

De allí salían los decretos que ponían en conmoción á todas las Cortes y Gobiernos europeos y á los pueblos de las otras cuatro partes del mundo. Allí se nombraban los virreyes y gobernadores de Portugal, Nápoles, Sicilia, Milán, el Rosellón, Flandes, Nueva España, el Perú y demás grandes territorios de América, Filipinas, Indias orientales y plazas africanas.

De allí partían la distribución, marchas y tornadas de los ejércitos que manteníamos en todos esos países; se ordenaban campañas y batallas, asalto de fortalezas, sitios de ciudades y plazas de guerra, concesión de territorios, confiscación de otros, castigos y mercedes.

Proveíanse las mitras, canonjías y beneficios eclesiásticos; virreinatos de Aragón, Navarra, Cataluña y Valencia; capitanías generales de Galicia y Andalucía; gobiernos de las demás provincias y corregimientos de las ciudades y villas. Salían de allí nombrados presidentes, regentes, oidores y fiscales de las Chancillerías y Audien-

cias y alcaldes mayores de los pueblos. Se otorgaban hábitos y productivas encomiendas en las cuatro Ordenes de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa; pensiones sobre las rentas y alcabalas, censos y juros reales; designábanse los contadores, administradores y recaudadores de los pertenecientes á Su Majestad y establecimientos y fundaciones á su protección encomendados... ¡Cuántos intereses, ambiciones é intrigas chocaban y fracasaban ó salían adelante entre aquellos muros sombríos del viejo Alcázar madrileño!

La gran muchedumbre venida de todas partes del orbe que allí se congregaba por las mañanas hasta después de mediodía, dividíase, naturalmente, en dos secciones: los simplemente curiosos ó cuyas pretensiones no corrían prisa, eran los que azotaban las *losas de Palacio,* tomaban el sol en invierno al pie de los mismos balcones reales ó buscaban la sombra en verano al amparo de los muros de las caballerizas. Los demás entraban en el no menos famoso *patio de Palacio,* discurriendo bajo las amplísimas galerías y corredores sostenidos por altas columnas de granito y fuertes arcadas que descansaban en ellas, cruzándolo en todas direcciones y subiendo y bajando escaleras ó penetrando en las obscuras *covachuelas.*

En el centro del patio, rodeado de puestos y tenderetes de vendedores de refrescos, baratillo de libros y *procesos,* y tugurios de memorialistas, procuradores y agentes, otros sujetos menos apre-

surados formaban corros tan nutridos como pintorescos que glosaban de vario modo los sucesos más graves de la entonces poderosa Monarquía española.

Como perdidos y buques sin rumbo entre aquellas olas humanas andaban nuestros leoneses, hasta que don Lope dijo:

—¿Quieres subir, primo? Tengo que ir á la Secretaría de Cámara á ver si entablo mi pretensión de futuro golilla. Si estuviera en Madrid nuestro deudo el Duque de Medina de las Torres, podría hacerlo con mayor esperanza.

—Podéis escribirle á Nápoles.

—Quizá no recibiría la carta. Ya veis; entre tantos papeles como á un virrey se envían, ¿qué caso harán sus secretarios ni él de la petición de un hombre á quien no conoce?

—Pero conoció á vuestro padre y hermano mayor.

—Tenéis razón; le escribiré por lo que pudiera valer.

En aquella segunda galería la asistencia era mucho menor y más selecta. Los porteros, ujieres y oficiales de sala entraban y salían en toda clase de dependencias, poco más ó menos como sucede hoy en los ministerios.

No pequeña sorpresa causó á nuestros amigos el verse de manos á boca ante Julián Valcárcel, que se acercó sonriente y les estrechó la mano.

—¿También sois pretendiente?—le dijo don Lope.

—No, por cierto —respondió—; pero esta mañana recibí aviso del señor José González, Consejero de Castilla, ante el que debo presentarme, si bien desconozco el motivo de la cita.

Apenas lo había dicho, aparecióse un portero de estrado que, sombrero en mano, se acercó á Julián, diciéndole:

—¿Sois el señor don Julián Valcárcel?

Y, sin esperar respuesta, añadió:

—Tengo orden de acompañar á vuesa merced.

Despidióse de sus amigos y siguió al portero.

—¿Qué le querrá á este joven el astuto *factotum* del primer Ministro? —dijo don Lope—. ¿Conocéis vos á ese Consejero?

—De nombre tan sólo. Su fama de inteligente y hábil es notoria, así como su desprecio por toda clase de vanidades. Pudiendo ser Conde ó Marqués, pues los hace, no tiene siquiera *don*, ni altera ni adiciona su vulgar apellido. En cambio goza buenos sueldos y sobresueldos, vive en un soberbio palacio, casa á sus hijos con lo más granado del reino, es el alma del Consejo de Castilla, interviene en los negocios de los demás, posee la confianza del favorito y es el hombre más influyente de España.

Siguieron rodeando parte de aquella galería; atravesaron salas y pasadizos y desembocaron en una vasta cuadra, en uno de cuyos frentes había una gran puerta y ante ella dos soldados de la Guardia española. Antes de acercarse oyeron

detrás de sí pronunciar repetidas veces estas palabras:

—¡El señor Conde-Duque! ¡El Conde-Duque!

Volviéronse y apartáronse como todos los demás, dejando una ancha calle, por donde venía un grupo numeroso de personas que traían en medio y acompañaban al Ministro. Dijo don Lope:

—Celebro tener ocasión de conocer al Atlante de esta monarquía, como le llaman sus amigos.

Pasó entonces el de Olivares con su séquito. Era hombre de más de cincuenta años; de mediana estatura; corpulento, aunque no grueso, y cargado de espaldas. Cubría su monda cabeza con una peluca abundante y casi negra, así como el bigote que se prolongaba, sin afeitar, hasta cerca de las orejas, dando carácter á su fisonomía, y la perilla no muy prolongada, pero ancha y abierta. Su frente era estrecha; los ojos pequeños, pero muy vivos y luminosos; nariz gruesa; labio superior casi invisible y abultado el inferior; aspecto cansado y aire de poca salud. Caminaba con torpeza y apoyado en un bastón de muletilla á causa de la gota. Veinte años de preocupaciones, disgustos y fatigas habían quebrantado á este hombre tan ambicioso, tan soberbio y tan desgraciado en medio de su loca fortuna. Vestía el traje habitual en él como un uniforme, y es el que se ve en sus retratos pintados por Velázquez. Por único adorno llevaba al cuello una cadenilla de que pendía un diminuto toisón de oro.

Inclinábanse todos á su paso, destocándose las cabezas; contestaba él con leves cortesías y una sonrisa que parecía una mueca clavada en la boca. Así llegó á la entrada en que un soldado de la guardia vieja, vestido con jubón y medias de amarillo y calzas de tela roja, armado de su cuchilla ó partesana, levantando la pesada antepuerta de terciopelo carmesí, dejó libre el ingreso. Con él entraron tres ó cuatro de los que le acompañaban quedándose los demás afuera. En los grupos decíase que Olivares presidiría una gran junta del Consejo de Estado, para tratar de la guerra y viaje de Su Majestad: los dos asuntos que á la sazón eran la pesadilla de todos.

Siguieron adelante nuestros amigos, no sin que don Félix murmurase:

—Hombre decaído me parece el nuevo Hércules hispano y más para que le sostengan á él que para sustentar el mundo sobre sus encorvadas espaldas.

—Ya llegamos—interpuso don Lope.

—Primo: en la plazuela os aguardo; aquí me ahoga este ambiente.

Dió media vuelta; salió de nuevo á la galería y á poco se halló fuera de palacio, recibiendo con placer los rayos de un sol meridiano y aspirando el aire puro y libre de la sierra.

Entró por la plaza una lujosa carroza escoltada á cada lado por buen golpe de escuderos y lacayos. El más próximo abrió la portezuela, bajó el estribo y del interior salieron dos hombres.

Uno de ellos, notable por su fealdad, empaque y aire altanero, bajó antes y se quedó á la puerta, esperando el descenso del segundo, á cuya izquierda se puso. Este otro sujeto fué el que, no obstante su aspecto sencillo é indiferente, despertó más la atención de los curiosos. Aunque no viejo, algunas canas de su pelo y bigote declaraban haber entrado en la segunda mitad de la vida. Era de estatura corta, obeso, de color sano y dulce semblante. Saludó con mucha cortesía á varios caballeros que se le acercaron y se detuvo antes de entrar, mirando hacia atrás. Hizo una seña con la mano y á poco se presentó á su lado nuestro conocido don Juan de Salas, con quien habló breves instantes, y acompañado de él y de otros entró en palacio.

Iba vestido á lo soldado, pero sin muchos colores. El calzón, la ropilla y el ferreruelo eran de terciopelo morado obscuro, con pasamanos, molinillos y otros adornos de oro pasado, empleado con discreción á causa de las pragmáticas, aunque él, como grande y como militar estaba exceptuado de su cumplimiento. El ferreruelo tenía pestañas y vueltas de raso; la valona baja y puños eran de finísimo cambray con puntas; el jubón de felpa nácar de Génova con mangas afolladas de lama blanca; medias de seda del mismo color del calzón, y zapato con ancha roseta negra. Del cuello pendíale gruesa cadena de oro con la venera en esmalte de Calatrava, cuya floreada cruz roja llevaba bordada en la ropilla.

En el grupo más cercano dijo uno respondiendo:

—Es el Duque de Olmedo que vendrá al Consejo de Estado.

—Pues ¿tiene entrada en él?

—¿No queréis que la tenga habiendo desempeñado dos virreinatos?

Sucesivamente fueron acercándose varias carrozas de consejeros, que, con las de otras personas, coches y sillas de manos de señoras que también habían ido llegando, en breve pusieron intransitables las avenidas de la plaza; sobre todo hacia la Almudena, y eso que era la más ancha.

Los mosqueteros de las *losas* aguantaban á pie firme los rayos del sol que caían á plomo y como él pesaban sobre sus cabezas, á fin de no perder ápice de cuanto pasaba y averiguar noticias que difundir luego por todos los rincones de la villa.

Paseábase don Félix, sin alejarse mucho de la puerta, aguardando á su pariente; y en una de las vueltas hallóse con el poeta Salas y Valcárcel que salían juntos. Llegóse á ellos y dijo riendo á don Juan:

—¡Vaya, que si mi primo don Lope os viera hoy ejerciendo públicamente vuestras funciones de criado de Su Excelencia nadie os salvaría de una de aquellas verrinas que sabe enderezar cuando tiende el paño á su facundia oratoria!

—Y yo le contestaría —adicionó Salas también en tono jocoso— que mejor es inclinarse ante un nieto de héroes que ante el hijo de uno que ado-

baba cueros hace veinte años en el portal de los Pellejeros, aunque hoy vista garnacha mal ganada, como él tendrá que hacer, mal que le pese, si quiere salir con lo que pretende. Tales andan los tiempos.

—Antes de acercaros á vuestro amo —siguió don Félix— creí que el Duque era el otro caballero que venía en su coche: tanta veneración infunden su erguida cabeza, ademanes majestuosos y mirada aquilina. ¿Quién es tan excelso y magnífico personaje?

Sonrióse don Juan antes de responder y dijo:

—Es el Marqués de Aguilarejo, primo del Duque, que si bien le iguala en la sangre, dista mucho de parecérsele en cualidades y menos en la renta. Está poco reputado entre los caballeros, á quienes ofende con su vanidad infinita, aunque, como visteis, tiene poco en que fundarla, salvo su ilustre linaje. Fuera de eso, ó quizá por eso, es hombre pundonoroso, leal y de fondo honrado. Su incomparable desvanecimiento es objeto de burlas y risa entre sus conocidos y le origina lances, si jocosos para los demás, nada agradables para él, como uno que le ocurrió este invierno y fué más sonado que trompeta de ministril.

—Quisiera oirlo—interrumpió el capitán Mansilla.

—Y yo —agregó Valcárcel—, porque sólo confusamente lo recuerdo.

—Fué cuento gracioso —dijo Salas, y principió así—: Anda por esta corte un bufón, en

hábito de caballero, á quien llaman don Teresillo, sin más señas de familia; hombre desvergonzado y algo pícaro, que por su agudeza de trastulo y facilidad en improvisar versos es bien recibido en ciertas casas principales. Dió la gente en decir que don Teresillo se parecía mucho al Marqués de Aguilarejo, lo cual es cierto, y mucho más desde que el truhán puso estudio en imitarle en todo: modales, traje, forma de acicalar el bigote y partir el cabello, actitudes, movimientos y hasta el tono y retín de su voz y ordinario lenguaje.

Sabido por el Marqués, y hallándose un día Teresillo en el Prado, en compañía de Pedruelo, el bufón del Conde-Duque de Olivares, se les acercó y, encarándose con su arrendajo ó nuevo Sosia, le dijo, á la vez que le tiraba fuertemente de las orejas:

—¿Sois vos el bribón que dicen se me parece? ¡Por vida de mi primo el Duque—es el ordinario juramento del Marqués—que os tengo de hacer cortar estas orejas de rufián y bellaco!

Don Teresillo, que nada tiene de valiente, hizo ademán de sacar la espada después que el de Aguilarejo ya le había vuelto la espalda y seguía su camino; pero mostró reportarse cuando el otro truhán le contuvo, aunque débilmente, y exclamó:

—¡Por vida de su primo, que me lo ha de pagar!

—¿Y cómo habéis de hacer, amigo Tereso? —repuso el otro.

—¿Cómo? Haciendo que le den de palos los propios criados del Duque y durmiendo con su dama.

Días más tarde supo don Teresillo cómo el Duque había de ir á comer fuera de su casa, y después de escribir un billete al Marqués, citándole en nombre del magnate á las cinco en punto de la tarde, fuése dos horas antes á casa del Duque y, afectando los aires de Aguilarejo, como quien sabía de perlas hacerlo, entróse hasta las piezas interiores de la casa, diciendo en altas voces cual solía el otro:

—¿Está acá mi primo? ¿Está acá mi primo?

Dijéronle los criados, engañados por la semejanza, que no; pero que si su señoría gustaba de esperarle bien podría hacerlo.

—Enhorabuena —dijo él—; pero yo venía á comer en su compaña y me siento desfallecido.

—Eso no le dé pena á usía —respondió el mayordomo, hombre anciano y corto de vista—, porque la mesa de su excelencia está siempre aderezada para sus amigos y deudos.

Sentóse, pues, á ella con toda la gravedad y frescura que le infundía su desvergüenza é hízose servir del maestresala y demás criados con el mayor respeto. Comió sosegadamente y bebió en abundancia de los más escogidos y regalados vinos de la ducal bodega, y al final les dijo con aire afable:

—Tengo que apercibiros contra una burla que os quieren hacer. Hay en la villa un bufonista y

hombre de placer que dicen y parece seguro es mi retrato vivo. Por apuesta, según me han informado, trata de venir aquí y de hacerse pasar ante vosotros por mi propia persona. Estad prevenidos.

—Descuide usía —dijeron á la vez maestresala y mayordomo—, que como se presente le trataremos cual se merece, ¡Para tales burlas es la casa de su excelencia!

Despidióse con gran tranquilidad, y media hora después que había traspuesto los umbrales presentóse el verdadero Marqués, andando hacia adentro y gritando según costumbre:

—¿Está acá mi primo? ¿Está acá mi primo?

Una ligera enfermedad padecida días antes por el Marqués y curada por su médico, según práctica del tiempo, con sangrarle repetidas veces, habíale parado más flaco, descolorido y ojeroso. Desconociéronle, pues, los criados (ya prevenidos en su contra) á la escasa luz de una tarde obscura del mes de Diciembre, que era cuando esto sucedía, y sin responderle palabra y con malignas sonrisas le cercaron por completo unos, mientras otros salían en busca de algo.

Admirado el Marqués, exclamó con su altivez usual:

—¿Qué burla es esta, pícaros? Avisad á mi primo.

—Vuestro primo... no está en casa.

—¿Cómo, si me mandó llamar por este billete?

Bien sabían ellos que eso no era cierto, por lo

que su error se afirmó más y más; así es que le respondieron con sorna por boca del mayordomo:

—Su excelencia no está; pero nos dejó dicho que os hiciésemos el agasajo debido. ¡Ea, muchachos!

Desplegaron dos de ellos una gruesa manta que habían traído, en tanto que otros dos se arrojaron sobre el Marqués para quitarle la espada. Pero él, que rápidamente comprendió lo que intentaban hacer, dió un fuerte empellón al más próximo y, sacando vivamente el acero y esgrimiéndolo con furia, dió tras ellos, gritando:

—¡Villanos! ¿Mantearme á mí? ¿Creéis que soy Sancho Panza ó perro de Antruejo?

Volvieron á poco armados de picas y lanzas recogidas de un astillero del salón y los pinches de cocina con largos asadores y varales, y en tal guisa pudieron tener á raya al irritado caballero, á quien decían, acosándole con las puntas:

—¡Suelta, suelta la espada, Teresillo!

A los gritos y algazara penetraron en la casa un alcalde y dos alguaciles que casualmente pasaban á cierta diligencia por la calle, y después de aquietarlos á todos oyó el alcalde á unos y otros. Pero como no conocía al Marqués y juzgaba imposible que tantos hombres acostumbrados á verle se equivocasen, púsose al lado de los criados y, con gravedad cómica, dijo:

—Ya tenemos noticia de las gracias y habilidades de don Teresillo. Pero esta vez habrá de ir á dar cuenta á la Sala de la razón que tuvo

para perder el respeto á casa tan principal como ésta.

Y sin hacer caso de las voces del Marqués, que se desgañitaba jurando y votando al alcalde que se engañaba una y mil veces, ordenó á los alguaciles que le quitasen espada y daga y le llevasen á la cárcel de corte.

Era ya de noche, y desde la pared de enfrente, bien embozado en su ferreruelo, vió don Teresillo con gran regocijo cómo los ministros conducían al inocente Marqués á la plaza de Santa Cruz, y satisfecho del éxito de la primera parte de su maraña se dispuso á llevar á cabo la segunda.

La incorregible ventolera de Aguilarejo habíale impulsado á solicitar la amistad de una cortesana famosa que se hacía llamar doña Serafina de Ayala y vivía en astillero de dama principal y honesta, aunque sus hipócritas enredos eran conocidos de muchos. Había ya desplumado á dos bisoños hidalgos provincianos y á un viejo arrendador de alcabalas. Pero, como hasta entonces no había caído en sus redes ningún señor de título, admitió al principio con agrado las ofrendas amorosas del primo del Duque de Olmedo. Pasó algún tiempo ella como su amante; pero el Marqués no era ni podía ser dadivoso; llamóse á engaño la dama y le suplantó lindamente con un rico genovés recién venido á Madrid y que se enamoró con desatino de la apuesta cortesana.

Esto último ignoraba por su mal don Teresillo, cuando, cerrada ya la noche, se presentó ante

la puerta de la ex amiga de Aguilarejo, golpeándola con la fuerza y seguridad del que tiene derecho á ello. Estaba dentro de la casa el amartelado italiano, y alborotóse mucho temiendo no fuesen alguaciles de los que perseguían amancebamientos. Hizo que la propia Serafina saliese á la ventana, preguntando:

—¿Quién sois y qué queréis?

Respondió el falso Marqués:

—Pero ¿no me conocéis ya, señora mía? Mandad abrir la puerta á vuestro Marqués, pues el remusgo de la noche sienta mal á mi delicada garganta.

Hallóse confusa y perpleja la dama al cerrar la vidriera, pues, aunque el Marqués había ofrecido no molestarla, y en el que había llamado desconocía su voz, no atinaba qué partido seguir para calmar los celos de su nuevo amante que, á su espalda, había oído todo, y dijo:

—¿Me negaréis ahora, doña Serafina, lo que la voz común me advirtió ya acerca de vuestros amores con ese Marqués de poco fuste? Perdonadme, pues, que me ausente respetando la prioridad de sus derechos.

Asustada la joven creyendo ya perdido tan generoso galán, le dijo, tomándole las manos y obligándole á sentarse donde antes se hallaba:

—Esperad y veréis la respuesta que doy á ese impertinente desconocido.

Entróse en las habitaciones interiores, donde estaban dos criadas: una, vieja, que la acompa-

ñaba de ordinario en la calle, y otra, moza de servicio. A las dos mandó que juntasen todas las aguas sucias que hubiese, y abriendo de nuevo la ventana dijo á don Teresillo, que ya comenzaba á temer que no le recibiese, lo siguiente:

—Señor Marqués. Es vuestra voz algo distinta ahora de la usual; hacedme la merced de acercaros más á fin de que la vista pueda cerciorarse de lo que el oído repugna.

Hízolo así la víctima, diciendo:

—Un repentino catarro, señora, ha mudado el retín de mi habla; pero vedme aquí descubierto del todo.

Desembozóse, con efecto, y echó atrás el ferreruelo con gran despejo. Pero doña Serafina no se curó de mirarle, cosa por otro lado inútil supuesta la obscuridad de la noche, antes bien atendió sólo á que sus dos fámulas, puestas disimuladamente una á cada lado, preparasen las vasijas que á un tiempo vertieron sobre el pobre don Teresillo, que recibió todo el contenido, sin perder gota, por la cabeza, por la cara, que tenía levantada (á imitación del Marqués), por el pecho y por la espalda. Dió un brinco de tres varas y, bufando y espurreando y sacudiéndose, salió de estampía como perro con maza en Carnestolendas.

Al día siguiente dejaron libre al Marqués, habiendo probado fácilmente, sobre todo después que el mismo Duque fué á visitarle, la identidad de su persona. Fué á quejarse al Conde-Duque

del atropello del alcalde, y el privado le templó como mejor pudo.

El Rey, á quien el bufón de Olivares había enterado de todo, pues todo lo supo del mismo don Teresillo, desquijarábase de risa, no obstante su habitual gravedad, porque el tipo é infatuación del Marqués le eran ya chocantes, y le hizo repetir más de una vez, salpimentado con las glosas del truhán, acerca de las personas del Marqués y del pícaro Teresillo, las aventuras en que ambos fueron agentes y pacientes.

Pero quien dió al asunto proporciones mayores fué el Duque de Olmedo. Comenzó por despedir á todos sus criados é inmediatamente dió al Rey su querella contra el alcalde que, sin orden suya, había allanado su casa, y pidió satisfacción para su primo. El alcalde fué corregido, aunque alegó que el vocerío y escándalo fueron los que, en virtud de sus facultades, le autorizaron á penetrar en casa del Duque á fin de prestar auxilio. Al Marqués se le satisfizo obligando á todos los criados del Duque á pedirle perdón, luego que él mismo suplicó á su primo los recibiese de nuevo. En cuanto á don Teresillo, aunque Olivares y el Duque pretendían se le diesen doscientos azotes, el Rey se opuso, diciendo que harto castigado había sido con el impuro baño; pero mandó que se le pelase el bigote y perilla, y en adelante, so pena de galeras, procurase diferenciarse del Marqués tanto como había pugnado por semejarle.

Mucho agradó á los dos oyentes la narración

de Salas, que festejaron con larga risa. Tomando luego la voz Julián Valcárcel, dijo:

—¿Y qué ha sido de vos, don Félix, desde la noche de nuestra aventura?

—Amores incógnitos y pesquisas infructuosas absorben todo su tiempo—intercaló Salas.

—No lo niego —dijo él—. En los tres ó cuatro lugares sagrados en que suponía poder hallar á mi hermosa desconocida, no he dejado misa, sermón ó novena á que no asistiese, aunque en balde. Sospecho que ha querido burlarse—añadió con asomos de tristeza.

—Será alguna señora tusona que pretenderá darse más á valer—arguyó Valcárcel.

—Eso no —replicó Salas—, que yo la he visto y parecía y es, de fijo, mujer principal.

—Así—prosiguió Mansilla—que ahora me alegro de la próxima partida de Su Majestad, á quien debo acompañar, según me han dicho en el Consejo de las Ordenes. Los cuidados de la campaña quizá me ayudarán á olvidar á la ingrata.

—Pero ¿estáis verdaderamente enamorado? —interrogó Valcárcel.

—Pienso que sí—dijo el capitán con forzada sonrisa.

—Entonces la buscaremos aunque se oculte en los abismos.

Salió á este punto don Lope y se acercó á sus amigos, diciendo:

—Ya queda hecha la petición en forma.

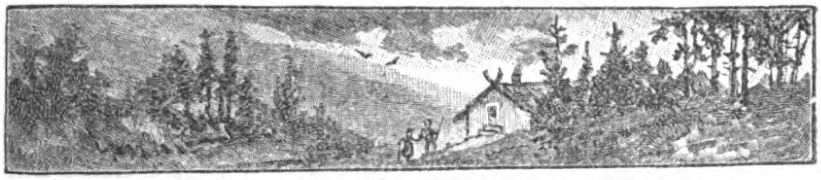
—Dios le dé fortuna —dijo el poeta—, que si no os valéis de todas vuestras amistades y parentela, mucho recelo que salga cuando la mía.

Era ya más de la una, y los cuatro caballeros tomaron la vuelta de la Almudena. Frente al palacio del Duque de Uceda (hoy los Consejos) despidióse Salas, que vivía cerca de Puerta Cerrada; algo más arriba, en la plaza de la Villa, separóse también Valcárcel, que, como sabemos, habitaba aquel barrio. Pero antes dijo:

—¿Sabéis, don Félix, lo que me quería el señor José González? Pues reprenderme como juez y preguntarme como amigo sobre la cuestión pasada. Parecía tan enterado como yo, y cuando le dije que no conocía á los agresores, me respondió: "Esos bien los conocemos acá. Y para vuestra tranquilidad os digo que el tal don Marcos no os perseguirá más en dos ó tres años, y entonces estaréis vos ya fuera de su alcance." Y, dándome unas palmaditas en la espalda, me despidió encargándome juicio, cual si fuera un mozuelo travieso.

—Vaya, pues aceptad mi enhorabuena.

Y se despidieron.



CAPITULO VI

SORPRESAS

LLEGARON á su casa los dos primos con tal oportunidad, que tenían puesta la mesa y á Grajales aparejado á desempeñar sus funciones de maestresala. Don Lope estaba de buen humor; pero, como don Félix apenas probase bocado, le dijo:

—Mucho me duele, señor primo, veros tan desazonado. Por vuestra vida, que aunque sea sin gana, que comáis algo más, os va en ello la salud. Reíos de mujeres caprichosas y antojadizas, y pues habéis visto y corrido tanto, bien sabréis que donde una puerta se cierra otra se abre, y creed que ya hallaréis triaca para ese tósigo.

—Veo bien, querido primo —respondió Mansilla—, que decís todo eso por darme algún conhorte. Doce días mortales llevo indagando sin cesar, y esto en tiempo como el presente, de fin de Cuarema, en que las mujeres frecuentan los templos de continuo, ¿qué más claro indicio de que la dama ha cambiado el lugar de sus ordinarias preces? Y, sin embargo, en el tono de voz

agasajadora y en la mirada que últimamente recibí suya no creí advertir despego, sino más bien un comienzo de simpatía que llenó de gozo mi pecho.

Concluyeron su comida, que no fué tan copiosa y esmerada como la pasada cena, y al levantarse dijo Grajales presentando un papel á su amo:

—Esta carta ha traído el correo con porte de un real que he pagado.

—¿Y cómo no me la entregaste antes?

—Señor, porque si traía malas nuevas no te tomasen en ayunas.

—Siempre con bufonadas —exclamó el capitán, abriendo el pliego—. De mi padre es—añadió, dirigiéndose á su primo.

Leyóla despacio, besóla luego y dijo á don Lope:

—Vuestra madre y vuestro hermano están buenos. Por cierto que mi padre me recuerda aquí un encargo que no he cumplido todavía y no debo ya dilatar. Es el de hacer una visita á su íntimo y viejo amigo don Alonso de Meneses, caballero del Cristo.

—¿Es portugués ese caballero?

—No, aunque desciende de ellos.

—El apellido es ilustre allá y aquí.

—Y él lo lleva con honra y dignidad. Su padre era de los principales señores de Lisboa, y cuando el Rey don Felipe II tomó posesión de aquel Estado, fué el buen don Juan de Meneses de los más resueltos partidarios de España, y

tanto él como sus parientes contribuyeron á apaciguar las revueltas del reino é inclinarlo en favor de nuestro Monarca. Agradecido el Rey trajo, al volver, á don Juan consigo; honróle haciéndole del Consejo de Portugal, que hubo de crearse para la gobernación del territorio, y le casó nada pobremente con una ilustre señora de la familia de Sandoval. Excuso deciros cuánto crecería la importancia de nuestro Consejero después de la muerte del Rey y declarada privanza del Duque de Lerma, ya deudo de Meneses. Entonces tuvo mi padre ocasión de tratar á su hijo don Alonso siendo ambos estudiantes de Salamanca; y tan estrecha fué su amistad, que nada entre ellos estaba dividido, ni casa, ni mesa, ni criados, ni estudios, pues hicieron exactamente los mismos hasta dar fin á su carrera, que es la que vos también habéis seguido.

Regresaron á la corte, sin decaer su amistad, mientras que mi padre, que podía vivir descansado en León disfrutando su mayorazgo, no entró á servir á Su Majestad en algunos empleos, que obtuvo sin dificultad por la influencia del padre de don Alonso, y ejerció, como era de esperar de su sangre, incluso el de corregidor de su misma ciudad natal, donde le asaltó la penosa dolencia que hoy le tiene reducido al estado de no ver la luz del sol.

Don Alonso, que permaneció en la corte, tuvo antes de los treinta años empleo en el Consejo de Portugal, en que su padre, como he dicho, era

uno de los principales ministros. Todo esto se acabó con la muerte del rey don Felipe III. El Conde de Olivares, que gastó los primeros años de su real favor en destruir la casa de Sandoval y sus hechuras, no había de perdonar á los Meneses, en su doble cualidad de parientes de aquella familia y adictos á ella. Y aun sin eso, era el don Juan poco afecto al de Olivares, cuya injustificada privanza (pues el Conde carecía de ciencia y experiencia y hasta de edad para tan alto puesto) consideraba desastrosa para la Patria.

Fué, pues, destituído don Juan de Meneses y truncada la carrera de su hijo, á quien se mandó retirarse á su casa. Era el viejo hombre de corazón muy entero y representó al Rey enérgicamente el pago que el nuevo favorito daba á sus largos servicios de cuarenta años, iniciados con beneplácito de su abuelo el gran rey don Felipe II.

Pero esta representación sirvió sólo para dañar su causa. So pretexto de grave desacato á la real persona y de connivencia con los Sandovales, fué encarcelado y procesado el anciano ministro, á quien la cólera y la vergüenza ocasionaron tal dolor, que, antes de verse su causa, expiró el mismo día en que degollaban en la Plaza Mayor á don Rodrigo Calderón, Marqués de Siete Iglesias, la más conmovedora víctima de estos odios políticos y personales.

Halló don Alonso lenitivo á su pena en los goces de la familia, habiéndose casado con una ilustre señora de la casa de Castañeda; y como era

único y había quedado rico, no soñó en pedir nada al de Olivares, ni éste pensó en servirse de hombre de tan buen entendimiento y recto corazón que le hubiese evitado quizás alguno de sus desaciertos.

Hace no muchos años que para el arreglo de sus bienes paternos fué á Lisboa, cruzando por León, sólo con el fin de ver á mi padre. Tuvimos el placer de honrarle como á nuestro huésped y entonces le vi la primera vez; pero luego, antes de marchar á Flandes, disfruté ocasiones repetidas de comunicarle en esta corte y recibir mil demostraciones del buen recuerdo que de mi padre conserva. Cuando volví no pude siquiera saludarle por la necesidad de llegar cuanto antes al lado de los míos.

—De modo que sabéis en dónde vive.

—Sí. Construyó una casa espaciosa y cómoda á poco de poblarse el barrio que llaman del Barquillo, en la calle Real de este nombre, pasada la de las Siete Chimeneas, con extenso jardín y otros parergos y adherentes. Es dado á los estudios y casi tanto á los ejercicios caballerescos. Aunque frisa en los cincuenta años, es hombre robusto; sabe domeñar un potro como un buen picador y maneja la negra con tanta matemática como el anciano Luis Pacheco de Narváez, maestro del rey don Felipe IV y gran teórico de la esgrima. Entran en su casa pocos y escogidos amigos, así togados como de capa y espada, poetas y clérigos de mayor instrucción con quienes engaña su tiem-

po, realizando el anhelo de aquel antiguo profesor de vuestra salmantina escuela, que era vivir sin dar ni tener envidia.

—Tal le habéis pintado —dijo don Lope—, que ardo ya en deseos de conocer hombre de esas cualidades.

—Y no os arrepentiréis de ello.

—Pero ¿cómo no habéis ido antes á visitarle?

—¡Qué sé yo! Pereza, rutina de vida; el no dejaros solo en horas que podía destinar á ese objeto; el creer que mi permanencia en esta corte sería breve; todas estas causas juntas me han ido retrayendo; mas no pasará de hoy, pues ya debo dar cuenta á mi padre de la entrevista con su viejo amigo.

—Pues salgamos. Vos iréis allá y yo me llegaré al Mentidero, donde me aguarda el Terencio aragonés don Felipe Jalón, que cenó con nosotros.

—Ya os entiendo —le dijo con maliciosa sonrisa don Félix—. Os acompañaré hasta allá

Bajaron á la calle seguidos de Grajales, y, doblando á la derecha, entraron por la plazuela del Angel y descendieron por la de las Huertas hasta la calle del León, punto que formaba el centro y corazón del famoso *Mentidero*, lonja de autores dramáticos, representantes, arrendatarios é interesados en el gobierno de los teatros ó *corrales*, como entonces se decía, que, con pocas excepciones, poblaban aquellos cuarteles y que habían ilustrado no menos que Cervantes, en la calle del

León, esquina á la de Francos; Lope de Vega, en la de Cantarranas, y Quevedo, que tenía su casa en la del Niño. El trozo de calle del León comprendido entre las hoy de Cervantes y Lope era entonces más ancho, formando una especie de plazoleta alargada á la entrada de la calle de Cantarranas con aceras ó *losas*. Allí, entre aquellos grupos de gentes modestas, se trataron y discutieron en los cincuenta años anteriores cosas y temas que tanta influencia tuvieron en nuestras letras y tanta gloria dieron á la Patria.

Como por aquellos días los comisarios municipales de las fiestas del *Corpus* estaban formando las compañías de recitantes, todo era movimiento y ruido en semejantes lugares; así es que tardaron algo los dos leoneses en dar con el que buscaban.

Don Félix siguió la calle del Prado abajo hasta salir á la Carrera de San Jerónimo; entró por la de los Jardines (después del Turco y hoy de Cubas); atravesó la de Alcalá y, en breve, se halló ante la puerta de la casa de don Alonso, que tenía un solo alto con guardillas y cinco espaciosos balcones á la calle, correspondiendo estos huecos á la puerta de entrada y cuatro grandes ventanas con rejas en la planta baja.

El balcón central, más ancho y saliente que los demás, era todo de hierro, con balaustres, volutas, espirales y agudos pinchos en los ángulos para fijar antorchas en las noches de luminarias. Descansaba sobre dos columnas de granito, exen-

tas y de una sola pieza, con estrías, capitel labrado con triple serie de cardinas, ábaco grueso para que no lo ocultase el saliente del balcón, toros y escocias en el sumóscapo y enlace del fuste con la basa, que apenas levantaba un palmo del suelo de la calle.

Encima de este balcón campeaba, so un ático de piedra berroqueña, enorme escudo labrado en caliza, color de alabastro, con los blasones esculpidos de Sandovales y Meneses, superado de un casco vuelto dos tercios á la derecha y ornado á los costados por caladas hojarascas ó lambrequines que descendían hasta el soporte, consistente en dos leones acrupidos mostrando á uno y otro lado sus garras.

Una de las paredes de la casa, que en el ángulo sustentaba airosa torrecilla ó mirador de aguda flecha, común en las construcciones madrileñas de la época, estaba libre; es decir, sin que se hubiese edificado aún otra casa lateral, y podían verse la huerta y el jardín de la casa de don Alonso, situados detrás de ella, con noria, árboles frutales y de sombra, glorietas entretejidas de jazmín y hermosos cuadros y óvalos cercados de mirto y poblados de rosales y otras muchas flores.

Entraron en un limpio y enlosado zaguán con puertas que comunicaban á la cochera y caballeriza y otra también espaciosa que conducía al jardín directamente.

Llamó Grajales á la puerta de ascenso y bajó á abrir una agraciada doncella, á quien el lacayo

expuso el deseo de su amo. Contestó la doncella no hallarse en casa, y como don Félix hiciese un gesto de disgusto, añadió:

—Pero está su hija doña Isabel, y aunque no suele recibir visitas en ausencia de su padre, si vuesa merced es conocido quizá podrán subir á esperarle.

—¡Su hija! —dijo don Félix—. Yo la súponía en el convento.

—Ya se conoce que sois forastero, señor. Más de tres años ha que doña Isabel habita aquí. Sin duda ignoráis que el señor es viudo.

—No, no lo ignoro; pero como hace ya cuatro años que no veo á don Alonso, no reparaba en que el tiempo ha transcurrido para todos. En fin: decid á esa dama que un caballero de León, hijo de un antiguo amigo de don Alonso, llamado don Pedro de Mansilla, desea besarle las manos en tanto no llega su padre, si de ello fuere servida.

Desapareció ligera la sirvienta, y á poco bajó un escudero bien apersonado y entrado en años que mandó subir á don Félix. Llegaron á una antesala, donde el Capitán ordenó á su criado que esperase, y el escudero le señaló un banco de gran respaldo, forrado de cuero cordobés, para sentarse.

Visita y escudero atravesaron una cámara espaciosa, pero obscura, cubierto el suelo con una alfombra turca y colgadas las paredes con tapices flamencos de boscajes en vivos colores. A lo largo había sillas de caderas y de respaldar de

roja vaqueta de Moscovia; mesas con reposteros y tapetes con sus franjas y alamares de seda joyante, bordados de las armas del dueño, cuarteladas las de Meneses, que eran de plata, completamente raso el escudo, y las de Sandoval, banda negra en campo de gules; armas sencillas y primitivas, según correspondía á dos de los más antiguos é ilustres linajes del reino.

Alzó el escudero una gruesa antepuerta, de la misma tela que el tapiz, sin decir nada. Franqueó don Félix el umbral y se halló en una gran sala inundada de luz, que recibía por dos de los balcones, sin celosías ni encerados, que daban á la calle. Como salía de una habitación casi obscura, al principio no pudo darse cuenta del lujoso aposento en que se hallaba. La alfombra que hollaban sus pies era de terciopelo del Cairo, formando caprichosos lazos el dibujo de colores, aunque vivos, tan diestramente combinados, que ofrecían un conjunto muy dulce y agradable. Las paredes estaban revestidas con ricos tapices de dos altos bordados, historiando la vida de Asuero, Ester y Mardoqueo. El techo, artesonado, de gruesos cajetones con rosas en medio pintado de azul, rojo, blanco y oro en composición gustosa y apacible. Sobre los tapices colgaban retratos grandes de personajes de la familia, y al pie, interpolados, sillas y taburetes de palosanto, cubiertos de terciopelo rojo obscuro con largos flecos de seda y clavazón dorada; escritorios de Alemania de ébano y marfil y otros italianos de concha

y nácar; escaparates cristalinos llenos de ricas bujerías; búcaros de Portugal, cubitos de la India y vidrios de Venecia, y en otros, relicarios, *agnusdei* de oro con sus viriles y retablicos ó trípticos (como decimos hoy más doctamente) de plata, marfil y madera pintada, y bufetes de bronce y piedras pulidas sustentando grandes jarrones y candelabros de plata.

Nada de esto pudo entonces observar don Félix, porque apenas entró en la cámara, la misma doncella que primero había salido, tomándole de la enguantada mano, díjole:

—Venid, caballero.

Y le condujo á una de las cabeceras del salón en que estaba el estrado.

Levantaba del suelo cosa de un palmo y ocupaba en un sentido todo el ancho de la pieza y en el otro avanzaba cerca de tres varas. Estaban sus paredes vestidas de rojo damasco, con franjas de terciopelo y rodapié de bocací, todo del mismo color. Sin duda por más diferenciar esta parte del salón sus paramentos solían en todas las casas ser tan otros. El suelo era de corcho y también alfombrado con alcatifa turquesca. Arrimados á las paredes había preciosos bufetillos de ébano y plata, llamados "de estrado", y otros velerillos cubiertos de terciopelo y cañamazo, y en el pavimento hasta una docena de grandes almohadas de terciopelo, como las sillas, bordadas de colores en la haz, con fleco, borlas y caireles de seda en las cuatro puntas y el revés forrado

con damasco del mismo color. Sobre estos almohadones hallábase recostada doña Isabel, que tenía otras almohadas á la espalda y costados, y á su lado, sentadas sobre sus propios pies, á uso musulmán, una dueña y dos criadas, trenzando randas de bolillos y como rodeando todas un gran brasero de nogal y bronce ochavado y de cuatro asas que en medio estaba y despedía aromático olor á causa del pomo de plata con estrías metido en el rescoldo de erraj á medio quemar.

Cerca de la joven había una almohadilla de labor, cubierta de terciopelo con galón de oro, espejo y cajoncitos en lo interior, y en un rincón, al lado de la puertecilla de salida del estrado, un clavicordio de ébano y marfil con sobrepuerta y encima de ella una arqueta de taracea con pastillas de benjuí, estoraque, pebetes finos y aromas semejantes, así como en otra arqueta más próxima tenía alcorzas, alfeñiques, lamedores y otras golosinas.

Separando el estrado y el resto de la sala corría una barandilla baja de maderas finas con remates broncíneos, cortada en su mitad para dejar libre el acceso.

Avanzó don Félix ante el estrado y, quitándose el sombrero, comenzó á decir:

—Habréis, señora, de perdonarme...

Pero, como dirigiese la vista hacia la dama, quedóse de tal modo suspenso y atónito por la sorpresa que, echándose atrás violentamente, murmuró:

—¿Vos? ¿Sois vos, señora?...

Y permaneció largo rato como alelado, mirándola sin pestañear ni decir nada. Soltáronse á reir las doncellas y no menos la vieja dueña, que dijo como para sí:

—Ya tenemos aquí al gentil hombre de la misa.

Turbada se hallaba igualmente la joven, aunque no tanto como don Félix, á quien había reconocido al entrar, y tuvo mayor espacio de serenarse. Para sacar de su embeleso al galán díjole con voz ligeramente temblorosa y con plácida sonrisa:

—No os debe de causar extrañeza, señor capitán Mansilla, que contra mi costumbre os haya recibido, pues tanto es lo que mi padre estima al vuestro que me hubiera llevado á mal si la primera vez que llamáis á nuestra puerta, después de cuatro años de ausencia, no se os abriese de par en par, como para vos y vuestro padre está abierta la voluntad de su dueño.

Estaba doña Isabel hermosísima. El dulce semblante, animado por el rubor, el brillo de sus ojos y la continua sonrisa de su boca cercaban su cabeza de rayos puros y lucientes, como la aureola de una imagen bizantina. Su cuerpo yacía graciosamente recogido sobre las almohadas, descansando el codo en ellas y tendida la basquiña, de seda azul con ribetes de lama blanca, que enteramente ocultaba sus pies. Ceñía su talle un juboncillo de raso prensado blanco con flores de color de cielo y

mangas acuchilladas, que á veces permitían ver la finísima camisa de holanda, bordada de pita de colores. El cuello del jubón, guarnecido con golilla de puntas de Flandes, no era tan subido que no dejase al descubierto una gargantilla de triple vuelta de menudo y fino aljófar, de lo que eran también las manillas que rodeaban su muñeca, quedando las perlas afrentadas en presencia de la blancura de las manos, que semejaban hojas de azucenas. Así reclinada, en medio de sus criadas, parecía una sultana del Oriente; tales eran aún las costumbres españolas.

Había ido calmándose la agitación de don Félix, tanto que pudo ya contestar:

—Os doy gracias, señora, por vuestras palabras tan lisonjeras para mi padre y para mí, y á la vez os ruego perdonéis mi torpeza, dimanada, como habréis comprendido, de la sorpresa que me causó el reconocer en vos á la hermosa dama á quien he visto diversas veces en el templo, aunque hace ya bastantes días que no tuve igual dicha.

Sonrióse doña Isabel, y dijo:

—Tened á bien sentaros, caballero. Mi padre no tardará en llegar según creo, y si no os enfada podréis esperarle.

—Antes os suplico me concedáis ese gusto.

Sentóse don Félix en una de las sillas próximas al estrado, aunque fuera de él, y preguntó la dama:

—¿Venís de Flandes ahora?

—No, señora; vengo de León. De Flandes regresé ya el verano último bien contra mi deseo. Pero habiendo sido herido en un combate, mis superiores me ordenaron, desde que pude salir del lecho, que viniese á restablecerme á España. Como llegaba enfermo y no me detuve más que el tiempo necesario para disponer la continuación de mi viaje no pude besar las manos á vuestro padre, cosa que hoy lamento, porque me privó del placer de conoceros. En la temporada anterior que pasé en esta corte no vivíais vos con mi señor don Alonso.

—Así es. Me eduqué como seglar en el convento de Santa Catalina, al lado de una tía carnal que es allí monja. Pero como mi padre estaba solo hube de salir con harta pena mía y de mis compañeras.

—¿Tenéis inclinación al claustro?

—Al claustro precisamente, no. Pero los años que en el convento estuve fueron para mí tan dulces y alegres, que me parece que sólo renovándolos podría ser dichosa. Bien se me alcanza, sin embargo, que no debo abandonar á mi padre, que me adora y, á lo que pienso, abriga mucho recelo de que su hermana quiera hacerme monja. Tanto es así, que en este último período de Cuaresma que deseé retirarme al convento, no me permitió estar en él más que diez días. He vuelto á casa antes de ayer.

Retillaron de placer los ojos de don Félix al oir declaración semejante. No había sido, por

consiguiente, huyendo de él por lo que doña Isabel no había concurrido á las iglesias de costumbre. Pagósela con una mirada tan dulce y amorosa, que la joven se ruborizó de nuevo y no supo ya proseguir hablando. A don Félix tampoco se le ocurría nada; tan confuso y enajenado se veía.

De esta situación embarazosa vino á sacarles la entrada de don Alonso, que, sabiendo ya por Grajales á quién tenía en su casa, después de entregar al rodrigón la capa y el sombrero, entró en la sala, diciendo:

—Sea bien llegado el hijo del amigo más entrañable y leal que cuenta esta era. Sea bien venido el bizarro soldado —prosiguió abrazándole—; ya por acá hemos tenido noticias de vuestros hechos.

Don Félix tomó la mano del caballero estrechándola enere las suyas, y le dijo:

—Gracias, señor. Hoy mismo he recibido carta de mi padre en que me encarga venga á traeros sus recuerdos más afectuosos y á besaros las manos.

—Mil gracias. Y ¿cómo queda el señor don Pedro?

—Luchando con su falta de vista, como sabéis. Sólo vive de recuerdos, entre los que ocupáis vos el principal y más amplio lugar.

—El mismo le destino yo en mi memoria y en mi voluntad.

—Aunque llevo ya algunas semanas en Madrid. ocupado en presentarme á mis superiores y espe-

rar las órdenes y destino que me quieran dar, apenas he tenido tiempo...

—Sí, ya sé que han llamado á todos los caballeros útiles de las Ordenes militares sin decirles á qué; se conoce que el Conde-Duque desea exprimir hasta la última gota de sangre española.

—Dícese que pronto saldrá Su Majestad á celebrar Cortes en Aragón y Cataluña.

—Por lo mismo que eso sería un buen pensamiento no lo llevarán á cabo.

—Sin embargo, á mí y á otros compañeros nos han mandado estar prontos á fin de acompañar al Rey en su jornada.

—Esas son marañas y embelecos del Protonotario, que aspira á obtener con sólo el anuncio de Cortes los subsidios que con amor hubieran otorgado al Rey los aragoneses.

—Veremos lo que resulta.

—Y ¿qué os parece de mi hija Isabel? Vos creo que no la conocíais.

—En discreción me parece digna hija de su padre; en cuanto á sus prendas físicas están á la vista y bien puede afirmarse que vencen á todo encarecimiento.

—Estoy satisfecho de ella, y sólo temo el instante en que haya de alejarla de mi lado. Y, sin embargo, ello es forzoso; así es la vida.

—Pero todavía su mucha juventud permite juzgar remoto el momento de la separación...

—No obstante...

Y ambos quedaron suspensos. Perfilóse una

honda contracción en la noble frente de don Alonso, y ante los ojos de don Félix pareció haber pasado una triste sombra. Miró á doña Isabel y vióla inclinada la faz y puesta en el suelo la mirada.

Alzó Meneses el semblante, y dijo:

—Ya sabéis, querido Félix, que podéis venir aquí como en vuestra casa. Recibo cuatro ó seis amigos que á prima noche vienen á honrarme; espero no haréis vos falta las veces que os sea posible mientras permanezcáis en Madrid.

—Así lo haré, y os pido licencia para traer á mi primo don Lope de Toral, joven instruído, que acaba de recibirse de abogado y cuya conversación os será más agradable que la mía.

—Venga cuando vos quisiereis.

—Ahora bien: yo os demando permiso para retirarme y á mi señora doña Isabel.

—Id con Dios, caballero—dijo ésta sencillamente.

Don Alonso le acompañó hasta la puerta de la antesala, donde, después de las repetidas cortesías á que tan dados eran los españoles de aquel tiempo, salió el Capitán lleno de esperanza á tal punto, que no sabía cómo retener el alborozo dentro del pecho que no se revelase en palabras ó gestos.

¡Qué fortuna y qué patente milagro haber reconocido en doña Isabel á su adorada incógnita! Y podría verla y hablarla cuantas veces lo desease, y tal vez esperar que algún día fuese corres-

pondido su amor. Verdaderamente era mucha su suerte, y se admiraba de lo poco que había hecho para merecerla.

Estos y otros pensamientos semejantes iba devanando nuestro gallardo Capitán mientras bajaba hacia el Prado, donde creía hallar alguno de sus amigos á quien comunicar su dicha tan grande como inesperada.

. . . . . .

Mientras don Félix hacía su visita, en la calle de Santa María celebraba su primo don Lope otra entrevista no menos interesante.

Después de aguardar no mucho en el Mentidero, acercósele Jalón, diciendo:

—Estoy pronto á conduciros á casa de la bella Armida; pero yo no podré acompañaros largo tiempo, lo cual supongo no os desagradará, pues mejor querréis platicar con ella que conmigo.

—¿No podréis—interrogó don Lope—darme noticia más cabal de su vida privada? Salas, que ignora su verdadero nombre, no pudo decirme sino que habrá unos cuatro ó cinco años que *Amarilis* la sacó á las tablas en papeles secundarios, y que antes de acabar el año la había sustituído á ella misma en algunas ocasiones con aplauso del público. Después vino ya dos veces de primera dama; pero nada más. No sabe si es soltera, casada ó viuda, ni dónde se formó tan excelente cómica, y añade que hay quien asegura que estuvo algunos años fuera de España, en Nápoles ó Si-

cilia. No se le conoce amante, ni más amigos que los de su ejercicio y algunos poetas como vos.

—Todo eso he oído yo también —dijo Jalón—, y por mi parte puedo añadir que sus costumbres me parecen inculpables. A ella le debo el mayor de mis escasos triunfos dramáticos, y he frecuentado bastante su casa sin advertir ninguna clase de amoríos. Ha rechazado ofertas de señores principales y hasta partidos de matrimonio de varios de sus compañeros. Bien pudiera estar casada de secreto, como otras lo han hecho, y tener el marido ausente. Debe de poseer tal cual fortuna, pues repetidas veces le oí decir que no depende del teatro. Es mujer algo extraña; se diría que una gran pena ó una gran falta oprimen á veces su ánimo; aunque esto no se vea con frecuencia, pues de ordinario parece alegre y tranquila. Vive en compañía de su padrastro, cómico ya retirado, que le sirve de escudero y administra su hacienda.

Habían, así conversando, llegado á la puerta de una casita situada como á la mitad de la calle de Santa María. Llamaron y salió á abrirles una mujer de edad, sin ser vieja, quien, reconociendo á Jalón, subió sin más á prevenir á la dama.

Entraron en una salita adornada con gusto, aunque sin riqueza. Las paredes y el suelo estaban entapizadas, y un escritorio salamanquino y dos bufetes mezclados con las sillas de vaqueta con fleco de seda completaban el mueblaje. En uno de los fronteros de la sala alzábase el estra-

do, estrecho, de poco más de dos varas, pero que en la otra dirección ocupaba todo el ancho de la pieza. En él estaban diseminadas, sin orden, varias almohadas de damasco de seda roja con fondo de badana del mismo color. Sobre la tarima había un gran lienzo, copia de la famosa imagen de la Virgen de la Novena, Patrona de los cómicos españoles, y en el resto de la sala otros cuadros devotos. A un lado del estrado una vihuela y un arpa, y sobre un bufetillo varios tomos en cuarto y cubiertos de pergamino que á la legua se veía eran de las famosas *Partes* de comedias que las prensas de Madrid, Zaragoza y Barcelona comenzaban á lanzar al público, ansioso de saborear por medio de la lectura las portentosas creaciones del numen de nuestros dramaturgos.

Cuando entraron los visitantes esperábalos ya la bella Armida, de pie, cerca del estrado. Estaba verdaderamente soberbia. Sujetaba su cabello castaño, sin ahuecarlo demasiado, con lazos de colonia de color rojo muy vivo. Un juboncillo corto de terciopelo, también rojo, y abrochado por gran número de botones, cerrábase cerca del cuello con una valona baja de puntas de Holanda, no de tal blancura como su garganta, que ostentaba libre de toda clase de adorno. Las mangas del jubón eran acuchilladas y sujetos los bordes con trencillas de seda blanca y puntillas en los puños, y la saya pollera de tafetán doble color de nácar sin más recamo ni arrequive que dos cenefas ondeadas al canto de terciopelo igual al juboncillo.

Era de buena estatura y talle; de extremada blancura; ojos grandes y obscuros, que miraban á la vez con ternura y energía; aspecto este último derivado tal vez de lo espeso de sus cejas y pestañas. Sin pecar de obesa, estaba cubierta de carnes y aparentaba unos veinticinco años de edad.

Sonrióse al ver aparecer á los dos amigos á tiempo que don Felipe le decía:

—Señora Armida: este caballero que me acompaña es el forastero de quien os he hablado varias veces y ha deseado veros.

Inclinándose don Lope, añadió:

—Os doy las más rendidas gracias, señora, por haberme permitido que venga á tributaros más de cerca las muestras de admiración que tantas veces os di desde lejos en la casa de las comedias.

—Agradezco infinito vuestros elogios, aunque no los crea merecidos, por venir de sujeto tan digno de respeto por sus grandes estudios, según me enteró vuestro amigo, y hasta por inteligente en la poesía. Pero, tomad asiento, señores—dijo á la par que ella se dejaba caer con elástica blandura sobre los almohadones de su estrado.

En tanto que Armida conversaba con Jalón sobre sus proyectos literarios, don Lope no se hartaba de contemplar aquella hermosa mujer que tanto había deseado ver de cerca y sin el afeite del teatro. Sobre todo bebía extasiado aquella mirada intensa y dulce que recordaba haber visto antes, no sabía cuándo, tal vez en sueños; pero él conocía, era indudable, el particular resplandor

de aquellos ojos y la manera de subir y bajar los párpados, quedándose á veces un instante á medio caer y como si la pupila dirigida hacia arriba quisiese contener el total descenso. ¿Dónde había él visto esto? ¿Por qué le era familiar esta mirada?

Despidióse Jalón, y Armida dijo á don Lope:

—Por lo que se adivina sois algo aficionado al divertimiento teatral.

—Sí, sobre todo cuando se ven las obras bien interpretadas, como sucede en la corte. En provincias ocurre pocas veces. En Salamanca no he visto más que dos ó tres buenas compañías en ocho años que versé sus escuelas; ¿qué sucederá en León, de donde vengo al presente?

—¿Sois hijo de aquella noble ciudad?

—Sí, señora.

—De ella era una compañera y amiga mía y por dicha la más querida, que llegó á ser famosa comedianta. Se llamaba Angela Coronel...

—¿Cómo, cómo habéis dicho?—interrumpió Toral, alzando la cabeza.

—Angela Coronel. ¿La conocisteis acaso?

—¡Y tanto! ¡Como que se crió en mi casa y fué el objeto de mis primeros infantiles amores! Y no debe de haber duda en la persona, porque su madre se huyó con ella en compañía de unos recitantes que habían estado varios meses en León. De esto habrá unos doce ó trece años; tendría entonces Angela once ó doce.

—Conozco esa historia—agregó Armida—por

habérmela contado ella misma. Pero su madre no salió de León huída, sino con su marido. Enamorada de uno de los galanes de la farsa, huésped de la hermana de la viuda de Coronel donde ésta le conoció, se marchó con él después de haberse casado legítimamente en su parroquia.

—Ignoraba esos pormenores—rectificó don Lope—por haber ocurrido el hecho durante mi primer ausencia en Salamanca. Cuando volví y me contaron la desaparición de mi compañera de juegos infantiles lo sentí y lloré con amargura, porque, como ya os he dicho, la quería entrañablemente. Además, que su padre, el pobre Diego Coronel, había sido ayo mío. Pero, ¿qué queréis? A los quince años ningún afecto puede ser duradero. Y ¿qué se hizo luego de mi amiga de la niñez?

—No ha sido muy dichosa, según creo. Educada por su padrastro, que no era mal cómico y muy amante de su ejercicio, y por su madre, que, aunque os parezca extraño, salió á las tablas y pareció bien en algunas figuras, no podía ser otro su destino que el de comedianta. Antes de los diez y seis años hizo ya sus papelitos. Murió su madre y la tomó por su cuenta una celebrada farsanta á cuyo lado puso término á su aprendizaje. Descolló á la vez su hermosura tanto, que sojuzgó la voluntad de un gran señor, antiguo conocimiento de su maestra, en términos de inspirarle una pasión tardía, pero vehemente y avasalladora. Halagos de la vanidad; los malos ejemplos que veía

á su alrededor; el temor de la pobreza y tal vez los consejos de su protectora rindieron su virtud como holocausto en aras de la opulencia.

—Creo que hacéis poco favor á mi linda amiga —opinó don Lope—. Jamás tan bajos móviles se albergaron en su pecho. Sería falta de discernimiento, tal vez amor...

—De eso puedo responderos que no —dijo Armida—, al menos si he de creer sus palabras. El Duque, pues lo era, le triplicaba la edad; ¿qué amor podía sentir por él una jovencilla de diez y ocho años? El Duque la amó casi como á hija; la protegió y amparó como ella no hubiese soñado, y murió desempeñando un alto cargo fuera de España dos años después; Angela, no sabiendo qué hacerse volvió á las tablas. Entonces fué cuando yo la conocí y traté con alguna intimidad, pues fuimos compañeras dos temporadas seguidas.

—Y ¿dónde se halla ahora?

—Con certeza no puedo decíroslo; pero quizá no sea difícil averiguarlo, si no es que haya cambiado de nombre, como hacen ó hacemos muchas.

—¿Será indiscreción preguntar la causa de que vos lo hayáis hecho?

—Ninguna. El nombre de *Armida* es el de la dama, la primera que hice, en una comedia tomada del Ariosto, y me lo aplicaron lo mismo que á Angela Rogel el de *Dido,* por haber gustado haciendo la reina de Cartago; en mí con mayor razón, pues encubre un nombre vulgarísimo, como Juana Fernández, que es aún mayor pseu-

dónimo. Tal creo haya hecho la Coronel, pues de este apellido no conozco actualmente dama alguna en la comedia.

—Puede ser. No me desagradaría volver á verla. ¡Pobre Angelita! Creo que es el más dulce recuerdo de mi infancia. Pero dejemos esto y volvamos á vos, Armida. Según se dice por ahí, este año no continuaréis encantando los oídos y haciendo latir los corazones y llorar los ojos de los madrileños con los acentos de vuestra alma grande y sensible.

—No puedo asegurarlo, porque se ha declarado en contra mía algún personaje influyente en la Junta de teatros.

—También se dice la causa —agregó don Lope—. Pero, con franqueza, señora: ¿habéis cerrado, en efecto, vuestro corazón á todo lo que sea amor, como afirman vuestros desahuciados?

—Pero ¿quién queréis que ame, no siendo este ó aquel de mis compañeros, á esta pobre comedianta?—preguntó á su vez Armida.

—Muchos, cualquiera —exclamó don Lope—. Tal conozco yo que daría media vida por oir de vuestros labios una palabra tierna.

—Hipérboles y fantasías nacidas al calor de un afecto expresado con tal cual vehemencia en la escena.

—Os favorecéis poco á vos misma —insistió Toral—. Y si os dijera que esa misma persona á que aludo os halla mil veces más hermosa y seductora fuera del teatro, ¿qué responderíais?

—Respondería que en uno y otro caso mira con anteojos de aumento las buenas cualidades, si las hay, y está ciego á los defectos.

—En fin, señora —concluyó don Lope—: yo no quiero salir de aquí sin deciros lo que al entrar me había propuesto. Desde aquella tarde en que, por mi fortuna, pisé el teatro de la Cruz y os vi, sentí que el alma se me iba por los ojos tras vos; me pareció que no os veía por primera vez, sino que os reconocía; y es que mi imaginación habíase formado un tipo de mujer cuya encarnación sois vos sin duda alguna. La expresión de vuestro rostro, vuestra mirada... ésta, sobre todo, es lo que turba y confunde mi memoria. Con frecuencia, antes de conoceros, de día ó de noche, en sueños y despierto veía ante mí unos ojos exactamente iguales á los vuestros, mirándome abiertos y dulces, pesando cariñosamente sobre mi espíritu, embargándole y transportándole á un mundo no conocido donde las sensaciones parecían otras que las de aquí. Pensad, pensad, señora, cuál sería mi sorpresa, mi asombro, al persuadirme de que aquellos ojos eran los vuestros; de que tal mirada era la vuestra, la que tantas veces después he observado y es la misma con que ahora me estáis contemplando.

—Delirios, señor don Lope, de vuestra imaginación de poeta. Pero, sea como quiera, es preciso que entréis en vos. Debéis al cielo noble origen, fortuna, carrera y porvenir halagüeños; os casaréis con arreglo á vuestra clase; dejad tran-

quila á esta pobre farsanta á quien las gentes aplaudirán sólo mientras les divierta, y á quien pueden arrojar al rostro mil dicterios y ofensas sin que vos ni nadie tengáis derecho á salir por ella. Nuestra clase es la más despreciada de todas. Hasta se predica en los púlpitos que se nos debe privar del uso de los Sacramentos y de sepultura en sagrado. Vos, que sois letrado, habréis, sin duda, leído esos grandes librotes en que sabios doctores y graves teólogos afirman que somos "infames" por declaración explícita de ambos derechos: el civil y el canónico.

—Exageraciones piadosas de rígidos moralistas é ineptos jurisconsultos que barajan y confunden los tiempos y las costumbres. ¿Qué puede haber de común entre las crueles é inmundas pantomimas del Imperio romano, fustigadas por los Santos Padres, y las honestas, discretas y sazonadas comedias que hoy escriben don Pedro Calderón, don Antonio de Solís, don Francisco de Rojas Zorrilla y tantos excelentes y cristianos ingenios que goza nuestra patria?

—Pero es tal, sin embargo —replicó Armida—, la opinión de la mayor parte de los españoles de más luces. Nosotros, como los gitanos, sólo podemos amarnos y casarnos dignamente entre nosotros mismos. Así, pues, don Lope, os suplico consideréis esto y pongáis en olvido la afición que, más que mi valor real, vuestra fantasía ó una remota semejanza con cualquiera otra dama que

hayáis visto antes puedan haber despertado en vuestra voluntad.

—Haré, señora, lo que gustéis menos dejar de amaros; esto no podréis impedírmelo ni en mi mano está el obedeceros. No os lo diré si eso os agrada, pero no me privéis del consuelo de veros. Para mi alma sois lo que la luz á los ojos: sin vos, la noche más caliginosa me envuelve y entristece.

—Claro es—respondió ella—que yo no puedo privaros de amarme, y hasta os diré que eso me lisonjea y os lo agradezco. Pero ¿de qué puede serviros abrigar y dar pábulo á un afecto indigno de vos? Ahora bien: como supongo que ese capricho no tardará en desvanecerse, mi puerta estará abierta para vos cual lo está para otros, pues esa ventaja tenemos las farsantas sobre las mujeres "honradas", que podemos recibir las visitas de los hombres sin nota mayor en nuestra fama, tan pobre es; pero á condición de que no habléis de vuestro amor ni exijáis de mí más que la buena correspondencia de amistad recta y pura.

Don Lope, silencioso, bajó la cabeza con muestras del mayor abatimiento. Armida le dijo:

—¡Vamos! Con todos vuestros estudios y sabiduría sois un verdadero niño, que debió de haberlo sido muy mimado en tan dichosa edad. Una cosa que quizá no os desagrade tengo que añadir: no amo ni he amado á nadie, creedlo. Si algún día me resolviese á admitir cualquier galanteo

no lo haría sin antes consultarlo con vos—añadió riéndose.

Levantóse don Lope, pues ya caía la tarde, y con el dejo triste y quejumbroso de infante contrariado, repuso:

—Adiós, Armida. Veré si puedo complaceros en todo lo que pedís, aunque muera de dolor; siempre me será dulce cosa el morir por vos.

Despidióse, en efecto, y salió encaminándose al Prado para despejar algo la cabeza y coordinar sus ideas acerca de lo que había oído.

Una secreta voz le anunciaba que el desaire recibido quizá no fuese absoluto; era natural que una mujer honesta, aunque comedianta, no admitiese los obsequios de persona á quien apenas conocía, y en este concepto hallaba razonable y justa la conducta de Armida. Abismado con sus confusas ideas iba Prado arriba, hacia la Huerta de Juan Fernández, cuando vió venir á su primo que traía dirección contraria. Juntáronse y empezaron á comunicarse y conferir acerca del resultado de sus visitas.

CAPITULO VII

AMOR Y DEVOCIÓN

Llegó la Semana Santa, y desde el lunes no perdía don Félix la ida por la venida de una en otra iglesia, mañana y tarde, en aquellas que juzgó más versadas por su dama. Por más que tenía licencia de ir á su casa, bien comprendió que no se extendía á horas en que el padre no estuviese presente, y que doña Isabel permanecería ya en adelante oculta á sus ojos, salvo cuando la voluntad paterna fuese que pudiesen hablar ante él mismo.

Ansiaba, pues, don Félix ocasión de poder verla con libertad y desahogo; y juzgando, por lo que le había oído acerca de su crianza, que tal vez la iglesia del convento de Santa Catalina sería el templo de su preferencia, allá se encaminó el miércoles por la tarde.

Ocupaba este monasterio de monjas dominicas gran parte de lo que hoy es plaza de las Cortes, viniendo á estar su promedio en el lugar en que se halla la menguada y vergonzante estatua de Cervantes. Daba la fachada principal del conven-

to, que era la iglesia, vista al Prado; subían sus paredes algo por la Carrera de San Jerónimo y más por la del Prado, hacia donde caían la huerta y jardines del convento. El Duque de Lerma había hecho construir un pasadizo cubierto y volado por encima de la calle que comunicaba al convento de Capuchinos de San Antonio, fundación suya y al lado de su palacio, para asistir á la iglesia de las Dominicas sin salir afuera; capricho á la verdad no poco extraño, dada la proximidad entre uno y otro edificio. Ello es que este arco, muy semejante á otro que existía en el convento de las Descalzas Reales, duró todo el siglo XVII y parte del siguiente, desluciendo y afeando el descenso al único paseo público que tenía la corte y con notorio daño de los vecinos de la calle á quienes interceptaba la vista de tal recreo.

Largo rato llevaba don Félix aguardando en la esquina del convento, cuando vió asomar por la calle de los Jardines dos mujeres que, aunque vestidas de negro y cubiertas con espesos mantos, conoció, más porque se lo dijo el deseo que por la vista, eran doña Isabel y su dueña quintañona. Adelantóse unos pasos y, quitándose el sombrero, que tuvo algún tiempo en la mano tendido el brazo hacia la rodilla, se colocó al lado de la joven, diciéndole:

—Mal pueden, señora, esos velos, por tupidos que sean, encubrir la divina luz de ese rostro; pues así como el sol, por densas y opacas que sean las nubes que pretendan ocultarle, se ve y distin-

gue tras ellas é ilumina las mismas sombras que se le ponen delante, así la lumbre de vuestros ojos, no sólo rompe y penetra la negrura de ese manto, sino que, llegando recta á mi corazón, me permite reconoceros, sin duda alguna, á través de la obscura tela.

Rióse doña Isabel y, queriendo burlarse un poco, respondió demudando algo la voz:

—Caballero: vuestros conceptos, aunque elegantes, son tan genéricos y adaptables á toda clase de personas, que cierto no corréis el riesgo de equivocaros aplicándolos á cuantas encubiertas damas halléis en vuestro camino.

—Tampoco lograréis disfrazar el timbre de vuestra dulce voz —replicó Mansilla—, porque á su música armoniosa responden como arpa gemela las vibraciones de placer inefable en que el alma se baña oyéndoos. Y cesad, os ruego, en toda clase de fingimientos y escuchadme algunas palabras, que bien merecida tengo vuestra atención, siquiera por el mucho desvelo que me cuesta el hallar ocasión de hablaros.

—No en este momento, don Félix; aguardadme á la salida, que no dilataré más de media hora. Habrá menos gente y despertaremos menos la curiosidad indiscreta.

No había tal vez transcurrido el plazo cuando salieron nuestras encubiertas, á las que se unió el galán á tiempo que dijo la joven:

—Bajemos al Prado.

Hiciéronlo así, y luego que la dueña se quedó

dos pasos atrás, comenzó el Capitán en tono grave y serio:

—Doña Isabel: no necesito repetiros que os amo, pues antes de conoceros os lo he dicho varias veces con las voces más íntimas y más sinceras del alma. Sólo añadiré que lo que entonces era irresistible simpatía, hoy que sé quién sois y los méritos altísimos que en sangre, educación y virtudes os adornan, se ha convertido en verdadera pasión única y exclusiva, que será ya el fin y objeto de toda mi vida. El deseo, el ansia de saber cómo habéis recibido mi tierna voluntad es tal, que no podría ya descansar si no os dignáis dar alguna respuesta que aquiete mi ánimo.

También muy seria le contestó la dama:

—Ya comprenderéis, don Félix, que no debe una doncella honesta responder en esta materia con la urgencia que deseáis. Aunque educada en un convento, no lo he sido en ninguna clase de gazmoñerías, como habréis podido colegir. Si desde el primer instante en que nos vimos no me fueran agradables vuestra persona y trato (pues de vuestra condición de noble nunca he podido dudar), no hubierais obtenido de mí palabra alguna ni en uno ni en otro sentido. Y pues he contestado una y otra vez á vuestras lisonjas y corteses ofrecimientos, claro es que no será porque os aborrezca, y excusadme el que me declare más, contando con que la discreción vuestra suplirá todo lo que yo no puedo decir.

—No aspiro, señora mía —repuso él—, á oir de

vos frases ni conceptos impropios de vuestra educación y clase, y sí que me permitáis serviros y adoraros concediéndome aquellos favores de vista y oído que aun no se niegan á la estricta cortesía.

—Supongo—dijo ella sonriendo—que esos favores de vista y oído no serán los que podréis gozar por la asistencia diaria y ostensible á nuestras tertulias; y así os digo que bajaré la noche que pueda á una de las rejas que dan á la calle, donde podréis hablarme con el recato y cuidado que exige la casa de mi padre. Y ahora dejadme volver, pues la noche se viene á más andar, y no me sigáis.

—Id con Dios, señora y alma mía.

Un gran rato permaneció don Félix contemplando el gracioso bulto y eurítmico paso de la joven, que antes de ocultarse en la angosta calle volvió el rostro á él, enviándole y recogiendo la postrera mirada.

A la tarde siguiente vieron los dos primos desde sus balcones salir la célebre y numerosa procesión de la Trinidad. Acompañáronla devotamente, llevados, además, como forasteros, de la curiosidad de presenciar el aspecto de la capital de la Monarquía en tales días cuando el silencio de coches y campanas le daban un carácter singular y único. Por ello dijo bien un poeta de época posterior:

Campanas callan y coches;
nada se escucha en Madrid;

que solo hoy que muere Cristo
se puede en Madrid vivir.

Las gentes pasaban serias y calladas como fantasmas, entrando y saliendo en las iglesias. Un sordo y casi imperceptible murmullo era lo único que de vez en cuando interrumpía aquel augusto y solemne reposo de una ciudad que parecía muerta. Todos, hombres y mujeres, caminaban á pie, sin precipitarse ni chocar unos con otros ni apenas dirigirse la palabra.

A ratos distraía la atención y alteraba el general mutismo la aparición de una gran señora conducida en rica silla de manos, cubierta en lo exterior de terciopelo guarnecido con pasamanos de oro y clavos dorados, y el interior de tela de oro y nácar con flores escarchadas y franjas de oro de Milán y vitrinas de fino cristal, y acompañada de buen golpe de escuderos y pajes. Bajaba de la silla que los conductores, vestidos con fúlgida librea, deponían á la puerta del templo, y á los pocos minutos volvía á presentarse cercada de aquella corte escuderil; abríale la portezuela un paje, gorra en mano; sentábase en el estrecho camarín, impregnado de sutiles aromas; echábanse los silleteros las correas al hombro y, con paso lerdo, se dirigían á la iglesia más inmediata.

Otras, sin tanto cortejo, en más modestas sillas de vaqueta ó encerado y forro de damasco y llevadas por mozos de alquiler, cruzaban también por las calles y en bastante número. La difusión

de este medio de transporte, antiguo ya en Madrid y apenas conocido aún en las capitales extranjeras, había despertado la vena satírica de los poetas, como don Francisco de Quevedo, que, en el comienzo de un soneto, decía:

> Ya los pícaros saben en Castilla
> cual mujer es pesada y cual liviana,
> y los bergantes sirven de romana
> al cuerpo que con más diamantes brilla.

La mayoría iban á pie, sin embargo; apenas cubiertas con su manto de gloria ó tapadas de medio ojo, luciendo sus airosos talles y prendidas con la bizarría y gusto de que aún hoy dan señales tan cumplidas las graciosas madrileñas, que en tales días suelen provocar la admiración de los extraños que por vez primera las contemplan.

Entretenidos, viendo el continuo ir y venir de las gentes, estuvieron los dos leoneses, á quienes se había juntado el poeta Salas, mientras que no cerró la noche. Fuéronse los tres juntos á hacer su colación hasta las diez, hora en que la costumbre disponía que los hombres empezasen sus visitas y estaciones, devoción que se prolongaba hasta las dos ó las tres de la madrugada.

Hacíanse estas visitas de los templos con cierta extraña solemnidad y particulares circunstancias que hoy sorprenderían no poco. Así, apenas llegados nuestros amigos á la iglesia de Santa Cruz, ya desaparecida, en el centro de la plaza de

su nombre, vieron subir por la calle de los Esparteros una comitiva formada de hasta una docena de negros encapuchados que, con grandes hachas encendidas, iban rodeando y alumbrando á otro que se daba fuertes disciplinazos con unas pencas erizadas de púas.

—¡Notable devoción la de este hombre!—dijo don Lope.

—Quizá no sea tanta —respondió el de Salas—. Este es mayordomo de una rica Cofradía que trata de hacer méritos para conservarse en el puesto.

—Y los que le acompañan, ¿quiénes son?

—Oficiales de herrero y zapatero, alquilados para eso mediante un real de á ocho por cabeza. Bien que les veáis enseñar bajo la túnica fino zapato con lindos lazos, guantes en las manos y vueltas de cambray en las mangas del lucido jubón que se divisa por la abertura del capuchón, de propósito sin cerrar, todo eso es alquilado también en las roperías que hay para ello. Concluídas las estaciones les aguarda en casa del mayordomo una copiosa cena de la que todos saldrán borrachos y enzarzados en disputas y zacapelas. Tampoco es infrecuente que si esta comitiva se tropieza con otra de igual clase, sobre quién ha de apartarse más ó menos, se crucen insultos y frases gordas y acaben por desenvainar los cirios y sacudirse con ellos, á guisa de espadas, las costillas.

Bajaban la calle, cuando en sentido opuesto, y

sin ver á nadie, pues la noche era obscurísima y el alumbrado público no existía, sintieron acercarse un ruido extraño y con cierto retintín metálico.

—Ya le conozco—dijo don Juan de Salas—. Es un pobre diablo que todos los años repite la misma faena. Ya veréis.

Detuviéronse, y á poco subió encorvado y jadeante y como verdadera alma en pena, un hombre, cubierto el rostro con negra capucha y faldas hasta la rodilla, que arrastraba dos gruesas y luengas cadenas, sujetas á cada lado de la cintura, de las que tiraba como un buey de una carreta.

Cerca de San Ginés vieron llegar con grande calma y prosopopeya otro solemne cortejo compuesto de una veintena de hombres cubiertos hasta los pies con lujosas túnicas de seda y altísimas capuchas sostenidas enhiestas con aparejos de ballenas y grandes rosarios de cocos al cuello. Iban también alumbrando con hachones de blanca cera; pero conocíase ser todos gente de entono, por lo blanco de sus guantes, finura de los vuelos de los puños y todo lo al de su atavío. En medio de ellos otro encapuchado llevaba sobre sus hombros una enorme cruz de madera que parecía deber abrumarle con su peso.

Apartóse don Juan de sus compañeros que, atónitos, veían la conmovedora escena, y se acercó á uno de los alumbrantes, con quien habló un momento, volviendo luego á los suyos con estas palabras:

—Dicen que es un grande de España, y los que le acompañan son deudos y amigos.

—¡Grande y laudable muestra de humildad! —exclamó don Félix.

—Lo que me asombra—interpuso don Lope—es cómo no le aplasta el peso de la cruz; yo no podría llevarla veinte pasos sin echar el espíritu por la boca.

Rióse don Juan de Salas y dijo:

—No pesa tanto como parece, porque es hueca.

Echáronse á reir los dos leoneses; pero don Félix añadió:

—De todas suertes, es muy edificante lo que hace este gran señor en andar con tal devoción sus estaciones.

—También habrá su vanidad en eso—repuso el implacable don Juan—. A lo largo del trayecto que recorren estos caballeros estarán paradas á las ventanas todas sus familias y otros conocimientos que mañana dirán: "¡Qué gallardamente llevaba su cruz el señor Duque!" O bien, al saludarle alguna boca de rosa, añadirá: "Ya he visto anoche á vuexcelencia haciendo sus estaciones: cierto que era cosa de notable gusto y devoción ver el garbo con que vuexcelencia llevaba su cruz á cuestas."

En la esquina del convento de los Angeles vieron descender calle abajo una sombra, un hombre tan en silencio y andando con tal dificultad que parecía ebrio. Dijo don Juan al pasar cerca el fantasma:

—Este pobre sí que lo hace por espíritu de humildad y poseído de fervor religioso Su cruz, aunque no tan grande como la del *Grande*, es bien maciza y pesa su poco. Vedle que va completamente descalzo y tendrá que curar un mes las llagas y heridas de sus plantas. En la cabeza lleva una corona de espinas verdaderas y cilicios en el cuerpo que dejarán sus carnes laceradas y carpidas.

En lo alto de la plaza de Santo Domingo toparon con dos disciplinantes sin más vestido que unas túnicas de blanco lienzo. Sacudíanse el uno al otro tan fuertes correonazos, que ya salpicaban con gotas de sangre sus vestiduras.

—Tampoco éstos—dijo don Lope—harán por vanidad su cruenta penitencia.

—En uno de ellos, sin embargo, es algo dudoso. Ved en aquella ventana de enfrente puestas dos mujeres. De seguro que una de ellas será la amada de cualquiera de estos devotos. El caso se da con frecuencia.

—¡Singular manera de obsequiar á su dama! —no pudo menos de exclamar don Félix—. Pero yo no encuentro esto risible, ni aun lo del Duque; la fe disculpa y hace perdonables muchas extravagancias. Hay en todo esto una prueba tan clara de que la Religión lo llena y lo domina todo, y de que el cristiano lo pone todo debajo de su amparo, aun sus propias flaquezas y sandeces; es, al mismo tiempo, un tan explícito reconocimiento de la pequeñez é insignificancia del hombre ante

su Criador y Redentor, y demuestran una tan amorosa confianza en su perdón y misericordia, que, bien mirado, hasta parecen buenos, y lo serán, estos actos á pesar del tinte irrespetuoso que ofrecen. Ya sabéis que todo un Rey David iba saltando y bailando delante del arca y conocéis la historia del pobre juglar que en devoción á Nuestra Señora solía obsequiarla volteando y descoyuntándose en los más difíciles juegos.

—No está mal defendido el campo—objetó don Lope—; no en vano sois buen militar, aunque yo no me doy por satisfecho. Y ya que nosotros, sin tanto trabajo, hemos cumplido por nuestra parte, paréceme bien que nos recojamos, querido primo, después de acompañar al amigo Salas á su casa, no sea que, pese á la santidad del día, encuentre con algún capeador que intente aligerarle de ropa.

CAPITULO VIII

CORRALES Y COMEDIANTES

El barrio del *Mentidero* era estrecho para contener la muchedumbre que hervía en su recinto y se derramaba por la vecina plaza de Matute. Hombres, en su mayoría jóvenes, y vestidos con afectación, diseminados en grupos que se removían, hacían y deshacían á cada instante, charlaban sin cesar en alta y sonora voz y con cierto campaneo en el tono. Algunos, más graves, formaban como el centro fijo de nuevos corros que también se renovaban de continuo. Entre unos y otros discurrían calladamente varios personajes no fáciles de clasificar por su aspecto y traje modestos, pero que no eran de seguro unos pobretes. Estos preferían hablar privadamente y como en puridad con cada cual; los llamaban y separaban del conjunto para hacerles misteriosos encargos en lenguaje y acento no menos misteriosos.

Separados del bullicio, al que oteaban con risueña curiosidad, había otros grupos aislados de

gentes que, por su hábito y empaque señoril, demostraban ser caballeros, no faltando entre ellos las insignias de más de una de las Ordenes militares.

No era insólito ver cruzar sillas de manos llevadas por ganapanes que, saliendo de las vecinas calles, parábanse cortos momentos en las esquinas; asomaban el rostro las damas que iban dentro, todas jóvenes, bien parecidas y no peor engalanadas; llegábanse á ellas algunos de los más activos asistentes á aquel lugar; dábanles las noticias que solicitaban y, sonriendo, despedíase la dama, que continuaba su viaje á la próxima iglesia de San Sebastián, ó de regreso ya, se perdía en cualquiera de las angostas calles del barrio. Con más espacio estaban otras damas tapadas á medias que en parejas ó en grupos de tres y cuatro tomaban, bien que alejadas, parte en el común tráfago. A su alrededor y en conversación con ellas había muchos jóvenes y elegantes caballeros que hacían prorrumpir á las damas en frescas y sonoras risas, ó eran ellos los que sazonaban con las suyas más ruidosas los dichos agudos, arrumacos y mohines con que eran recibidas sus frases y galanterías.

Tal era el aspecto que ofrecía el famoso *Mentidero de los representantes* á las once de la mañana del Sábado Santo del año 1640, y la causa provenía de que se iban á firmar las listas de las dos compañías de actores destinados á los dos únicos teatros ó corrales (como entonces se lla-

maban) que poseía la capital de las Españas: el del Príncipe y el de la Cruz.

Para comprender la importancia que este acto revestía es preciso tener en cuenta que él era el regulador de toda la farándula del reino y sus inmensas provincias y colonias.

La villa de Madrid gozaba el antiguo privilegio de formar sus compañías eligiendo entre todos los cómicos españoles aquellos que bien le parecían, embargándolos y forzándolos á venir desde los más lejanos puntos en que se hallasen y obligándoles, con cárceles, destierros y privación de oficio, á sujetarse al *partido* y categoría que la villa les designase. Por consiguiente, ninguna compañía de provincias debía ni podía formarse sin que antes lo estuviesen las de los teatros madrileños; y como esto era operación larga y rica en peripecias y sorpresas, ocurría que llegaba el final de la Cuaresma sin haberse conseguido.

El año cómico finalizaba el martes de Carnaval de cada uno; seguíase un período de suspensión que duraba toda la cuarentena, en el que debían organizarse las nuevas compañías, y el segundo día de Pascua comenzaba otra vez la representación de comedias. Más adelante se autorizó la apertura de los corrales el mismo domingo de Resurrección.

El Consejo de Castilla nombraba doce compañías reales ó "de título", porque se les expedía en forma, poniendo cada una bajo la dirección de un comediante de experiencia, á quien se llamaba

"autor". Estas eran las primordiales y preferidas, que representaban durante el año en la Corte y más populosas capitales del reino, como Sevilla, Barcelona, Valencia, Zaragoza, Granada, Valladolid, Málaga, Cádiz. Pero había además otras que se llamaban "de partes" ó de la legua, que discurrían por las ciudades secundarias; iban á Lisboa, Oporto, Coimbra y otros lugares de Portugal; se embarcaban para América cuando se les consentía y andaban en bastante número por los virreinos de Nápoles y Sicilia y Estado de Milán, muy favorecidos de los Virreyes y Gobernadores, y aun se habían corrido hasta las provincias de Flandes para recitar ante nuestros heroicos soldados.

Todo este mundo de representantes era necesario para dar salida á la exuberante producción dramática de nuestros poetas, que desde Lope de Vega, quien había él solo compuesto cerca de *dos mil* dramas (y más si se incluyen los autos sacramentales, es decir, una literatura entera), no cesó un instante en manos de sus discípulos Tirso de Molina, Guillén de Castro, Alarcón, Montalbán, Mira de Amescua, Vélez de Guevara, don Antonio de Mendoza y otros cien, y proseguían ahora Calderón, Rojas, Solís, Cáncer, Moreto, Coello, Matos y Villaviciosa, por no citar más que los principales.

No es maravilla, pues, el gran bullicio y marejada que hemos indicado al principio en aquel pequeño recinto, lonja y centro de contratación

cómica, luego que se sabía cuáles farsantes no inscritos para Madrid quedaban en libertad de obligarse como les pareciese.

Allí estaban los otros diez "autores" de título, reforzando y completando sus huestes para suplir las "partes" que Madrid les había quitado, y entendiéndose con los delegados y comisarios de los hospitales y cabildos municipales (que eran los que en cada localidad gozaban el monopolio de los espectáculos) sobre el número de comedias que habían de hacer en cada pueblo, sobre la época de comenzar, sueldos, anticipos, gratificaciones, gastos de viaje y más pormenores de sus contratos.

Andaban también los procuradores de las cofradías de villas y ciudades de segundo orden ya obligando á los buenos farsantes, para los autos del *Corpus*, en tal ó cual día de la octava, ó ya concertándose ellos y los autores más modestos, que con una media compañía, ó menos, habrían de trabajar ayudándose con aficionados indígenas.

Los desairados de la fortuna, que eran los más con mucho exceso, se agermanaban para organizar sus cuadrillas ambulantes, que, sin detenerse más que uno ó dos días en cada pueblo, corrían media España en el decurso del año.

Los apoderados de los autores á quienes su buena ó mala ventura traía por tierras extrañas, reclutaban aquellas partes sueltas que luego les remitían con los galeones de los puertos de Barcelona, Denia, Cartagena, Cádiz, Vigo ó Lisboa.

Suaves y callados como reptiles deslizábanse entre todos ellos los usureros, prestamistas, roperos y mercaderes, reclamando unos las cantidades prestadas en la Cuaresma y otros las ropas y telas que habían "sacado" de sus tiendas para vestir los papeles del teatro.

Los autores dramáticos no estaban menos interesados en este general movimiento, y los que no esperaban ver sus obras en los escenarios madrileños contentábanse con que Antonio de Prado, Pedro de la Rosa, Riquelme ó Malaguilla se las pusieran en los corrales de la Olivera, de Valencia, y en los de doña Elvira, ó Montería, de Sevilla, é iban provistos de manuscritos que ajustaban por menos de los ochocientos reales que valía la propiedad absoluta de una comedia nueva escrita por don Pedro Calderón ú otro de los grandes maestros. Así podía alabarse el "autor", al *echar* la *loa* en la primera representación que daba en cada villa, de que en sus cofres venían diez ó doce comedias "famosas", "nunca vistas ni oídas", que habrían "alborotado" la corte si hubiera querido cedérselas á sus compañeros de Madrid.

La organización de las compañías del Príncipe y de la Cruz, aunque no tan laboriosas como otros años, no habían carecido en éste de embarazos y contratiempos. El pueblo de Madrid no toleraba como hoy años y años unas mismas caras sobre la escena, y en cada uno se remudaba el personal histriónico. Y así, por más que en el anterior ha-

bía tenido á su servicio compañías excelentes como la de Antonio de Rueda, en que figuraban partes de tanto mérito como las maravillosas de Antonia Infante, que trabajaba con igual eminencia en lo serio y en lo jocoso; Jacinta de Herbías, Isabel López, Luisa de Borja, de voz divina; los galanes Pedro Manuel de Castilla y Pedro Ascanio y el gracioso Diego de Osorio. Y aunque no tuviese menos valor la otra compañía de Manuel Vallejo, de la que eran gala y ornato María de Quiñones, tan hermosa como honesta; las hermanas María y Jerónima de Olmedo, nacidas en pleno ambiente artístico; la saladísima Manuela Mazana; galanes como Francisco de Salas, Olmedo el mozo y gracioso como Antonio Marín y Manuel de Coca, este año los dejó marcharse con fría indiferencia á Sevilla.

Muy á los principios de Cuaresma, la Comisión encargada de reclutar los autores que á la vez habían de servir para representar los autos sacramentales del día del *Corpus,* compuesta del consejero de Castilla don Juan de Chaves y Mendoza, como "Protector de los teatros del reino"; el corregidor de Madrid don Juan Ramírez Freile, y de los comisarios regidores don Francisco Enríquez de Villacorta y don Cristóbal de Medidina, á que se añadía el protonotario de Aragón don Jerónimo de Villanueva, grande amigo del Conde-Duque, que, prevalido de su favor, quería estar en todas partes, había dedicado no pocas Juntas á organizarlas.

Sin dudar en la elección de "autores", pues se ofrecieron á serlo, ya que á la sazón se hallaban en la corte, eligió á Bartolomé Romero, Damián Arias de Peñafiel y Luis López de Sustaeta, que había trabajado en el coliseo del Retiro, recientemente construído en aquel Real Sitio.

Mandaron, pues, á Romero que formase su bandera metiendo en ella farsantes nuevos y escogidos, y á Damián Arias, que era tan buen actor como pésimo jefe de compañía, le ordenaron juntarse con Luis López y, unidos, hacer una selecta y numerosa de que luego pudieran sacarse algunas partes buenas cuando Su Majestad desease tener comedias en su teatro particular.

En uno de los grupos y algo separados del general tumulto se hallaban, entre otros, nuestros conocidos don Lope, el autor dramático don Felipe de Jalón y el poeta Salas.

—¿Se sabe ya—dijo éste—quiénes forman las compañías de este año?

—Sí —respondió Jalón—, sólo esperan la orden de su señoría para ir á su posada á firmar los contratos. Bartolomé Romero cuenta desde luego con su mujer la gallarda Antonia Manuela.

—Es una excelente dama —añadió otro—. Años atrás la Villa le concedió á ella sola por su admirable representación en los autos sacramentales, la *joya,* ó sean 100 ducados, que antes se daba únicamente á la mejor de las compañías para que la distribuyesen entre todos los farsantes.

—Y las otras damas ¿quiénes son?

—La graciosa es María de Valcázar, á quien todos conocemos por su donaire y travesura. Las demás no tienen tanto valor; Jusepa de Ayala hará las segundas damas. Cantará con el primor que suele Micaela Castaño, y son nuevas, según creo, Beatriz Jacinta, una de las más lindas comediantas que ha habido en estos corrales, y Luisa de Ayala, hija de la Jusepa.

—¿Se quedan, al fin, Francisca Paula y su marido Diego de Mencos?—agregó uno.

—Tengo entendido que sí; el Protector no ha querido que saliesen con su capricho.

—¿Cómo fué ello?

—No deja de ser curioso el lance. Había Romero ajustado á Mencos y su mujer; á él como segundo gracioso y á ella como música, pues canta como los pájaros. Pero de Valencia les hicieron mejores ofertas y trataron de fugarse, como hacen muchos. Noticioso de ello, avisó Romero al Protector, quien mandó le prendiesen en la cárcel real; y como aún se mantuviesen rebeldes y negativos á firmar, decretó don Juan de Chaves que á Mencos le pusiesen dos pares de grillos y á Francisca Paula se la encerrase sola en una habitación de la misma cárcel; cosa bien cruel, porque de ordinario se las recluye en casa del alguacil mayor ó de otro ministro ó en un convento. Compadecido el carcelero de Mencos no le puso los grillos; súpolo el Protector y ¡aquí fué Troya!, condenó al alcaide en cincuenta ducados

de multa, que le sacaron, y mandó al escribano fuese á dar fe de cómo al actor se habían puesto, al fin, los grillos, y recogiese y entregase á su señoría la llave del candado. Así estuvieron muchos días hasta que, aburridos los pobres cómicos, otorgaron lo que deseaba el Consejero.

—Extraño rigor—dijo don Lope—por causa tan pequeña. ¿No hubiera sido mejor dejarles que fuesen adonde les pluguiese?

—Para ellos, sí; mas no para Madrid, que aspira á tener siempre los primeros artistas pagándoles menos que las ciudades. Y el caso no fué único; pues con Diego de Robledo se hizo lo propio.

—Y de galanes —prosiguió Salas—, ¿cómo anda la compañía?

—Alonso de Osuna hará los primeros, Juan Pérez de Tapia los segundos; ambos son buenos recitadores de versos. Tomás Enríquez, *el Romo*, hará los primeros graciosos. Los demás no son de mayor cuenta.

—¿No os parece, don Rodrigo —dijo uno de los del grupo, hombre ya maduro, dirigiéndose á otro de igual catadura—, que ha menguado y decaído el arte en estos últimos diez años?

—Así lo pienso á lo menos —respondió el interpelado—. Y cuando me acuerdo de aquellas grandes farsantas que se llamaron Jusepa Vaca, Jerónima de Burgos, *Amarilis*...

—¿Viven todavía esas célebres cómicas?—interrumpió don Lope.

—Sí, tal —contestó Jalón—. Josefa Vaca habita á dos pasos de aquí, en casa propia y con buenas conveniencias que le dejó su marido Juan de Morales Medrano. Bien casada su hija Mariana con Antonio de Prado y cuidando de dos netezuelos listos y agudos que prometen grandes cosas. Uno de ellos llamado Sebastián hizo ya papelitos de ángel en estas tablas con admiración y encanto de todos. Además Josefa Vaca tiene una hermana menor llamada Hipólita, que lo es, á la vez, no menos que del señor Duque de Híjar...

—¡Cómo, cómo es eso?—se apresuró á decir Toral.

—El Duque de Híjar, antecesor del que hoy vive, se apoderó bonitamente de Mariana Vaca (madre de Jusepa), que, no sólo era insigne actriz, sino arrogante mujer, quitándosela á su marido, y la llevó á Zaragoza, donde la tuvo varios años á pan y mantel, en cuyo tiempo vino al mundo la nombrada Hipólita. Muerto el Duque, pasó Mariana al Perú con una compañía de farandu-leros, de donde volvió después de doce años con abundancia de ducados, el perdón de su marido y algunas canas y arrugas. Mucho dieron que hablar y escribir en su tiempo estos sucesos. La familia del Duque cuidó de la educación de la niña Hipólita, bien heredada por su padre.

—No gozó tal fortuna —añadió Salas— la pobre Jerónima de Burgos, festejada un tiempo de grandes señores y tan cara al *Fénix de los ingenios*. Su marido Pedro de Valdés, tahur empe-

dernido, jugaba y malrotaba cuanto tenían, y hoy vive ella ahí, en Cantarranas, pobre y enferma, atenida á los auxilios de su yerno el músico y bailarín Isidro Gil, á quien podréis ver entre esos grupos.

—Y de la famosa, de la incomparable María de Córdoba, la divina *Amarilis*, cuyo renombre voló por todos los ámbitos de la tierra —insistió don Lope—, ¿qué se dice al presente?

—Ya no representa en Madrid; pero alguna vez suele hacerlo en los pueblos comarcanos. Tampoco son muy alegres sus horas, amargadas por su marido Andrés de la Vega, que es un tirano doméstico. Hoy que ella no se ve tan regalada de los reyes y señores ni aplaudida del pueblo, trata de oprimirla, le da muy mala vida y aun dicen que en cierta ocasión la quiso matar. Ha entablado ella el divorcio y está depositada en casa de un notario eclesiástico. Siempre han vivido mal avenidos.

—En efecto —añadió Toral—. Siendo yo muchacho, hace doce ó trece años, recuerdo que hallándose ambos en León al frente de su compañía, á causa de una gran querella doméstica también Amarilis solicitó el divorcio, y el Obispo pronunció la separación de los cuerpos. Deshízose la compañía y los farsantes se diseminaron.

—Dejémonos de historias pasadas—interrumpió uno—y díganos el señor Jalón, si lo sabe, qué partes entran en la compañía de Damián y de Luis López.

—Muy dignas de esta villa y corte —según estoy informado—. A la cabeza de las mujeres está la inimitable María de Heredia, que así hace damas como graciosas, siendo, al decir del poeta:

sal en unas, y en otras
flor de canela.

Por cierto que estando ya ajustada con Manuel Vallejo para ir á Sevilla de graciosa de su compañía, la Villa anuló el contrato y la Heredia tuvo que devolver al autor algunos cientos de reales que le había anticipado. No le irá tampoco mal en la corte, pues aunque el partido sea menor ella sabrá aumentarlo, que es mujer á quien no arredran ni atemorizan bandos ni pesqueridores.

Tiene por segunda á Mariana de los Reyes *la Carbonera,* que bien podría hacer primeras sin desdoro del arte. Las terceras ó graciosas están encomendadas á la pícara y sacudida Ana María de Peralta *la Bezona,* sin quien los entremeses, aun los del rey del género Luis Quiñones de Benavente, parecen sosos. Para el canto no faltan buenas partes como María de Salazar, y de galanes no digamos, pues Damián Arias pasa por ser el mejor recitante de España, y Luis López no le va á la zaga, aventajándole en la juventud. Tienen dos de los mejores graciosos, que son Tomás de Heredia, marido de la dama, y Juan Bezón, que lo es de la graciosa.

—No sé qué he oído sobre que ese no es su verdadero nombre—inquirió don Lope.

—No, por cierto. Se llama Gregorio de Rojas y es hermano natural del celebrado poeta dramático don Francisco de Rojas Zorrilla, que vive ahí arriba en la plaza del Angel, y á quien podéis ver desde aquí hablando con aquel mozalbete tan pulcro y atildado que empieza á sobresalir entre los buenos ingenios, aunque sólo cuenta veintidós años.

—¡Ah, sí! —dijo Salas—. Es don Agustín Moreto.

—Pero, volviendo á Bezón —agregó Toral—, ¿por qué le dieron ese nombre?

—Porque es el que tenía en Toledo su padre el alférez Francisco de Rojas á causa de lo abultado que en ambos se halla el labio inferior, circunstancia que le asemeja á la familia de nuestros reyes y el cómico utiliza para sus gracias.

—¿Y con qué obras empezarán pasado mañana estos corrales?

—Uno de ellos, al menos, estrenará comedia de don Pedro Calderón de la Barca. Los entremeses y loas serán de Benavente, quien, á pesar de sus años, mantiene su bien plantada bandera del más alegre y culto entremesista que hemos tenido hasta el presente.

Apenas había dicho Jalón estas palabras cuando, acompañados de varios alguaciles, aparecieron los *autores* que, recorriendo los grupos, decían:

—Vamos, compañeros, sus señorías nos aguardan para la firma.

Como dos escuadras de soldados destacáronse de la multitud y encaminaron á la plaza del Salvador los cómicos requeridos; tras ellos desfilaron también las sillas de manos en que iban las actrices, y como eran más de las doce fueron disminuyendo los mirones é internándose por las calles próximas.

Quedaron solos nuestros tres amigos que, paso á paso, fueron subiendo á la plaza del Angel.

—¿Con que nuestra bella Armida—dijo Salas—se queda este año sin representar en Madrid á lo que parece?

—Hay quien asegura—contestó Jalón—que intrigas de uno de los comisarios, que no halló á la farsanta tan dócil como se prometía, han logrado su exclusión temporal; pero le han ofrecido que para los autos entrará como sobresalienta con la ayuda de costa usual, que monta casi tanto como el partido de la temporada. Muchas damas de reputación ya consolidada prefieren quedarse así á salir fuera ó trabajar diariamente en los corrales, sobre todo cuando tienen particulares motivos de permanecer en la corte. Pero esto mejor que nadie lo sabrá don Lope, que de pocos días acá tan buenas migas hace con la dama.

Sonrióse el aludido, y respondió:

—Creo que es cierto lo que decís y que Armida no piensa en salir de Madrid no obstante los buenos partidos que se le ofrecen.

Separáronse en lo alto de la plazuela.

Al día siguiente las compañías hicieron su muestra en la casa de Ayuntamiento ante los comisarios, y el lunes de Pascua empezaron las representaciones.

Mucho antes de las tres, hora señalada en primavera y otoño para la función, habíase juntado la muchedumbre así en la calle de la Cruz, frente al teatro de este nombre, como en la del Príncipe, al lado del corral, principalmente para ver entrar las mujeres en la *cazuela,* que era un palco muy grande situado en el fondo del teatro y donde se asentaban todas juntas, pues entonces, excepto en los *aposentos* ó palcos, no se permitía que en el teatro estuviesen mezclados hombres y mujeres. Y esta prohibición duró hasta 1822, en que por primera vez se acomodaron ellas en las lunetas al lado y en contacto con los individuos del otro sexo.

En sillas de manos y coches fueron llegando damas y caballeros que se encaminaban á los *aposentos* y *celosías;* hombres maduros, clérigos y frailes que iban á ocupar los *desvanes* ó *aposentillos;* señores y personas de cierta calidad que se apoderaban de los *bancos* y *gradas,* y, en fin, el pueblo: menestrales, oficiales, vendedores, que formaban la temible mosquetería y que en pie, detrás de los bancos y debajo de la cazuela, resistía las tres horas ó más que duraba el espectáculo.

Uno en pos de otro vinieron también algunos de nuestros conocidos. Ya estaban á la puerta del

corral del Príncipe los dos primos, el capitán Rosal y don Juan de Salas cuando por la calle de la Lechuga vieron llegar á Julián Valcárel acompañando á dos damas tapadas, que no hay que decir eran doña Leonor de Unzueta y su criada. Entraron y subieron derechamente á la cazuela. Poco después, por la calle del Príncipe, aparecieron don Alonso de Meneses y otro grave personaje trayendo á su lado dos señoras encubiertas. Acercóse el capitán Mansilla muy solícito á saludarlos, y después de los ordinarios cumplidos, una de las damas le dijo:

—Señor Capitán, tenemos el aposento llamado del Carpio. Supongo nos iréis á honrar algunos instantes.

—Iba á suplicároslo, señora.

Entraron las damas y sus acompañantes.

—¿Se sabe—dijo don Lope—de quién es la comedia que vamos á oir?

—Por el cartel fijado, según costumbre, en la Puerta de Guadalajara, que acabo de leer —dijo Salas—, es obra de don Pedro Calderón, aunque no nueva.

—A causa de las dificultades que hubo sobre si se quedaba ó no la señora María de Heredia —agregó el poeta dramático acercándose—, no han tenido tiempo los cómicos de estudiar ninguna de las que tiene dispuestas para su estreno. Pero sí son nuevos la loa y los dos entremeses: uno de don Jerónimo de Cáncer y los otros del licenciado Quiñones de Benavente.

—¿No tendremos el placer de ver como espectadora á la señora Armida?—dijo don Juan de Salas á media voz, dirigiéndose á don Lope.

—Presumo que no —respondió éste con el mismo tono—. Ayer me dijo que no vendría porque estaba hastiada de comedias y corrales.

—De modo que seguís frecuentando su casa. Y ¿cómo andan esos amores?

—Poco más ó menos lo mismo que el primer día. Creo haber llegado con ella al mayor grado de confianza á que se puede subir en un honrado y amistoso trato. Con increíble ingenuidad me ha referido su vida, sin callar cosa alguna. A veces creo advertir en ella impulsos y raptos más dulces y expresivos que los de la simple amistad; pero cuando quiero aprovecharme para enderezar la conversación á mi gusto, vuelve sobre sí y me recuerda el pacto que hemos hecho de no hablar una palabra de amor. De todas suertes es una mujer adorable.

—Admiro vuestra paciencia.

—No sabéis qué embeleso y encanto produce su plática: qué formas tan singulares tiene de insinuarse, de modo que sin hablar de amor todo lo que dice y siente parece impregnado de este dulce afecto; cuánta discreción hay en sus palabras y conceptos y hasta cuán superior es su instrucción al común de las mujeres españolas.

—No me admira —respondió Salas—; algo se les ha de pegar á las señoras farsantas de lo mucho que leen y oyen. Sin duda por eso dijo hace

años el maestro Tirso de Molina en una de sus comedias:

Por ella olvidó á Isabela,
la mujer más resabida,
más discreta, más hermosa,
más *gentilhombra,* más rica
que una abadesa en las Huelgas,
que una Condesa en su villa
y una dama de teatros,
que es más que todas las dichas.

Ultra de esto, Armida ha viajado fuera de España y residido en Italia tiempo no corto, según dicen. A lo menos conoce bien la lengua toscana, y Jalón me refirió haberle oído conversar en ella con un milanés pariente del banquero Carlos Stratta.

—Creo, señores —dijo Valcárcel—, que es hora de entrar.

Pasaron una puertecilla estrecha, donde estaba el cobrador de la compañía, que recibió los doce maravedís (unos diez céntimos de peseta) de cada uno por la primera entrada. Más adelante, á otro cobrador, en la segunda puerta, abonaron los veinte maravedises de cada asiento de banco y penetraron en el interior del corral.

Era un gran espacio alargado y curvo por una de sus cabeceras (la cazuela), siendo la otra el tablado. Estaba descubierto, excepto el escenario, la cazuela y un tejadillo que á los costados amparaba las gradas. Por encima de todo, sujeto con cuerdas y argollas, había un gran telón ó tol-

do de anjeo que velaba el sol, dulcificaba y uniformaba la luz y aumentaba las medianas condiciones acústicas del local. El piso era de piedra con ligero declive hacia el centro, y en él un sumidero para las aguas pluviales. A los lados estaba limitado por las paredes de las casas contiguas, que teniendo el derecho de abrir ventanas, las utilizaban para ver las comedias. Pero los dueños cedían este derecho á los arrendatarios mediante cierta cantidad, y sufrían la molestia de dar paso al público para estas ventanas, que unas tenían rejas y otras celosías. Eran el sitio más estimado de todos, ya porque no se entraba por el teatro, ya porque se podía ver sin ser visto y ya porque, siendo verdaderas habitaciones, solían los poseedores convidar á sus amigos, merendar y charlar libremente. Así es que príncipes y grandes señores disfrutaban con predilección estas ventanas y rejas.

Algo más abajo, y también mezclados con ellas, estaban los aposentos que se alquilaban para familias, costando en la época á que aludimos diez y siete reales cada uno. Más abajo aún, pero bastante levantadas del suelo, veíanse la cazuela en el fondo y las gradas á los lados.

Y ya en el terreno ó patio había, ante el escenario, casi al propio nivel, los bancos de tres personas, que podían tomarse por entero á costa de un real de plata y por asientos á veinte maravedíes. Detrás de ellos, y separado por una gran viga, á la altura del cuello, por lo que le llama-

ban *el Degolladero*, quedaba el espacio destinado á la gente de á pie (los mosqueteros), que sólo pagaban los doce maravedises.

En lo más alto del edificio había unos palcos estrechos y obscuros que llamaban *tertulias, aposentillos* y *desvanes*. Eran los sitios preferidos por los ancianos y religiosos. Estos últimos gozaban alguna ventaja en el precio de sus lugares.

Alzóse ó, mejor, corrióse el telón, y salieron los músicos con sus guitarras á cantar un corto romance y empezó la loa, pretexto para sacar á escena toda la compañía á fin de que el público la conociese. En manera chistosa cada actor ó actriz hacía alarde de sus gracias y habilidades, que el público de los mosqueteros sancionaba con vítores ó rechazaba con gritos y silbidos.

Acabada la loa siguióse el primer acto ó *jornada,* como se decía con más frecuencia de la comedia, y apenas dió fin se representó el entremés, pieza jocosa ó burlesca en que principalmente lucieron las graciosas y graciosos y *vejete* de la compañía. Terminado el acto segundo hízose otro juguete dramático llamado "baile", porque en él se bailaba, en efecto, ya por parejas ó en conjunto, y luego la última jornada de la obra, de modo que nunca se suspendía el espectáculo.

En el curso de la representación, al igual que hoy en las fiestas de toros, recorrían casi todos los lugares del teatro los vendedores de frutas (avellanas, naranjas, limas, tostones, piñones), dulces, agua y aloja.

Las mujeres pasaban su tiempo comiendo estas cosas y divertíanse disparando los mondos y despojos de la fruta á sus conocimientos del patio, quienes, á su vez, las obsequiaban arrojándoles al vuelo frutas y dulces que ellos adquirían.

Cuando la obra ó el actor no gustaban, se les silbaba despiadadamente, los hombres con los dedos en la boca y las mujeres con llaves y pitos que tenían prevenidos, y otras veces lanzaban al tablado frutas y legumbres de toda especie. Pero si unos ú otras eran de su agrado, ensordecían el teatro con sus vítores y estrepitosas palmadas.

Las apariencias apenas existían. Unos cuantos bastidores pintarrajeados de verde eran selva, monte ó jardín, según los casos. Otros pretendían figurar plazas, calles y hasta interiores de palacios y viviendas particulares; pero todo groseramente presentado.

Y, sin embargo, con tan pobre maquinaria se representaron las obras más portentosas de nuestro gran teatro nacional, lo único que, con el *Quijote*, hace hoy todavía nuestra Patria respetable en el mundo.

La música era también pobre en instrumentos: guitarras, vihuelas, arpas, trompetas, chirimías, cajas y atabales, aunque no en voces, que siempre las hubo muy excelentes y escogidas.

CAPITULO IX

AMOR Y ARTE

Al salir, terminada la comedia, acercóse una tapada á don Lope de Toral y le entregó un papel. Abriólo con premura, leyendo estas palabras: "Os espero esta noche á las diez.—*Armida.*"

Guardó el billete, diciendo á la emisaria:

—Está bien. Decidle que no haré falta.

Anochecía. La salida de las mujeres de la cazuela fué otro espectáculo entretenido. El calor y las apreturas habían ajado y descompuesto sus adornos y arreos más endebles. El peinado no guardaba el orden debido; muchas no se cuidaban ya de taparse con el manto. Salían con el rostro encendido y los ojos brillantes, señales de las fuertes y encontradas emociones experimentadas en el curso de la representación escénica. La mayor parte caminaban de prisa hacia sus viviendas, solas ó bien acompañadas, y no por sus padres ó hermanos.

Despidiéronse unos de otros nuestros conocidos, y don Félix y su primo entraron en su al-

bergue. Iba don Lope pensativo y en extremo inquieto sobre el llamamiento de Armida, pues habiéndola visto el día antes no imaginaba qué suceso podría motivar un aviso que nunca hasta entonces había recibido. Comunicó su desvelo al Capitán, que no pudo darle luz alguna ni aun aventurar sospecha razonable.

Cenaron con bastante apresuramiento, y antes de la hora señalada estaba don Lope llamando á la puerta de la cómica. Recibióle con el agrado de siempre y, con voz algo velada por interna emoción, le dijo:

—Estoy ajustada para Valencia, y como la estación va ya tan adelante, desea el autor que salga mañana mismo á reunirme á los compañeros que ha muchos días se hallan en la ciudad. He querido advertíroslo por si mañana no pudiese veros antes de la partida.

Quedóse Toral petrificado, cual si viese ante sus ojos palpablemente el hecho que tuviese por más imposible. No se le había ocurrido una cosa tan sencilla y probable: que la cómica no hallando colocación en Madrid la buscase en otra parte. Y como era en extremo vehemente y sensible en todos sus afectos y pasiones, aunque por dicha para él la duración no correspondía á su violencia, cayósele el mundo encima y vióse el hombre más desventurado y perdido al oir las palabras de Armida. Al fin, después de no corto silencio, levantó la cabeza y, dirigiendo á la joven una mirada de supremo dolor, exclamó:

—¿Os marcháis?

—¡Ya veis! ¿Qué debo hacer más que seguir el curso que la suerte plugo dar á mi vida?

—Está bien; os acompañaré.

—¿Vos? ¿Estáis loco?

—¿Y por qué no?

—Pero ¿y vuestras pretensiones? ¿Y vuestro primo?

—Todo lo abandono.

—¿Y vuestra propia honra? ¿Qué se dirá al saber que habéis ido en pos de una comedianta?

—Pero ¿no comprendéis que así defiendo mi vida, que sois vos, que es vuestra presencia?

—No sé por qué el alma recelaba tan desatinado propósito; afortunadamente tengo medios de impedir que pase adelante.

—No lo creo. ¿Cómo?

—Pronunciando una sola palabra.

Levantóse con viveza y, acercándose al gran velón de azófar con cuatro mecheros que había sobre un bufete, de modo que la luz iluminase su rostro, enrojecida por la vergüenza, pero mirando fijamente al caballero, le dijo:

—¿Es posible, señor don Lope, que no acabáis de reconocerme? Miradme bien. ¿No veis que soy yo misma, que soy Angela?...

Abrió el galán desmesuradamente los ojos, y luego, cerrándolos como si intentase recoger un recuerdo tenaz en no dejarse aprisionar, dió un grito, exclamando:

—¡Ah, sí!... Esa mirada es la misma... Sí, eres

tú. Tu cuerpo se ha desconocido, se ha hermoseado; pero tus ojos son los que eran...

Y, sin lograr dominarse, lanzóse hacia la joven y, tomándola por la cintura, atrájola á su pecho, é iba á besar su rostro cuando observó que la pobre mujer, exhalando un débil gemido, después de ruda vibración de todo su cuerpo cual si fuera de metal, dejó caer inerte hacia atrás su cabeza, doblegóse su cuerpo, y hubiera venido al suelo si don Lope no la sostuviera con todas sus fuerzas.

Arrastróla hasta un sillón de brazos, donde la sentó; y mirando á un lado y otro buscando auxilios para hacerla tornar del aglayo, sin ver nada, iba á gritar avisando á la criada á punto que Armida, volviendo en sí, le dijo con voz todavía débil:

—No llaméis. Ha sido un ligero vahido de que ya me siento bien.

Comenzó á reaccionar la sangre llegando á las extremidades. Don Lope le tenía cogidas las manos que se le habían quedado heladas. Separólas ella dulcemente fingiendo no haberlo notado, y pasóselas por la frente. Y luego, como siguiendo el giro de sus ideas, dijo:

—Ya veis á qué extremos conducen vuestras locuras: á que yo tenga que avergonzarme ante vos, que sois mi amo y señor y la persona ante quien más hubiera querido aparecer limpia y pura como...

Un inmenso sollozo que había contenido desde

el comienzo de su discurso le privó de la voz y resolvióse, al fin, en una explosión de lágrimas y gemidos que durante largo rato tuvieron en extremo afanado á don Lope. Dirigíale las palabras más tiernas, estrechaba sus manos y limpiábale el rostro con su propio lenzuelo.

Calmada su tensión nerviosa fué poco á poco serenándose la dama. Secóse por última vez los ojos, acarició con las manos su hermoso pelo, algo descompuesto en la anterior borrasca y, ya en apariencia tranquila, dijo:

—Ahora que lo sabéis todo supongo que ya no tendréis dificultad en que me vaya.

—Antes al contrario —respondió él—; ahora más que nunca estoy resuelto á ir contigo. No sólo porque ahora te amo más, si eso fuese posible, sino porque creo deber mío ampararte y auxiliarte, ya que antes no me fué dable hacerlo.

—Entonces dejaré yo mi viaje. Aún no he firmado nada y primero sois vos. Además de que, si os he de decir verdad, me costaba no poco abandonaros—añadió sonriendo.

—¿Es eso cierto?—se apresuró á decir don Lope.

—¡Ojalá no lo fuera! Para mí no os habéis transfigurado: sois el mismo que erais hace trece años. Al instante que os vi en el corral os reconocí, y á no haber hallado vos el medio de acercaros, yo lo hubiera intentado. Sentía necesidad de veros de cerca, de hablaros y oiros; pero hubiera preferido quedar desconocida.

—¿Dura aún en vuestro pecho aquel dulce cariño de época más feliz?

—Harto lo podéis traslucir, y no me sonrojéis más obligándome á confesar unos sentimientos que no soy merecedora de poseer y que deseara tener ocultos en lo más secreto de mi alma.

—Y ¿por qué, si yo te amo de igual modo? ¿Si te supongo tan pura y honesta como cuando corríamos por la huerta y jardines del palacio de León?

Una mirada de gratitud sirvió de recompensa á tan generoso lenguaje. Quedaron un momento silenciosos. Don Lope contemplaba con inmenso placer á la hermosa joven, que parecía como aturdida. Púsose de pie no sin esuferzo, y dijo:

—Marchaos, don Lope; las emociones de esta noche han fatigado mi cabeza y necesito algún descanso.

Levantóse también el galán y, tomando su capa y sombrero, salió á la calle.

Al día siguiente recibió Armida orden de los comisarios para que entrase á desempeñar el papel de primera dama en el corral de la Cruz por haber caído enferma Antonia Manuela. Así cuando vino el empresario de Valencia pudo despedirle sin pretexto ni querella.

Súpolo también don Lope, y se alegró de poder admirar una vez más sobre la escena el talento, gracia y hermosura de su amada.

Armida era una excelente actriz, no tanto por

los consejos y enseñanzas de sus maestros como por natural disposición suya. Su facultad de impresionarse y la sensibilidad de su alma eran tales y tan delicadas; sabía de tal modo revestirse de los afectos y pasiones de la dama que fingía, que los espectadores pudieron muchas veces observar, representando ella el drama *Doña Inés de Castro*, que vertían sus ojos lágrimas verdaderas al despedirse de sus tiernos hijuelos y recomendar á sus verdugos dijesen al infante don Pedro cómo para él había sido su postrer pensamiento. Y como no gastaba apenas afeites ni adobos para el rostro, en otras obras, como en *Los amantes de Teruel*, de Montalbán, veíasela cambiar de color su semblante pasando sucesivamente del rojo de la vergüenza, al verse Isabel, ya casada, ante Marcilla, á la palidez de la muerte cuando se estrechaba al yerto cadáver de su amante.

Esta maravillosa aptitud psíquica tenía por medio y complemento las prendas materiales que hemos loado: gentileza y hermosura de cuerpo; ojos expresivos y lumbrosos; actitudes y meneos gallardos y congruentes; brazos y manos que hablaban con muda elocuencia, y, sobre todo, poseía el don divino de la voz, la cualidad primordial de las grandes actrices: voz conmovedora que ella sabía por instinto modular hasta los últimos ápices, haciéndola retiñir según las pasiones que agitaban su pecho, ya vibrante y sonora como una campana, ya desgarradora y gemebunda cual los ayes de un agónico, flébil y etérea co-

mo suspiros del céfiro y amorosa y tierna como arrullos de tórtola.

Toda su nerviosidad y espiritual declamación adquirieron aún mayor relieve cuando Armida salió á representar ante su antiguo compañero de la infancia, iniciándose entonces un encantador idilio entre ambos. En los pasajes más cálidos y amorosos de nuestros dramas, la cómica, en lugar de dirigirse al actor que tenía delante, miraba con disimulo á su galán y á él enderezaba aquellos ardorosos parlamentos que bañaban con suave deleite el alma del caballero. Por la noche iba don Lope á casa de la comedianta, y allí, bien que con mayor reserva y esquivez por parte de ella, reanudaban estos diálogos de amor que nunca hallaban término.

Así pasaron más de un mes sin darse cuenta al principio de que jugaban con fuego. Don Lope, sentado en el estrado cerca de la joven, experimentaba cada día mayores ansias amorosas. Era la estación de las flores en que la naturaleza, como ellas, rompe su capullo y despliega las hojas con pompa y gallardía. En todos los seres, así inanimados como animados, se manifestaban y cumplían las leyes de renovación y difusión de la existencia.

Don Lope, joven y sano, sentíase abrasar al lado de aquella mujer exuberante en vida y hermosura. Diversas veces había osado atrevimientos que ella reprimía con enfado cariñoso; pero llegó un momento en que, repetidos aquellos tre-

bejos con más ardor, hubo de asustarse Armida, y desprendiéndose bruscamente de los brazos de su amante, corrió á encerrarse en su alcoba. En vano don Lope le rogó con insistencia abriese la puerta y saliese, ofreciendo moderarse en las expresiones de su pasión; la joven lo respondía más que con sollozos que oía el galán distintamente.

Cansado de súplicas y disgustado de sí mismo y aun de la dama, se salió fuera y llegó á su casa en el momento mismo en que su primo entraba en ella. Contóle lo sucedido y le pidió consejo. El Capitán le dijo:

—Creo, don Lope, que os habéis entrado en un callejón sin salida. Esa mujer no puede ser vuestra esposa; tampoco debéis hacerla vuestra manceba, siquiera en consideración á los servicios de sus mayores en vuestra casa y además porque estáis en el deber de ampararla. Así, pues, lo mejor sería que, haciendo sobre vos mismo un esfuerzo, la casaseis con algún compañero suyo, ó si ella lo repugnase, cosa que me parece segura, la recogieseis en un convento.

Hiciéronlo ellos á sus dormitorios. Don Lope no pudo cerrar los ojos en el resto de la noche. Ya muy entrado el día presentóle Grajales un papel cerrado que acababan de traer. Decía lo siguiente:

"Don Lope: El suceso de anoche me demuestra que vuestra dicha y contento no pueden lograrse sino á costa de mi vergüenza é ignominia. Yo no quiero desmerecer más á vuestros ojos, y así me

retiro á un convento, donde permaneceré el resto de mis días. De esta suerte vos conservaréis de mí un recuerdo siempre dulce y tierno y yo viviré sin remordimientos. Dios os haga dichoso.—*Angela.*"

Aterrado se quedó el leonés, y con el papel en la mano entró en el gabinete de su primo, quien, después de leído el billete, dijo:

—Es la mejor resolución que ha podido tomar, y vos debéis mantenerla en tan saludable propósito.

Desplomóse Toral en un sillón, exclamando con voz turbada por un sollozo apenas reprimido por un gran esfuerzo de voluntad:

—¡Pero si yo no podré vivir sin ella!

Apiadóse el Capitán de verle tan lastimado y, llegándose á él, díjole con acento cariñoso:

—¡Vamos, don Lope! Sed hombre. Acordaos de vuestros antepasados, que de seguro renegarían de vos al ver vuestra debilidad y flaqueza. Acordaos también de vuestra actual familia y del inmenso pesar que le evita la gallarda resolución de esa joven heroica. ¿Seréis vos menos que ella? Yo me comprometo á buscaros una joven hermosa y honesta á quien podáis amar lícitamente y con fines de matrimonio.

A nada contestaba el mísero don Lope, sumido en la desesperación más sombría.

Levantóse, por fin; vistióse y salió yéndose directamente á la casa de su amada, donde ya había algunas personas que no ignoraban el suceso.

Allí supo que el convento donde Armida se había refugiado era el de las Trinitarias, en la calle de Cantarranas, y allá se encaminó *in continenti*. Por más que instó y rogó no pudo ver á la nueva reclusa, so pretexto de no lo permitir la superiora mientras no transcurriesen algunos días, á fin de concederle reposo y meditación necesarios para darse cuenta del nuevo estado.

Pero donde el escándalo llegó á ser enorme fué en el Mentidero y en los corrales. Durante muchos días corrió como válida la invención de que Armida había sido robada, y hasta se citaba el nombre del raptor, enlazándolo con las supuestas causas de que la actriz hubiese quedado fuera de las compañías. En vano los mejor enterados sostenían la verdad, diciendo que ella voluntariamente se había entrado en el convento y que así lo había hecho decir á los comisarios, porque como esto, aunque peregrino, no era tan novelesco, no se le prestaba crédito.

Don Lope aquella misma tarde y en los días siguientes escribió diferentes billetes. Le fueron devueltos sin abrir por orden de la cómica. Entonces se apoderó de él una melancolía tan grande que pronto hizo visibles sus efectos en su rostro y salud.

Era su pasión indómita, que no escucha ni menos obedece. Rugían en su alma mil contrarios afectos, y el que más le maltrataba era el despecho de ver su amor despreciado. Y al contemplar quién era ó había sido la que así le burlaba, re-

nacía en su alma la cólera del señor feudal ante el vasallo rebelde. Por otro lado: si consideraba la bondad y dulzura de la joven, sentía rebosarle en el pecho la compasión hacia ella. La pérdida real y definitiva de lo que ya constituía para él un modo feliz de vida, producíale un estado de irritación contra todo y contra sí mismo que en ocasiones llegaba á obscurecer su juicio; y cuando, fatigado de la lucha de todos estos pensamientos, pedía el cuerpo algún descanso, todavía el impulso de voluntad fatal é irresistible hacia aquella hechicera mujer le hacía barajar mil temerarios proyectos de asalto ó incendio del monasterio, que hallaban su complemento en otros más desatinados que se forjaba durante el sueño tan breve como intranquilo.

Comenzaron los desarreglos y perturbaciones funcionales, y bastó poco para que una causa inmediata cualquiera le produjese una violenta calentura que en breves días le puso á las puertas del sepulcro. Triunfó su buena constitución de lo agudo de la fiebre; pero entre las copiosas y reiteradas sangrías y la dieta rigurosa, según el sistema curativo de la época, y el desorden y trastorno mental causado por el delirio, le dejaron en estado tal y tan débil, que más que en vías de convalecencia parecía haber pasado el enfermo de un período turbulento y febril al de una agonía mansa y continua.

Esforzábanse los doctores en reanimar aquel organismo que después de tan larga inedia re-

pugnaba todo alimento y estimulante; y aunque la ciencia de entonces no alcanzaba los actuales dominios de la psiquiatría, no pudieron menos, al ver aquella gran desolación de espíritu, de advertir á don Félix en los términos siguientes:

—El alma de este hombre está muerta; y en un cuerpo como el suyo, ya sin energías materiales, si la voluntad no se sobrepone á la extenuación general, sucumbirá infaliblemente. Según habéis indicado, la primitiva causa de su dolencia fué una pasión de ánimo, unos amores desgraciados; intentemos despertar ese espíritu cadáver poniéndole delante la causa de su mal; quizá la sacudida que eso le produzca imprima algún estímulo á su organismo.

—Pero es el caso—respondió el Capitán—que la joven causante de esta catástrofe está en un convento y no sé si querrá salir.

—Entonces podéis mandar que le administren los últimos auxilios, porque se muere indefectiblemente, y pronto.

Espantado el Capitán faltóle tiempo para correr á las Trinitarias y pedir con urgencia hablar á Armida. Presentóse, no sin sobresalto, diciendo:

—¿Qué ocurre, don Félix?

Estaba ya la cómica vestida en parte de monja, como novicia que era; más pálida y más delgada, pero siempre bella. Con los ojos en extremo abiertos y el aliento retenido esperaba la respuesta de Mansilla, que dijo con la tristeza que harto mejor revelaba su semblante:

—Siento, señora, turbar vuestro reposo; pero don Lope se muere sin remedio si vuestra presencia no provoca en su espíritu casi difunto una reacción necesaria á su cuerpo. Si no venís, mañana se le darán los Sacramentos y ya podéis rezar por su alma.

Paróse la pobre novicia más blanca que las tocas que envolvían su cara, y exclamó con apresuramiento:

—¡Dios mío! Sí, iré; y si no puedo salvarle moriré con él.

Llegóse la superiora y enterada por don Félix, y aunque no sin expresar repugnancia, dijo:

—Andad, hija, y cúmplase la voluntad divina. Quitaos esa ropa y poneos la que traíais al entrar en esta casa.

Retiróse la joven y á poco volvió vestida de seglar. Besó la mano de la superiora y, volviéndose á todas, murmuró:

—Volveré, madres.

—Si á Dios place—dijo la superiora.

Abriéronse aquellas puertas de hierro y salieron. Echóse Armida el manto sobre el rostro y, con paso vivo, subieron calle arriba hasta la casa del enfermo.

Llegaron á la alcoba, donde entraba la luz débil del sol poniente, y don Félix, señalando la cama, dijo:

—Ahí le tenéis, acercaos y habladle.

Estaba ya levantada la cortina de la cabecera de modo que la joven pudo, desde luego, obser-

var el rostro demacrado y terroso del moribundo. No pudo contener un gesto de horror, exclamando:

—¡Dios del cielo, si parece muerto!

Contemplóle largo rato en tanto que lágrimas silenciosas brotaban de sus ojos. Inclinóse hacia él y con voz suave, aunque timbrada, pronunció:

—¡Don Lope!

Sin abrir los ojos musitó el doliente algunas sílabas que no pudieron entenderse.

Armida se acercó más y puso su mano sobre la frente húmeda y helada de Toral, repitiendo:

—¡Don Lope! ¿No me oís? Soy yo, es Angela que viene á veros.

Abrió lentamente los ojos; miró como alelado el rostro de la dama y los volvió á cerrar, murmurando torpemente:

—¡Angela!...

Separóse ésta, á quien ahogaban las lágrimas, diciendo:

—Ni aun me conoce.

Y se refugió en uno de los ángulos del gabinete para llorar á sus anchas.

Entró á la sazón el médico principal; diéronle cuenta del resultado de la entrevista, y dijo:

—No es que no la conozca, sino que en la debilidad de su razón confunde lo real con lo fantástico, y convencido ya de que no volvería á verla, cree que no es ella sino su imagen. Es preciso insistir. Que esta señora se quede aquí, y mañana temprano en que la cabeza del enfermo esté algo

más despejada, que la vea y la oiga al mismo tiempo que á los demás que le cuidan.

Hízose la nueva prueba con resultado más satisfactorio. Don Lope, aunque al principio parecía dudar de la veracidad de sus sentidos, fué poco á poco volviendo en su acuerdo. No quitaba los ojos de Armida y tomaba sin resistencia ni repugnancia todo lo que ella le daba. ¡Milagros de la voluntad! Ocho días más tarde ya don Lope oía sin fatiga mental la dulce conversación de la joven y empezaba su convalecencia asistida por tan linda enfermera.

CAPITULO X

INTRIGA

Muy de mañanita era uno de los primeros días de Mayo, cuando en la calle de los Siete Jardines, situada cerca de los Pozos de la Nieve, y que, si no nos engañamos, corresponde á la que hoy lleva el nombre de San Vicente Alta, al pie de una de las más humildes casitas de aquel barrio se detenía un lujoso coche y de él se apeaba una dama vestida de negro y muy cubiertos el rostro y los hombros con el manto.

Eran aquellos lugares, no sólo extramuros de la villa, sino habitados por gentes pobres: labradores, hortelanos, carreteros, artesanos de obras bastas, como alfareros, tejeros, constructores de carros, y salvo alguna que otra casa de placer, ó de campo, como diríamos ahora, todo indicaba más que los aledaños de una populosa villa, una sórdida y remota aldea.

Así es que la presencia de un tan rico carruaje despertó gran curiosidad entre los moradores del barrio, que cercaban el coche, resguardado por dos robustos y silenciosos lacayos.

Subió la dama la escalera y entró en la reducida sala, donde cerca de la puerta salió á recibirla una mujer como de sesenta años, de poco lucido aspecto, por más que su limpieza y cierto esmero en disponer su raída y pobre indumenta parecían descubrir un pasado más dichoso.

Sin levantarse el velo dijo la recién llegada con acento ligeramente imperativo inherente á los que poseen el hábito del mando:

—¿Sois vos doña María de Gamboa?

—Sí, señora —respondió la anciana—, y espero me digáis en qué puedo serviros, aunque no tengo el placer...

—Eso no importa—interrumpió la tapada—. Me habéis de perdonar que no me descubra, porque, como creo que vengo á haceros un favor, deseo quedar incógnita para excusar vuestro agradecimiento. Fuera de esto no me conocéis, por cuanto no me habéis visto nunca ni acaso volveréis á verme.

Pareció convencida la vieja, porque hizo un signo de conformidad, y después de indicar á la enlutada el único sillón de antigua vaqueta que había en la sala, tomó ella una silleta de enea y se puso en ademán atentivo.

—Trabajo ha costado el dar con vuestra casa. ¿Cómo vivís tan apartada?

—Ya veis, señora. Esta casita es mía. Tengo arrendados el cuarto bajo y la huerta, y con lo que me producen y la exigua pensión que me

quedó de mi esposo puedo ir viviendo sin mendigar.

—¿Y vuestra hija?

Pareció sorprenderse la anciana, y luego insinuó, vacilando:

—Ha... muerto, señora.

—Os equivocáis; vive y está tan linda como siempre. De ella justamente vengo á hablaros y á facilitar vuestra concordia.

—No es fácil. Huyó de mi lado por seguir á un hombre que al fin la abandonó luego. Después no he sabido nada. Yo le entregué todo lo suyo; de mi marido no tengo más que la mísera limosna que me concedió Su Majestad.

La anciana no pudo retener sus lágrimas al evocar estos recuerdos, y agregó:

—Ella era buena...

—Y sigue siéndolo, señora. Hartas lágrimas le ha costado su falta. Hoy se ofrece ante ella un porvenir más halagüeño y es preciso que vos le ayudéis á conseguirlo. Me declararé más. Doña Leonor ha encontrado un hombre joven, de ilustre familia, rico y que aún lo será mucho más; que le ha perdonado su flaqueza y, prendado de su hermosura y buenas cualidades, quiere que sea esposa suya. Este joven ignora quién es su padre; pero sabe que su familia (que es poderosa) se opone al matrimonio con vuestra hija, en cuyo ánimo han sembrado mil dudas y temores, así es que no se atreve á consentir en un casamiento que, por ahora, permanezca secreto hasta que el

joven sepa su origen y estado. El oficio vuestro será vencer los temores de doña Leonor, que realmente ama más que su vida al que la pretende, y con el placer que le causará vuestro perdón otorgará todo lo que vos queráis.

Suspendióse al pronto la de Gamboa, y luego dijo:

—Es en verdad tan lisonjero todo lo que me decís, señora, que no parece posible. ¡Mi hija rehabilitada; mi hija casada honrada y aun ilustremente!... Sólo me quedan dos puntos dudosos que deseo exponeros y os ruego que me resolváis con franqueza y seré toda vuestra.

—Hablad.

—Parece que algo malo debe de haber en el proyecto cuando se oponen los que ejercen autoridad sobre ese caballero y hay que acudir á un matrimonio clandestino.

—Se oponen porque el matrimonio es desproporcionado en la condición de los sujetos.

—Pero mi hija es bien nacida; es hidalga—dijo irguiéndose la vieja.

—No lo dudo; pero... ya veis, tiene una mácula.

Gimió la anciana bajando la cabeza, y añadió más humilde:

—La otra duda quizá la tacharéis de impertinente, pues no me toca de cerca.

—Será la de saber qué interés puede moverme á lo que llevo dicho. Debe satisfaceros que el deseo de hacer bien á vuestra hija y aun al joven

que la ama. Por lo demás nada de extraordinario es para vos lo que se os pide que hagáis, pues lo hubierais hecho sin instigación ni apremio, y ya se os trasluce la impaciencia por ver á vuestra hija bien casada.

—Tenéis razón, señora. ¿Qué tengo de hacer?

—Solamente lo necesario para anticipar el feliz suceso. Os iréis á vivir una casa más al centro de Madrid que ya os está esperando con todo lo preciso y tenéis pagada por cinco años; esta es la llave. Nada tenéis que llevar más que una moza que os sirva. Os vestiréis con mayor decoro, pero sin lujo, como pertenece á una viuda que no es rica. En este bolsillo hallaréis lo suficiente para estos gastos y los que os ocasione el nuevo género de vida. Iréis luego á ver á vuestra hija, á quien procuraréis convencer de que debe otorgar el casamiento como su galán propone. Se verificará en vuestra casa, para lo que avisaréis oportunamente al párroco, explicándole los motivos de la clandestinidad, y los recién casados se quedarán á vivir con vos hasta que el hecho pueda hacerse público.

—Y los parientes, ¿qué harán al saberlo?

—Tendrán que callarse ante lo irremediable del caso. Aquí tenéis escritas las señas de la casa que va á ser vuestra y de la actual de vuestra hija.

—Haré cuanto me habéis dicho. El cielo os lo premie.

Subió la dama al coche, diciendo á uno de los lacayos:

—A casa.

Rodó el carruaje por toda la calle de Fuencarral, bajó por la de la Montera y, tomando por la Mayor, se internó por la de los Milaneses en las estrechas callejas, hoy desaparecidas, que daban frente á Palacio. Paróse ante un edificio de majestuoso aspecto; apeóse la dama y subió la anchurosa escalera de piedra.

En la antesala acudieron dos doncellas, y mientras una le quitaba el manto, dijo á la otra:

—Casilda: avisa á mi primo que ya estoy de vuelta.

Siguió andando la señora y entró en un suntuoso gabinete. Paredes y suelo estaban aún cubiertos por los tapices de invierno. No hay que decir que los de las paredes eran de Flandes y de dos altos; representaban la historia de Sansón y Dalila. Sobre ellos, alternando con algunos cuadros de pintores italianos, había espejos grandes de Venecia, con marco de ébano y conteras de plata, entonces muy caros y escasos. Encima de los bufetes de piedra y de maderas extrañas arquillas de palosanto y de concha encerrando las mudas y afeites de la dama. En uno de los bufetes veíase un reloj suizo, de bronce, en forma de torrecilla y dos leones al pie. Tenía manos que señalaban los cuartos y campana. Los relojes de esta clase eran entonces muy raros y preciosos.

Por una puerta lateral descubríase parte de la

alcoba, atrayendo desde luego la mirada una soberbia cama cuadrada, de granadillo y bronce en los remates, con doselillo en la cabecera y colgaduras de brocado, con seis cortinas, cielo, goteras, telliza y rodapié, todo con franjón de oro por los cantos y escudo de armas, bordado en el centro de la telliza.

Cerca de la cama había dos bufetes cubiertos con reposteros de terciopelo rojo, con armas cuarteladas y grandes candelabros de plata; sitiales, escabeles y tapizado el suelo con rica alfombra de Orán, de felpa larga.

Sentóse la dama en una silla de caderas con asiento de colchoneta de terciopelo rojo vivo que había cerca de uno de los balcones. Era mujer alta y corpulenta á pesar de que su edad no fuese más allá de los treinta ó treinta y cinco años; agraciada de rostro y por extremo blanca de carnes y rubia de cabello. Mostró impaciencia de verse sola y se levantó encaminándose á la puerta; pero antes de salir se detuvo y de nuevo fué á sentarse, mirando con distracción á la calle.

Entró luego la doncella con un azafate en que había algunas ropas. Comenzó con gran despejo y prontitud á desnudar á su ama del negro arreo que le había servido de disfraz aquella mañana. Apareció también la otra doncella con la respuesta de que su excelencia vendría en seguida, y, en unión de la anterior, dejaron en un instante transformada á la noble señora.

Y, apenas hecho, apareció el marido, á quien,

según uso de la época, llamaban de "primo" las grandes damas españolas. Sentóse cerca de ella y entablaron un diálogo difuso, pero secreto.

Doce días más tarde avisaron á la dama que una mujer llamada Marcela la pretendía ver. Mandó que entrase, y le dijo:

—¿Tenéis algo que comunicarme? ¿Hízose la boda?

—Sí, señora.

—Pues, referid cómo.

—Al día siguiente de vuestra visita presentóse doña María en casa de la Unzueta, desarrollando ambas tierna escena de lágrimas y abrazos. Perdonó la madre y pidió á la hija se fuese á vivir con ella, indicándole, al paso, la conveniencia de su matrimonio. No ocultó doña Leonor que tal era su mayor deseo; pero expuso los temores y probables riesgos que entrañaba el hacerlo sin la aprobación de la desconocida familia del galán. Desvaneció la anciana todos los escrúpulos ante la consideración de que realizada la boda habrían de conformarse todos; y medio vencida ya doña Leonor, acabó de rendirla la presencia de su amante, que esforzó las razones de la madre. En fin, quedó ésta en dar los pasos necesarios, y anteayer tarde, en la casa de doña María de Gamboa se hizo la boda sin más asistencia que la madre y otro testigo que el párroco trajo para ayudarle en sus funciones y poner y quitar el altar improvisado en una sala. Bien quería la madre que los novios permaneciesen en su casa; pero

doña Leonor, pretextando que en su casita antigua había sido donde conoció á don Julián, quiso llevarle á ella como dueño, si bien ofreció á doña María complacerla trasladando luego todo su ajuar y acompañarla día y noche, pues el esposo no podría vivir con ellas hasta que el matrimonio fuese publicado. Y en esta conformidad los recién casados salieron al cerrar la noche para el nido de doña Leonor, donde el galán pasó el resto de ella y parte de la mañana siguiente.

—Está bien, señora Marcela — concluyó la dama.

Y, acercándose á un primoroso contadorcito de concha de tortuga con navetas, tomó algunas monedas de oro que entregó á la mensajera, diciéndole:

—Cualquiera novedad que ocurra vendréis á comunicármela. Ya os será fácil saberla con vuestra asistencia al lado de doña Leonor.

Besó Marcela las monedas y, haciendo una gran reverencia, se despidió de la dama, quien luego que la vió salir se introdujo en las habitaciones más interiores de la casa.

CAPITULO XI

ANAGNÓRISIS

Por la calle de Alcalá dirigíanse al Prado, en los mismos días de los sucesos últimamente reseñados, el capitán Mansilla, que iba á esparcirse y desenfadarse del cuidado, malas noches y no mejores días que la enfermedad de su primo le había originado; don Juan de Salas, el capitán Rosal y don Luis de Luna.

Al comenzar el descenso de la calle advirtieron el gran destrozo que en el convento llamado entonces de la Concepción Real, sin duda para distinguirlo de las otras Concepciones, Jerónima, Francisca y Bernarda (Monjas de Pinto), y que corresponde exactamente á la actual iglesia de las Calatravas, había hecho el incendio ocurrido pocos días antes, los primeros de Mayo, no dejando más que las paredes del edificio.

—¿Qué se hicieron las religiosas?—preguntó el capitán Rosal.

—Unas se han acogido aquí al lado, en las Vallecas —respondió Salas— y otras han recibido

hospedaje entre las gentes de la nobleza ligadas con la Orden de Calatrava á que las monjas pertenecen, y así estarán en tanto no se edifica el monasterio.

—Parece que el fuego quiso acendrar el origen impuro de esta casa—dijo don Luis de Luna.

—Pues ¿cuál es ese origen?—propuso Mansilla.

—¿No lo sabéis? —interrumpió Salas—. Aquí vivió la famosa Marquesa de Charela, hermosísima dama, que fué el primer amor extraconyugal de nuestro rey don Felipe IV. Esto ocurría por los años de 1625. Como la familia de la Marquesa era ilustre, pues llevaba el apellido y estaba emparentada con la casa del Almirante de Castilla, se procuró alejar al padre dándole mando en las galeras de Italia. Sólo fué sabedora la madre de la joven: ésta era casi una niña. Al año siguiente vino al mundo don Fernando Francisco de Austria. El Rey no ocultó que era hijo suyo, y aun se llegaron á concebir grandes esperanzas sobre su futuro destino, pues el Conde de Olivares se arrojó á decir que con él estaba asegurada la sucesión al Trono. Cuando el niño pudo separarse de la madre entregóselo el Rey para su crianza y educación á don Juan de Isasi, hoy Conde de Pie de Concha, quien lo llevó á Guipúzcoa. Pero á los ocho años el regio vástago se malogró en Eibar y su cadáver fué traído al Escorial, donde yace. A poco murió también la madre y el Rey concedió la casa de la Marquesa á las mon-

jas Calatravas, venidas á Madrid años antes y que aún no tenían habitación conveniente.

—Recuerdo—dijo don Luis—que cuando se hizo la traslación de las monjas á este edificio corrió de mano en mano una composición en que su agudeza hállase compensada por una gran falta de respeto á Su Majestad.

—¡Por vuestra vida que la digáis!—exclamó el capitán Rosal.

—Oídla.

LA CONCEPCIÓN REAL

Caminante: esta que ves
casa, no es quien ser solía;
hízola el rey mancebía (1)
para convento después.
Lo que un tiempo fué y lo que es,
aunque con roja señal
y título en el umbral,
ella lo dice y enseña,
que casa en que el rey empreña
es la Concepción Real.

—Verdaderamente es triste la suerte de los reyes, que ni aun sus más secretas debilidades han de quedar ocultas—dijo Mansilla.

—Para ellos no se hicieron las leyes y reglas de conducta comunes. Sólo ante Dios son respon-

(1) En el original esta palabra está sustituída con otra más enérgica y más española, pero menos eufónica.

sables, y sólo ante El sus hechos serán buenos ó malos; para nosotros todos son buenos—dijo el poeta Salas.

Callaron los oyentes, aunque tal vez en su interior no asintiesen á estas ideas entonces comunes, por extraño que hoy nos parezca.

Arribaron al Prado, lleno de coches y de paseantes á pie y á caballo. Tenía este célebre recreo público casi la misma extensión que hoy, y estaba cortado á lo largo en los tres pedazos llamados entonces Prado de Atocha, Prado de San Jerónimo y Prado de los Recoletos.

Era la parte más concurrida la segunda, limitada entre las calles de Alcalá y Carrera de San Jerónimo. Tres dobles hileras de álamos y otros árboles demarcaban los tres paseos ó andenes señalados al esparcimiento general: el más próximo á las casas era para los carruajes y jinetes, que también seguían con frecuencia la parte llamada Prado de los Recoletos, por el convento de Agustinos que había cerca de la hoy calle del mismo nombre, y los dos restantes para la gente de á pie.

El arroyo de Abroñigal, casi todo él en descubierto, corría á lo largo del paseo, pero más cercano á la cuesta del Retiro, y no tenía nada de sucio cuando servía, hacia el Botánico actual, de lavadero público. Para atravesarlo, en el camino que de la Carrera iba al convento de San Jerónimo, servía un puentecillo de piedra. En varios lugares del trozo medio del Prado había fuentes

de carácter artístico y otras con pilón y abrevaderos para los caballos y ganados.

Bordeando los paseos habíase plantado infinito número de rosales y otras flores, que por las noches y mañanas embalsamaban el aire con su grato perfume, y para descanso de todos se colocaron al lado de las fuentes largos asientos de piedra pulida que raras veces estaban desiertos. Un enjambre de vendedoras ambulantes, con una rodilla por toca, vestidas de un jubón raído y angostas enaguas de frisa verde, que más parecían contera que enaguas, pregonaban con agudo y matante chillido agua del *Caño dorado,* allí próximo, aloja, tortillas de leche, pucherillos de natas, fruta y hasta vidrios de conserva.

La vertiente, ó cuesta del Retiro, formaba en esta parte un verdadero *prado* con hierba, que llevaba el nombre de *Alto.* En él estaba el juego público de la pelota, y en ciertos días del año, sobre todo en primavera y estío, se reunían allí á merendar familias de artesanos y aun de la clase media.

Enfrente de la Carrera de San Jerónimo alzábase la famosa *torrecilla* de las músicas, construída por el tan traído y llevado regidor Juan Fernández, que en el otro extremo del paseo, es decir, en lo que son hoy jardines del Ministerio y á lo largo de Recoletos tenía su célebre y deleitosa *Huerta,* rival de la del *Duque* (de Lerma) y de la del Conde de Monterrey, también á orillas

del Prado, al que ofrecían su más alegre perspectiva y gracioso ornato.

Distraídos caminaban nuestros jóvenes cuando, al llegar al extremo del paseo frente al monasterio de San Jerónimo, vieron cruzar el puentecillo del arroyo y subir hacia el Buen Retiro al enigmático Julián Valcárcel, y dijo el poeta Salas:

—Muy retraído anda estos días el señor Julián; no se le ve en parte alguna.

—¿Y adónde irá por estos lugares? —agregó don Félix—. A Palacio no será.

—¿Quién sabe? Lo más probable será que vaya al convento.

Estuviéronse quietos mirándole subir, y luego exclamó don Félix:

—¡Hermosa vista ofrece este Real Sitio con los agudos y lucientes chapiteles de sus torres, el amplio ventanaje de sus muros, sus dilatadas plazas, anchurosas avenidas, plácidos estanques é incomparables jardines y arboledas! Increíble parece que en el corto espacio de diez años haya el Conde-Duque podido realizar tal maravilla, que supera á los tan decantados jardines de Babilonia. Porque, si no me engaño, hay ahí, sin contar las dependencias del convento, veinte ó más cuerpos de edificios con dos y tres altos; cinco grandes plazas; un estanque que es cuatro veces como la Plaza Mayor y otros menores; ocho ermitas, dos teatros, un edificio especial para saraos y bailes, un salón de Reinos para celebrar Cortes, jue-

go de pelota; el *Gallinero*, primitivo origen de esta suntuosa fábrica, y verjeles especiales, glorietas y huertas sin número.

—Todo eso y más pueden el favor y el dinero —respondió el satírico Luna—; y uno y otro tuvo á satisfacción Olivares el tiempo que gastó en levantar esta soberbia máquina. Parte no escasa de los caudales de Indias fueron aquí enterrados, en tanto que nuestros soldados, sin pagas ni vestidos, mantienen en todos los climas el honor de esta nación empobrecida. Para buscar y traer jornaleros y artífices se apeló á todos los rigores y apremios, y á muchos no se les pagaron aún sus salarios...

—¡Por Dios que no sigáis en vuestra diatriba! —clamó el de Salas—. No parece sino que maldiciones como la vuestra, tan frecuentes á nuestros oídos, han motivado la catástrofe que estuvo á punto de destruirlo las Carnestolendas pasadas.

—¿Aludís al incendio que sufrieron el cuarto del Rey y parte del de la Reina, donde perecieron tantas riquezas, tapices, cuadros, muebles preciosos y espejos de Venecia que valían una ciudad? Fué una desgracia lamentable—agregó el capitán Rosal.

—Decid más bien castigo de la presunción y engreimiento del que se cree único señor de esta tierra—murmuró el de Luna.

—Esa es la opinión de un soneto famoso que

corrió por aquellos días —interpuso Salas—; quizá sea obra vuestra.

—No tal —afirmó Luna—; pero lo recuerdo muy bien. Y ya que de incendios se trata en este año infeliz, os lo recitaré si gustan de ello los que no le hayan oído.

—Decidlo sin demora—opinaron á la vez Rosal y don Félix.

AL INCENDIO DEL PALACIO DEL BUEN RETIRO

Lísida: este palacio que encendido
está abrasando la región del viento
tiene envuelto en el humo el escarmiento,
antes profetizado que temido.
Con la sangre del pobre construído
penetró la región de un elemento;
llegó hasta el cielo, cuyo fuego atento
como á víctima fiel le ha consumido.
En el llanto y dolor tuvo su oriente;
alimentóle un poderoso ciego;
empezó admiración, paró en espanto.
¡Bárbara educación! Luego es corriente,
si acaba en llanto lo que empieza en fuego,
que acabe en fuego lo que empieza en llanto.

—De todas suertes es de sentir la pérdida, aunque el edificio está casi restaurado, según tuve ocasión de ver días atrás —dijo Rosal—. Los Reyes están ahí y se proponen celebrar este año con esplendor las fiestas venideras de San Juan y de San Pedro.

Volvieron sobre sus pasos, y á poco, de un co-

che que estaba parado cerca y en que iban unas damas tapadas, llamaron por señas á los del grupo. Pero como eran cuatro y no sabían cuál fuese el dichoso, hubieron de adelantarse sucesivamente los desairados hasta que, en tercer lugar, salió Salas favorecido. Antes de acercarse á ellas, dijo á sus amigos:

—¿Quién de vuesas mercedes quiere hacer la de acompañarme para en caso de que sean galeotas corsarias de este golfo me ayude á defenderme de sus tiros encaminados al bolsillo?

—El que vos elijáis—dijeron todos.

—Entonces acoto al de Luna, que es más suelto de lengua.

Después de breves instantes volvió Luna, diciendo:

—Caballero leonés. Estas damas han preguntado con mucho interés por noticias vuestras y desean conoceros. Acercaos, pues, en tanto que yo haré compañía al capitán Rosal y continuaremos nuestro paseo.

Miró don Félix con más calma al coche y no tardó en adivinar que una de las tres mujeres que lo ocupaban era doña Isabel, la otra su dueña y la postrera juzgó sería alguna amiga. No hay que decir que obedeció presuroso.

Al volverse Rosal y su amigo pasaron á su lado dos tapadas que andaban en chapines de media taujía é iban haciendo caireles con los mantos y levantando las puntas alternativamente, so color

de arreglo, aunque en realidad para lucir un ojo negro y rasgado y pulidas y blancas manos.

—Tusoncillas de medio mogate—dijo el de Luna con desdeño.

—Eso quisierais vos —respondió una de ellas, que lo había oído—. Mas á fe que no os parecieron tales anteayer en la Puerta de Guadalajara, cuando tal empeño mostrabais en que aceptasen de vos listones, guantes, abanillos y otras frioleras.

—Reconozco esa voz —confesó el de Luna—, y habréis de perdonarme la descortesía. Vuestros gestos y alcocarras no dejaban maliciar otra cosa; ahora os ruego que en pago de este *mea culpa* descojáis el rebozo para que podamos ver y adorar el cielo de vuestra belleza.

—Eso os negaremos en castigo de vuestro mal pensamiento y viles palabras. Pero si queréis conocerme no miréis tan arriba cuando volváis á la calle de Francos á registrar balcones que hallaréis siempre cerrados. También en las rejas hay por qué detenerse, si bien lo pescudáis.

—¿Es una cita?—preguntó él.

—Tomadlo como gustéis; no será la vez primera que vuestra maliciosa suspicacia pase la raya.

—Entonces será *cómo*. Pero no ignoraréis que para ellos hay *perros muertos* y *culebrazo fino*.

—No seréis vos de quien yo lo reciba.

—Ni yo pretendo dároslo. Más dulce y tierno empleo quisiera mereceros.

—¿Y quién me asegura de vuestra lengua serpentina y jactanciosa?

—Para vos será de mieles y discreta.

—En ese caso "se os oirá y os guardaremos justicia".

—Y ¿cómo podré hallaros sin más señas?

—Hartas son para quien de veras pretende. Buscad y hallaréis.

—Eso sería acomodarme en oficio que más parece vuestro.

—¿Veis como no está en vos el iros á la mano y contener vuestra malignidad ingénita? ¡Pobre de la que de vos se fíe!

Y, sin más, pasaron adelante siguiendo la dirección que traían.

—Parece que va ofendida —dijo Rosal—; la habéis calificado de buscona.

—Si es quien presumo—respondió Luna—no tardará en deponer su enojo. Prosigamos el paseo.

Hiciéronlo así, y mientras nuestros dos amigos conversan con las tapadas del coche nos uniremos al joven Valcárcel.

Llegó, en efecto, al monasterio, cuyo portillo estaba entreabierto; cruzó el estrecho patio que había ante la iglesia, que por cierto carecía entonces de las torres que hoy ostenta, y como quien sabía el camino llegó sin dubitar al primer suelo del convento, siguió un largo corredor abierto y sustentado con arcos iguales á los que todavía conserva el fragmento del patio central,

única cosa que, con el templo, existe del famoso y antiguo monasterio, y llamó con la mano en una de las celdas que tenían entrada por el corredor.

Salió el padre Manrique á abrir, y el joven hizo el usual ademán de tomarle la mano y acercarla á sus labios. Pero el fraile, sin dejarle terminar ni pasar adelante, le dijo:

—Venid; no es aquí donde hemos de hablar.

Bajaron y, cruzando por delante de la puerta de la iglesia, doblaron en ángulo recto y subieron por el costado Norte de ella, paralelo á un gran cuerpo del edificio que ocupaba casi exactamente, aunque más próximo al templo, el espacio que hoy la Academia Española. En lo alto se detuvieron ante una puerta que les franqueó respetuosamente un soldado que la guardaba. Ascendieron por una ancha escalera de piedra, y después de cruzar una antesala en que había gran número de personas como aguardando, bien que engañaban el tiempo reunidos en grupos y con animadas conversaciones, atravesaron una puerta lateral, donde un criado de librea los condujo á una habitación que caía sobre uno de los jardines interiores del Retiro.

No era muy espaciosa; pero estaba adornada con lujo en tapices flamencos, alfombra turca, escritorios de Alemania, escriños de Italia y bufetes flamencos. Algunos cuadros no malos de escuelas italiana y española, colgaban de las paredes. Rellanóse el padre Manrique en un espacioso

sillón con asiento y respaldo de cuero de Córdoba y fleco de seda roja que había cerca de un bufete de mayor tamaño que los demás y tenía encima papeles y grande escribanía de plata sobredorada. Invitó al joven á ocupar otro sitial casi enfrente, y empezó su coloquio de esta manera:

—Os he traído á este sitio porque tal vez tendréis ocasión de ver en él una persona cuya presencia y trato os interesan.

—Ya veis—dijo Valcárcel—con cuánta prontitud os he obedecido acudiendo á vuestro llamamiento.

—Me obedecéis—respondió el fraile con voz dulce, aunque serio el tono—en lo accidental; pero me habéis desobedecido en lo más importante. Y, lo que es peor, habéis cometido á la vez un grandísimo yerro y un grave delito.

—¡Un delito!—exclamó el joven con asombro.

—¿Ignoráis acaso que el Concilio Tridentino y nuestras leyes, conformes con él, prohiben los matrimonios clandestinos?

—Pero yo me he casado ante testigos y por mano de un párroco de esta corte.

—Sí; pero ni el párroco es el vuestro ni el de vuestra mujer, ni ha habido amonestaciones, ni dispensa de ellas, ni licencia del vicario. En fin, se ha faltado á casi todos los preceptos usuales. De modo que ese matrimonio es nulo y esa es vuestra salvación, pues, de lo contrario, el secreto que tanto anheláis descubrir se os habría cerrado para siempre.

—¡Oh! —exclamó Julián—, no me digáis eso. Ahora más que nunca deseo, deliro, por saber á quién debo la vida.

—Eso dependerá de vuestra conducta.

—Pero ¿qué debo hacer?

—Reparar el inmenso desatino cometido. Disponer vuestra voluntad á separaros de esa mujer á quien habéis engañado fingiendo casaros con ella.

—¡Falso! —exclamó impetuosamene el joven, y prosiguió en voz más dulce—: perdonadme; pero yo no la he engañado, no he querido engañarla, Se me dijo que el matrimonio era legítimo; así lo creímos ambos. Pero no hay nada perdido; lo revalidaremos cuanto antes en la forma más solemne.

—Eso es justamente lo que no habéis de hacer. Antes al contrario: deberéis pedir la nulidad del vínculo contraído, ó, por lo menos, no oponeros al pleito de divorcio, que ya no faltará quien lo pida.

—¡Jamás!

—Entonces no sabréis nunca quiénes fueron vuestros padres.

Contrajéronse de un modo horrible las facciones del mancebo. Agitábase en su asiento, torcíase los brazos, llevábase las manos á la cabeza como si intentase sujetarla con fuerza. Señales de dolor tan extremado movieron á compasión al fraile, que, levantándose de su silla y acercándose al galán, le dijo con voz y acento cariñosos:

—Señor don Julián, reportaos. Ved que sois hombre, que sois caballero, y que nunca el ánimo del que lo es debe abatirse ante los reveses y penas por grandes que sean. Oídme con calma. Sabéis muy bien que sabe todo Madrid quién fué y quién es esa joven á quien llamáis vuestra esposa. Convengo en que hay mucha parte de calumnia en lo que de ella se cuenta; pero también convendréis en que es imposible desvanecerla. Pues bien: suponed que sois hijo de un caballero de ilustre sangre, perpetuada, siempre limpia de padres á hijos; ¿creéis que accederá nunca á recibir como nuera á doña Leonor de Unzueta? ¿Podréis vos mismo presentarla jamás como mujer vuestra ante las personas de la mayor nobleza de España entre las cuales ocuparéis un puesto?

Bajó el mancebo la cabeza presa del mayor abatimiento, y el fraile prosiguió:

—Veo que vais apreciando la fuerza de mis observaciones que, aunque dolorosas, son exactas. Imaginad aún más: que sea vuestro padre, no ya un señor cualquiera, sino un altísimo ministro de Su Majestad... un Grande de España...

—¿Un Grande?—interrumpió Valcárcel, como soñando.

—¿Por qué no?—arguyó el padre Manrique.

—¡Dios mío! ¡Si eso fuese cierto!...

—Tened por muy probable que lo sea...

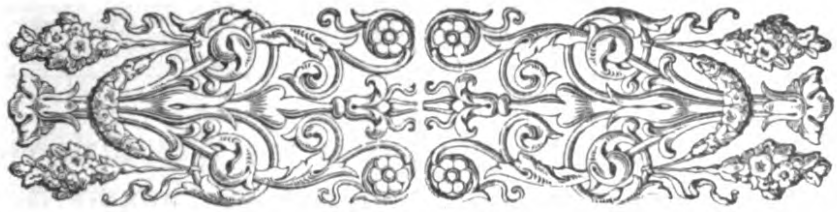
—Pero, entonces —exclamó ya fuera de sí el joven—, ¿quién es mi padre?

—Aquí le tenéis—respondió con voz tranquila,

pero seca, un personaje que salió por una puerta disimulada tras una gran cortina caída, y se quedó parado ante ella.

Levantóse precipitadamente Julián y, en el colmo del estupor, sólo pudo balbucir torpemente, á la vez que destocaba su cabeza:

—¡El... señor... Conde-Duque!!



CAPITULO XII

INCERTIDUMBRES

Era el día 7 de Junio fiesta del *Corpus Christi*. Cerca de las nueve de la mañana hallábase el capitán don Félix sentado á orilla del balcón de su gabinete, ceñido un largo y blanco peinador y en torno del cuello una delgada toalla de Milán y entregado á las expertas manos de maese Lorenzo Copete, el oficial de barbero más listo del barrio de Atocha, así en rapar con destreza barbas y pelo ó punzar una vena, como en tañer á la vihuela pasacalles y saltarenes, cantar jácaras á lo pícaro ó bailar endiabladas chaconas y zarambeques.

Tenía el caballero sujeta aún su abundante melena con apretado lazo de colonia, precaución y tocado nocturno indispensables para dormir tranquilo. Habíase quitado la bigotera ambarina para que el rapista ejerciese su oficio con desembarazo, quien, luego de repasar con esmero lo afeitado, salió con ligereza en busca los hierros con

que levantar el bigote, operación que hizo con suma delicadeza, dejándolo muy arrimado á la cara y las puntas bien aguzadas. Cortó por encima de la frente y aladares algunos cabellos rebeldes y demasiado cercanos al rostro, y presentando á don Félix un espejo de mano, después de haberle besado, según costumbre, aguardó la aprobación del galán, que se la otorgó sin demora.

Iba á salir á fin de practicar idéntico menester con don Lope en su cuarto, cuando se presentó este mismo, pálido todavía y flaco de su dolencia, pero con animado semblante, diciendo que en el gabinete de su primo le afeitaría para que don Félix no perdiese, á la vez que se vestía, la conversación del rapista, que era gran parabolano y hablistán como todos los de su gremio.

Casi en el mismo punto entró en la sala y luego en el gabinete don Juan de Salas, diciendo á sus amigos:

—Hoy sí que es día de novedades que habrán de interesaros, mis señores leoneses.

—Veamos—continuó Mansilla.

—Ya está descubierto el gran secreto de nuestro amigo Julián Valcárcel.

—Eso mismo nos estaba diciendo ahora maese Copete. Vésele desde hace unos días pasear en coche de cuatro mulas, acompañado del secretario del Rey don Bartolomé de Legarda, y cuando el viento separa las cortinas azules del carruaje, las gentes exclaman, señalándole: "Mirad, mirad, el hijo del Conde-Duque." Hase pasado á

vivir con el secretario, que hace con él oficios de ayo y preceptor y le instruye en los hábitos y costumbres de corte, donde pronto habrá de tener cabida, y en el manejo de los papeles y asuntos de Estado, pues no tardará en ayudar á su padre en el despacho de los negocios públicos.

—Todo eso es muy cierto —dijo Salas—; así como que este reconocimiento es una puñalada al corazón que recibe el señor don Luis Méndez de Haro, sobrino y presunto heredero del de Olivares, hasta la aparición de este hijo caído de las nubes. Pero lo que tal vez ignore el alfajeme es que el don Julián se había casado secretamente con la Unzueta, y que de orden del Conde-Duque se ha presentado por el fiscal eclesiástico demanda de nulidad contra ese matrimonio. Ayer noche lo he oído en casa de un relator del Consejo Real. Enviaron primero un embajador á la dama para que asintiese á la demanda. Puso ella los gritos en el séptimo cielo, afirmando una y cien veces que tan casada estaba como cualquiera otra, y que no consentiría nunca en que la descasasen por fuerza. Notificáronle luego la orden del Vicario para que fuese depositada su persona en tanto se sustancia el pleito. Y más por alejarla de su madre, que ejerce presión en su ánimo y se la supone vendida al de Haro, acordaron recluirla en el convento de la Piedad de Guadalajara, crueldad ciertamente extraña y en este caso inaudita. El día que las apartaron hubo desmayos de la madre; lágrimas, gritos y furores de la hija, á

la que más por fuerza que de grado metieron en un coche con un alcalde de casa y corte y un alguacil. Va también con ella un sacerdote ó fraile pariente de la Unzueta, llamado el padre Santander, en espera de que, fuera ya doña Leonor del influjo materno, vaya descantillando su firmeza y la persuada á lo que de ella se pretende.

Consideran á don Luis de Haro como fautor de este matrimonio, juzgando que, ya realizado, no se atrevería el de Olivares á llevar adelante la declaración que tanto le perjudica; y si así lo hizo, fuerza es reconocer que le salió frustrado el plan, pues lo ocurrido no sirvió más que de precipitar el daño.

—El suceso parece de novela —dijo después de una pausa don Félix—. De todas suertes me alegro de la enorme fortuna de ese mancebo, que harto ha suspirado por ella.

Trajo á esta sazón Grajales el desayuno de los jóvenes, que era el usual chocolate de Guajaca en sendos tazones de loza nacional, pues el huésped no podía disponer de ninguna clase de China, y en vidrios catalanes generoso licor andaluz en que también mojaban bizcochos largos, apilados en la salvilla. Invitaron al poeta Salas, que declaró haber disfrutado ya del agasajo; pero no rehusó algunos bizcochos bien saturados del vino malagueño.

Salió el maese; retiróse también don Lope para acabar su tocado y comenzó don Félix la última parte del suyo. Estaba en jubón y calzas que,

por la solemnidad del día, eran de tafetán doble, negro; el jubón, picado, cuajado de molinillos y con pestañas de raso. Por las mangas asomaban las vueltas de la camisa blanquísima de holanda, y se abrochaba con gran número de botones de Medina. El calzón llevaba adornos al costado de pasamanos de seda negra. De igual color eran las sutiles medias de pelo, sujetas estrechamente por unos ataderos, también de seda negra, con puntas á los bordes.

Calzaba estrecho zapato de cordobán fino, cuyas orejas sujetaba la colonia que formaba su nudo en ancha roseta.

Levantóse y, acercándose á un espejo veneciano, desató la cinta que oprimía su pelo, y con ayuda del peine grueso lo desenredó prestamente; aliñóle con el menudo echando la cabeza atrás y, después de ahuecarle algo con lo ancho del mismo peine, dejóle en plena libertad para que cayese sobre los hombros. Todo esto lo hizo con prontitud, sin el esmero y primor que en esta faena empleaban los pisaverdes y lindos del tiempo.

Ciñóse luego la blanca y almidonada golilla encima de una valona baja de que no más asomaban las puntas de Flandes. Vistióse la entallada ropilla de jerga de seda de Segovia, también negra, como todo el traje, con botoncitos en los brahones y botones y golpes en los costados. Colgó de su cuello la cadena de oro, terminada en la venera de su Orden, de filigrana esmaltada; compuso con las manos las faldetas de la ropilla, que

abrochó de arriba abajo, y, ceñida la pretina, colocó en ella su más lujosa espada de valiosa guarnición y áurea empuñadura.

Púsole Grajales sobre los hombros el ferreruelo, que era de liviana anafaya de seda, cuello de raso de Florencia, cuajado y con vueltas del mismo raso, que igualmente llevaba la guarnición de la capilla.

Apareció ya vestido, también de negro, don Lope, y recibió de Grajales su capa, más lujosa aún que la de su primo, pues era de burato doble con pestañas de raso y puntas al aire por toda ella.

Tomaron sus sombreros de negro y luciente castor y, ordenando con la mano las puntas de humo de la toquilla y la negra pluma, se lo pusieron ante el espejo.

Acompañados de Salas, cuyo arreo era también extraordinario, y calzándose los guantes de medio ámbar, salieron á la calle y tomaron la dirección de la plaza y calle Mayor, ya atestada de gente para ver la célebre, la única procesión del *Corpus* madrileño.

No la describiremos por haberse hecho ya con toda exactitud centenares de veces. La de este año de 1640, con ser acompañada por el Rey en persona, tuvo algo de triste y fúnebre. Ni la *tarasca* ofreció novedad, ni las *danzas* fueron tan lujosas ni variadas como otros años.

Al llegar nuestros amigos á la puerta de Guadalajara, donde la aglomeración era mayor, vie-

ron en los balcones de la casa de la Marquesa de Alcañices, hermana de Olivares, á la Reina, que, con el Príncipe Baltasar Carlos, vino á mirar la fiesta por deferencia á su marido. Al pasar Felipe IV por delante del balcón real, sonrió levemente é hizo un ligero saludo con la cabeza á su mujer é hijo, que se levantaron de sus asientos, lo mismo que al paso de la Custodia.

Disfrutaron aún nuestros amigos, luego de recogida la procesión en Santa María de la Almudena, las dos horas de paseo que en la calle Mayor quedaban sobre aquel suelo aromatizado por la espadaña, juncia, cantueso, tomillo, alhucema y otras hierbas olorosas, así como por los innumerables ramos de flores, rosas y jazmines que las damas lanzaban desde las ventanas y balcones, colgados de telas y brocados, sobre las imágenes y el palio, bajo del cual iba el Pan sacramentado.

Vieron complacidos el garbo y gentileza de las damas, nunca tan de manifiesto como en este día, el más famoso y alegre del año. Vestidas con sus mejores galas; apurando en basquiñas y polleras, jubones y ropas los mejores tabíes, gorgoranes, catalufas, gorbiones y tafetanes que los telares de Italia y España producían; luciendo sobre sus hombros valonas á la Cariñana, tan prolijas y trabajadas como labores de chinos, y en el cuello, orejas, brazos y pecho, áureas gargantillas y cabestrillos, arracadas, firmezas, sartas, ahogadores, brazaletes, ajorcas y manillas con pendientes, cruces y adornos de filigrana, cornerinas y

bermelletas, aljófar, rubíes, granates, claveques y diamantes fondos y bonetes, y tocadas con el casi invisible manto de soplillo, de gloria, de humo, de gasa, de burato, de cristal y requemado, tejidos en Toledo, en Sevilla, en Granada, en Valencia ó en Milán, y con puntas y recamos ó con cenefas y randas.

Examinaron en las Platerías los ricos y bien provistos escaparates de los joyeros, y en los famosos portales de la calle Mayor las tiendas que estaban atestadas como los bazares del Cairo ó Constantinopla, pues, por antigua costumbre, todos los mercaderes é industriales madrileños hacían en este día solemne exposición pública ante sus puertas de lo mejor que poseían.

Así en las tiendas de sedas ofrecían á la vista apiñados los terciopelos lisos, cuajados, rizos y fondo en raso, negros y carmesíes, y las tercianelas y piñuelas de labores de Toledo y Granada; adúcares y capicholas de Valencia; damascos gorgoranes y sargas de seda, blancos y rojos de Granada y Toledo, y éste, en especial los gorgoranes, tirelados de grandes labores. Telas gamuzadas, Sevilla. Tafetanes y rasos sencillos y dobles, de nácar y otros matices, Valencia, Granada, Priego, Ecija y Jaén. Rasos ricos, verguillas y primaveras, Sevilla. Anafayas negras y de colores, Córdoba y Toledo. Felpas de nácar y otros visos y esparragones lisos, cortados y labrados, Granada. Buratos ralos y de cuatro sellos, Valladolid. Seda joyante, Murcia y Pastrana. Para

adornos de estas telas fabricaban galones y puntas de oro y plata, Sevilla; cintas, colonias y rehilados, Granada; reforzados, Toledo; hojuela de plata y botones de oro, la misma Sevilla. Todo lo cual podía aún competir con los ormesíes, chamelotes, ervajes, felpas y tercianelas de Génova; gasas de Milán; rajas, rasos de flores, sarguetas y telas de oro de Florencia; gorgoranes de Nápoles y rasos bordados de Venecia.

Los pañeros exhibían los mejores limistes y veinticuatrenos, jergas y palmillas de las renombradas fábricas de Segovia, Avila y Cuenca; los limonados y leonados de las Navas; los picotes de Córdoba, Valladolid y Mallorca; las rajas y rajetas de Sevilla; los más modestos, pero útiles paños, de Alburquerque, La Parrilla y Brihuega; los cordellates de Molina; las entrapadas de Baeza; las bayetas de Sigüenza y Sevilla; los pel de rata, verdox y azulados, de Toledo. Estameñas y anascotes de Vitoria, Zafra y Talavera; las mantas palentinas de tres y cuatro rayas; las blancas de Mondéjar y otros muchos de fábricas que entonces había donde hoy no.

Los pellejeros sus manguitos de martas cebellinas; pieles adobadas de hurones y nutrias y de fuinas y martas de Galicia; guadamaciles, cordobanes, vaquetas, cabritillas y tafiletes de Córdoba Sevilla, Valladolid y Zaragoza, únicos en Europa.

Los cuchilleros y espaderos, los famosos cuchillos de Puerta Cerrada, de Madrid; las univer-

salmente célebres hojas toledanas y aragonesas y dagas y puñales vizcaínos.

Los bordadores, que, como los demás oficios, tenían cada uno su calle ó su *portal*, cuyos nombres aún se conservan; los boneteros, calceteros, jubeteros, doradores, peineros, cofreros, cedaceros y otros más comunes todavía, todos presentaban sus obras y productos escogidos.

Los pintores ostentaban, cerca ya de la Puerta del Sol, enfrente del convento de San Felipe el Real, en portales *ad hoc*, especie de *Schilders-Pand* antuerpiense, sus mejores cuadros, pintados en el decurso del año, ante los cuales pronunciaba sus fallos críticos aquel pueblo inteligente y artista y aquellos soldados que en Nápoles, Milán, Roma y Florencia y en Amsterdam, Amberes y Bruselas habían visto las obras maestras del arte europeo.

Hasta los maestros de niños hacían alarde en tal día en las paredes exteriores de la escuela de las más lindas planas de sus discípulos, y á la puerta de ella sacaban una ó dos mesas donde, en presencia del que quería mirarlos, trazaban aquellos diminutos pendolistas con rapidez y primor renglones, nombres, frases, lazos y rasgos, según lo que se les pedía, y otros hacían cálculos y operaciones aritméticas á gusto del que deseaba probar cómo se daba la enseñanza en aquel estudio.

¡Cuántas cosas antiguas se echan hoy menos!

A la tarde presenciaron en la plazuela de Palacio la representación de los cuatro autos sacra-

mentales acostumbrados por las dos compañías del Príncipe y de la Cruz. Escribiéronlos este año don Pedro Calderón dos, que fueron *El Anticristo* y *Los misterios de la misa,* y los otros dos don Francisco de Rojas Zorrilla, titulados *El rico avariento* y *Las ferias de Madrid.*

Cuatro días después comenzaron á llegar nuevas de la infausta rebelión de Cataluña. Pero en Madrid no se concedió desde luego importancia al hecho, que se graduó como uno de tantos motines ó tumultos populares, no obstante saberse ya con certeza el asesinato del virrey, Conde de Santa Coloma, y la matanza y exterminio de otros muchos leales españoles. Y así fué que, aunque por el mal tiempo se suspendieron las fiestas cortesanas de la Noche de San Juan, celebráronse con todo lucimiento y riqueza en el estanque grande del Retiro el día del santo de la Reina.

Antes de esto, en uno de los postreros días de Junio, cercana ya la puesta del sol, hallábanse reunidos en casa de don Alonso de Meneses varios de sus amigos y departían acerca de los asuntos generales después del ligero agasajo vespertino que la providente doña Isabel había hecho servirles.

Estaba la habitación fresca por ser del piso bajo y tener vistas y comunicación al jardín, que enviaba sus balsámicos y húmedos efluvios á través de puertas y ventanas de par en par abiertas.

Recostado en un gran sillón de vaqueta oía el dueño de la casa con atención no muy despierta

los diversos pareceres y comentarios que á sus tertulianos merecían las noticias cada vez más siniestras que llegaban de Cataluña.

Era don Alonso, como hemos dicho, hombre de cincuenta años; pero tan recio y bien tratado, que se le juzgaría diez más joven. Buena estatura, cuerpo robusto, lleno y erguido; movimientos rápidos y vigorosos; voz sonora, grave y segura; cabeza enhiesta; semblante animado y ojos vivos. Nadie diría que aquel cuerpo y aquella cabeza cubierta de pelo todavía negro y aquellos bigote alzado y perilla larga y poblada, pero con algunas canas, no perteneciesen á un veterano maestre de campo de los tercios de Italia ó Flandes; aquel pecho varonil estaba reclamando una coraza.

Y, sin embargo, aunque diestro en el manejo de las armas y ejercicios del caballero, como todos lo eran en aquella centuria, don Alonso nunca había estado en la guerra. Era un letrado "de capa y espada", que en su juventud había pisado las covachuelas y siempre esperó volver á cursarlas. Por una aberración, más de su cabeza que de su voluntad, aquel viril temperamento nacido para la lucha había preferido seguir las huellas pacíficas de su ilustre padre sin reflexionar siquiera, en veneración de su recuerdo, cuánto semejante vía contrariaba sus naturales impulsos.

Así es que, privado hacía largos años de su ejercicio, no podía menos de odiar al causante de su involuntaria ociosidad. Olivares lo sabía y apa-

rentaba despreciarle; pero en el fondo más hubiera querido merecer el aplauso de hombre tan recto y sensato como el de Meneses. Nunca á los oídos del Conde-Duque llegó que don Alonso propalase ni aun admitiese ninguna de las infames calumnias que otros adversarios menos justos lanzaban contra el aborrecido privado. Pero eso no impedía que con su nativa franqueza y lenguaje limpio de todo eufemismo, perífrasis ni atenuaciones condenase los actos del ministro que, á su entender, lo merecían.

Asistía aquella tarde, como otras, don Félix á la reunión anti-olivarista, cuidando de aprovechar las ocasiones que se ofrecían de ver ó hablar con doña Isabel, pues, aunque, según lo convenido, celebraban nocturnos coloquios casi diarios luego que cesó el peligro de la enfermedad de don Lope, no se saciaba el Capitán de oir y de ver aquella divina criatura, cuya discreción y talento tanto ó más que su incomparable hermosura, le tenían como hechizado.

Los demás tertuliantes del fallido consejero eran dos eclesiásticos, uno de cogulla; un oidor jubilado, pariente lejano de Meneses; un teniente de maestre de campo y castellano de cierta fortaleza del Estado de Milán, pretendiente había dos años del mando efectivo de un tercio que el de Olivares, por tener que contentar á otros más allegados, no había querido darle, y eso le había lanzado á la oposición, y un ex alcalde de corte, que cortaba lindos sayos al Conde-Duque que lo

había arrinconado. Por este alcalde tenían los amigos de don Alonso conocimiento de las cosas más íntimas del Gobierno á causa de las amistosas relaciones que aún conservaba entre sus compañeros.

—Mucho han sufrido los pueblos—decía el Oidor—con las violencias y desafueros de la soldadesca. Así, por una parte, no es de extrañar que la protesta contra los que pudiendo no evitan tales daños haya pasado tan adelante.

—Perdonadme, don Diego de Acevedo —interrumpió el maestre de campo—, que afirme hay mucha exageración en todo eso. La mayor parte son calumnias del partido francés, allí muy extendido, sobre todo en Barcelona.

—Sin embargo —repuso el ex alcalde—, á noticia del Gobierno han llegado quejas sobre hecos concretos y execrables.

—Excesos como esos tienen que soportar los lugares en que andan soldados en tiempo de guerra. Con resignación los conllevaron Navarra y las Provincias Vascongadas. Desengáñese el señor Lizana: en Cataluña hay siempre un espíritu abierto de hostilidad contra el resto de España. Yo he servido varios años en aquellas partes y he podido comprobarlo.

—Pero ellos solos no pueden defender su tierra —opinó uno de los clérigos—; y en este caso, ¿qué recurso le cabe al Rey más que enviarles defensores extraños, aunque españoles?

—Pues eso—repitió el militar—es justamen-

te lo que ellos no quieren; y hasta me atreveré á avanzar que muchos catalanes prefieren ver invadido y sujeto su territorio por franceses á verlo defendido por castellanos.

—No es creíble semejante felonía—se apresuró á interponer el eclesiástico seglar.

—Mucho me temo que habrá que creerlo tiempo adelante—insistió el soldado.

—Realmente hasta ahora no hay motivo para dejar de pensar—agregó el fraile—que todo lo sucedido no fué más que un irreflexivo tumulto del populacho, agravado por la circunstancia de hallarse en la ciudad gran número de aldeanos y labradores rústicos y feroces.

—Yo bien creo—discurrió el Oidor—que ninguno de los que formaron la Junta revolucionaria habría querido arrastrar por las calles el cuerpo de tan buen caballero como el virrey Santa Coloma; pero no puede menos de producirme hondo pesar y á la vez una grande inquietud el ver que los que asumieron la autoridad y gobierno de la captital catalana, no solamente no pensaron en castigar tan horrendo crimen, sino que todas sus determinaciones hasta el presente revelan mucha odiosidad contra los que han ido á repeler la invasión extranjera; y esto, por lo menos, es harto sospechoso.

—Ese es también mi parecer—exclamó don Alonso—. Ningún exceso de las tropas ni otro cualquiera era bastante para que, cuando tienen el enemigo á las puertas, asesinen al capitán ge-

neral y ofrezcan el ejemplo de falta de unión y armonía que está dando Barcelona. Y ¿qué medidas ha adoptado el Conde-Duque para restablecer la autoridad del Monarca en aquella provincia y atender á la defensa de la tierra?

—Ninguna en realidad—contestó el alcalde.

—La patarata de la semana pasada en los Jardines de la Priora, en que Olivares á caballo hizo alarde de los caballeros de las Ordenes militares. Vos habréis estado allí, don Félix—agregó Meneses.

—Cierto —respondió el aludido—, y puedo aseguraros que ha sido cosa muy lucida.

—No lo dudo. Pero ¿qué objeto tuvo semejante revista?

—Conocer el número de caballeros que estaban dispuestos á seguir al reino de Aragón á Su Majestad—agregó Mansilla.

—¿Se insiste todavía en el viaje?

—Ya se ha suspendido hasta Octubre —afirmó el alcalde—, esperando el sesgo que toman las cosas de Barcelona.

En este momento entró en la sala doña Isabel y, dirigiéndose al sacerdote seglar, que era capellán de las monjas de Santa Catalina de Sena y confesor de la joven y de su padre, le dijo en voz baja:

—El lunes venidero, don Gonzalo, día de mi santa Patrona, deseo confesar, si en ello no veis inconveniente.

—Ya sabéis, señora mía —respondió el cléri-

go—, que estoy siempre á vuestro mandado. En el confesonario os aguardaré á la hora de costumbre.

Retiróse después de esto la joven, haciendo con la cabeza una venia á los circunstantes, y al pasar cerca de don Félix dirigióle una mirada que él creyó impregnada de tristeza, así como creyó advertir señales de haber llorado en los enrojecidos ojos de la dama.

Tampoco dejó de haber notado cierta preocupación y taciturnidad en don Alonso, sospecha que llegó á su colmo al oirle decir:

—El lunes próximo, mis señores y amigos, en que mi hija Isabel festeja á la par su nombre y cumpleaños, espero que, como en otros anteriores, honréis mi pobre mesa. En ese día quizás os anunciaré un suceso que cambiará el aspecto de esta casa. Vos, don Félix, que sois el último venido, supongo no rehusaréis el acompañarnos.

Antes que éste respondiese apresuróse á hacerlo el Oidor, sonriendo al pronunciar estas palabras:

—Y que sea para bien de todos.

Levantáronse con esto, pues ya la noche estaba encima, y fueron saliendo tras las obligadas y repetidas cortesías y besamanos.

Tentado estuvo Mansilla de preguntar á don Alonso cuál fuese el acaecimiento enunciado con tal misterio; pero, temiendo andar poco discreto, no se atrevió más que á ir recejando y dilatando el despedirse hasta lo último por si el hidalgo se

lo quisiese decir. Pero éste le saludó con la misma afectuosa indiferencia que á los demás, y se volvió al interior de la saleta.

Al atravesar la puerta de la calle sintió Mansilla que le tiraban dulcemente de la capa. Volvióse con viveza y recibió de manos de la doncella de doña Isabel un papel cerrado. Traspuso rápidamente el espacio de calle que le separaba de la salida á la de Alcalá y, apenas dobló la esquina, abrió el billete que pudo leer á la indecisa luz del crepúsculo, pues contenía estas breves palabras:

"No dejéis de venir esta noche; tengo graves y urgentes nuevas que comunicaros. — *Doña Isabel.*"

Perplejo estuvo nuestro galán buen rato antes de seguir adelante. Iban saliendo ciertas las presunciones de que algo anormal ocurría en la familia de su amada; premisa que el temor relacionaba confusa y vagamente con sus más caras ilusiones.

Lleno de impaciencia aligeró el paso á su domicilio, donde ya le aguardaba su primo.

CAPITULO XIII

LOS AMORES DE DON LOPE

La salud de don Lope de Toral habíase restablecido por entero, gracias, sobre todo, á la tierna solicitud de Armida. Desde que cesó el peligro de muerte dormía la ex cómica en su casa, que el viejo padrastro había conservado intacta, y venía á cuidar el enfermo de la mañana á la noche; luego solamente por la tarde, y, al fin, suspendió las visitas, porque fué ya el galán quien se las hizo á ella.

Al salir don Lope de las garras del mal conservó un sello de tristeza y preocupación constantes que suscitaron en don Félix vagos recelos acerca de la sanidad mental de su primo. Pero vióle tan discreto y razonado, aunque ahorrativo de palabras, que acabó por suponer fuese consecuencia su estado del cansancio físico, pues don Lope daba largos paseos á fin de restaurar, decía, sus fuerzas y agilitar sus miembros. Con todo, la contracción imborrable de su frente seguía anunciando un hondo pensamiento mal esclarecido ó un grave problema á que no daba solución ni arreglo. Sólo en presencia de Armida

adquiría su semblante aquella serena dulzura en él peculiar antes de la dolencia.

No se había atrevido á dirigirle palabra alguna de amor, aunque seguía viéndola todos los días. También ella había recobrado sus carnes y colores y reflejaba la más sincera alegría por haber contribuído á la curación del joven leonés.

Una tarde en que, según cosumbre, estaban conversando en la sala de Armida, le dijo don Lope:

—¿No piensas volver al teatro, Angelita?

—De ningún modo —respondió ella—. He hecho voto al Señor de no pisar más las tablas desde el día en que llamé á las puertas del convento. Y á propósito —añadió con voz tremulante—, ¿no os parece, señor don Lope, que ahora que estáis completamente restablecido podré retirarme otra vez á las Trinitarias, donde me esperan aquellas santas mujeres?

—Si quieres volverme á la muerte puedes hacerlo. Pero en tal caso más hubiera valido que no hubieses roto la clausura. Yo estaba ya muerto: habían acabado mis padecimientos físicos y morales. Un dulce anonadamiento me señoreaba y sólo breves horas acaso me faltaban para ser feliz con no ser en el mundo. ¿Por qué has venido? Yo no te llamé, y parece crueldad inaudita condenarme de nuevo á los tormentos de que ya estaba libre.

—Bien sabéis que no es ese mi deseo—balbuceó suspirando la joven.

—Pues entonces, ¿á qué afligirme con fatales anuncios? Y mucho menos cuando tengo un proyecto que resuelve todas las dificultades, según pienso. No ha sido otra mi preocupación desde que pude dejar el lecho.

—¿Un proyecto?—dijo con suspensión Armida.

—Sí; me casaré contigo.

Púsose la joven pálida como un cadáver. Un ligero temblor invadió su cuerpo y sólo se atrevió á decir:

—¿Casaros conmigo, don Lope? ¿No sabéis que eso es imposible?

—¿Y quién puede impedirlo?

—El mundo entero. Vuestra clase y condición y la mía. Vuestra familia, que os arrojaría de su seno; vuestros parientes y amigos, que os volverían la espalda; vuestras aspiraciones y carrera, que se verían destruídas. Todo eso impide que imaginéis siquiera tal locura.

—Todo eso lo he meditado estos días y no me retrae. Escribiré á mi madre, que no querrá la muerte de su hijo, y persuadirá á mi hermano mayor á que no me niegue su amparo. Los amigos y los deudos quizá me volverán, como dices, la espalda; pero sábré pasarme sin ellos. Y aunque mi carrera y porvenir queden anulados, todo lo daré por bien perdido con haberte ganado á ti.

—Eso es un nuevo delirio, don Lope. Vuestra cabeza no ha quedado bien de la dolencia.

—¡Y tan bien como quedó! Ya me ves cuán tranquilo lo digo.

—¡Virgen santa! —prosiguió ella sin atenderle—. ¿Qué diría vuestra madre sino que tal era el pago que yo daba al sustento que en vuestra casa han hallado mis padres y abuelos y yo misma? Convenceos, don Lope, de que ese proyecto es absurdo.

—Entonces sólo me resta morir—dijo él con voz sorda, pero con aire resignado.

—Pero yo no quiero que muráis—replicó ella con lágrimas en los ojos y en la voz.

—Entonces mañana mismo escribiré á mi madre.

Permanecieron unos minutos en silencio, que don Lope no tenía trazas de interrumpir. Armida parecía también abismada en sus reflexiones y, al fin, suspiró más que dijo:

—Aguardad; esperad unos días. Me coge tan de nuevas vuestra idea que necesito algún tiempo para admitirla en mi espíritu. Dadme vuestra palabra de caballero de no escribir ni comunicar á nadie, ni aun á vuestro primo, tal pensamiento en unos días, que no serán muchos.

—¿Me das tú la tuya de no entrarte en el convento, ni ausentarte, ni ocultarte de ninguna manera?

—Os la doy.

—¿Y podré verte todos los días?

—Antes os lo iba á rogar. Podréis verme por

la mañana, por la tarde y por la noche, si eso os agrada.

—Entonces, aceptado, con tal que no sean muchos los días de plazo.

Anochecía, y despidióse don Lope.

Continuó Armida en la misma posición en que estaba; cubrióse el rostro con las manos y en silencio estuvo largo tiempo, hasta que la buena Juana, su criada, vino á decirle que si había de cenar ya era hora de hacerlo.

Levantóse con pausa alzando el rostro. El brillo de su mirada y expresivo ademán de toda su persona indicaban una resolución adoptada con firmeza.

Al día siguiente, por la mañana, envió á don Lope un billete en que le decía:

"No vengáis esta tarde, que habré de salir; pero sí de noche, como otras veces."

No eran todavía las diez cuando Toral, á quien había alarmado el aviso y temía una segunda fuga, subía la escalera y entraba en la salita de Armida. Salió ella misma á abrirle diciendo:

—Me alegro que hayáis venido esta noche, porque estoy sola y tengo mucho miedo.

—Pues ¿Juana?

—Ha ido á ver una hermana suya á la Puerta de Santa Bárbara. Y como me advirtió que si antes de las diez no había llegado se quedaría allí á dormir, presumo que ya no vendrá hasta la madrugada.

—¿Y tu padrastro?

—Ese tiene sus dominios en el cuarto bajo; y de tal manera se encierra y tan profundo es su sueño, que un día que á Juana se antojó sentir que andaban hombres en la casa, antes de que á él le despertasen nuestros gritos habían acudido ya los vecinos.

Sentóse don Lope en el estrado, porque es de advertir que, desde su enfermedad, la solicitud de Armida habíale dispuesto un asiento más cómodo, sobre un escabel y almohadas á los costados para apoyar brazos y espalda, habiendo ya antes cursado, aunque no del todo, los tres grados de amor, según los discernía el galán de la comedia calderoniana, tomando

> A la primera vez silla,
> la segunda taburete
> y la tercera tarima,
> siendo mi lecho el estrado
> y mi almohada una rodilla.

El estío corría á más andar y estaba la noche calurosa. Don Lope se desciñó la espada y desabrochó la ropilla, dejando á la vista un entallado jubón de telilla pajiza con listas moradas y guarnición de plata. Respiró más á sus anchas y repitió la aspiración, diciendo:

—Advierto un agradable olor de flores... ¡Ah! Ya las veo.

Y señaló un enorme ramo de rosas, jacintos y clavellinas que en un ramilletero de vidrio estaban sobre un bufetillo del estrado.

—Lo he traído—dijo Armida—como recuerdo de mi excursión de esta tarde. ¿Queréis que os lo acerque?

—No, por cierto. ¿Qué valen ellas donde tú estás? Tú sí que eres ramo precioso y aromático en que la naturaleza destiló todas sus flores; en que se han fundido rosas y azucenas, nardos y claveles. Acércate tú, que eres mil veces más bella que todas las flores del Universo.

Hizo la joven un mohín gracioso de negación; pero fué acercándose, diciendo:

—Hoy que sois mi guardián y defensor no me conviene desobedeceros.

Sentóse muy cerca de él sobre las almohadas y, tras una corta pausa, dijo el de Toral:

—Siento que se me reseca la boca esta noche como nunca.

—El calor lo causará —insinuó Armida—; pero creo que ese mal tiene fácil la cura.

Y después de ofrecer al galán el abanillo de ala de mosca y virillas de plata con que se oreaba, levantóse con ligereza y fuese al interior de la casa, volviendo á poco con un tabaque ó cestilla plana de donde fué sacando las cosas necesarias para el refresco, y diciendo:

—No tengo nieve, porque la viuda de Pablo Charquías vive lejos; pero el agua de esta alcarraza zamorana parece bastante fría. Tampoco puedo daros aurora ni garapiña, pero os haré una aloja de mi invención particular.

Llenó de agua un ancho vidrio de Venecia en

que depositó unas cortecitas de canela ya reblandecidas. Cortó luego de través una dorada y opulenta naranja, cuyos dos hemisferios exprimió sobre el agua, cruzando y apretando sus manos blanquísimas, y de un rojo búcaro de Estremoz sacó dos cucharadas de pálida miel alcarreña, que disolvió agitándola con una cuchara.

El joven había estado como en éxtasis viendo todas las operaciones. Con arrobamiento contemplaba aquella linda y graciosa cabeza y aquel rostro sonrosado que cerca de los mecheros del velón parecía más lleno de vida; aquel talle arrogante que, interponiéndose á veces entre él y la luz, delineaba un perfil tan airoso; aquellos brazos de venusta hechura y cadenciosos movimientos; aquella atención deliciosamente grave que ponía en faenas tan triviales, y sentía invadirle un sopor tan dulce, que hubiera deseado que la preparación del refrigerio se prolongase indefinidamente.

Limpió Armida con la cuchara el refrescante licor de pepitas, cortezas y espuma de la miel y, colocando el vidrio sobre una flamenquilla de plata, encaminóse adonde estaba don Lope. Dejóse caer graciosamente de rodillas ante él y, antes de presentárselo, dijo, bebiendo un poco:

—Os haré la salva como á los reyes, pues vos sois mi rey y señor.

—¡Pobre rey —suspiró el galán, tomando el vaso—, que no reina en ese hermoso cuerpo!

—Pero reináis en el alma, que es más soberano imperio—repuso ella.

Recogió el bernegal que dejó sobre un bufete y se reclinó en los blandos almohadones, guardando cuidadosamente los pies debajo de la pollera, que extendió con arte por el suelo. Don Lope le dijo:

—He observado que estás hoy adornada con mayor primor ó al menos con más atractivo.

—Como ya os he dicho, he salido esta tarde. Fuí á visitar á una de mis antiguas protectoras: la Condesa de Rioflorido, que siempre me ha honrado sobremanera. Ya sabréis que cada comedianta tiene por lo menos una gran señora que la protege y ampara cuando los crueles comisarios de los corrales les embargan toda su ropa á fin de que no puedan ausentarse, dándoles la dama las suyas propias para vestirse con decencia, y ocultándolas en su casa si la persecución arrecia en términos de que las quieran tener seguras en un convento cuando no en la cárcel misma. Pero no sé qué mayor aliño queréis ver en mí; únicamente el peinado tiene por exceso de adornos esta cinta de colonia; lo demás son ropas ordinarias.

No lo eran tanto, porque el jubón, de gorgorán de nácar con galoncillo y puntillas, estaba escotado, según moda de entonces, dejando ver el cuello y nacimiento del túrgido seno, y la manga, abierta y suelta, descubría el brazo hasta cerca del codo. Como no tenía puesto ahuecador ni ver-

dugado alguno y sí poquísimas faldas, resaltaba la morbidez de sus formas indicando la plenitud de la mujer en su desarrollo.

En uno de los cambios de postura, Armida, al recostarse de nuevo sobre los almohadones, dejó, por descuido, el brazo extendido hacia don Lope y muy próximo á él la hermosa mano, como invitándole á que la tomase. Tomósela, en efecto, y, por disimular su atrevimiento, dijo:

—Y este lindo rubí, ¿es también regalo de la Condesa de Rioflorido?

Por un primer impulso hizo la joven un movimiento para retirar su mano; pero la dejó quedar entre las de su amigo, que acabó por llevarla á sus labios. Asustado de su audacia, miró al rostro de Armida, y en vez del aire de reprehensión que esperaba, vióla que, con los ojos bajos y el rostro encendido, sonreía con cierta pudorosa timidez.

En este momento calle arriba, pero no lejos, comenzaron á puntear una vihuela con tal maestría y gracia, que suspendía los ánimos. El músico desarrollaba una melodía tierna y expresiva. A veces, menudeando los sonidos agudos, parecía quejarse con la atropellada precipitación del que llora agravios ó celos; pero cuando la cadencia pedía que todo aquel tumulto de notas finas y picadas se resolviese en modulaciones lentas y graves, semejaban arrullos de amor satisfecho y bien correspondido.

Calló el tañedor, mas no para descansar, sino

para cambiar de música, de aire y de compás. El ritmo era más determinado; abundaban los arpegios ó, como entonces se llamaban, las falsas sonoras, y los acordes, pellizcando al mismo tiempo varias cuerdas. Las frecuentes pausas y calderones para comenzar de nuevo con un motivo ya iniciado, daban á la tonada un aspecto de marcha triunfal algo extraño en esta clase de serenatas, pero con todo muy agradable. Verdad es que la seguridad de la mano que gobernaba el instrumento, lo graduado de los fuertes y los *pianos* y lo bien preparado de las diferencias ó cambios de tono mostraban á las claras ser el que tañía un profesor de los más sobresalientes en su arte.

¿A quién se enderezaría este obsequio nocturno? ¿Estaría la dama objeto de él despierta y sabedora de todo, ó tal vez dormiría á pierna suelta sin importársele un bledo de los ayes y querellas que la experta mano del ejecutante sabía arrancar á las tendidas cuerdas?

Posible es que fuese esto último, porque el instrumentista, sin duda con el fin de hacer volver de su pesado sueño á la ingrata, comenzó á repicar una endiablada y sacudida zarabanda capaz de hacer despertarse á los Siete durmientes. ¡Qué velocidad en los sonidos! ¡Qué tránsito tan rápido y tan inesperado de las notas más altas á las más graves! ¡Qué escalas tan vivas y fugaces en el ascenso y el descenso! ¡Qué sonoridad en los finales y en tal cual nota aislada que que-

daba vibrando unos instantes para romper en un armonioso acorde de tres y cuatro voces!

El efecto de tan estrepitosa algazara no tardó en manifestarse. De dos ó tres ventanas lanzaron al importuno Orfeo fragmentos de pucheros, zanahorias y otras armas arrojadizas de que él procuró resguardarse apartándose á un lado; pero al mismo tiempo un suave y débil siseo le anunció que su principal objeto estaba conseguido. Acercóse á la reja y, en breve, un continuado y tenue murmullo de voces alternadas, masculina y femenina, no dejó duda de que el músico y la dama estaban consagrados á la española ocupación de pelar la pava.

Y no lo dejaron tan presto sin que primero se oyese el canto del gallo. Pasó todavía un largo rato; un reloj de torre sonó las tres; pareció oirse un beso; cerróse la ventana de la reja y, con paso vivo el nocturno rondador, se perdió en la calle del León.

En la casa de Armida repetíase una escena semejante. La hermosa ex cómica decía al galán, tomándole las manos:

—Marchaos, don Lope; va á amanecer. Ya que habéis querido destruir la más cara ilusión de mi vida, cuidad al menos de mi reputación: no os vean salir de aquí.

—Y ¿qué más da? Dentro de poco serás mi mujer...

—¿Pensáis aún en semejante cosa?

Quedóse el joven parado; miró al rostro de

Armida, y como la vió sonreir con gran dulzura y tranquilidad, juzgó que habría hablado en burlas, y respondió.

—Ahora con mayor razón que nunca.

—Bien; ya hablaremos en eso. En tanto acordaos de la promesa de no escribir que me habéis hecho.

—Pero ¿de veras no queréis que escriba?

—Ya no sé cómo os lo he de acreditar. No; preferiría mi muerte ó la vuestra á que dieseis cuenta por ahora á vuestra familia de ese pensamiento.

—Eres incomprensible.

—Idos, idos ya, don Lope.

Y presentó su frente al caballero, diciéndole con la mayor ternura:

—Adiós.

Muy tarde era cuando Toral se despertó. Contóle á su primo ce por be todo lo que le había pasado con Armida, y concluyó diciendo:

—¿Comprendéis vos conducta tan extraña? En cuanto me ve resuelto á unirme á ella se rinde sin dificultad á mis deseos; y cuando parecía deber apremiarme á la ejecución de la promesa, sigue calificándola de desatino y se obstina en que por ahora no intente realizarla.

—Lo que yo comprendo, señor primo, es que esa mujer vale moralmente más que vos. Ya que las cosas están como están, seguid su consejo sin vacilar; dejaos guiar por ella y acertaréis siempre.

CAPITULO XIV

PETICIÓN Y DESAIRE

APENAS acabado de cenar vistióse don Félix un traje de noche y de la estación, compuesto de calzón y ropilla de sargueta parda, picada con guarniciones de pasamanos y pestañas más obscuros. Ciñóse la espada; púsole Grajales un ligero ferreruelo, todo de jerguilla negra, y tomando el lacayo su espada y una pequeña rodela se encaminaron á buen paso á la calle del Barquillo. Quedóse Grajales, como de costumbre, algo rezagado para vigilar la calle, y Mansilla se acercó á la reja, donde se hallaba ya doña Isabel, que no bien le oyó llamar suavemente, abrió la vidriera de la ventana. Dijo el Capitán:

—Aquí me tenéis, doña Isabel, con el alma suspensa y llena de temores.

—No sé—expuso ella—cómo empezar la narración de mi desdicha y de la vuestra, si me amáis como decís.

—¿Podéis dudarlo?—interrumpió él.

—¡Ojalá hubiera razón para ello, pues en tal

caso sería una sola la víctima y más llevadero el sacrificio!

—Decid ya sin más preámbulos; me abrasa la impaciencia.

—Ayer, mi padre, más cariñoso, pero más grave que nunca, me dijo: "Ha llegado el momento, hija, de comunicaros una noticia que tal vez os colme de alegría á vos, pero que á mí me produce honda pena, porque señala el momento de separaros de mi lado. Tengo prometida vuestra mano al noble caballero don Jerónimo de Fuentes, á quien ya conocéis, que se hallaba en Italia y me anuncia su inminente regreso para conduciros al altar y luego á su casa." Pasados los primeros instantes de la natural sorpresa que la terrible nueva me produjo, sólo pude responder á mi padre que yo no deseaba abandonarle y que era aún muy joven para pensar en casarme. Pero él, con dulzura, aunque con su habitual firmeza, me replicó alegando que mi juventud no era excesiva, pues mi madre se había casado en edad más tierna; que otras mujeres están ya hartas de matrimonio á los veintiún años; que menos deseos tenía él de alejarme de su lado, pero que era forzoso que estuviese colocada antes que le sorprendiese la muerte, y que, sobre todo, había empeñado su palabra y era ya imposible recogerla. Juzgad vos cuál no sería mi quebranto al oir esta sentencia, peor que la de muerte. Mi padre vió cuán poco me halagaba su propuesta, mas engañado sobre la causa, que achacó exclusivamen-

te, ofuscado por su propio duelo, al disgusto de abandonarle, se retiró sin decir más, pero dejando traslucir claramente la emoción que le embargaba. Para discernir y ponderar lo grande del cariño que mi padre me profesa bastará deciros que, habiendo quedado viudo en buena edad y á pesar de habérsele ofrecido enlaces ventajosos, repugnó siempre el darme una madrastra, y declaró que, puesto que el cielo había querido dejarme sin madre, nadie en el mundo ocuparía aquel lugar sagrado. Pensad ahora cuán triste y cuán horrible es mi situación: morir de pena si desobedezco á un padre tan excelente, y morir con muerte peor mil veces obedeciéndole.

Nada decía ni casi oía estas razones el Capitán, que semejaba estatua del dolor, con la frente posada en los hierros de la reja y oprimiéndolos con fuerza cual si tratase de quebrarlos.

Silencio tan pertinaz y el demudado aspecto del galán, perceptible aun con la obscuridad de la noche, alarmaron á la joven, que, interrumpiéndose, preguntó:

—¿Qué decís á esto, don Félix?

Suspiró largamente, como volviendo en su acuerdo, y balbuceó con aire de persona que pronuncia maquinalmente las palabras:

—No sé... No creo... Es imposible que don Alonso ejerza tal violencia en vuestro albedrío.

Nada replicó la dama, porque no era aquello lo que esperaba oir de labios de su amante después de lo que le había declarado. Comprendiólo

así don Félix y, viniendo á la realidad del caso, prosiguió:

—Debí, en efecto, haberlo previsto. Natural es que un buen padre se interese por dar en sazón estado á sus hijas. Si vos me ayudáis, doña Isabel, yo cuidaré de impedir esa boda por todos los caminos.

—Yo soy toda vuestra; me casaré con vos ó con nadie—dijo sencillamente la dama.

—Entonces lucharemos hasta morir. Pero á fin de saber siquiera cómo iniciar la pugna, deseo oir de vos algo relativo á las relaciones vuestras y de vuestro padre con mi rival, y cómo pudo lograr una honra tan fuera de sus merecimientos, por grandes que sean.

—Os diré lo poco que sobre ello alcanzo. Don Jerónimo es un caballero como de vuestra edad, noble y rico, que vive ahí cerca de esta calle con su madre y una hermana. Muy contadas veces he tenido ocasión de hablarle, y eso hace ya tres años, con el triste motivo de que, habiendo unos malhechores herido de gravedad á mi padre, le visitó don Jerónimo con relativa frecuencia. Fuése luego á servir en Lombardía, donde, según mi padre, que llevaba activa correspondencia con él, se condujo como era de esperar de su nobleza. De tarde en tarde nos visitamos su hermana y yo; pero ni ella ni él, salvo las comunes galanterías y lisonjas, han dejado entrever cosa alguna sobre las intenciones de ese caballero. Mi padre me confesó que antes de partir le había pedido

don Jerónimo mi mano; que, alegando mi juventud, no se la concedió inmediatamente, sino para después que hubiese gozado algún tiempo mi compañía en esta casa, pues acababa yo de salir del convento, y que entonces don Jerónimo, por entretener el plazo y hacerse digno de ser mi esposo, según dijo, se fué á la guerra. Pero, como no aspira seguir este ejercicio, regresa ahora para que mi padre le cumpla su promesa.

—De suerte —repuso don Félix—, ¿que vos no sabéis qué otras razones pudo haber tenido don Alonso para comprometer vuestra mano en esas condiciones algo extrañas en quien, como él, pudo escogeros marido á vuestro gusto?

—Sólo me dijo que la idea de casarme entonces le había contrariado; y de ahí el término indefinido que había puesto al pretendiente y que, por si el proyecto fracasaba ó el galán desistía, nada quiso decirme.

—Entonces quizá llegaremos á tiempo. Mañana mismo vendré á pediros á vuestro padre aun sin tener el asentimiento del mío, que doy por conseguido en sabiendo quién vos sois.

—El cielo os ayude, mi señor—murmuró dulcemente la joven.

Aparecióse en esto Grajales diciendo que dos bultos humanos se acercaban calle adelante, y doña Isabel dijo:

—Retiraos, don Félix, y hasta mañana.

Desvelado pasó el Capitán el resto de la noche pensando en el éxito que tendría su petición ma-

trimonial. Del carácter firme é irreductible de Meneses auguraba un fin deplorable, juzgando imposible que pudiese retirar su palabra si realmente la había empeñado. Por otra parte, sabía que su inflexibilidad y dureza se quebraban y cedían casi siempre ante la dulzura y amor de su hija, que, al fin, en las cosas menudas y caseras á que limitaba su acción, salía con la suya. No desconfiaba tampoco del buen efecto que en el ánimo del padre causase el grato recuerdo y entrañable amistad del suyo y hasta del apego simpático y paternal benevolencia que el mismo don Félix había conseguido despertar en don Alonso.

Sin ver á su primo, que solía recogerse y levantarse muy tarde, salió Mansilla de su casa y encaminóse á la calle del Barquillo, donde, como si le aguardasen, apenas llamó introdújole una criada en la saleta de las tertulias en tanto subía á advertir á don Alonso.

Bajó éste, y con la amistosa solicitud que de ordinario tenía para el joven, apenas traspuso los umbrales de la puerta le demandó á la vez que, dirigiéndose á su ancho sillón, mostraba otro al visitante:

—¿Qué es lo que tan de mañana puede traer á mi querido Félix á esta casa siempre suya?

Permaneció atento aguardando la respuesta, que el Capitán dilató hasta que estuvieron sentados:

—Con la timidez, señor don Alonso —dijo—, del que, ajeno y privado de todo mérito y dere-

cho, aspira á obtener un gran favor; pero con la sencillez y el atrevimiento á que me tienen hecho vuestras continuas mercedes me presento á declararos que las inestimables prendas de hermosura, bondad y educación de doña Isabel, vuestra hija, han cautivado de tal modo mi albedrío que, aun reconociendo mi temeraria osadía, me arrojo á pedírosla por mujer si, como espero, ella consiente en serlo mía.

Miróle con la mayor sorpresa don Alonso, y vió que el joven, con semblante compuesto y humilde y ojos bajos, esperaba la sentencia. Dobló también él la cabeza y quedóse pensativo. Al fin, despidiendo un hondo suspiro, dijo, con voz que revelaba la tristeza manifiesta en su rostro:

—Bien sabe el cielo, mi querido amigo, con cuánto gusto accedería á lo que me pedís si me fuera dable hacerlo. Habéis llegado tarde; tengo dispuesto ya de la mano de mi hija y dentro de pocos días acaso estará casada.

—Recelaba esa respuesta, y por eso no me veis hacer los extremos de dolor que en otro caso me hubiera arrancado vuestra repulsa. Pero me atreveré á suplicaros que en este grave asunto consultéis también la voluntad de vuestra hija, que, ciertamente, no está inclinada al matrimonio que le prevenís.

—Y ¿quién os lo ha dicho?—preguntó con acento imperativo y voz dura don Alonso.

—Ella misma.

—Según eso...—continuó en el mismo tono el de Meneses.

—No os irritéis, señor don Alonso. Poco ó nada habrá que censurar ni en mí ni en vuestra hija. En los días que precedieron á la primera visita que hice á vuestra casa tuve ocasión de ver á doña Isabel tres veces ó cuatro, y aun me propasé á decirle usuales galanterías ignorando quién fuese. Juzgad cuál no sería mi sorpresa al reconocer en ella la dama á quien había ya entregado mi voluntad. Pocos días después oyó doña Isabel, benigna, mis sentimientos, que le expuse con el decoro que piden su propia honestidad, el ser prenda vuestra y el fin legítimo y santo á que ambos aspiramos. Ayer me avisó de vuestra resolución, que, como sabéis, nos era en absoluto desconocida; no hubo, pues, falta en nuestra conducta.

—Antes, por el contrario —replicó don Alonso, intentando refrenar la explosión de su cólera—, la hallo yo, y muy grave, en no hacerme partícipe de vuestros devaneos desde el primer momento. Por lo tocante á mi hija, yo sabré castigar su liviandad, y en cuanto á vos, agradeced al recuerdo de vuestro buen padre si no os trato cual merecía vuestro poco noble proceder.

—Señor don Alonso —repuso Mansilla con voz sumisa—. Tan grande es el afecto que mi padre os profesa, que en fuerza y veneración á él yo por tal padre os tuve y tengo y no lo olvidaré en ninguna circunstancia. Excusadme, pues, hu-

millaciones, porque al maltratarme puede decirse que maltratáis vuestra propia sangre. Os juro por mi salvación que, á haber imaginado siquiera que podrían contrariaros mis inocentes amoríos con doña Isabel, los hubiera cortado ó suspendido hasta daros cuenta de ellos. Y pues reconozco haber errado, aunque inocentemente, os suplico me perdonéis.

Y sin que el irritado viejo pudiese impedirlo, corrió á él don Félix, inclinó una rodilla y, tomándole la mano izquierda, llevóla reverentemente á sus labios.

Así como el mar encrespado quiebra su furia en lo blando de la arena, así fué y quedó desenojado Meneses por este acto de mansedumbre. Levantóse y abrazó al Capitán, diciendo:

—Os perdono. Y por que veáis que no sin causa dejo de preferiros en el empleo de mi hija, oid un secreto que ni á ella misma he revelado.

Viudo, como sabéis, á los cuarenta años, adopté la firme resolución de consagrarme por entero al cuidado de mi hija; pero no pude eludir algunas fragilidades propias de hombres, y fué la última cierto pasajero compromiso con una mujercilla indigna que se propuso esclavizarme y reinar en mi casa. Ni su clase, ni sus antecedentes y costumbres, ni siquiera su belleza eran poderosos á que yo hiciese tan desatinado casamiento. Convencióse de ello cuando vió que traje á mi hija, ya en edad competente, para entender en los cuidados domésticos y ser la alegría y el

regalo de mi vida. ¿Quién es capaz de medir el furor de una mujer despechada? Atrevióse á amenazarme, y aun realizó su amenaza, valiéndose de un rufián de esos valentones á quien mantenía con mis dádivas y que, irritado por faltarle este recurso, quizá más que por contentar á su amiga, trató de asesinarme esperándome con otros dos sujetos de su ralea una noche que por necesidad hube de recogerme tarde. Defendíme como pude; mas indudablemente hubiera sucumbido si en el instante de recibir una herida en el costado producida por los asesinos, que me asediaban como canes, no se hubiese parecido el noble y valiente don Jerónimo de Fuentes, quien, aunque tampoco salió ileso de sus manos, logró hacerles huir dejando huellas sangrientas. Vino luego una ronda que me condujo á mi lecho; don Jerónimo pudo ir por su pie al suyo. Recibiéronnos nuestro dicho; creyóse serían capeadores ó soldados foragidos que andaban y andan por estas cercanías, y se echó tierra al asunto.

Curó don Jerónimo antes que yo y me visitó varias veces. En una de ellas manifestóme haberse prendado de mi hija, y me la pidió en matrimonio. Ofrecísela como le hubiera ofrecido toda mi fortuna si lo exigiese; pero le declaré el pesar que me causaba alejarla tan pronto de mi lado. Redújose á esperar dos ó tres años ó lo que yo quisiese, y llevó su cortesía y delicadeza al extremo de no decir palabra á Isabel ni frecuentar mi casa, aunque él y yo nos veíamos á la con-

tinua fuera de ella. Pero, no logrando reprimir su impaciencia, al cabo de unos meses se resolvió en marchar á Italia sin decirme siquiera adiós para evitar que yo le detuviera, según me expresó luego por escrito. Dos años largos van transcurridos desde entonces; hoy me anuncia que regresa creyendo haber merecido ya mi consentimiento. ¿Qué haríais vos en mi caso?

Ni una sílaba emitió don Félix, aplanado con las declaraciones de Meneses, que cual hoja de acero, iban penetrando en su alma para ahuyentar hasta el más remoto visiumbre de esperanza de dicha.

—¡Pobre doña Isabel!—exclamó después de un rato de suspensión y de silencio.

Levantóse con lentitud y, dirigiéndose á don Alonso, que le miraba muy conmovido, díjole, tomando una mano entre las suyas:

—Adiós, señor. Mañana mismo parto á la guerra de Cataluña. Mi vida será ya toda para la Patria.

Y salió sin que don Alonso pensara en detenerlo.

Caminando lentamente llegó al extremo de la calle. Torció á la izquierda con dirección al Prado, ya desierto, porque el calor había alejado á los paseantes matutinos. No parecía sentirlo don Félix, según iba de absorto en sus lúgubres pensamientos.

Dejando para luego el impetrar la necesaria licencia de ausentarse y más por buscar consuelo

que por despedirse, enderezó sus pasos á la vivienda del capitán Rosal, su entrañable amigo. Era este caballero de más edad que don Félix, hombre de buen consejo y leal camarada. Habíanse conocido en Flandes é intimado por servir juntos en el mismo tercio. Fué después Rosal, como santiaguista, uno de los informantes en las pruebas del hábito de don Félix, por cuya causa hubo éste de hospedarle en su casa mientras don Fernando y otro compañero recibían declaraciones, compulsaban genealogías, libros de parroquia y padrones vecinales, todo para poder afirmar que el nuevo agraciado ni sus antecesores habían ejercido oficio manual, ni servil, ni tenían sangre de judío, morisco ni penitenciado por el Santo Oficio, que era hidalgo hasta la cuarta generación lo menos y digno, por tanto, de recibir la Orden caballeresca.

Sin abandonar la carrera alejóse temporalmente don Fernando del Rosal de los campos flamencos con el fin de gestionar en la corte dos cosas: una encomienda en su Orden, de que se creía merecedor por sus servicios no interrumpidos en doce años, y un matrimonio ventajoso que le trataban sus parientes y estaba en vísperas de contraer.

Era hijo de Madrid y vivía en casa propia en compañía de una hermana soltera y de otra viuda de más edad que hacía oficios de madre con la primera. La casa pertenecía á las llamadas *á la malicia,* y habíanla edificado sus padres cuando. por

eximirse de la odiosa carga de *aposento*, á la vuelta de la corte, desde Valladolid, adonde en 1601 la había llevado el capricho del Duque de Lerma, privado á la sazón de Felipe III, y que otro capricho del mismo redujo cinco años más tarde, el pueblo madrileño, se obligó á alojar de balde en sus propias casas á todos los empleados de la corte. Este servicio transitorio fué convertido en perpetuo, y, al fin, se hizo redimible por dinero.

Al comienzo se ejecutó con todo rigor, exentando sólo aquellas cosas que por su humlide apariencia no fuesen dignas de *aposentar* á los criados de Su Majestad. Entonces empezaron á levantarse muchos edificios que, sin tener al exterior más que los huecos del primer suelo, iba el tejado subiendo oblicuamente y dando lugar á que en lo interior hubiese otro alto y muy desahogado con luces á un extenso patio, que algunos adornaban al estilo de Toledo ó de Andalucía.

Esta manía, que hubiese acabado por dar á Madrid un antipático aspecto de ciudad moruna, desapareció del todo cuando la gabela se hizo general y redimible; pero á mediados del siglo XVII todavía en las calles menos céntricas había ejemplares abundantes de casas *á la malicia*.

Entró, pues, don Félix en una salita de la planta baja, adornada con gusto, si no con riqueza. Cubría el suelo una esterilla morisca de palma, pintada con vivos colores. La desnudez de las paredes, que, como no se conocía el empapelado de las habitaciones, había que cubrir en invierno y

en verano y se practicaba aún en las modestas viviendas, lo estaba de una tela italiana de color pajizo, con sus frisos y franjas carmesí, sujeta en los entrepaños y sobrepuestas por unos listoncitos de madera pintada. Los antiguos guadamaciles habían ido cayendo en desuso. El techo, de gruesos cajetones con toscas rosetas en el centro de cada uno, estaba también pintado de colores claros, pues la habitación no tenía con vistas y rejas á la calle más que una ventana, casi siempre cerrada y cubierta por una gran cortina de tafetán, forrada con bocací rameado, pero sí dos grandes ventanales abiertos al ancho patio. El estrado, puesto en el rincón de la pieza, recibía luz de una de estas ventanas y estaba circuído de macetas, sembrado de almohadas y acericos revesados de badana roja y dorada y de tafilete de iguales colores en la sobrehaz. En lugares adecuados había escabeles y bufetillos bajos para utilizar en tan humildes asientos. En el resto de la sala veíanse los comunes escritorios, bufetes y escaparates llenos de costosas baratijas, taburetes y escabelillos, imágenes devotas pintadas en lienzo, países de Flandes y Holanda en grabados abiertos en Amsterdam y Amberes, que Rosal había traído de aquellas tierras y eran entonces cosa de lujo entre nosotros. Algunos libros devotos reposaban sobre los bufetes, y un arpa y un laúd de ébano y marfil descubrían que en aquella casa se rendía tributo al divino arte. En la parte alta

de ella estaban los dormitorios y habitaciones de invierno.

Avisado por el criado bajó inmediatamente el capitán Rosal; abrazó á don Félix; pero, alterado al ver el aire abatido y pálido rostro de su amigo, exclamó con inquietud:

—¿Qué os pasa, qué sucede?

—Por hoy la mayor de las desdichas, y por huir de su presencia vengo á deciros adiós; marcho á Cataluña—respondió con voz opaca Mansilla.

—Pero ¿no podré saber antes...?

—Sí, podréis —atajó don Félix—, aunque pasará un rato amargo vuestra amistad.

Contóle punto por punto todo lo ocurrido con don Alonso, dejando á su amigo suspenso y mudo largo tiempo. Al fin, dijo:

—Es, en verdad, caso fuerte y á poco más desesperado. No os queda más asidero que la resistencia de doña Isabel.

—Que cederá en cuanto su padre le exponga el valor y alcance de su compromiso.

—Aún os queda otro recurso.

—¿Cuál puede ser?

—Matar á vuestro rival.

—Cierto; pero no por eso perdería menos á doña Isabel

—¿Quién sabe? De todos modos yo no me ausentaría en estas circunstancias tan solemnes para vos y para vuestra dama. Supongo que la veréis antes de partiros.

—Esta misma noche.

—Entonces confiad en ella todavía.

—Agradezco vuestra voluntad, pero no tengo la misma esperanza.

Era ya mediodía. Invitó el Capitán á su amigo á que compartiese su yantar; excusóse Mansilla con no haber visto á su primo y la urgencia en disponer su viaje. Y, no obstante el sol aplanador que descendía como lluvia de fuego, subió don Félix lentamente las cortas, pero empinadas callejuelas, que desde San Isidro conducían á su vivienda.

Refirió á don Lope el estado de sus asuntos. En vano el ardoroso joven se esforzó en disuadirle de su proyecto de ausentarse, proponiéndole los más disparatados medios de lograr sus deseos, tales como el de robar á doña Isabel, é insistiendo particularmente en el ya indicado por Rosal, de retar al estorboso don Jerónimo, lo que entendía deber hacerse desde luego buscándole dondequiera que estuviese.

Sentáronse á la mesa, aunque ni uno ni otro honraron mucho la comida de su hostelero. Rendido de cansancio quedóse don Félix dormido en un sillón de brazos después de encargar á Grajales, cuando cerraba cuidadosamente el balcón, que le despertase tres horas más tarde.

Escribió una larga carta á su padre refiriéndole lo sucedido y su proyecto de salir de Madrid, y á las cinco de la tarde estaba ya en casa del Presidente del Consejo de las Ordenes. Recibióle con

afecto; pero se negó á darle la licencia, fundado en que sólo al Conde-Duque de Olivares incumbía hacerlo, ya que habiendo él, como capitán general de la caballería, mandado juntarse á todos los de hábito con objeto determinado, él y no otro podía conceder las excepciones de la orden general. Advirtióle, además, que el Conde-Duque había salido aquella mañana para Loeches, empeñado como se hallaba en terminar pronto el convento de Dominicas que allí edificaba; que era inútil ir á distraerle con otros asuntos y que no volvería en tres ó cuatro días á Madrid.

Salió descontento del suceso, y no sabiendo qué hacer, encaminóse al Prado, que comenzaba á poblarse de gentes ansiosas de respirar un aire menos polvoriento y más fresco que el de las calles y casas de la villa cortesana.

Huía el concurso de caballeros que aquí y acullá estaban parados viendo cruzar las damas, unas á pie y otras en sus carruajes, propios ó ajenos, y procurando estar solo con sus pensamientos. Mas no pudo dejar de reparar en un grupo numeroso, formado en su mayoría de jóvenes de su edad, que cercaban y se dirigían con grandes voces, risas y ademanes de simpatía á otro de buen talle y presencia, vestido á lo soldado, pero con cierto gusto y aire extranjeros que se revelaban mejor en su amplia y calada valona, que casi le tocaba en los hombros; en el ferreruelo, que era de una fina tela llamada sargueta de Milán, con guarnición y cuello de raso de Florencia

y muchas puntas en los recamos y en la hechura y fina piel de sus zapatos con lazo mucho mayor que el que en España era de uso.

Pasaba de largo cuando, después de nombrarle en alta voz, se destacó del grupo nuestro conocido Salas, que, colocándose á su vera, siguió con él, diciéndole:

—¿No habéis advertido en aquel joven caballero de indumenta extraña y exótica á quien rodean y festejan sus amigos?

—Sí; pero como no le conozco no puse más reparo en su persona.

—Viene de Italia, de Lombardía, donde sólo por su gusto sirvió estos dos últimos años con valor y desinterés. Vencido por la soledad y amor á la tierra regresa, al fin, para asentar en ella y casarse, según nos refería cuando vos cruzasteis por nuestro lado. Es mozo rico y dueño de su persona; con que no le faltará novia de calidad igual á su mucha nobleza; se llama don Jerónimo de Fuentes.

Paróse bruscamente don Félix y se volvió á mirar al grupo, lo cual, notado por Salas, le dijo:

—¿Conocéisle vos acaso?

—De nombre tan sólo. Volvamos sobre nuestros pasos si os parece, don Juan.

Hiciéronlo así y, sin dejar Mansilla de mirar á su competidor, fueron acercándose. Con envidia, más que de su persona, de su fortuna, examinaba tristemente al galán, cuando al llegar cerca, como alguno de los presentes nombrase á don

Félix, volvióse rápido el de Fuentes á tiempo que Mansilla pasaba. Cruzóse la mirada de ambos rivales: la de don Félix, tranquila y casi indiferente; pero los ojos del de Fuentes relampaguearon con una expresión de odio tan visible á la vez que hizo su semblante un gesto de desprecio que, sorprendido el Capitán, preguntó á su amigo:

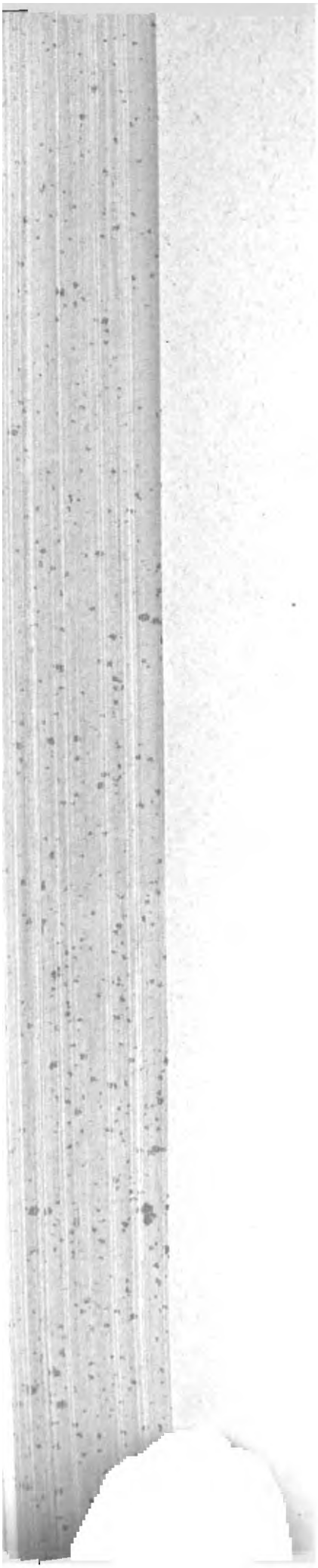
—¿Mira siempre así este caballero?

Salas, á quien no se había ocultado el mohín desdeñoso del recién venido, contestó:

—El, aunque de fondo recto, es baladrón y repicado. No concede fácilmente á otro merecimientos bastantes ni cualidades comparables con las suyas. Quizás habrá oído narrar vuestras proezas y habrá querido expresar que no las tiene en mucho.

No satisfizo la explicación á don Félix, y sin atinar cómo podría haberse concitado tan pronto el odio de aquel hombre, se mantuvo silencioso pensando en ello.

Anochecía rápidamente y Salas propuso subiesen calle arriba con dirección á sus posadas.



CAPITULO XV

EL DUELO

Llamó don Félix con discreción y suavidad á la reja de su amada, convencido, después de echar una mirada en redondo, de que nadie vigilaba sus pasos. Esperábale doña Isabel con el ansia que la relativa claridad nocturna permitía ver reflejada en su rostro antes dulce y tranquilo. El círculo rojizo de sus ojos y el brillo húmedo de la mirada demostraban cuánto habría sufrido desde la noche antecedente. Al ver á su galán un sollozo brotó de su garganta; el llanto, represado, saltó los diques de la voluntad y lágrimas silenciosas corrieron por sus pálidas mejillas. Procuró, con todo, ahogar su dolor y mostrarse impasible cuando Mansilla le dijo con amargura:

—Todo se ha perdido, Isabel.

—Lo sé. Mi padre me ha notificado el éxito infeliz de vuestra demanda, así como que mañana pensabais alejaros de la corte.

—Desgraciadamente no podrá ser ya tan pronto...

—Ni debéis hacerlo —atajó la dama—, dejándome abandonada en medio de la tormenta.

—Es ya inútil toda resistencia.

—No en cuanto á mí. Ya os he dicho que seré vuestra ó de nadie —agregó con su habitual dulzura, pero con la firmeza de su raza—. Mi padre ha querido persuadirme á seguir su voluntad por cuantos medios pudo...

—Empleará otros más violentos—insistió Mansilla.

—No lo creo. Cuando vió mi resuelta actitud y mi propósito de antes que dar la mano á don Jerónimo encerrarme en el convento, dijo con aire triste, pero resignado: "Se lo diré al de Fuentes, que ya está en Madrid, y á quien acabo ahora de mantener en sus esperanzas."

—Pero, monja ó casada —exclamó don Félix—, es igual para las mías. Además, vuestro padre, quizá por no afligiros más, os ha callado la razón principal, la única verdadera de su tenacidad y que al fin habréis de saber. Debe la vida á don Jerónimo, que le salvó de las manos de unos asesinos al recibir la peligrosa herida de que ayer hablasteis.

—¿Qué decís? ¿Es eso cierto?—interrumpió la joven.

—¡Y tanto!—murmuró don Félix.

Guardó la doncella un profundo silencio, cuya solemnidad no pensaba Mansilla en interrumpir.

Nuevas lágrimas rodaron por aquel marchito semblante y nuevos sollozos que la voluntad no pudo ya reprimir surtieron á borbollones de aquel lastimado pecho. Con el alma apenada presenciaba mudo don Félix este inmenso dolor que en nada podía atenuar.

Fué calmándose doña Isabel poco á poco. Con el finísimo pañizuelo de puntas que tenía en la mano secó su rostro y, con voz ya más entera y acento de infinita ternura, dijo:

—¡Pobre padre mío! ¡Pobre león aherrojado en la cárcel de la gratitud!...

Nuevamente se quedó pensativa largo rato; inclinó la mirada y contrajo su frente como para concentrar la atención en lo más íntimo de su alma ó cual si buscase solución á un arduo problema psicológico ó intentase desatar un nudo moral rebelde.

Al fin, alzando la vista y el semblante, dijo, como respondiendo á una objeción que á sí misma se hubiese propuesto:

—Pero, es igual. Don Jerónimo tendrá derecho, cuando más, á la vida que ha salvado, pero no á la mía. Bien que mi padre le haya ofrecido una y otra, que es todo lo más caro que posee; eso prueba la nobleza de su espíritu, la incomensurable grandeza de su corazón en quien el beneficio recibido alcanza esas proporciones colosales. Pero no puede obligarle á imponerme un sacrificio peor que la misma muerte, ni yo seré ingrata ni egoísta si me niego á consumarlo. Har-

to haré en rendirle á don Jerónimo, en aras de la gratitud paterna, todo mi albedrío, condenándome á perpetua clausura sólo por que vea su vanidad satisfecha y triunfante su feroz orgullo.

Nada contestó don Félix y nada tenía que contestar á estas reflexiones; y aunque en el fondo agradeciese la varonil resistencia de su amada, como lo propuesto no remediaba su mal, deseaba alejarse de aquellos lugares donde, por otra parte, le retenían la fascinación y especial encanto que la voz y presencia de Isabel ejercían sobre su voluntad. Iba, con todo, á despedirse, cuando la joven, siempre en tono de quien habla consigo mismo, prosiguió diciendo:

—Ahora me aplaudo más la resolución que he tomado en escribir á don Jerónimo.

—¿Le habéis escrito?—interrumpió vivamente don Félix.

—Antes de media tarde. Ayer llegó, como os he dicho. A poco de salir vos de esta casa entró él á visitar á mi padre; yo no he querido verle. Pero en razón de lo que supe de vuestra partida quise intentar en tal urgencia este último recurso. Dicen que, aunque hombre presuntuoso y soberbio, tiene un fondo noble y recto. Le he referido todo lo pasado entre vos, mi padre y yo. Sin irritar sus celos, si los tiene, me he dilatado sobre la eterna y fraternal amistad de nuestros padres y cuánto ansiaban estrecharla por la unión de sus hijos. Que á él le deberían esta dicha final de sus días, y, en suma, apelaba á sus nobles sen-

timientos para que devolviese á mi padre su palabra, ya que no era posible llevarla á efecto á gusto de todos.

—Habéis dado un paso muy imprudente, doña Isabel—dijo con gravedad Mansilla.

—¿Cómo así?—respondió ella.

—Pensará tal vez que obrasteis inducida por vuestro padre ó...

—Demasiado le conoce don Jerónimo—le atajó la joven—para creer en él tal debilidad ó falta de consecuencia.

—O creerá que yo os he aconsejado—terminó el Capitán.

—¿Vos?... Pero vuestra conducta, vuestra vida toda, ¿no os ponen á cubierto de tan villana sospecha?

—Ahora penetro el alcance de la mirada á la vez rencorosa y despectiva que me dirigió esta tarde.

Y don Félix refirió el rápido encuentro del Prado. Pareció inquietarse mucho doña Isabel al saber lo ocurrido, y dijo:

—Es tarde, don Félix. Mi padre, aunque ya en el lecho, de seguro no duerme por las encontradas emociones del día y podría oirnos. Idos.

—¿Podré volver á veros?

—Mientras las puertas del claustro no se cierren tras de mí, el mayor contento que podré recibir de vos será el de vuestra presencia. Y estos últimos dichosos instantes formarán un consolador recuerdo en los tristes días que me esperan.

Y, sin decir más, separóse don Félix de la reja, que doña Isabel cerró sin ruido; despertó á Grajales, que dormía plácidamente en un rincón, y prosiguieron calle adelante.

Mas, apenas habían andado treinta pasos, cuando se les interpuso un hombre que, con voz breve y acento velado por interior emoción, dijo:

—Caballero Mansilla, deteneos un momento.

Detúvose, en efecto, y á la luz menguante de la luna que, triste y mortecina, se alzaba pausadamente sobre el Retiro y quebrantaba algo la fusquedad de la noche, pudo muy bien reconocer á su rival, que, además, bajó el embozo de su delgada capa, y prosiguió diciendo:

—Por reverencia á la dama con quien acabáis de hablar y á la casa que la cobija no he querido interrumpir vuestra plática; pero ahora me daréis razón de ella, pues no debéis ignorar que doña Isabel es mi esposa.

—No lo es todavía —respondió don Félix—, y pienso que no lo será nunca.

—Porque vos, como ladrón mañoso y cobarde, me habéis robado el afecto que por voluntad de su padre debería ser para mí solo—replicó don Jerónimo, cuya ira comenzaba á encresparse y embravecerse.

—Caballero, veo que el despecho os perturba y ciega. Demasiado os consta que ni doña Isabel ni yo sabíamos que don Alonso hubiese dispuesto de la mano de ella. ¿Dónde están, pues, la subrepción y hurto de que me acusáis? Vos sois el

que, abusando quizá del valor de un servicio que cualquier caballero presta gratuitamente y aun sin decir su nombre, pretendéis esclavizar á la hija y amargar los postreros días del padre. No lo extraño y casi disculpo vuestra conducta, porque las infinitas perfecciones de doña Isabel son parte bastante para que un hombre olvide toda noción de moral é hidalguía. Vos os aprovecháis de la ventajosa situación en que la suerte ha querido poneros en este asunto; os envidio la situación, pero no los medios por que habéis llegado á ella.

—No en vano os tienen vuestros amigos por tan hábil y atento razonador y aun más que como soldado. De ello he tenido yo mismo pruebas recientes al leer cierta epístola que me han enviado—contestó don Jerónimo ya próximo á disparse.

—Eso es tacharme de cobarde —repuso don Félix con gran calma—, y como no lo soy, os perdono la ofensa ya que no es pública, porque nace de vuestra cólera y no de vuestro conocimiento. Quedaos con Dios.

Iba á seguir su camino cuando de nuevo se le interpuso el de Fuentes, y le dijo sin poder contener su rabia:

—Pero ¿habéis creído que pude esperar cerca de dos horas esta ocasión para consentir que os vayáis impunemente á vuestra casa? Uno de nosotros tiene que desaparecer del mundo: si me matáis, quedaréis en posesión de vuestra dama, y si os mato, no seréis estorbo á mis propósitos.

—Os engañáis en ambos extremos de vuestra alternativa. Si yo os diese muerte jamás don Alonso me concedería á su hija, y si lo contrario, tampoco lograríais la mano de doña Isabel, que iría á encerrarse en un convento. En cuanto á mi vida, aunque vale poco y me haríais un señalado favor en privarme de ella, mi religión me manda no perderla sino en sus aras, en las de la Patria ó en un apretado lance de vida y honra.

—¿Qué más lance que el odio y el desprecio supremos que me inspiráis?

—Pues yo no os odio á vos, os compadezco, aunque no me atreveré á asegurar que á todos igualmente pudierais parecer digno de tal afecto.

—Basta de palabras. Saçad la espada y poneos en reparo ú os mato como un villano cobarde que sois—bramó don Jerónimo, echando mano á la suya.

—¡Alto! Sea, pues os empeñáis en ello—dijo don Félix, tomando su hoja, que brilló un instante al pálido resplandor de la luna.

—Aquí no, podría llegar una ronda —dijo el de Fuentes—; venid tras mí.

Entraron por una callejuela que circuía la huerta de los Carmelitas descalzos de la calle de Alcalá, convento que ya entonces ocupaba casi toda la manzana en que se halla el teatro de Apolo, pero no alcanzaba aún hasta la iglesia de San José y calle de las Torres. En cambio su huerta posterior llenaba toda la actual plaza del Rey.

Por delante del que es hoy circo de Parish subían la callejuela y tapia del convento; volvían en ángulo recto por el costado de la casa de las Siete Chimeneas y salían á la calle de las Infantas, por la que continuaban para terminar en las casuchas que hasta hace poco formaban la esquina de las calles de Alcalá y las Torres. Posteriormente el convento se hizo dueño de toda la enorme manzana.

Justamente el ángulo que hoy forman el frontis del circo, y era entonces un solar desierto, aunque cercado por una paredilla, y los jardines de la casa de las Chimeneas fué, por silencioso, el lugar elegido por don Jerónimo para su desafío. Arremetió al Capitán con toda la saña que encerraba su pecho. No hacía poco en defenderse don Félix de la lluvia de estocadas, tajos y reveses que sobre él caían sin pensar en acometer; pero como recibiese un pinchazo en el hombro izquierdo que pudo detener y desviar sin que apenas el acero entrase en la carne, con la capa que, como su adversario, tenía revuelta en el brazo izquierdo á guisa de rodela, salió de su necia pasividad, y el resultado de su ofensiva fué que, después de un quite vigoroso de abajo arriba en que don Jerónimo quedó descubierto, la espada del Capitán penetró más de cuatro dedos en medio de su pecho. Acudió el herido ya tarde al reparo con la mano izquierda; quedóse un momento quieto; paralizóse también el brazo de don Félix, después de sacar el arma del costado de su

enemigo, quien, siempre con la mano en la herida, extendió el brazo derecho, soltando la espada, en busca de apoyo en la pared próxima, doblá-ronse sus rodillas y cayó pesadamente, exclamando con voz turbada y débil:

—¡Jesús, muerto soy!

Permaneció don Félix, rígido y horrorizado, contemplando á su rival, que parecía ya cadáver. Vino á sacarle de su aturdimiento la voz de Grajales, que le dijo en tono bajo y agitado por el espanto:

—Ven, señor; huyamos.

Tornó don Félix al uso de sus facultades y, después de mirar á uno y otro lado, respondió:

—No; veamos antes si ha muerto.

Inclinóse sobre el desmayado joven; don Félix advirtió con alegría que, aunque muy débil, latía su pulso, y añadió:

—No podemos abandonarle en este lugar solitario; se moriría antes de la mañana. Ayúdame y le transportaremos al convento de San Hermenegildo.

Tomaron entre los dos el cuerpo inerte del de Fuentes, y no sin trabajo le condujeron hasta el umbral de la portería, donde dijo el Capitán:

—Corre, Grajales, á avisar al cirujano más próximo. En tanto yo llamaré y le conducirán adentro.

Hízolo así, y al ruido de la campana se despertó el portero, que, abriendo un ventanillo, gritó con voz soñolienta:

—¿Quién llama?

—Socorred á un herido, hermano—respondió Mansilla.

No debía de ser esto cosa inusitada para el lego, que abrió el portillo sin decir más que "¡Válganos Dios!", y ayudó á don Félix á meter en un cuartito de su habitación y depositar sobre un pobre lecho al herido.

Parecióse al cabo de un cuarto de hora un reverendo fraile que, luego de hablar algunas palabras con el portero, preguntó á don Félix lo que había sido. Refirióselo con toda minuciosidad, y el fraile dijo:

—La caridad que habéis usado con este infeliz mitiga algo la gravedad de vuestro pecado; pero no podremos dejar de dar aviso en cuanto amanezca á un alcalde sobre el suceso. No nos digáis ni el nombre vuestro ni el del herido para evitar que nos abrumen á preguntas.

Antes de esto habían abierto la ropilla, jubón y camisa de don Jerónimo, que permanecía sin conocimiento; lavado los bordes de la herida y restañado la sangre, que fluía abundante al principio.

Llegaron al cabo de una hora Grajales y el cirujano, que se enteró también de lo ocurrido. Al examinar la herida torció el gesto, diciendo:

—Grave es; me parece que tiene atravesado el pulmón izquierdo.

Afligióse don Félix, y el fraile le dijo:

—Ya nada tenéis que hacer aquí. Si queréis acogeros haré que os preparen lecho.

El Capitán manifestó que se creía seguro en su casa, pues muy contadas personas sabían quién era el autor de la herida, y ésas no lo habían de decir, con que él y su lacayo tomaron la vuelta de su casa cuando ya alboreaba.

CAPITULO XVI

PALABRA DEVUELTA

Como aun entre sus conocidos escasas personas tenían noticia de la llegada de don Jerónimo, poco se habló en Madrid de su desgracia.

Al día siguiente, casi á la misma hora, recibiéronse en la sala de alcaldes el aviso de la madre del herido, inquieta por no haber visto á su hijo en toda la noche ni en la mañana, y el del convento de San Hermenegildo. Fueron allá un alcalde, escribano y alguacil; pero tuvieron que volverse sin oir más declaraciones que al portero y al fraile que habían asistido á don Jerónimo, cuya extrema gravedad hacía imposible indagación alguna cerca de él. Vinieron á verle su madre y hermana, que no pudieron por la misma razón llevarlo á su casa. Ellas, por su parte, tampoco suministraron luz ninguna á la justicia. Y como don Jerónimo acababa de llegar de fuera de España, achacóse el suceso á efectos de antigua venganza, suspendida lo que duró la ausencia del galán por reinos extraños.

Entre la vida y la muerte fluctuó el triste caballero más de quince días, y al cabo de ellos hizo declaración cambiando por completo las circunstancias y el lugar del hecho, y manifestó que había recibido la estocada en lucha noble y leal y que ignoraba el nombre de su ofensor.

No atreviéndose don Félix á presentarse ante don Alonso, escribióle una minuciosa y exacta relación de todo, y por más que en los primeros días no acudió á la reja de doña Isabel por no despertar sospechas, logró verla y hablarla casi á diario en el amplio vestíbulo del convento de Santa Catalina, que la joven frecuentaba so color de visitar á su tía.

Cuando, libre ya don Jerónimo de la inminencia mortal, dió principio á su larga convalecencia, y sumido don Félix en la incertidumbre á que le tenía condenado la voluntad de aquel hombre no sabía qué resolución tomar, entrególe su primo cierto día una carta de León en que le decían que si deseaba ver á su padre con vida se apresurase á emprender el viaje. Esto mismo escribía al Capitán un deudo suyo que llevaba el gobierno de su hacienda, añadiendo que el anciano Mansilla clamaba por su hijo.

No vaciló don Félix y, sin aguardar el permiso que don Lope se encargó de gestionar, á la mañana siguiente él y su criado Grajales trotaban por la carretera de Segovia, y al cabo de pocos días apeábanse en el zaguán de la grande y vieja casona solariega de los Mansillas.

Las alternativas de la dolencia del anciano ocuparon la atención de don Félix todo el resto del estío, y al caer el mes de Septiembre entregó dulcemente, como un antiguo patriarca, su alma al Criador el noble caballero.

En tanto en Madrid seguía perezosa la curación de don Jerónimo de Fuentes. Visitábale de cuando en cuando don Alonso; ni uno ni otro recordaron una sola vez el suceso pasado ni hablaron de nada que se refiriese á la boda de doña Isabel. Pero una mañana después que, ya restablecido, podía Fuentes salir á la calle, se halló el de Meneses muy sorprendido con su visita. Recibióle con su habitual complacencia y, acomodados ambos en sendos sillones de cuero de Córdoba, con espaciosos brazos cubiertos de la misma piel y escabelillos bajo de las plantas, comenzó don Jerónimo su discurso de este modo:

—Don Alonso: cuando se ve la muerte tan de cerca como yo la he visto, disípanse las nieblas con que las pasiones asombran y obscurecen nuestro entendimiento y sola una verdad queda patente á nuestros ojos: la nada de esta vida terrena, lo vacuo y fantástico de todas las glorias y placeres de este mundo y lo ruin y pequeño del hombre. Yo vi con horror que mi satánico orgullo y desenfrenada liviandad estuvieron á punto de que un hombre honrado y digno cometiese un homicidio que pesaría sobre él toda la vida; de que un noble anciano, al término de sus días, maldijese aquél en que mi diestra pudo salvarle la

existencia y de que una joven inocente y merecedora de todo dicha llorase de por vida tras unos hierros la pérdida de sus honestos y lícitos amores. Caída la venda de mis ojos y mirando ya á lo alto donde todo es luz y hermosura inextinguibles, todo inmortal y eternamente sereno, vengo, en primer lugar, á devolveros vuestra palabra de caballero; luego, á rogaros que caséis á vuestra hija con quien ella desea, y, en fin, á declararos que no es desaire, temor ni desprecio esta dejación que hago, no para contraer otros vínculos terrenos, pues ya á solo Dios consagraré el resto de mis días. En el convento en que he pasado los dos meses de vida más intensa con mis pensamientos he podido conocer y querer lo más conducente para la salvación de mi alma. Me volveré dentro de poco allí ó en otro de más rígida observancia y me sepultaré en él hasta que Dios quiera llevarme al perdurable descanso.

Dijo todo esto con tan dulce tranquilidad y expresión tan humilde que, admirado don Alonso y hasta sobrecogido por el respeto ante cambio tan radical operado en aquel hombre vano y orgulloso, no se atrevió á oponerle cosa alguna. Sólo por decir algo preguntóle:

—¿Y vuestro nombre, y vuestra casa?

—El nombre, señor don Alonso, es casi tan deleznable y perecedero como las personas. ¿Cuántos que se creyó fuesen inmortales no han sucumbido poco después que los sujetos que lograron darles esplendor y fama? ¿Quién se acuerda

de la mayor parte de aquellas familias patricias de la antigua Roma ó de las de aquellos valerosos godos que sojuzgaron toda Europa? Como las nuevas olas que en la playa arenosa incesantemente borran la huella de las anteriores, así nuevas oleadas de humanidad borran y disipan el recuerdo de las que ya pasaron. Toda gloria humana se hunde y desaparece en el abismo infinito del tiempo. La situación de las dos pobres mujeres que son mi única familia pudo conturbarme por unos días; por dicha el cielo atendió próvido á esta urgencia; mi hermana ha sabido elegir compañero que la ampare y dé nuevo lustre á mi casa. El día de su boda será el último de mi libertad mundana.

Levantóse al acabar estas palabras y Meneses le dijo como despedida:

—Os admiro y desde hoy os venero, señor don Jerónimo.

Acompañóle hasta la misma puerta de la calle y, llamando á su hija, le dió á saber la para ella gratísima nueva, que sin demora trasladó al papel haciendo que llegase á noticia del pobre leonés desterrado.

Apenas recibió la carta de su amada apresuróse don Félix á dejar ordenados y corrientes los negocios de su casa; asunto fácil y breve por ser hijo único y tenerlos ya bien concertados su padre, y montando á caballo, con su fiel Grajales, una mañana húmeda y fría del mes de Octubre, salieron de la vieja ciudad de los Ordoños y Ramiros y, cruzando por saucedas é hileras de chopos

altos y delgados como esqueletos, salieron al cabo de algunas horas á las áridas y yertas llanuras castellanas.

Ocho días más tarde, al anochecer, hallábase don Félix sentado no lejos de doña Isabel, á quien su padre permitía asistir á las tertulias de sus íntimos. La de aquella tarde habíase aumentado con dos personajes nuevos, que don Alonso dió á conocer á don Félix como deudos suyos, naturales de Portugal, y á ellos presentó al Capitán como su futuro yerno.

Eran los dos caballeros lusitanos tipo y encarnación exacta de aquellos fidalgos á la vez amables y ridículos. Su dulzura y cortesanía en el trato hacíanles atractivos en grado sumo; pero su aparatosa gravedad y aire desdeñoso para todo lo ajeno excitaban inevitablemente la risa.

Hasta en su traje y arreo mostraban despreciar las conveniencias de la moda. Todo en ellos era exagerado. Anchas y caídas las faldas de los sombreros; largos hasta mucho más abajo de la rodilla sus ferreruelos, que eran de bayeta negra y fuerte de Santarem; floja y de haldetas muy abiertas la ropilla, en la cual ostentaban el hábito de Cristo; espada que, medida con rigor, resultaría de algo más que la marca, que eran cinco palmos. Lo que, sobre todo, caracterizaba el exótico endeliño de los finchados lusos era la desmesurada longitud de sus calzas que, aunque sujetas á la rodilla, como todas, caían colgantes sus fuelles hasta la pantorrilla. Lo demás de su in-

dumento podría declararse admisible y pasadero. Buenas medias de seda doble y fabricación no peninsular y zapatos de cuero lisbonense, estrechos y cerrados con la artística roseta de colonia.

Eran bien apersonados, gallardos y simpáticos. Bastante metidos en carnes para su edad, que no excedería de los treinta ó treinta y cinco años; color sano; ojos negros, grandes y expresivos; bien cerrados de frente y cejas; bigotes levantados hasta los ojos y manos finas y cuidadas.

Aunque hablaban la lengua española hacían aire de no comprender bien lo que los demás decían por evitarse la respuesta en este idioma. Ellos se expresaban siempre en portugués y no se dirigían más que á don Alonso, que les respondía en castellano, y derretíanse en almibaradas frases cada vez que doña Isabel en la lengua de ellos les enderezaba cualquier pregunta.

No supo la joven dar á don Félix razón de la presencia de estos deudos en la casa de su padre, más de que su venida era para tratar con él de cosas de intereses, pues teniéndolos don Alonso en Portugal natural sería viniesen á proponerle algún arreglo.

Permanecieron aún muchos días en la corte y ya comenzaban á inquietar á don Félix las sebosas asiduidades del más joven y galán hacia la *menina* cuando, entrado Noviembre, de la noche á la mañana, supo que se habían vuelto á su tierra.

Con impaciencia aguardaba don Félix el día

de su boda con doña Isabel. Habían convenido en no celebrarla hasta que el Capitán, que ni por un instante pensó en solicitar su retiro, volviese de la jornada regia de Aragón y Cataluña, en que se proseguía hablando, sin duda para entretener la malicia vulgar, despierta y alarmada ante la pasividad del Gobierno en sofocar la rebelión de Barcelona.

El sábado 22 de Septiembre habíase hecho en la Priora nueva muestra de los caballeros de las Ordenes militares que faltaban, y especialmente de la soberbia compañía levantada por el Conde-Duque. El domingo subsiguiente, 30 del mes, por la mañana, el Patriarca de las Indias, en presencia del Consejo de las Ordenes y muchos señores, bendijo en la iglesia de Atocha los estandartes de las tres principales: Santiago, Calatrava y Alcántara, y el general de todas ellas, que era el guión de Su Majestad. El 6 de Octubre repitióse la bendición de esta última enseña en las Descalzas Reales. Era larga de vara y cuarta, toda de seda blanca, bordados por un lado un Crucifijo y en el otro una imagen de la Concepción y el escudo real.

El Consejo Supremo de Aragón había salido ya días antes, y el domingo 7 de Octubre le tocó marchar á una parte de la real caballeriza, formada por seis carros largos, seis literas, nueve coches, 103 caballos encubertados y 14 pajes con lancillas en las manos y pistolas de arzón. Salió también el pendón real enastado, pero envuelto

en una funda de vaqueta, pues no se desplegaría hasta que el Rey estuviese en campaña.

No por eso hubo mayor prisa en la real jornada, que en Noviembre sufrió nuevo retraso, cuando el 4 de Diciembre empezó á correr y difundirse por Madrid la noticia increíble, por lo funesta, de la sublevación de Portugal, ocurrida el día primero.

Justamente á hora de las tres de la tarde subía por la calle de la Almudena el capitán Mansilla, y en lo alto de la Puerta de Guadalajara se le emparejó don Juan de Salas, que le dijo:

—¿Sabéis la nueva catástrofe?

—Confusamente acabo de oir hablar de ella en el patio de Palacio, de donde vengo.

—Acerquémonos aquí á las Gradas de San Felipe, quizás obtendremos más pormenores.

Siguieron calle adelante hasta dar vista á la Puerta del Sol; pero se detuvieron enfrente de un vasto edificio que alindaba con ella.

Era el convento de San Felipe el Real un conjunto de construcciones que llenaban toda la manzana que hay entre las calles del Correo y de Esparteros hasta algo más arriba de la actual calle de Pontejos, que no existía. El monasterio pertenecía á la Orden de Agustinos calzados y había sido edificado por Felipe II.

La iglesia, de extensión muy capaz, estaba situada de modo que su frente y cabecera daban á la calle de los Esparteros, por donde tenía la entrada principal, corriéndose en toda su longitud

paralela á la calle Mayor. Como el terreno era y es costanero, la pared de la iglesia por este lado era mucho más alta que la opuesta, y para disimularlo habían levantado por delante otro paredón hasta el nivel del piso del templo y cubierto el espacio entre él y la iglesia con losas, presentando á la vista una como azotea muy espaciosa, pues la iglesia no estaba á la orilla de la calle Mayor, sino bastante arriba entre las dos laterales.

El espacio hueco que quedaba entre el suelo de la calle y el de las losas de la azotea fué dividido en varias casetas terrenas, más de treinta, llamadas *las Covachuelas,* en que había puestos de libros y tiendas de vihuelas y guitarras, juguetes y baratijas. Ofrecía esta construcción un aspecto muy semejante, aunque mucho mayor, que el de la iglesia del Carmen antes de suprimir recientemente sus *covachuelas.*

Subíase por amplias gradas laterales á la lonja de la iglesia de San Felipe, que en esta parte tenía otra puerta más frecuentada que la principal, y aquella explanada y losas eran lugar de reunión de todos los ociosos cortesanos, de pretendientes y catarriberas, de soldados maltrapillo, que sabían más de embustes que de hazañas, y de espadachines de lengua.

Frecuentábanlas también galanes de varia estofa que fiscalizaban la entrada y salida en la iglesia de las damas, y hasta caballeros de hábito y señores que allí acudían con fines diversos, principalmente con el de saber novedades, pues este

mentidero era una continuación y sucursal de los *patios* y *losas de Palacio,* luego que á mediodía quedan escombrados y limpios de curiosos.

Todos los asuntos públicos y sucesos particulares, empresas y actos de guerra y de paz eran registrados en aquella universal aduana de cuentos y mentiras. Así pudo decir Moreto, harto de cursar las Gradas, en su comedia *De fuera vendrá*:

Aquí del Rey más saben que en Palacio.
y del turco esto se finge más despacio;
porque le hacen la armada por Diciembre
y viene á España á fines de Septiembre.
Aquí está el Archiduque más que en Flandes;
aquí hacen todos títulos y grandes;
ver y oir esto, amigo, es mi deseo;
mi comedia, mi Prado y mi paseo,
y aquí sólo estoy triste cuando hallo
quien miente más que yo sin estudiallo.

Allí subieron nuestros dos amigos viendo á la entrada á don Lope, al capitán Rosal y otros caballeros. En ninguno de los grupos se hablaba de otra cosa que de lo de Portugal. Contábase con abundancia de pormenores, casi todos falsos, el suceso, que por desgracia no lo era. Describíase el efecto que en la corte había producido la noticia; el disgusto profundo del Rey, que enfermó de sus resultas; el espanto y rabia de Olivares; el aturdimiento de los Consejos, Consejeros y Secretarios, que no atinaban ni sabían cómo podría contenerse este general derrumbamiento de la

gran Monarquía española. Abultábanse los desastres de Flandes, donde acabábamos de perder la ciudad de Arrás, y de Italia, donde los franceses habían entrado por la Saboya y apoderádose de Turín. A ninguna parte que se volviesen los ojos hallaban más que motivos de quejas y de llanto.

Los enemigos del Gobierno lanzaban sobre él todo el peso de las calamidades patrias, y el nombre odiado del primer Ministro era ya casi públicamente y en alta voz escarnecido.

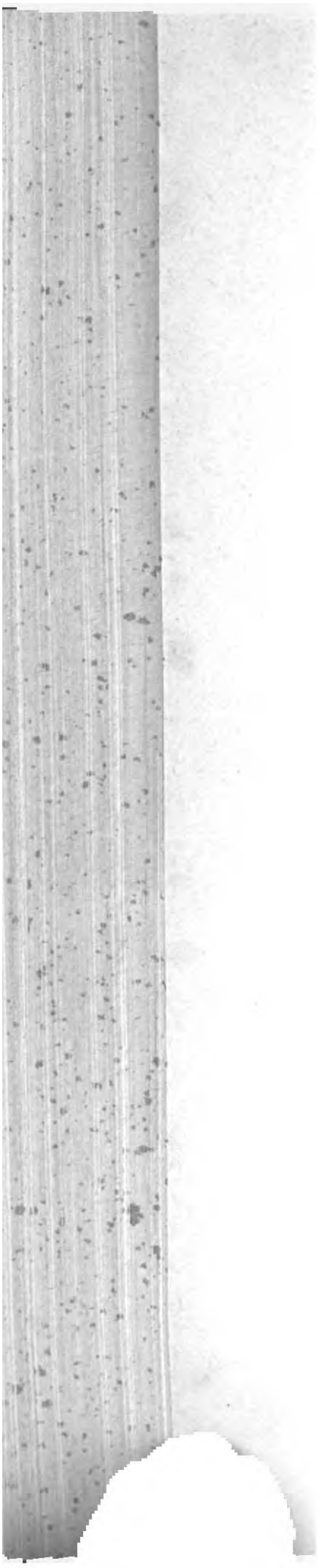
Pasaron unos días llenos de confusión, dudas y esperanzas; pero no tardó en conocerse el alcance total de la desgracia. No cabía duda: todo Portugal se había declarado fuera de la obediencia del Rey de España, siendo las juntas de nobles y reunión de tropas destinadas unas á Flandes y á Cataluña otras la base del alzamiento.

Habían recluído los rebeldes en un convento á la Infanta Margarita, Duquesa de Mantua, gobernadora del Estado, á la que, además, despojaron de sus joyas; asesinado, arrojado por un balcón, arrastrado y despedazado al Secretario Miguel de Vasconcellos, principal Ministro y alma del Gobierno; muerto y perseguido á muchos españoles, soldados y civiles, y, en fin, proclamado Rey al Duque de Braganza con el nombre de Juan IV.

Decían también que la revolución había sido preparada y dirigida por los portugueses de aquí, conocedores de la debilidad, apremios y urgen-

cias del Gobierno y de cuán á mansalva podría intentarse el golpe.

Cierto era que residían un gran número de portugueses en Madrid, caballeros y populares. Muchos disfrutaban útiles empleos; otros eran riquísimos asentistas y proveedores, joyeros opulentos y mercaderes que nadaban en la abundancia. Casi todos se alegraron del hecho, aunque pocos fuesen los que anduvieron mezclados en él; más cuenta les tenía conservar aquí sus riquezas que exponerse á perderlas. Sin embargo, á Olivares le hicieron desde el principio creer sus amigos que el alzamiento era producto de una vasta y tenebrosa conjuración urdida en Castilla, y encerraron en su corazón un infierno de odios y sospechas contra todo lo que á Portugal atañía. Comenzaron las denuncias seguidas de prisiones y embargos, ejecutados en muchos inocentes, ó á lo menos no culpables de actos en favor de la rebelión. Viéronse obligados á justificarse hombres cuya justificación estaba en su vida toda, y tal vez se convirtió en criminal á más de uno, fiel y honrado hasta entonces, víctima de tan ciega é insensata persecución, como si ella fuera remedio del daño, que estaba en disponer y enviar tropas que, auxiliadas del partido español, en los primeros días aún numeroso, lograsen contener y anular aquel movimiento separatista.



CAPITULO XVII

PERIPECIA

ACABABA de levantarse don Félix de Mansilla una mañana fría y lluviosa de Diciembre y daba fin al no largo, aunque pulcro aderezo de su persona cuando Grajales, con aire misterioso y en voz baja, entró á decirle que dos damas muy encubiertas se habían presentado con deseos de verle y que él habíalas conducido al salón de la casa destinado á estos menesteres.

Sorprendido no poco el Capitán de aquella extraña y extemporánea visita, abrevió su tocado y salió adonde requerían su presencia. Saludó ligeramente y, cuando una de las damas, al verle aparecer, se alzó el manto de peso que velaba su faz, retrocedió con asombro, exclamando:

—¡Doña Isabel! ¿Vos aquí?

Reparó entonces en el aspecto desolado de la joven. Desgreñada, pálida y ojerosa, fluyendo á la continua lágrimas de sus ojos; mojados y lodosos sus vestidos, así como los de su compañera, costaba trabajo reconocer en ella á la pulida

y fresca dama de sereno y alegre semblante que don Félix había la tarde antes visto sentada entre él y su padre, hecha un terrón de sal y donosura, departiendo con ambos confiada, alegre y satisfecha de la vida.

—Mi padre ha sido preso—dijo, en medio de los gemidos y sollozos que la vista y palabras de su amante levantaron atropellados en su pecho.

—¿Preso? Pero ¿cómo puede ser?—exclamó don Félix pronto á atender con los ojos y los oídos.

—A medianoche llegaron en tropel alguaciles y corchetes con un alcalde y escribano, y de orden del Rey, según decían, le prendieron y obligaron á entregar las llaves de sus escritorios y bufetes, que registraron minuciosamente, llevándose algunos legajos de papeles. Preguntó mi padre que por qué se le prendía; contestóle el alcalde que ante la Sala recibiría las explicaciones necesarias; pero un alguacil que en lo bajo de la casa hablaba con esta doncella que me acompaña y es conocido suyo, le declaró que decían era cómplice en la insurrección portuguesa como otros muchos caballeros que habían sido detenidos. Ya veis—agregó doña Isabel—qué calumnia tan infame; acusar á mi padre de tal delito, cuando todos sus deseos y anhelos fueron siempre la conservación y grandeza de la Patria. Protestó de su inocencia; pidió que por lo menos le dejasen en su casa por cárcel, alegando el desamparo en que yo quedaría; pero nada pudo mover la vo-

luntad del alcalde, escudado tras la orden que llevaba de conducir á mi padre á la cárcel de corte. Ni aun me consintieron enviar un criado con lo indispensable para que gozase alguna comodidad el resto de la noche; y le llevaron á pie y cercado de corchetes, sin que el alcalde, que iba en su coche, se apiadase de quien en sus días tuvo mayor categoría que él dentro de su misma carrera.

Quedaron aún el escribano y dos alguaciles dando fin á los registros. Escribieron algunas declaraciones de los criados sobre las personas que de ordinario nos visitaban, conversaciones que habían oído en casa y otras minucias cuya transcendencia no columbro. A mí nada me preguntaron. Salieron cerca de las tres de la madrugada, encargándonos que cerrásemos bien las puertas por cuanto no quedábamos más que yo, el viejo escudero y mis tres criadas, pues el lacayo había ido siguiendo á mi padre, por mi orden, con la de permanecer al habla con él siempre que le dejasen.

Calló la joven para dar nuevo comienzo á sus lágrimas y sollozos, que el Capitán se afanaba en balde por atajar. Al fin, dijo, como hablando consigo propio:

—Es increíble semejante crueldad, que más parece venganza de enemigo que acto de justicia contra persona tan señalada.

Luego, dirigiéndose á la joven, añadió:

—¿Y habéis venido á pie con este día tan crudo?

—¿Qué hacer? La impaciencia me devoraba; nuestro cochero es casado, duerme fuera de casa y no viene hasta media mañana. ¡Qué largas me parecieron las horas después que se llevaron á mi padre hasta que puse aquí las plantas! Vos conseguiréis su libertad, ¿no es cierto?

—Haré cuanto pueda—contestó él.

Acercóse á la puerta de la sala, llamó y dijo á su criado:

—Corre, Grajales, á la plaza de Herradores y haz que traigan una silla de manos.

Volvió á sentarse cerca de doña Isabel, y le dijo:

—Debéis volveros á casa; esperar allí á vuestro padre.

Iba á levantarse la joven para salir y la contuvo, añadiendo:

—Aguardad un poco. Todavía es temprano para ver á las personas de quienes me prometo ayuda en este trance. Os acompañaré á vuestra morada, pues hay tiempo para todo. Dispensadme por un momento.

Y salió hacia su gabinete, donde se calzó unas botas altas de ante cordobés, se puso un ferreruelo de albornoz noguerado con mangas y cerrado el cuello hasta cerca de la barba. Con un sombrero de fieltro de aguas y sin plumas que traía en la mano volvió á la sala á tiempo que, jadeante, llegó Grajales, diciendo que á la puerta estaba la silla. Bajaron todos. Don Félix dió su brazo á la dama, y era la primera vez que tan

cerca y en contacto se habían visto sus personas. Doña Isabel entró en la silla; tomaron los silleteros las correas y las varas del armatoste comenzando su marcha acompasada. Púsose el Capitán al costado; abrió la dama el vidrio de aquel lado y fueron todo el camino conversando. Dos pasos detrás de la silla iban Grajales y la doncella, también en la mejor armonía, y así llegaron á la calle del Barquillo.

Despidióse Mansilla, ordenando á Grajales quedase con doña Isabel por si fuese necesario en cualquier urgencia, y él se encaminó derechamente á casa de don Juan de Salas en busca de consejo más que de ayuda.

Acababa de salir del lecho, y, enterado del suceso, dijo:

—No me extraña, porque el de Olivares ha perdido la cabeza. No ve más que traidores en torno. Sabe que vuestro futuro suegro es antiguo enemigo suyo, que es hijo de portugués, que posee bienes en aquel país, y bastó que cualquiera se lo indicase para que le crea furibundo conspirador, sobre todo en su contra.

—Todo eso—expuso don Félix—se reducirá á lo que es: humo y calumnia, cuando se vea el proceso que, al parecer, le instruyen; pero entre tanto, ¿cómo sacarle de la cárcel en que, con menosprecio de su clase, le han puesto en revuelta confusión de ladrones, rufianes y asesinos?

—Apelemos á todos los medios. Los míos, si se exceptúa la persona del Duque de Olmedo, no

son muchos. Vuestras relaciones, especialmente en el Consejo de las Ordenes, son más y mejores. Pero, ahora que recuerdo, podéis utilizar una que vale más que todas: la del hijo del Conde-Duque. No ha mucho le habéis prestado un gran servicio...

—Pero ¿querrá ahora acordarse Julián Valcárcel...?

—Ya no se llama así —atajó Salas—. ¿No sabéis que su egregio padre, que invade todos los dominios y jurisdicciones, ha hallado modo de desbautizarle? Hoy es el señor don Enrique Felípez de Guzmán, y ninguno de estos nombres carece de significación misteriosa. El personal de Enrique es el del padre de don Gaspar, que, como sabéis, fué hombre de opinión como embajador en Roma y virrey de Nápoles. El extraño patronímico de Enríquez procede del nombre del Rey, pues habiendo aprobado y dado fuerza al reconocimiento viene á ser como el padre legal del recién nacido de treinta años. Y el apellido de Guzmán es el de la familia que Olivares sueña ya con levantar, según dicen, á tal altura, que no sólo eclipse y apoque á las de su yerno el Duque de Medina de las Torres, Príncipe de Stigliano, y de su sobrino don Luis Méndez de Haro, sino á la misma rama principal, ó sean los Duques de Medinasidonia, y eso que acaba de llegar al solio en la persona de doña Luisa de Guzmán, hermana del actual Duque y esposa y señora del nuevo Rey de Portugal. Pero advierto la impaciencia

que os abrasa y no hablo más. Os acompañaré hasta la puerta del flamante magnate; pero no olvidéis su nombre: el señor don Enrique Felípez de Guzmán; luego tendrá excelencia.

Llegaron en breve al palacio en que residía el secretario don Bartolomé de Legarda y en el que Valcárcel ocupaba las principales habitaciones en medio de una opulencia que, en los comienzos de su fortuna, le habría producido el mismo asombro que al Segismundo de *La vida es sueño*:

¿Yo en palacios suntuosos?
¿Yo entre telas y brocados?
¿Yo cercado de criados
tan lucidos y briosos?
¿Yo despertar de dormir
en lecho tan excelente?
¿Yo en medio de tanta gente
que me sirva de vestir?

TAYLOR INST. OXFORD

Aunque luego acabase por familiarizarse con ella, exclamando, como el héroe de la comedia calderoniana:

Pero sea lo que fuere,
¿quién me mete en discurrir?
Dejarme quiero servir
y venga lo que viniere.

En cuanto dió su nombre fué introducido don Félix en un hermoso salón apenas alumbrado á causa de las espesas colgaduras, arambeles y tapices que en paredes y suelos mitigaban la luz que recibía por dos balcones, no muy grandes y provistos de celosías, por ser la calle estrecha y

con viviendas fronteras. Un aire tibio y perfumado por dos enormes braseros de plata y caja de caoba que había en ambos extremos de la sala, y en el que ardían sutiles aromas de Persia, formaba contraste con el húmedo y frío producido por la tenaz mollina de la calle.

Antes de que don Félix se hubiera sentado en uno de los anchos sillones repartidos por dondequiera en tan lujosa cámara, salió por una puertecilla lateral el nuevo don Enrique, y con soltura y desembarazo se encaminó hacia el leonés. No había cambiado apenas desde la última vez que le hemos visto. Parecía algo más cenceño y pálido; quizás á causa de la vida menos callejera que ahora gozaba. Su traje era rico y de buen gusto: calzón y ropilla de terciopelo doble, que llamaban entonces alto y bajo, ó de tres pelos y de color vino obscuro; la ropilla, guarnecida toda ella de martas cebellinas; jubón de felpa de nácar de Génova sin más adorno que los botones menudos con diamantitos; medias de seda gruesa y pantuflos de terciopelo y pieles como el vestido.

Acercóse, sonriendo, al Capitán, quien, algo cortado, se inclinó profundamente; pero el antes Valcárcel, tomándole cariñosamente las manos, exclamó:

—¡Señor capitán Mansilla, qué placer tan grande me dais con vuestra visita! Un siglo hace que no veo á ninguno de mis antiguos y buenos amigos: parece que huyen de mí ahora que justamente podría mi amistad serles tal vez útil.

—Ya veis... El nuevo estado...

—Cierto; pero yo no he cerrado mi puerta á ninguno de los que en otro tiempo estrecharon mi mano. Pero estamos divagando y vos quizá tendréis algo importante que decir. Os escucho.

Refirióle don Félix todo lo ocurrido y mostróse muy disgustado el hijo del Conde-Duque, exclamando:

—Ha sido, en verdad, un bárbaro atropello que no debe quedar sin castigo. El alcaldillo habrá pensado servir así mejor á Su Majestad. Vamos á ver á mi padre.

Salió y á poco rato volvió vestido con traje menos casero y calzado con fuertes zapatos. Bajaron la espaciosa escalera y subieron al coche, que ya les aguardaba á la puerta, y se enderezó al Palacio Real.

Desde el comienzo de su privanza había el Conde de Olivares hecho preparar su vivienda en la misma de los Reyes, y con más razón luego que su mujer doña Inés de Zúñiga fué nombrada camarera mayor de la Reina.

Ocupaban un ala interior del primer piso cercana á las habitaciones regias, pero con vistas á uno de los inmensos patios, y aun tenían para el verano otros cuartos que caían al Noroeste con luces exteriores. Ocioso parecerá advertir que, dados los gustos del primer Ministro, hijo de grandes señores, estaría su casa ornada casi con igual suntuosidad y magnificencia que la de sus amos.

Porque de todas partes del mundo, los virreyes, capitanes generales, gobernadores, arzobispos y obispos, embajadores y regentes de Audiencias y Chancillerías á porfía cuidaban de enviar regios presentes al dispensador universal de todas las mercedes y beneficios. Paños y tapices, puntas y randas, libros y pinturas de Flandes; sedas y perfumes, perlas y piedras del extremo Oriente; alfombras y armas damasquinadas de Turquía; pieles costosas, lienzos y escritorios de Alemania; armaduras cinceladas y telas de oro y plata de Milán; cristalería y espejos, Venecia; terciopelos, papeles y dulces exquisitos, Génova; escriños y contadores de concha y nácar y arcas de finas pinturas, Florencia; corales, gasas, flecos y colgaduras de seda, Nápoles; especias, búcaros olorosos y muebles de gusto, Portugal y sus colonias; maderas preciosas, azúcar, tabaco, cacao, aves y cuadrúpedos extraordinarios y mil cosas raras y admirables, América; hasta el Africa le rendía tributo en sus más delicados y frescos tejidos vegetales en ébano, marfil, alimañas vivas y pieles de tigres y leones. Todo parecía poco á la insaciable concupiscencia de aquel hombre que, sin embargo, permanecía la mayor parte del año encadenado en un sillón y con plumazos bajo los pies hinchados por dolorosa podagra.

Al presentarse don Enrique en Palacio, ujieres y porteros se apresuraron á servirle y acompañarle. Llegados á un abierto corredor, díjole al Capitán:

—Mejor será que me aguardéis aquí. Mi padre está recluído hace dos días por su dolencia; además, abogaré yo con más libertad por el prisionero.

—Os habéis anticipado á mi deseo—respondió Mansilla.

Siguió adelante el de Guzmán y quedó su amigo paseando con viveza á lo largo de la crujía para ahuyentar el frío que sentía ya penetrarle. Distintamente llegaban á sus oídos los murmullos de los ordinarios asistentes á los patios, que empezaban á acudir cual moscas á los panales, y los gritos de los ujieres, porteros y mozos de estrados nombrando en alta voz á las personas á quienes se daba audiencia en las mil oficinas ó células de aquella gigantesca colmena humana.

Tardó mucho en salir don Enrique; pero, al fin, apareció con el rostro alegre y un papel en la mano, y dijo á don Félix:

—He tardado porque mi padre, que en los asuntos de Portugal desea proceder con severidad, quiso enterarse de los cargos acumulados contra vuestro amigo. Subió un Secretario del Consejo y dijo que, según las relaciones que acababan de llegar de la Sala de alcaldes, le achacaban una inveterada enemistad contra mi padre y el Gobierno; haber tenido reciente y sospechoso trato clandestino con unos emisarios portugueses que misteriosamente desaparecieron luego; poseer intereses y muchos deudos y amigos en Portugal; haberse expresado estos mismos días con eviden-

te simpatía hacia los rebeldes; haberles enviado dineros...

Iba á protestar airado el Capitán cuando le detuvo, levantando la mano, don Enrique, y añadió:

—No dudo que de todo ello logrará sincerarse. Desde luego del examen de sus papeles, ejecutado durante la noche, no aparece nada en contra suya.

Alzó la cabeza respirando fuerte don Félix, como diciendo: "¿Y qué otra cosa podría resultar?"

Continuó el joven Guzmán:

—Aquí tenéis la orden mandando soltar á ese caballero; pero señalándole su casa por cárcel y con la obligación de presentarse todos los días ante uno de los alcaldes de corte á más de las veces que los jueces quieran interrogarle; suspender toda comunicación, si la tiene, con la provincia rebelde; suspender también sus tertulias cuotidianas y no asistir él á ninguna. Es todo lo que he podido conseguir.

—Y no ha sido poco —agregó el Capitán—, y quedo eternamente agradecido, pues devolvéis el padre á su atribulada hija.

—Ahora me vais á hacer la merced de serviros de mi coche para ir á la plaza de Santa Cruz y restituir el prisionero á su casa. Yo me quedo aquí, pues comeré con mi padre.

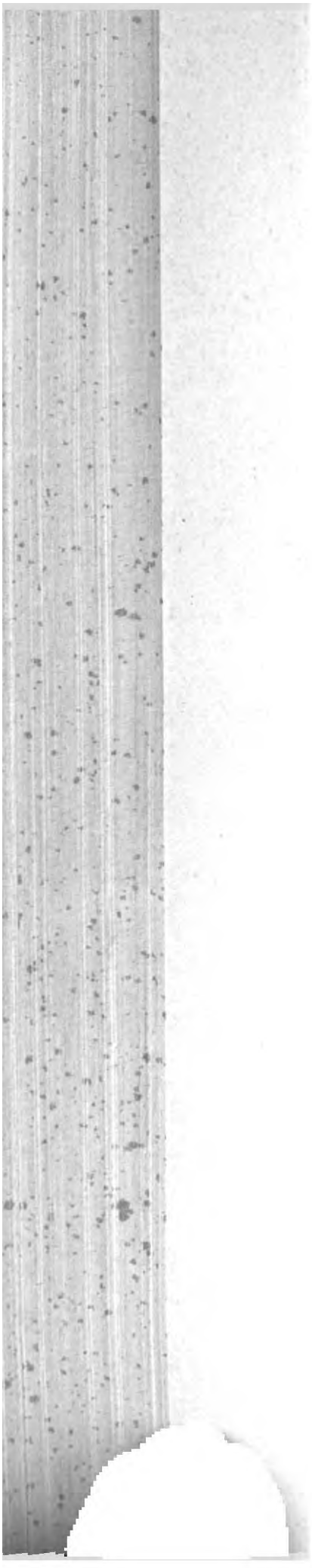
Y, sin aguardar disculpa, llamó á un ujier y le dió las órdenes para su cochero.

Bajó don Félix rápidamente las escaleras; en-

tró en la carroza, que en dos minutos le puso ante la cárcel de corte. Entregó la orden y pronto se halló entre los brazos de don Alonso. Quiso don Félix que subiese al carruaje; pero se negó, diciendo:

—A pie y entre corchetes me trajeron y á pie he de volver.

Despidió Mansilla el vehículo y juntos enderezaron sus pasos á la calle Real del Barquillo. En el trayecto fué don Félix enterando á su amigo de las restricciones y cortapisas señaladas á su libertad; oyólas con aparente calma; pero sus ojos y su respiración, lenta y ruidosa, harto declaraban su cólera latente y represada. Llegados á la casa arrojóse doña Isabel, enajenada de gozo, en brazos de su padre, y dirigió luego á Mansilla una tiernísima mirada de amor y gratitud, que el galán recogió con deleite y encerró en el fondo del alma.



CAPITULO XVIII

TRIBULACIÓN

Este enojoso asunto de la causa política de don Alonso traía muy desazonado á don Félix, con tanta mayor razón cuanto que, habiéndose suspendido indefinidamente el viaje del Rey á causa de la rebelión portuguesa, se deshizo la organización de su acompañamiento, sobre todo el de los caballeros de las Ordenes militares. Destináronse al ejército en proyecto contra Portugal los que desearon ir á él, y se concedió licencia á los demás para hacer lo que les pareciese. Nada, pues, se oponía á su boda con doña Isabel salvo este malhadado proceso.

Soportó don Alonso los primeros días con mal domada impaciencia las vejaciones y molestias inherentes al cuidado de presentarse diariamente en la Sala de alcaldes, donde lo ordinario era ser recibido por un escribano indiferente ó por un maligno y grosero alguacil que, con amenazas y vagas reticencias sobre los traidores, al recibir su firma ponía fuera de sí al de Meneses.

Lo de no poder hablar con nadie ni hacer ni admitir visitas habíale dado un aire de sombría taciturnidad que inspiraba más que respeto temor á su hija y al propio don Félix.

Esforzábase el joven en calmar sus arrebatos y explosiones de furor, aunque no muy frecuentes, violentísimas, con la esperanza de que pronto obtendría sentencia absolutoria, porque el viejo parecía convencido de que Olivares no había de cejar en su persecución hasta verle muerto como á su padre.

Hizo reclamación de sus papeles, ya que nada había en ellos de lo que se buscaba, y le devolvieron sólo aquellos más necesarios para el gobierno de su hacienda, expresando que los otros deberían sufrir una revisión escrupulosa. Pidió que se le oyese en justicia ó se le alzase el aislamiento en que se le tenía, y le respondieron, en cuanto á lo primero, que ya llegaría ocasión de hacerlo, y por lo otro, que harto favor era dejarle en libertad según estaba.

Viendo que nada conseguía por este lado, envió una enérgica representación al Consejo de Castilla y luego una exposición al Monarca, y se le advirtió que si no cesaba en molestar á Su Majestad y altos Tribunales se adoptarían severas medidas en contra suya.

Nada de esto hizo saber ni á su hija ni á don Félix, porque, encerrado en un feroz silencio, devoraba en la soledad sus amarguras.

Privado el Capitán de asistir de continuo á la

casa vigilada con extraño rigor, desquitábase en parte viendo con más libertad á doña Isabel en el convento de Santa Catalina, adonde la joven iba casi á diario y había logrado introducir al galán para que su tía le conociese. Estos dulces coloquios templaban el ardor amoroso de Mansilla; pero bien comprendía que la situación, sobre todo para su amada, iba siendo intolerable. Procuraba ella encubrir bajo de la apacible serenidad de su rostro los disgustos y sinsabores domésticos; pero sus carnes disminuían y las rosas de sus mejillas marchitábanse de hora en hora. Don Félix no sabía qué hacer ni qué medios emplear para sustraer á la doncella de tantos pesares.

Una tarde le dijo ella que don Alonso, á pesar de la prohibición de recibir á nadie extraño en su casa, había admitido unos desconocidos, encerrándose con ellos varias veces en su gabinete hasta cerca de la madrugada; y que, atreviéndose ella á preguntarle quiénes fuesen aquellos hombres, le había contestado que eran un escribano y mercaderes prestamistas, pues debía tomar precauciones contra el tirano que les perseguía.

Transcurrieron varios días que Mansilla estuvo retenido en casa con algún achaque de que dió noticia á la dama. Por desenfadarse, aún no bien curado, bajó una tarde, acabada la comida, hacia las gradas de San Felipe con esperanza de hallar alguno de sus conocidos y perder con ellos una ó dos horas. Era á fines de año, y el día, aunque frío, sereno y tranquilo. La alegría popular,

general en tal sazón, se desbordaba en toda clase de ruidos con instrumentos de percusión, gritos y cantares. Huyendo del estrépito subió las gradas don Félix y comenzó á discurrir entre los grupos que atestaban literalmente la lonja. Convencido de que ningún amigo estaba allí iba á salir y abandonar el sitio, cuando atrajo su atención un corro en que había seis ú ocho personas de calidades diversas, aunque todas de suposición, á juzgar por su apariencia. Uno de los del grupo se expresaba con mayor vivacidad y, en voz alta, comentando los siempre tristes sucesos de Portugal, y decía:

—Tenéis razón, don Gabriel. Todos los portugueses de Madrid son unos traidores. Sabían lo que allá se preparaba ó lo urdieron acá ellos, y en el primer caso no dieron aviso al Gobierno, antes al contrario, enviaron á los otros noticias, dineros y consejos. Todo castigo será corto y leve para su maldad. Ya se lo recelan los más comprometidos que no han sido presos todavía, pues comienzan á fugarse con lo que pueden transportar. No pocos han sido presos en el camino.

—Y parece que el contagio ha cundido—añadió otro—aun entre gentes que teníamos por muy leales. Y si no ahí tenemos al grave, al incorruptible don Alonso de Meneses, que hace dos días escapó á uña de caballo á Portugal. A ése no le pudieron detener.

Oir esto don Félix y ponerse delante del que lo

decía fué todo uno. Tomándole por el brazo, le dijo con voz tremulante por la ira:

—Hidalgo, si lo sois: eso que decís es completamente falso y vais á desdeciros de ello inmediatamente.

El interpelado, al ver encima de sí los ojos fulgurantes del joven y su ademán agresivo, titubeó, acobardado, pero se atrevió á responder:

—Caballero: yo no hice más que repetir lo que todo el mundo asegura. Además, pasando ayer por delante de la casa de don Alonso vi al escribano y alguaciles que estaban haciendo inventario y embargo de sus bienes. Y... ya podíais —agregó más animado—emplear otras formas para desmentir á las gentes.

—Eso me toca á mí dilucidarlo—afirmó otro del grupo, en quien el arreo militar declaraba su ejercicio.

Y, pasando al lado de Mansilla, que permanecía como alelado, iba á lanzarle al rostro una frase injuriosa cuando fué vivamente separado por otro sujeto que, tomando á don Félix por el brazo, dijo:

—Caballeros: perdonad á este joven su arrebato. Es allegado de don Alonso; ignoraba su ausencia, pues sale ahora de una enfermedad, y es el primer día que pone los pies en la calle sin haber tenido quien le dé la noticia en más suaves modos.

Callaron é inclináronse todos como asintiendo á las palabras del capitán Rosal (pues él era),

y correspondieron al saludo que les hizo, quitándose el sombrero y diciendo á su amigo:

—Venid, don Félix.

Y se lo llevó consigo. Bajaron las escaleras y, al hallarse ya en la Puerta del Sol, exclamó Mansilla con acento de infinita amargura:

—¿Con que es cierto?

—Yo no podré afirmaros más de que así lo decían ayer todas las personas que conocían á don Alonso, que son muchas, en Palacio y en otros lugares. Hoy he ido á vuestra casa creyendo estaríais harto de saberlo; el criado me atestiguó vuestra ignorancia, advirtiéndome que os hallaría hacia esta parte. Corrí á buscaros y por dicha llegué á tiempo de evitar una desagradable contienda.

—Vamos á casa de don Alonso—dijo Mansilla.

Cuando llegaron viéronla invadida por gran muchedumbre de gentes y un escribano y alguaciles que hacían almoneda pública de todas aquellas cosas que pudieran sufrir deterioro. El día antes habíanse vendido los caballos, los perros, las aves de corral y los pájaros que para su recreo tenía doña Isabel, y en el otro les tocaba el turno á los frutos de la huerta y contenido de la despensa y bodega. Todo era pregonado en alta voz, regateado por los compradores á cuyo poder fueron pasando buenas partidas de chocolate, azúcar, conservas de Génova y de Madrid, aceite y mantecas, quesos, perniles y tocinos, escabeches, vinos, aguardientes, velas de sebo y cera,

todo aquello, en suma, que era considerado como cosa fungible capaz de consumirse y de ser sustituída por otra semejante.

Don Félix contemplaba como si estuviera soñando aquel extraño despojo. Vió en un rincón al viejo escudero silencioso é indiferente á todo lo que pasaba ante sus ojos. Acercóse y, llevándolo á un extremo del zaguán, le preguntó:

—¿No me diréis, señor Arias, lo que esto significa?

—Significa—dijo él—que mi amo se ha ausentado encargándome el cuidado de su casa. Pero dieron en decir que era un traidor que había rehuído el castigo. Vino un alcalde con escribano y alguaciles; me obligaron á abrir todos los aposentos, que sellaron después de haber hecho inventario de lo que contenían. Hoy, como veis, hacen almoneda de lo que puede dañarse; cerrarán la casa y me arrojarán á la calle.

—Pero ¿cuándo se marchó don Alonso?

—Anteayer á media noche. En un carruaje de camino y de seis mulas se metió con Ordóñez el lacayo y todo el equipaje, y guiaron hacia la Puerta de Atocha.

—¿Y su hija?

—Al anochecer la llevó al convento de que es subpriora la hermana de don Alonso. Antes despidió á todos los criados menos á mí, á quien encargó la guarda de su casa mientras no volvía. Ved qué cuenta le daré de su hacienda.

Y el viejo escudero se limpió dos lágrimas que

asomaron á sus cansados ojos con el dorso de la mano.

Viendo don Félix que nada más podía obtenerse del pobre criado salieron á la calle. Mansilla dijo á su amigo:

—Pero ¿cómo pudo conocer la justicia tan pronto que don Alonso se fugaba á Portugal? El no haber comparecido ante ella sólo hacía presumir ausencia que podía ser motivada por causa legítima.

—Esa misma reflexión me ha ocurrido —afirmó Rosal—. Quizá pueda sacarnos de dudas un escribano de provincia que frecuenta mi casa por ser pariente del difunto marido de mi hermana. Vamos á verle.

Recibiólos según correspondía á su clase y, enterado de sus deseos, contestó:

—Justamente una parte de las actuaciones sobre el asunto de don Alonso ha pasado por mi mano. Como se le vigilaba asiduamente súpose casi en el acto su partida. Un correo despachado en pos de él logró alcanzar el coche á más de doce leguas de aquí en uno de los altos que en su marcha hizo Meneses. Allí averiguó de uno de los mozos de caballos que el coche iba ajustado hasta Salamanca, y cuando quiso mostrar la orden que llevaba para que se detuviesen, sólo consiguió que don Alonso le maniatase y metiese consigo en el carruaje y que, corridas tres ó cuatro leguas, le dejase en medio del camino solo y á pie á fin de que, antes de su regreso á esta corte,

hubiesen llegado ellos al término de su viaje. Créese, sin embargo, que no fué en Salamanca, sino en otro punto de la frontera donde se habrá detenido.

Incoada la sumaria por este nuevo y grave delito, un compañero mío presentó varias escrituras por las que don Alonso había recibido de tres mercaderes de la Puerta de Guadalajara grandes sumas de dinero y cartas de crédito sobre Salamanca, Zamora, Béjar, Badajoz, Lisboa y otros pueblos, gravando é hipotecando sus bienes libres y empeñando por varios años las rentas de los vinculares. Parece, pues, evidente el propósito de desasirse de todo lo que pudiera ligarle á Castilla.

Probóse también, por declaraciones de criados y corchetes que hacían la vigilancia, haber tenido Meneses antes de la sublevación misteriosas conferencias con dos caballeros portugueses, deudos suyos, según se cree. Hase mandado practicar embargo y secuestro de sus bienes; se le ha citado por edictos para que venga á responder á los cargos de esta causa y de la anterior, y transcurrido el término y sustanciadas en rebeldía, no hay duda en que recaerá sentencia declarándole traidor é incurso en delito *lesæ majestatis*.

Espantado Mansilla corrió á la mañana siguiente al convento de Santa Catalina, pidiendo ver á doña Isabel, que se pareció acompañada de su tía. Pero ¡en qué estado! Pálida y desfallecida, sin fuerzas casi para andar, apenas si daba

idea de aquella gentil hermosura, ahora mustia y agostada por el dolor.

Compadecido don Félix, díjole con la mayor ternura:

—Quizás ignoráis, doña Isabel, la desecha borrasca que estamos padeciendo. Vuestro padre está llamado por edictos y pregones á responder en la causa que por traición se le sigue. Decidme dónde se halla; yo me ofrezco á traerle y quizá pueda salvarse.

—Lo ignoro, don Félix; si no ya os lo hubiera enviado á decir. Sólo sé que la vida aquí le era insoportable por las continuas vejaciones y atropellos que sufría, y que á vos os ocultó y á mí hasta el último día que pasó conmigo. Me trajo al convento, ordenándome permanecer en él mientras no pudiese llevarme con seguridad á su lado y á vos os diese cuenta de nuestro retiro. Es posible que haya ido á Portugal como se dice; pero no para seguir el partido rebelde, sino por huir del alcance de sus enemigos.

—De nuevo os suplico —insistió el Capitán sin prestar gran atención á lo que decía la joven—, de nuevo os suplico, doña Isabel, que si lo sabéis me digáis el lugar en que se oculta vuestro padre. Ved que de no comparecer le espera la muerte en cadalso y, lo que es peor, la deshonra é infamia perdurables, y que vos seréis siempre la hija de un traidor. Reparad bien qué porvenir es el vuestro.

—¿Creéis, don Félix, que no penetro el alcance

de todo lo que me decís? —clamó ella en medio de los más angustiosos sollozos—. ¡Desgraciada de mí! Si yo supiera en dónde está iría yo misma á buscarle y le traería ó moriría á sus pies.

Calló la desventurada joven y, viendo el Capitán ser la pura verdad lo que salía de sus labios, sólo pudo murmurar:

—¡Dios tenga piedad de nosotros! Adiós, doña Isabel, ya volveré á veros. Quedad con Dios, señora—añadió saludando á doña Ana de Meneses que, vertiendo silenciosas lágrimas, había presenciado este breve y triste coloquio.

En medio de la impaciencia y del temor transcurrieron para don Félix los días señalados para la comparecencia de don Alonso de Meneses. En cada uno de ellos creía verle llegar y disculparse. Sin embargo, cada vez eran peores las nuevas, bien que indirectas, que á él podrían referirse. Súpose que el coche en que iba no había llegado á Salamanca y se ignoraba su paradero. Díjose también que todos sus parientes portugueses eran del bando rebelde, y que por terceras personas fueron retirados los créditos suscritos en Madrid. Todas estas deplorables noticias y su tenaz rebeldía arraigaron en el ánimo de Mansilla la idea de que don Alonso, arrastrado por su odio al Conde-Duque, habíase despeñado en el último desatino y hecho traición á su Patria.

Así no le sorprendió ni casi disgustó la sentencia que, con las de otros fugados, pues Oliva-

res se daba harta prisa en limpiar de traidores el suelo español, recayó á mediados de Enero de 1641 en los mismos términos antes vaticinados por el escribano de provincia.

Había ido don Félix acostumbrando su espíritu y labrando en su corazón la idea de cortar sus amores con doña Isabel, pues nunca dió entrada en su pecho á la hipótesis de casarse con la hija de un traidor ni aun de quien amase menos que él á su tierra.

Pero, adoptada esta resolución mientras se elaboraba la sentencia de Meneses, sintió como un vacío en su alma, un aplanamiento, una tan singular tranquilidad que hasta llegó á sorprenderle en ciertos momentos cual si fuese cosa inesperada ó improbable. Su voluntad había desaparecido: ni quería ni esperaba nada.

A veces ocurríale pensar que no se trataba de su persona; que no era él, sino otro, de quien se referían sucesos y desgracias que apenas le interesaban. Tan impasible veía ya la hija de Meneses, que hasta le infundía tedio y enfado su recuerdo.

Así fué que cuando llegó el momento de notificar á la triste doncella su eterna separación, acercóse al convento sin prisa ni pesar y, con la mayor indiferencia, anunció que deseaba hablarle. Presentóse á poco la desdichada caminando como un fantasma. Tenía el rostro blanco como la albísima gorguera que ceñía su cuello. Sólo el brillo ardoroso de sus ojos ponía de manifiesto

que habitaba un alma en aquel estenuado, pero siempre gracioso cuerpo.

Al verla sintió el Capitán un dolor agudísimo dentro del pecho. Derritióse su corazón en un lago de piedad y compasión infinitas ante los infortunios de aquella víctima inculpable de los rencores y maldades de los hombres; tuvo impulsos vehementes de arrodillarse á sus pies y de rendirle alma y vida en holocausto á sus desgracias. Pero repentinamente vino á su memoria la traición de don Alonso, y de nuevo le invadió aquella inercia, aquella indiferencia extraña con que había llegado hasta allí.

No se le escondió á doña Isabel lo solemne y transcendental de la conferencia, y se mantuvo de pie, apoyada en la reja del locutorio para sostenerse; pero, sin que una lágrima, ni un sollozo, ni siquiera un suspiro, revelase la infinita aflicción de aquella desventurada criatura tan débil en apariencia y en realidad tan fuerte é incontrastable como la roca en medio de las olas encrespadas y furiosas. El dolor es un crisol en que se acendra y afina el espíritu.

Permanecieron ambos un buen trecho sin hablar, y, al fin, rompió don Félix, diciendo con voz algo enronquecida:

—Ya, doña Isabel, la desgracia se ha consumado.

—Así lo ha permitido Dios—respondió ella con voz tan débil que apenas pudo oirse, pero con el semblante dulce y resignado.

—La conducta de vuestro padre—siguió él—hace imposible la prosecución de nuestros proyectos.

—Pero ¿vos también creéis en la traición de mi padre?—exclamó Isabel con expresión de sincera sorpresa.

Hizo Mansilla un gesto con la cabeza y manos, como diciendo: "¿Qué remedio?"

Cerró ella lentamente los ojos, y luego dijo:

—Esa creencia, don Félix, es lo que más me aflige y desconsuela. Comprendo muy bien que vos no podáis ser esposo de la hija de un hombre declarado traidor á su Patria y á su Rey; pero, ¡que lo creáis!... ¡Pobre padre mío!...

—En fin, que lo crea ó no —repuso don Félix algo impresionado á su pesar con el acento de la joven—, el resultado es el mismo. Ya no volveremos á vernos... Adiós, señora.

Esbozó doña Isabel un gesto como para hablar; mas la palabra "adiós" no salió de sus labios. Fuése retirando lentamente don Félix y, al llegar á la puerta de la sala, volvióse de frente y subiendo el sombrero hasta la altura del pecho, dobló su cuerpo y salió sin decir más, á punto que doña Isabel hizo un ademán cual si intentase detenerlo.

Apartándose luego de la reja y elevando juntas sus pálidas manos y clavando su mirada en lo alto lanzó un grito sublime de angustia y desesperanza:

—¡Madre del alma! ¿Por qué no me llevaste contigo al abandonar este mundo?

Y cayó desplomada en el suelo.

CAPITULO XIX

DESENGAÑOS

Han transcurrido varios meses. Una tarde del otoño de 1641 conversaban reunidos en una de las salas de la casa de conversación del lisiado Cornejo don Lope de Toral, don Juan de Salas, don Luis de Luna y el capitán don Pedro de Ocejo. Llevaba la voz el primero, que decía á Salas:

—Y ved, mi querido amigo, los cambios y vueltas que sufren las cosas y los hombres. No hace mucho erais vos quien, á modo de gomecillo, me adestraba en mi bisoñería por esta capital de las Españas, y hoy he de ser yo quien os informe y doctrine sobre la vida cortesana. Pero, ante todo: ¿cómo os ha ido en vuestro temporal retiro del mundo?

—No ignoráis que deseando el Conde-Duque de Olivares sacar dinero á todo trance para las guerras pendientes colocó á los grandes, á los títulos y á los hidalgos en la alternativa de servir con sus vasallos y deudos en los ejércitos ó redimirse mediante fuertes sumas destinadas á pagar

los soldados que los reemplazasen. Pero ya no son los actuales los tiempos en que cada guerrero acudía con su mesnada al primer llamamiento del príncipe. Hoy los vasallos son gente pacífica y en cierto modo independiente, que con pagar al señor su renta ó canon anual cumple. Por esta razón casi todos optaron por el segundo partido y contrajeron crecidos empeños de que han de tardar en verse libres. Tal hizo mi amo el Duque, en quien concurre, además, el inveterado descuido en la administración de sus bienes. Queriendo, pues, ahorrar y ordenar su hacienda retiróse de la corte á su viejo palacio de Medina. Por distraer su aburrimiento y utilizar mis luces contra leguleyos de montera quiso que yo le acompañase; y he aquí, amigo mío, por qué saliendo ahora de aquel limbo necesito de socoro para conocer lo sucedido hasta hoy, sobre todo á nuestro buen amigo el capitán Mansilla.

—Ya conocéis el término infeliz de sus amores.

—Supongo que los vuestros no habrán acabado así—interrumpió Salas.

Sonrióse don Lope, y prosiguió:

—El mismo día en que don Félix dijo adiós á su amada, dispuso su marcha para el ejército de Cataluña. Dilatóla empero otros dos esperando al capitán Rosal que se ofreció á acompañarle.

—¿Pues no había de ir al socorro de Portugal?

—Prefirió acudir al otro, diciendo que más irritaba su cólera y excitaba su patriotismo la increíble traición y felonía de los catalanes en-

tregándose á los franceses y proclamando señor al rey Luis XIII. Ello fué que juntos partieron y en tan mala sazón para don Félix que, habiendo asistido al asalto de Montjuich á los pocos días de llegar, era creo el 26 de Enero, cayó gravísimamente herido de un arcabuzazo al lado del arrojado é infeliz Duque de San Jorge. El capitán Rosal me dió noticia de los actos más que de valor de loca temeridad ejecutados por mi primo, que no parecía sino que buscaba la muerte que no pudo hallar en esta sangrienta jornada. En la confusión y desorden que siguieron á la desastrosa retirada del Marqués de los Vélez quedó don Félix tendido en el campo abandonado por muerto. Salvóle la piedad de dos frailes mercenarios á quienes, buscando moribundos que absolver ó heridos que remediar, llamó su atención la roja cruz de Santiago que mi primo ostentaba en el pecho. Vieron que alentaba; condujéronle á una pobre casilla de las cercanías y posteriormente fué llevado á Barcelona, donde se curó bien, aunque con gran lentitud. Logró, gracias á la astucia y solercia de su fiel criado Grajales, evadirse, y hoy le tenemos de nuevo frente á los invasores de nuestro suelo y de los viles españoles que los han acogido.

—Siempre los actos de don Félix convidan á las alabanzas. Y de doña Isabel ¿qué ha sido?

—Sigue en el convento, donde la he visitado algunas veces, pues eso me confesó que le agradaba. Aunque parecía que iba á morirse de do-

lor, la fuerza de la vida y su briosa juventud le restituyeron la salud y los sanos colores. Hoy está más hermosa que nunca. Ha tenido noticias de sú padre, pues en una ocasión me dijo: "Ya que escribís á vuestro primo, decidle, pues esto quizá le guste saberlo, que mi padre no ha sido nunca traidor; que ya se justificará cumplidamente, y que tal vez habrá servido tan bien á su Patria como él mismo con ser tan eminentes sus servicios." Ha vuelto á adquirir su rostro aquella dulce placidez ó más bien olímpica serenidad que eran su característica. De don Félix habla con la natural reserva, pero sin amargura ni mostrar sentimiento de su conducta. Dolióse ingenuamente al saber su herida y con igual franqueza manifestó su alegría en que se haya curado. Por su parte mi primo no me habla nunca de ella; pero tampoco me prohibe que yo le cuente el resultado de mis visitas. Ama aún á doña Isabel, y le conozco demasiado para saber que esta pasión no saldrá jamás de su pecho y morirá con ella. Ahora tengo una buena noticia que darle, pues el Rey, enterado de sus hechos y padecimientos, ha dispuesto concederle el disfrute de una encomienda en su Orden que valdrá cerca de dos mil ducados anuales. Así me lo acaba de decir mi nuevo pariente don Enrique de Guzmán, que estima mucho á don Félix.

—¿Frecuentáis, pues, el trato y conversación con el hijo del Conde-Duque?

—Sí, tal; gracias sobre todo á una carta que

le presenté de mi ilustre deudo el Duque de Medina de las Torres, su cuñado.

—¿Cómo cuñado?—interrumpió uno que oía en silencio la plática.

—¡Claro! El Duque fué marido de la única hija del Conde de Olivares.

—¿Qué se dice del matrimonio frustrado del hijo de don Gaspar de Guzmán con la Unzueta?

—Eso mejor os lo podrá explicar el amigo Luna, aquí presente y cuyo mutismo admira.

—Sigo, en efecto, con gran curiosidad—dijo el aludido—el curso de la novela en acción que ha pergeñado y continúa desarrollando el insigne don Gaspar á expensas del que llama su hijo.

—Decid, decid—apoyó Salas.

—A duras penas hubo de lograr doña Leonor que para seguir su pleito matrimonial se le permitiese volver á la corte. Después de pasear sus lágrimas y súplicas varios meses por Tribunales, celdas y casas de señores, y después de solicitar el dictamen de jurisprudentes y teólogos sin que nadie se atreviese á romper lanzas en su favor, aunque muchos so capa le aconsejaban resistir á todo evento, allanóse repentina é inesperadamente á la demanda consintiendo en el divorcio. Hay quien explica este cambio diciendo que por consecuencia de varias entrevistas sigilosas con su medio marido hubo, á instancias suyas, de resignarse á ser combleza de quien no podía mujer legítima.

Pronunció la sentencia de nulidad don Diego

de Castejón, Gobernador del Arzobispado de Toledo, á quien en recompensa anticipada se dió la Presidencia del Consejo de Castilla. Pero como hubiesen llegado á noticia del padre los manejos ocultos y proyectos de los amantes, sólo pensó en alejar la causa principal del escándalo.

Buscóse á doña Leonor un nuevo marido que la llevase no menos que al otro mundo, y pareció un cierto don Gaspar de Castro y Velasco, abogado burgalés sin negocios y eterno pretendiente, hombre de buen linaje, pues era caballero de Santiago, pero ya bien maduro en años. Diéronle el cargo de Oidor en Indias, veinte mil pesos sobre aquellas rentas y otros proventos. Resistía doña Leonor al matrimonio fundándose en que, si bien por razón de estado había consentido en el divorcio, ella no se creía menos ligada en conciencia á don Enrique. Esforzáronse teólogos y juristas en desvanecer tan leve escrúpulo, que estaba muy lejos de padecer, encerrándose, por último, en que no se casaría si don Enrique, libremente y sin premia, no se lo mandaba. Facilitóse la entrevista y, tras una larga y conmovedora escena de ruegos y de lágrimas, salió doña Leonor llorosa y compungida, pero resignada, diciendo que hiciesen de ella lo que quisiesen. Casáronla á toda prisa; marchó con su nuevo marido para Sevilla, y á estas horas irá ya navegando ó habrá llegado á las playas americanas.

—Y ¿qué hay de la guerra de Portugal?—continuó Salas.

—El Capitán, recién venido de ella, podrá hacer información exacta—respondió Luna.

—Pocas y no felices nuevas—dijo el aludido—oiréis sobre tan funesta pérdida nacional. Ni soldados, ni cabezas, ni recursos para esta guerra ha podido allegar el Gobierno; así puede asegurarse que no existe. Combates parciales, ataques fronterizos de pueblo á pueblo; prisiones sin objeto; robos de ganados; incendios y saqueos de lugares de ambos países, que acabarán por señalar con una ancha zona despoblada y yerma los límites de uno y otro si pronto no se da fin y remate á esta salvaje destrucción y asolamiento de la tierra.

En la región meridional donde está el exiguo ejército regular todavía hay defensa contra los envalentonados lusitanos; pero en la frontera gallega, sobre todo, esta pugna de lobos carniceros, ha llegado á extremo increíble. Ni lo más sagrado de iglesias y monasterios, ni la tierna infancia, ni la débil ancianidad, ni la femenil belleza son respetadas en las crueles incursiones mutuas de aquellas fieras humanas en que sólo reinan la matanza, el incendio, el robo y, en suma, los más bestiales y ruines apetitos.

La parte leonesa y castellana ha sufrido menos, gracias á la precaución que han tenido los pueblos limítrofes de organizar guerrillas permanentes que recorren el país y lo defienden. Obedecen estas partidas, que á veces forman como un reducido cuerpo de ejército, á un hombre ex-

traño y misterioso que, á fuerza de habilidad, paciencia y desinterés, ha logrado darles una estructura y disposición regulares. Primero se compuso su hueste de un centenar de hombres pagados por él, según dicen, que fué engrosando hasta unos ochocientos que manda en la actualidad. Como son casi todos hijos de aquella tierra y saben los caminos y veredas, tan pronto están en un lado como en otro; ya operan reunidos ó ya en ligeras y exiguas partidas. La quinta parte es de caballería, que sirve para los avisos y correos. No viven sobre el terreno castellano sino á costa del enemigo, que, á trueque de conservar su tranquilidad, les dan lo que necesitan, y están esperando la acción general y decisiva para entrar ellos también en la tierra lusitana.

He tenido ocasión de conocer á su caudillo, que llaman *el Encapuchado,* porque anda siempre cubierto de la caperuza del tabardo que lleva sobre los hombros. Unos dicen que es un fraile belicoso á quien seduce el papel de nuevo Viriato; otros, que es un caballero portugués afecto á España al ver lo bien que se gobierna con ellos, y otros, que un bandolero cuya cabeza está pregonada y espera salvarla de esta suerte. Los subordinados le conocen por el nombre de don Juan. Es hombre mayor de cincuenta años; lleva toda la barba casi blanca y parece sano y fuerte. Se cuentan de él y su hueste mil proezas y actos de sagacidad y destreza. Estuvo ligado en la conspiración en favor de España trazada por el Arzo-

bispo de Braga y el Duque de Camiña, tan vilmente descubierta y traicionada por un mal español. A mí mismo me dijo que si la conjuración no hubiese abortado habría llegado hasta Lisboa en marcha rápida á darle apoyo. Luego me recordó con lágrimas que la fracasada conjura había costado la vida á tres parientes suyos, por lo cual puede creerse sea algún portugués enemigo del Duque de Braganza.

Pero si España contase cuatro ó seis banderizos tan resueltos como el viejo *Encapuchado*, no tardaría Portugal en volver á la Corona de Castilla, mientras que por el camino que llevamos puede darse por definitivamente perdido.

Pensativos y silenciosos se quedaron los oyentes hasta que Luna, con tono sarcástico, dijo:

—Todo lo habrá de arreglar en bien de la Patria el gran Ministro que nos gobierna.

Levantáronse con esto y, antes de separarse, dijo Salas á don Lope:

—De suerte que ahora vuestras ya añejas pretensiones estarán en buen camino.

—Así lo creo—respondió Toral.

Había callado don Lope á su amigo que su aspiración estaba ya lograda. En la faltriquera tenía el nombramiento de corregidor de una rica ciudad andaluza, y llegando iba el término de entrar en posesión de tan lucido empleo.

Pero dudoso y perplejo se hallaba el de Toral sobre el modo de comunicar á Armida tal noticia, que llevaba aparejada la separación de am-

bos. No lo sentía don Lope, porque, siempre liviano y tornadizo, habíase cansado de la antigua farsanta recordando quizás aquellos versos quevedescos:

> Que esto de ser marido un año arreo
> aun á los azacanes empalaga:
> todo lo cotidiano es mucho y feo.

Lo contrario exactamente sucedía con la bella leonesa que, enamorada cada vez más de su antiguo señor y ufana con ello, saboreaba sin ulterior pensamiento su breve porción de felicidad terrena. Así cuando el galán le dió la triste nueva fingiendo ó sintiendo un grande embarazo y aun ofreciendo renunciar el cargo, el mundo se le cayó encima. Derramó muchas y sinceras lágrimas en los tres ó cuatro días que necesitó para acostumbrar su espíritu á una separación que ya veía habría de ser eterna. Pero, resignada en su nativa condición de sierva de la gleba, sumisa y obediente, despidióse una noche de su amante con mayores extremos de amor, y á la mañana llamaba de nuevo á las puertas de las Trinitarias, que piadosamente se abrieron para ella.

Sintió por el pronto don Lope como un hueco en la vida; pero, fascinado con su flamante papel de hombre serio y útil á la República, sólo pensó en representarlo dignamente, y viéndose á tan poca costa libre de lo que ya le era ponderosa carga, buscó con ansia los afanes y sinsabores del tráfago mundano.

Contraste singular, pero fatal y constante en las cosas humanas. Don Lope tenía la felicidad en su mano y la arrojaba desdeñoso, pisoteando aquel noble corazón que sólo había latido para amarle. Don Félix perseguía con empeño la suya sin lograrla, cual si una y otra vez los poderes sobrenaturales obrasen en contra suya; y aquel pobre Julián Valcárcel, cuando creía tener asegurada la suya, veíase obligado á soltarla para satisfacer vanidades ajenas. Un prejuicio social había estorbado la dicha del primero; la tiranía del honor hacía imposible la del segundo, y el poder y el orgullo rompían y desbarataban la del último. ¡Cuán poca cosa es la voluntad del hombre en la trama y sucesos de su propia vida!

CAPITULO XX

EL HIJO DEL CONDE-DUQUE

La línea de los Condes de Olivares pertenecía á una rama segunda de los Duques de Medinasidonia, descendientes de Guzmán el Bueno. Aun dentro de su familia no era don Gaspar de Guzmán el primogénito, por lo cual fué destinado á la carrera eclesiástica, incoando sus estudios en Salamanca, de cuya Universidad fué Rector cuando este cargo podía ser ejercido por quien no era Catedrático y le nombraban los mismos escolares.

Pero, habiendo fallecido en edad tierna su hermano mayor don Jerónimo, dejó don Gaspar las hopalandas para vestir de caballero, y como tal le vemos figurar en el célebre concurso de los que acompañaron al rey Felipe III á sus bodas, celebradas en Valencia en 1599.

El primer paso de su encumbramiento fué ser nombrado gentilhombre del Príncipe don Felipe cuando se le puso casa, y desde entonces sólo pensó en captarse la voluntad del futuro Monar-

ca, que hubo de lograr en los términos que narran las historias.

Casó muy mozo con doña Inés de Zúñiga y Velasco, su prima hermana, hija de don Gaspar de Acevedo y Zúñiga, quinto Conde de Monterrey (hermano de su madre doña María de Acevedo y Zúñiga), y de doña Inés de Velasco, hija de don Iñigo Fernández de Velasco, quinto Condestable de Castilla y cuarto Duque de Frías.

Llegado á la privanza fué en 1625 creado Duque de Sanlúcar la Mayor, y desde entonces comenzó á intitularse Conde-Duque de Olivares.

De su matrimonio tuvo una hija única llamada doña María de Guzmán, para cuya colocación matrimonial recibió propuestas hasta de grandes Príncipes extranjeros, y claro es que en España pudo casarla á su voluntad. Lo natural habría sido elegir para yerno al Conde de Niebla, hijo y heredero del Duque de Medinasidonia, don Juan Manuel de Guzmán, que conservaría el apellido de familia, tan caro al de Olivares, y volvería la casa al tronco común. Pero habiendo tenido su abuelo y aun su padre grandes diferencias y pleitos con la rama principal, habían quedado ambas familias enemistadas, y Olivares soñó en levantar la suya con independencia y por encima de la primogénita.

Buscó, pues, marido para su hija en el representante de una línea obscura de los Guzmanes, retirada en León, como fué don Ramiro Núñez de Guzmán, Marqués de Toral, á quien hizo Gran

Canciller de las Indias, Sumiller de Corps, del Consejo de Estado, Duque de Medina de las Torres y encumbró en otros altos empleos. Destruyó aquel pensamiento la muerte prematura de la hija, ocurrida al dar á luz su primer vástago, una niña, que tampoco sobrevivió á la madre. Y aunque Olivares siguió dispensando favor y amparo á su yerno, á quien nombró Virrey de Nápoles, luego que el Duque contrajo en este país un ventajoso y nuevo matrimonio con doña Ana Caraffa y Aldrobandino, Princesa de Stigliano y otros muchos títulos, volvió Olivares sus ojos á la parentela más próxima.

Sólo tenía tres hermanas, que eran: doña Francisca de Guzmán y Acevedo y Zúñiga, algo mayor que él, casada con don Diego de Haro y Sotomayor, quinto Marqués del Carpio; doña Inés de Guzmán y Zúñiga, que lo estaba con don Alvaro Enríquez de Almansa, octavo Marqués de Alcañices, y doña Leonor María de Guzmán, mujer de su primo hermano don Manuel de Acevedo y Zúñiga, sexto Conde de Monterrey, que, por consiguiente, era también cuñado del Conde-Duque como hermano de su esposa.

Pero estas dos últimas no tenían sucesión, y por más que Olivares ensalzó cuanto pudo á sus cuñados, especialmente á Monterrey, que fué hombre de algún mérito, á quien hizo Trece de la Orden de Santiago, Virrey de Nápoles y luego Presidente del Consejo de Italia, convirtió todo su afecto á la familia de su hermana mayor, em-

pezando por elevar al Marqués del Carpio, modesto caballero cordobés, á los empleos de Montero y Caballerizo Mayor del Rey y Capitán de su Guardia española.

Pensó, sobre todo, en educar para heredero, no ya de todos sus bienes, honores, cargos y dignidades, sino en la privanza regia, á su único sobrino don Luis Méndez de Haro, hijo de aquel matrimonio. Le introdujo en Palacio como Gentilhombre y otros empleos íntimos al lado del Monarca, cuyo afecto logró recabar el intruso en términos que despertaron los celos del propio Olivares y la no infundada sospecha de que intentaba suplantarle en el favor del Rey don Felipe.

Entonces ya no pensó el Conde-Duque más que en destruir su propia obra, y de acuerdo con su mujer, que aborrecía á sus cuñados y sobrino, sacó del arroyo aquel hijo tanto tiempo abandonado, á quien escogió para señor de toda su casa, de la que desheredaría al ingrato deudo.

Hay quien afirma que el atrevido reconocimiento de Julián Valcárcel no fué más que un ensayo, en connivencia con Felipe IV, para ver cómo el pueblo español recibía el del real bastardo don Juan de Austria, hijo de la comedianta María Calderón, que, efectivamente, hizo el Monarca en Abril de 1642. Pero el Rey no necesitaba precedentes inadecuados teniendo el de su gran bisabuelo Carlos V al declarar hijo suyo al futuro vencedor de Lepanto, admitido como hermano por el severo Felipe II.

Fuera de esto, ¿quién soñaba en el siglo XVII en oponerse á la voluntad regia en cosas aún más graves y de mayor transcendencia? Pero no sucedió lo mismo con la audaz declaración de su favorito.

Desligado el Conde-Duque del enfadoso asunto de la Unzueta, que acabó sus días, joven aún, en América, ya no vaciló en hacer pública presentación de su retoño y buscarle nuevo y honroso casamiento que á su omnipotencia no fué cosa difícil. Eligió, pues, la hija de don Bernardino Fernández de Velasco, sexto Duque de Frías y séptimo Condestable de Castilla, y de su primera mujer doña Isabel de Guzmán, hermana del Duque de Medina de las Torres. Llamábase doña Juana de Velasco y era una jovencita de diez y siete años que ya servía como menina en la cámara de la Reina.

El Condestable andaba aquellos días en desgracia de los Reyes, y aceptó sin dificultad alianza que le daba la real benevolencia y medros personales.

Dilató algo el suceso la muerte del Infante don Fernando, hermano del Rey, ocurrida en Flandes en Noviembre de 1641; pero con fecha 15 de Enero siguiente ya pudo Olivares dirigir por medio de los Secretarios de Estado Andrés de Rozas y don Antonio Carnero á los grandes, Embajadores, Prelados y señores de título el siguiente billete:

"Señor mío: Las repetidas instancias de la

Condesa, mi mujer, con el afecto, ansia y amor ejemplar y grande de mi memoria y de otros estrechos parientes y amigos y, sobre todo, la obediencia de los Reyes (que Dios guarde) que repetidamente me lo han ordenado, me han obligado á declarar y poner en estado de casamiento con la señora doña Juana de Velasco, hija mayor del señor Condestable de Castilla, mi primo, á don Enrique Felípez de Guzmán, prenda de yerros pasados, que deseo represente dignamente la memoria de mi gran padre y disculpe mis errores y poco digna memoria. Y por cumplir con la obligación que debo á la casa de vuecencia le doy cuenta desta resolución y de que cuanto hubiere en la mía estará siempre á la disposición de vuecencia, á quien guarde Dios.—*Don Gaspar de Guzmán.*"

Meses antes había sacado ya Olivares á su hijo de bajo la férula de don Bartolomé de Legarda y dádole por mentor á Juan de Vega, Conde de Grajal, primer Caballerizo del Rey y primer dechado de agudos y discretos palacianos. Dióle, además, habitación en el Real Sitio del Buen Retiro, y púsole casa con gentileshombres, pajes, criados y estado de gran señor.

Apresuráronse las dos hermanas menores del Conde-Duque á reconocer y visitar á su nuevo sobrino; más á regañadientes la mayor, su marido el Marqués del Carpio y el hijo de ambos don Luis de Haro, contra quien iba urdida esta

maraña; pero que, haciendo al mal tiempo buen semblante, visitó y agasajó á su primo.

Venía el joven Enrique á Palacio á ver á su padre, que poco á poco le fué introduciendo con los Reyes, como su gentilhombre y aun con el Príncipe Baltasar Carlos, quien, á instancia de su aya la Condesa de Olivares, manifestó una gran simpatía al nuevo reconocido.

Al fin, á las cinco de la tarde del martes 21 de Enero de 1642, día de Santa Inés, elegido por la Condesa de Olivares por ser el suyo, se firmaron en Palacio las capitulaciones medio de secreto por el reciente luto de los Reyes.

A la puerta del gabinete más íntimo del Conde-Duque, ó sea el de su dormitorio, costumbre singular de la época en actos de esta clase, en una pieza en que por las noches solían formar tertulia la Condesa y otras damas, acomodáronse en ricas sillas de damasco el Conde-Duque, su mujer, el Condestable de Castilla y su hermano el Marqués del Fresno (don Luis Fernández de Velasco), y al otro extremo, en taburetes, el Protonotario de Aragón don Jerónimo de Villanueva y el célebre poeta don Francisco de Rioja, que habían de servir de testigos.

El Secretario Antonio Carnero leyó los contratos en que se estipulaba lo que el Conde-Duque daba á su hijo y la dote de su prometida. Olivares traspasaba en don Enrique sus oficios de Indias y de Aragón, que eran vendibles; otros cuatro oficios que gozaba en Sevilla; dos mil va-

sallos de que el Rey le había hecho merced en la villa de Mairena y otras de su contorno; cuatro mil ducados de renta en un juro perpetuo sobre las alcabalas de la villa de Madrid y otras mercedes; en todo más de cincuenta mil ducados anuales. El Condestable prometía para dote de su hija cuatro mil ducados de renta de que le estaba hecha merced; otros mil y quinientos ducados de pensión sobre un juro y ajuar y demás cosas pertinentes.

El novio, que se hallaba en el dormitorio de su padre oyendo lo que se leía, salió al firmar los contratos y, con respetuosa insistencia, pidió la mano al Condestable su suegro para besársela; mas éste le levantó y abrazó, tras de lo cual se volvió don Enrique á su retiro.

Levantóse entonces la Condesa-Duquesa y salió á buscar á la novia doña Juana, que estaba retraída en otra cámara, y la condujo de la mano. Alzóse de su asiento el de Olivares, anduvo cuatro pasos para recibirla y, al acercarse, dobló doña Juana la rodilla pidiendo humildemente la mano á su suegro, quien la hizo levantarse con la mayor cortesía.

Sentáronse todos de nuevo y á poco salió otra vez la Condesa y fué adonde estaban los Reyes, con quienes y con el Príncipe de Asturias volvió hasta el cuarto de este último, que era el más próximo al de la Condesa y donde los Reyes aguardaron la visita de los novios y de sus padres, que fueron á besarles la mano.

Estaban los tres sentados en sitiales de terciopelo carmesí y cojines bajo de los pies. Felipe IV, que frisaba entonces en los treinta y siete años, era de mediana estatura, no muy rico de carnes, blanco y rubio. Tenía el rostro alargado y el labio inferior algo caído y más grueso que el de arriba, apenas cubierto por el escaso bigote, muy relevado hacia los ojos, el resto afeitado. La piel de su rostro y manos finas y hermosas era de una delicadeza y transparencia cristalinas tal, que dejaba claramente ver el color azulado de las venas. Lo característico de su rostro eran los ojos de un azul claro que expresaban gran dulzura y ánimo tranquilo. El conjunto de su persona era noble y majestuoso, pero impregnado de natural sencillez que inspiraban á la par simpatía y respeto.

La Reina doña Isabel, siempre hermosa, con su estatura aventajada, no exenta de carnes, pero bien distribuídas; color blanco, cara bien tallada y de curvas suaves; pelo y ojos negros, éstos muy hermosos y brillantes; hallábase en la plenitud de su vida: tenía dos años más que su regio consorte.

El príncipe Baltasar Carlos, que andaba en los trece años, parecíase más á la madre que al Rey, así en el corte y figura de su rostro como en el color de su pelo y cejas. Sus maestros descubrían en él cualidades dignas del puesto que habría llegado á ocupar si la muerte no le atajase antes de cumplir los diez y ocho años.

Recibieron con agrado á los jóvenes desposados. El Rey se entretuvo con don Enrique breve rato, y la Reina le dijo:

—No sólo sois hijo de la Condesa, mas también lo habéis de ser mío.

¿Qué dirían si pudiesen oir esto los pícaros y desgarrados compañeros del antiguo Julián Valcárcel?

Despedidos de los Reyes volvieron al lugar de la firma, y la de Olivares entregó á doña Juana un aderezo de diamantes compuesto de banda, arracadas, brazaletes, clavel, santico y broche, valorado en cuatro mil setecientos ducados. A este punto salieron las Marquesas del Carpio y Alcañices y la Condesa de Monterrey á felicitar á sus sobrinos.

Acercóse luego don Enrique á su prometida y, habiendo hincado la rodilla en el suelo, presentóle en una curiosa salvilla de plata una banda de diamantes que había costado más de cuatro mil ducados, y en aquella postura galante permaneció hablando con su futura cerca de media hora.

Fueron llegando sucesivamente don Luis Méndez de Haro, que hizo muchas cortesías y fiestas á su primo; el Conde de Monterrey, que también agasajó á los esposos y trató de "excelencia" á don Enrique.

Obsequiaron los Condes á los reunidos con merienda y duró la conversación hasta las nueve, hora en que don Enrique se despidió y, acompañado de muchas personas y criados, se fué al

Buen Retiro. Unos y otros asistieron á la ceremonia con los mismos lutos que traían por la muerte del Infante Cardenal; de modo que no hubo ocasión de lucir trajes ni ricos adornos.

En los duelos rigorosos todos los empleados y adscritos á la Real Casa usaban unos capuchones de perpetuán ó bayeta negra en invierno y de seda ó tela ligera en verano que les bajaban hasta el suelo. Pasados tres meses comenzaba el alivio, en que los hombres vestían sobre las ropas unas sotanillas de las mismas clases que no pasaban de las rodillas y con mangas muy abiertas y largas que dejaban ver el interior del traje con adornos, pero aún de color obscuro. Las mujeres vestían igualmente sobre las ropas y basquiñas unos mantos largos, pero muy transparentes, que iban poco á poco recogiendo cada mes hasta que se reducían á su tamaño corriente. Los primeros días de la muerte de un Rey ó un Infante ofrecía el Palacio Real un aspecto muy extraño, como de convento, pues no otra cosa que frailes semejaban criados y oficiales de Secretarías con sus largos y negros hábitos.

Al siguiente día escribió el Condestable á sus deudos y amigos este papel: "Señor mío: Juana, mi hija mayor, se casa con don Enrique Felípez de Guzmán; vuecencia se huelgue conmigo, como es razón. Guárdeme Dios á vuecencia muchos años.—*El Condestable.*"

Todos celebraron aparentemente el suceso, menos la hermana de don Bernardino doña Maria-

na de Velasco, casada con el entonces Marqués de Villanueva del Río, hijo del Duque de Alba, que le escribió desde Sevilla diciéndole que para casamientos de tal clase hubiera bastado con el que el propio Condestable había contraído con la hija del Marqués de Toral.

Y el mismo día fueron á visitar al nuevo magnate los Consejeros, Embajadores, Cardenales, Grandes de España y títulos de Castilla, esto por la mañana; y á mediodía, en unión de todos ellos con veinticuatro coches que se juntaron, vino á Palacio á saludar á su padre. Por la tarde, y acompañado de otros muchos señores que se quedaban en las antesalas, devolvió sus visitas al Presidente de Castilla, á su suegro, á sus tías y á otras personas muy señaladas. En adelante tuvo siempre á su mesa gran número de convidados.

Por la noche iba al cuarto de la Condesa y cenaba con ella en un bufete bajo, sentado *more turquesco* en unas almohadas, y antes y después hacía la corte á su dama. Don Enrique comenzó, desde luego, á usar el título de Marqués de Mairena.

Llovieron sobre los novios felicitaciones y regalos. El Cardenal Borja envió á doña Juana como obsequio de Pascuas cuatro cargas de dulces, dos de batatas y limones; muchos pares de perdices, pavos y capones; una cesta de cuero de ámbar grande guarnecida de plata y dentro de ella una beca, una calderilla de plata dorada con unos óvalos dorados por dentro y unas se-

ras guarnecidas de oro con esmalte blanco; un estuche y cajuela de porcelana y otras joyas semejantes.

La ciudad de Sevilla dispuso que viniesen á dar la enhorabuena al hijo de Olivares tres caballeros veinticuatros y un jurado. Salió don Enrique á recibirlos á un cuarto de legua en unión del Conde de Grajal y entraron en el mismo coche. Visitaron también al Conde-Duque, á la novia y al Condestable, siendo muy agasajados de todos.

Los reinos, Indias y virreinatos les ofrecieron regalos de precio, descollando entre todos el Duque de Medina de las Torres, Virrey de Nápoles, que envió á sus cuñados: una colgadura de brocado para las paredes, riquísima con su dosel; una alfombra turca con veinticuatro almohadas de brocado igual á la colgadura; una cama, es decir, los paños de ella, de brocado, con las cenefas bordadas de oro relevado; una banda de vara y media de largo y de cuatro dedos de ancho, toda de diamantes, valuada en diez y siete mil ducados; una carroza de cuatro mulas y una litera con dos machos; las telas de la carroza y litera eran de oro; seis caballos napolitanos; dos hacaneas y dos mulas de lujo. Algunos hacían subir el valor del regalo del Duque á quinientos cincuenta mil ducados. Grandes serían las riquezas de la Princesa de Stigliano ó mucho daba de sí el virreinato de Nápoles.

Entablóse la dispensa de parentesco en Roma, que el Papa dilató varios meses deseando cono-

cer antes el pleito de divorcio con doña Leonor de Unzueta. En el intermedio salieron multitud de papeles satíricos contra este suceso que probaron lo profundo del odio que se había ido acumulando sobre el favorito. En el palacio de Frías apareció este pasquín: "Soy la casa de Velasco, que de nada hago asco." En las mismas paredes del Real Palacio se puso este otro cartel: "En esta casa se crían doncellas para niños expósitos."

En el Mentidero de San Felipe el Real corrían y se leían públicamente versos como éstos:

Gran Filipo, rey de España:
un Julián ha prohijado
por hijo de su pecado
el Conde que te acompaña.
Mira, señor, que te engaña;
y si no le das castigo
á tan cruel enemigo,
presto tus reinos verán
los ejemplos de Julián,
y tú los de don Rodrigo.

En otras poesías dábase á entender que el mismo Olivares enderezaba un memorial al Rey, diciéndole:

Vuestra majestad despache
á mi hijo don Julián,
que hoy es el mayor Guzmán
si ayer lo fué de Alfarache.
Y porque el mundo no tache
este hijo aparecido,
de San Plácido ha salido;
que sólo pudo el demonio

deshacer un matrimonio
y hacer un hijo fingido.

Otras veces se presentaba la sátira bajo la forma de un *Enigma*, diciendo el propio don Enrique:

Hijo de daifa (1) nací
y como á tal me criaron;
no sé si me bautizaron,
que me confirmaron sí.
Toda la bribia aprendí;
de gran salto me escapé;
caséme, me descasé
y ya me vuelvo á casar;
estoy en alto lugar,
no sé en lo que pararé.

En una composición, que no se quedó sola, adoptábase un tono de predicción y sombría amenaza, diciendo al Conde-Duque:

Francia os daba el parabién,
el Papa su bendición,
Portugal la colación,
Holanda, *holanda* también.
Casad á Enrique muy bien;
que mientras vos por la villa
la danza y la taravilla
á la boda prevenís,
podrá ser que un rey Luis
se despose con Castilla.

Y á veces la amenaza va enderezada al mismo Rey en estos términos:

(1) Esta palabra es más fuerte en el original.

Advertid al Conde-Duque
que por alcaide le toca
socorrer Fuenterrabía,
si no que vuelva la copa...
Julianillo el jacarero,
es fuerza que la socorra,
el casado por ventura
descasado por Tramoya...
Por casar Enrico octavo
y vivir con mujer otra
se introdujo la herejía
que la Gran Bretaña llora.
A Enrique le han confirmado;
hartas desdichas le informan
nombres de Enrique y Julián:
¡cuenta, Rey, con las historias!

Corrían de mano en mano estos y otros muchos versos; tomábanse de memoria; copiábanse multitud de veces, y al siguiente día de divulgados recitábanse en centenares de casas de la corte y se enviaban con las gacetas y avisos á todos los rincones de la Monarquía.

Pero el Conde fingía ó en realidad despreciaba tales sátiras y libelos, y proseguía acumulando nuevos empleos y honores en el hijo, firme en su propósito de encumbrarle sobre todos.

Resuelto Felipe IV á acudir en persona al teatro de la guerra civil y nacional que ardía en Cataluña, se pensó en que llevase, á más del acompañamiento militar consiguiente, buen número de soldados escogidos que unir á los que ya luchaban en aquella provincia contra franceses y cata-

lanes. Levantóse una coronelía á estilo flamenco, que se llamó del Príncipe por adjudicársele el mando, bien que honorario, y había de constar de quince compañías, aunque no se pudieron formar todas.

Debajo de su bandera alistáronse muchedumbre de soldados veteranos, oficiales reformados y tornilleros de Flandes é Italia, porque el sueldo era grande y pagado de presente. El teniente de la coronelía, también honorario, sería el Conde-Duque; los capitanes deberían tener el grado de maestres de campo; el de sargentos mayores los alféreces, y serían sus sargentos verdaderos capitanes; en fin, una organización parecida á la actual de la Guardia de Alabarderos. El mando efectivo lo tendría don Luis Ponce de León, ilustre y acreditado militar, hermano del Duque de Arcos.

Una de las compañías se puso á las órdenes de don Enrique de Guzmán, y fué la más lucida por conceder mayores pagas. Ya pudo dar muestra de ella ante el Rey á principios de Abril, presentándose muy bizarro de galas y plumas y saludando al Monarca con el flamear de las banderas y el fragoroso estrépito de gran número de trompetas, cajas y atabales.

Con este magnífico aparato galanteaba igualmente á su dama cada vez que, en compañía de la Condesa de Olivares y aunque fuese en el séquito de los Reyes, salía doña Juana de Velasco, caracoleando don Enrique al costado de su carroza.

En el Buen Retiro tenía mesa franca día y noche, y á ella asistían de continuo los jóvenes más conspicuos por la sangre y también por sus abiertas costumbres, como eran los hijos del Marqués de Velada, los Marqueses de San Román y de Salinas, el hijo del Marqués de Orani, el Almirante de Aragón, el Marqués de Almenara y otros muchos.

El día 26 de Abril, á media tarde, salió, al fin, el Rey de Madrid con numeroso acompañamiento de Grandes, de títulos, Secretarios y cuatro escogidas compañías de caballos que para su guarda se habían sacado de las tropas de la coronelía del Príncipe. Eran capitanes de ellas los Duques de Veragua, de Arschot y de Villahermosa y el Conde-Duque, gobernando por él el Conde de Oropesa. Detúvose en Aranjuez, donde veinte días más tarde fué á reunírsele Olivares con los demás Ministros, y continuaron el camino de Aragón con más espacio del que pedía el estado de las cosas. Presentimientos ó temores obligaron al Conde-Duque á otorgar días antes de su salida el testamento en que favorecía á su hijo todo lo que vió serle posible. Acompañóle don Enrique hasta Uclés solamente, porque habiendo llegado, al fin, la ansiada dispensa, tornóse á Madrid, pero sin el padre, que siguió con el Monarca.

El miércoles 28 de Mayo verificóse, como de secreto, el matrimonio de don Enrique en el oratorio de Palacio y por mano del Patriarca de las Indias. Fueron padrinos la Reina y el Príncipe de

Asturias. La novia comió aquel día con la madrina y el novio con el Marqués de Santa Cruz, jefe de Palacio, y con otros muchos señores. Diéronles catorce platos de carne, catorce de huevos, catorce de pescado y catorce de postres, con lo que puede suponerse no habrán pasado necesidad.

La Reina les regaló la cama en que había dado á luz al Príncipe; valía el mueble unos veinte mil ducados. Llegada la noche la Condesa de Olivares, que en todo hacía veces de madre verdadera con don Enrique, condujo á la novia en silla de manos y con numeroso séquito de damas, señores y de criados con antorchas á la casa destinada á los nuevos esposos, que era la del Conde de Chinchón, á la entrada de la calle del Barquillo, un caserón grande de un solo piso, derribada en estos años pasados. En ella les esperaba ya don Enrique, y allí residieron los días de su luna de miel, que no duró más de una verdadera luna. Porque, ultimada ya la formación de las compañías de la nobleza, una en pos de otra fueron marchando á la guerra. El 29 de Junio lo hizo la postrera, la de don Enrique, á quien, como novio, se quiso guardar este respeto.

Salió con lucimiento y grandeza extraordinarios, llevando consigo unos doscientos hombres, casi todos soldados viejos; bien prevenido de dineros, con seis carros de vellón, dos de plata, tres carrozas de mulas y dos carros de campaña. En la iglesia de Atocha se hallaban la Reina y el Prín-

cipe; allí le despidieron, y aquella misma noche volvió á Palacio la joven doña Juana al lado de su suegra la Condesa de Olivares.

Alcanzó don Enrique á la real comitiva en la ciudad de Molina, donde entró en los primeros días de Julio. El Rey vió y examinó despacio tan lucida compañía, compuesta de arcabuceros, mosqueteros y piqueros, y en la noche del 10 juró don Enrique el cargo de Gentilhombre de la Cámara, marchando luego con su gente á Daroca, que se negó á darles entrada, con fundamento en su privilegio de no admitir soldados. Hízolo, sin embargo, á instancias del Protonotario.

Estando en Molina fué cuando dispararon intencional ó casualmente un arcabuzazo al carruaje del Conde-Duque. Dió la bala en la testera del coche, arrancando gruesas astillas, que hirieron al Secretario don Antonio Carnero, que iba en él y al enano llamado *el Primo* que, con un abanico, daba aire al de Olivares. Prendióse á la fila de soldados que más cerca se hallaba, pero nada pudo averiguarse.

El domingo 27 de Julio entró el Rey en Zaragoza con grande séquito y lujoso aparato. Salieron á recibirle más de cien coches de caballeros aragoneses, y en esta capital permaneció varios meses esperando el suceso de sus armas frente á las franco-catalanas.

También aquí obtuvo nuevos honores y dignidades don Enrique de Guzmán. Ya en 28 de Marzo le había el Rey hecho merced de la encomien-

da mayor de Alcañiz en la Orden de Calatrava, y á su esposa doña Juana de Velasco los frutos de la de Villanueva de la Fuente en la de Santiago, que ambas valían más de diez mil ducados de renta. Envióse prontamente á Roma por la dispensa de la irregularidad del agraciado en el siguiente despacho real á nuestro Embajador cerca del Papa:

"El Rey.—Marqués de los Vélez, mi primo, Embajador en Roma. Sabed que á don Enrique Felípez de Guzmán, hijo del Conde de Olivares, Duque de Sanlúcar la Mayor, he hecho merced del hábito de la Orden de Calatrava, no embargante que no sea habido de legítimo matrimonio. Y porque conforme á las *Definiciones* della es necesaria dispensación de Su Santidad para poderle tener, supliendo este defecto, os mando que, en recibiendo esta carta se la pidáis en mi nombre y que sea en la forma más favorable que se pueda, y el breve que se expidiere me lo remitáis á manos de Jerónimo de Lezama, mi Secretario y de las Ordenes, que en ello me serviréis. De Madrid á 29 de Marzo de 1642.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey nro. Señor: *Gerónimo de Lezama.*"

Y á la vez al encargado especial que ante la misma corte teníamos se envió este otro despacho:

"El Rey.—Don Juan Chumacero y Carrillo, de mi Consejo y Cámara, que á cosas de mi servicio asistís en Roma. Sabed: que teniendo consideración á los muchos y buenos servicios de

don Gaspar de Guzmán, Conde de Olivares, Duque de Sanlúcar la Mayor, he hecho merced á don Enrique Felípez de Guzmán, su hijo, de la encomienda mayor de Alcañiz en la Orden de Calatrava, que está vaca por muerte del Conde de Sástago, con calidad de que si él muriese antes que doña Juana de Velasco, hija del Condestable de Castilla (dama de la serenísima Reyna doña Isabel, mi muy cara y muy amada mujer) con quien está concertado de casar, sea ella la heredera de la referida encomienda." En lo demás, como el anterior, y su fecha 1.° de Abril de 1642.

Venida la dispensa de lo religioso le concedió el Rey la suya en Zaragoza el 6 de Septiembre para que pudiese recibir el hábito de manos de un fraile. "Tengo por bien—dice la orden—que un religioso de cualquiera de las Ordenes de Santiago ó Alcántara, ó de San Benito ó San Bernardo ó de otra cualquiera religión pueda dar el hábito de Calatrava á don Enrique Felípez de Guzmán, Marqués de Mairena, sobre que dispenso por esta vez como Administrador perpetuo de la dicha Orden de Calatrava por no haber al presente en esta ciudad ningún religioso della." Hízose así é inmediatamente entró en posesión de los frutos de aquella rica encomienda. Entonces se le prometió también la Presidencia de Indias y el cargo de ayo del Príncipe. Tuvo hospedaje dentro de Palacio, donde le cortejaban y adulaban todos los capitanes y jóvenes caballeros, que veían en él

al futuro privado y primer Ministro de la Corona de dos mundos.

Sucedió, en tanto, el fracaso de la empresa sobre Lérida que tan mal parada dejó la reputación que, como General, gozaba el Marqués de Leganés, y desesperanzado el Rey de que nada serio pudiese intentarse ya durante el invierno en Cataluña, salió precipitadamente para Madrid el 1.° de Diciembre.

CAPITULO XXI

EL REGRESO

Casi por los mismos días que la real cohorte llegó á Madrid don Félix de Mansilla á disfrutar el descanso que bien ganado tenía después de dos años de continuas fatigas, combates, marchas y peligros de todo género.

Su rostro, moreno y pálido, había adquirido mayor gravedad y expresión viril. No había perdido carnes, antes bien su persona alcanzaba la amplitud del hombre fuerte y sano. Sólo en su frente se dibujaba una rebelde arruga que, ni aun cuando en la conversación tomaba su rostro expresiones diversas, desaparecía por entero. Había también en su ademán, andar y palabra una calma y casi indiferencia que le presentaban más frío é inasequible de lo que realmente era.

Apenas llegado procuró inquirir noticias de su amada doña Isabel, que seguía en Santa Catalina, y de don Alonso, de quien pocos se acordaban ya. Entre los amigos é indiferentes había, no obstante, cambiado de raíz el juicio que su extraña desaparición produjo desde que se vió

ser calumnia todo lo que le imponían, y que dos ó tres parientes suyos, víctimas en la conjuración del Duque de Camiña, habían con su sangre sellado y confirmado la incorruptible lealtad de los Meneses. Casi todos le suponían en Portugal conspirando siempre en favor de España, aunque de cierto nada sabían ni pudieron decir á don Félix.

En las horas interminables de lucha á solas con su pensamiento había el Capitán llegado á la conclusión de que tal vez su conducta con doña Isabel no hubiese sido todo lo caballerosa y recta que era de esperar en quien rendía como él su voluntad á los dos grandes ideales de honor y justicia. Lo primero, no estaba seguro de la traición de don Alonso, por más que los Tribunales lo hubiesen declarado, ya que sólo juzgan por lo que ven y con frecuencia se les esconde el verdadero móvil de los actos humanos. Fuera de eso, parecíale ahora notoriamente contrario á la estricta justicia el que los hijos pagasen culpas exclusivas de los padres. Cierto que le tacharían algunos de poco escrupuloso casándose con la hija de un hombre proclamado traidor, y á él mismo le sonaba muy mal esta palabra cerca de su nombre siempre honrado. Pero el desaire hecho á doña Isabel constituía un segundo y mayor castigo para quien estaba exenta de toda culpa, y, en fin, con ello había don Félix labrado su propia y eterna infelicidad.

Porque, ni en las horas de mortal dolencia, ni

en el combate, ni en el ocio de la guarnición, ni en parte alguna había dejado de tener ante sus ojos la graciosa y tierna figura de la hija de Meneses. Veíala dulce y resignada cuando con frialdad brutal fué á despedirse de ella y notificarle su abandono, y el corazón se le rompía de dolor al considerar cuán sin piedad había tratado aquella alma tan noble y tan pura. Imaginábasela otras veces rebosando su pecho de amor sincero y ardiente decirle mil regalos y dulzuras, ó cuando á la reja le declaraba con tranquila y segura firmeza que sería suya ó de nadie; y entonces, al recordar el bien perdido, volvíase don Félix contra sí mismo y se despreciaba y maldecía un honor que tan caro le costaba.

Desde los primeros días de su arribo comenzó á rondar, aunque sin propósito determinado, el convento que encerraba la mitad de su vida. En una ocasión que á media tarde cruzaba la calle del Prado parecióle ver asomada á la ventana una figura que no era cierto de monja, y hasta creyó oir un leve grito de sorpresa cuando la figura se retiró apresuradamente. Y no fué ésta la sola vez que su ilusión ó la realidad le representaron el tipo de la divina mujer que adoraba parada tras de las rejas de Santa Catalina.

Decidióse, al fin, á escribirle una larga carta exponiéndole el resultado de sus continuas meditaciones en los dos años de ausencia. Pedíale perdón de su grosería, tan dolorosa para él mismo cuanto que nunca había cesado de amarla

con el fervor que en los días primeros de su conocimiento. Mostrábase resuelto á reparar todo el daño causado y arrostrar las consecuencias, fuesen las que quisiesen, si accedía á ser esposa suya; que renunciaría á su carrera y porvenir y ambos irían á sepultarse en las montañas leonesas si la vida cortesana les fuese hostil ó desagradable.

Extrañó no obtener contestación á misiva tan importante luego de saber con certeza que la dama había recibido el papel. Y absorto y abismado en estos pensamientos no advirtió un día, á mediados de Enero, que, distraído, llegaba á la Puerta del Sol el bullicio y extraordinaria concurrencia que había en ella y en las próximas Gradas de San Felipe. Acercóse á ellas y pronto supo que la causa de todo aquel ruido, diálogos y movimiento era la noticia que daban como indudable de la caída del Conde-Duque de Olivares.

Veintidós años de no menguado favor le había hecho casi institución secular é intangible: así es que muchos no lo creían: á otros les parecía estar soñando, y no pocos decían ya, ciertos del hecho como de la muerte: "Es una verdad que parece mentira." ¿Cuál sería el rumbo que seguiría el Rey? ¿Qué haría del caído? ¿Quién se atrevería á recoger herencia tan peligrosa como el gobierno de la Monarquía española en tales circunstancias? Estas interrogaciones que salían de todos los labios con temeroso recelo quedaban sin respuesta.

En tanto el pueblo, una parte no escasa de la nobleza, la clase media y casi todo el clero entregábanse sin freno al placer de comentar cada cual á su modo el fausto suceso. Pronto comenzaron á llover sátiras contra el privado caído: simples epigramas algunas; de forma y tendencia clásicas otras, como *La cueva de Meliso, mago*, que se atribuyó á Quevedo, á quien la caída del Conde abrió las puertas de su encierro, ó las tituladas *Testamento del Conde-Duque* y *Al entierro de Castilla y otros reinos*, sangrientas diatribas y en gran parte calumniosas ó exageradas. Otras parecían excitar al Rey á imponer un castigo ejemplar y cruento al que tantos años había detentado su Corona. De esta clase es el soneto que por aquellos días anduvo rodando por el Mentidero, y que decía:

Subí, privé... mas miento, que el privado
es hoy el rey de cuanto estuvo unido.
Dos reinos y cien plazas le he perdido
y un tío y dos hermanos le he quitado.
La plata de las Indias le he agotado;
ejércitos enteros consumido;
la sangre de inocentes he vertido;
la mágica infernal he consultado.
Un hijo descasé; le casé luego;
paséle del burdel al señorío,
siendo con Dios y con el mundo falso.
Mas como nada dura con sosiego,
Retiro haciendo al Rey, él hizo el mío...
¡Oh verdugo!, ¡oh cuchillo!, ¡oh cadahalso

Don Félix, que nunca había querido tomar partido en las disputas políticas, limitándose á cumplir sus deberes militares por creer que, mientras el enemigo de la Patria está en armas es preciso olvidar todas las disidencias interiores y aunarse hasta vencerlo ó conseguir la paz, oía indiferente los apasionados juicios de la turbamulta de ociosos y reflexionaba que, si todos se hallasen en sazón oportuna en Cataluña ó Flandes con el arcabuz al hombro, otra sería la suerte de España con y sin el Conde-Duque de Olivares.

Transcurridos los primeros días de sorpresa é indecisión aun por parte del Rey, que no sabía qué partido adoptar y seguir para el nuevo orden de cosas, comenzóse á dibujar, no la privanza, pero sí algún predominio de don Luis Méndez de Haro, á quien el Rey consultaba con preferencia los negocios, y, sobre todo, aquellos en que se trataba de enmendar y cambiar el plan del Conde-Duque. Poco á poco fueron retirándose ú obscureciéndose las principales figuras del régimen anterior; volvieron los desterrados y perseguidos por el caído Ministro, para quienes fueron méritos los trabajos y sufrimientos. El Rey quiso dar de mano á sus devaneos y placeres, imprimir mayor actividad á los negocios militares, que era lo más urgente, y se propuso acabar, sobre todo, la funesta y vergonzosa guerra de Cataluña.

En tanto continuaba nuestro capitán Mansilla sin recibir nuevas ni respuesta de su carta, lo que

le tenía indeciso en grado sumo. No tanto le admiraba la descortesía de doña Isabel como temía que fuese la causa olvido y desprecio de su amor, ó tal vez que uno nuevo señorease la voluntad de la doncella. El negro fantasma de los celos surgía y se alzaba ante su vista y acibaraba su alma llenándola de torturas. Iba ya á presentrse en el convento y solicitar una entrevista con la desdeñosa joven, cuando una tarde en que, según costumbre, rondaba la santa casa, vió salir dos tapadas en quienes la voz de su corazón más que el discurso le hizo conocer á doña Isabel y su dueña.

Siguiólas algunos pasos, y viendo que tomaban la dirección del Prado, acercóse sin reparo, diciendo á la joven:

—Muy cruel anduvisteis, señora, en no otorgarme la más mínima respuesta á la carta en que, como pudisteis notar, cifraba yo todas mis esperanzas. Si vuestra voluntad no se ha mudado, para calmar mi suprema impaciencia y mortales temores, y si vuestro corazón tiene otro dueño, para abreviar ya el fin de mi triste vida.

Andando habían llegado á la esquina de la Huerta del Duque. Doña Isabel, á quien al parecer no importaba ser conocida, levantó por completo el velo, dejándole caer natural y graciosamente sobre su cabeza, y entonces pudo apreciar don Félix la ventajosa transformación operada en la persona de la hermosa hija de don Alonso de Meneses. Las amarguras pasadas habían im-

preso en su semblante un sello de nobleza y augusta tranquilidad que inspiraban á la par simpatía atractiva y veneración casi religiosa. A la pérdida de la rosácea é infantil frescura de sus mejillas sustituían la sana palidez y transparencia nacarina que las hacían más delicadas. Sus ojos garzos parecían haberse agrandado y conservaban siempre aquella placidez y dulce mirar embelesadores; su frente, límpida y serena, no retenía señales de haber sufrido las contracciones del dolor angustioso; su boca, cuyos encendidos labios formaban contraste con la nieve del rostro, había alcanzado la forma definitiva en consonancia de la redondez suave del perfil de la cara, y sonreía dulce y luminosa como siempre, descubriendo la inmaculada blancura de los dientes firmes y menudos. El cuerpo, sin haber embarnecido gran cosa, alcanzaba su pleno desarrollo y acentuaba la femineidad de aquella hechicera criatura formada en la turquesa de los ángeles. Su andar era más lento, pero más firme y seguro, sin haber perdido aquel eurítmico é imperceptible balanceo como de diosa, que constituía una de sus naturales gracias.

Iba vestida de riguroso invierno: rebociño de felpa obscura con pasamanos de oro y forrado con raso del mismo color de la felpa, ropa y basquiña de terciopelo rizo y prensado y jubón de tafetán doble con ribete de raso y muchos botones de punta de diamante. Calzaba altos chapines de tafilete dorado y negro sujetos con cintas

de seda, y abrigaba sus manos con una estufilla ó regalillo de finas martas.

Tardó algo en responder á la recuesta de su amante, y dijo:

—No ha sido crueldad, sino dificultad y embarazo en saber lo que había de contestaros. Y aunque hoy tampoco puedo hacerlo de un modo categórico, puedo, sí, daros algunas nuevas que os harán menos gravosa la espera. Esta es la razón que, contra mi costumbre, me ha hecho salir del convento en cuanto os he visto á sus puertas.

—Según eso, me habréis visto otras muchas veces.

—Cierto; pero vamos á lo esencial. Mi padre regresará de un momento á otro. Cuenta, no con el perdón del Rey, que no necesita, pues nunca ha sido traidor, sino con la revisión de su proceso y absolución completa ahora que no le persigue el odio del Conde-Duque.

—Pues ¿en dónde estuvo estos dos años?

—En la frontera portuguesa sirviendo á su nación con su persona, que puso en continuo peligro, y con sus bienes, que expendió en tan justa causa. ¿No habéis oído hablar de un famoso partidario español que llamaban *el Encapuchado?*

—Sí; algo en Cataluña y mucho después que volví á la corte.

—Pues él es. Por intermedio de los dos parientes que habéis visto aquí pudo recoger el valor de su patrimonio portugués, que sabía le había de confiscar el rebelde Duque de Braganza al

proclamarse Rey. Empeñó todos sus bienes de Castilla para levantar y sostener la partida que tanto daño hizo á nuestros enemigos. Y si no hubiera fracasado la conspiración del Duque de Camiña nuestro deudo, hoy estaría en Portugal con sus gentes para sostener el derecho de Felipe IV.

—Entonces resulta evidente, no ya su inocencia, sino su abnegación patriótica, que el Rey premiará como debe.

—Mi padre aspira ya sólo á que le dejen vivir en paz el resto de sus días. Ahora bien: cuando vos me abandonasteis, mi padre, á quien se lo comuniqué, tuvo tal sentimiento que no sabré cómo encarecéroslo. Expresó su contrariedad diciendo que de vos era de quien menos esperaba tal descrédito...

—Pero yo...

—No os disculpéis, pues á mis ojos lo estáis harto; pero mi padre, en su inflexibilidad de principios, así como no cabe en su pecho falsía, así no acierta á comprender que los demás, que no están dentro de su alma, sólo puedan juzgar por los hechos, mostróse profundamente irritado de vuestra conducta; me prohibió que volviese á acordarme de vuestro nombre y ofreció hallarme colocación tan ventajosa como la vuestra. Ved aquí por qué no me era dable contestar de un modo terminante á vuestras nuevas protestas.

—Pero vos—replicó don Félix lleno de inquietud—no consentiréis en esos proyectos.

Detúvose un momento doña Isabel; pero, sin

la menor alteración en la voz ni en el semblante, dijo con el tono más dulce de su voz:

—Ya os he dicho, don Félix, que sería vuestra esposa ó de nadie. Escribí á mi padre rogándole desistiese de toda idea de matrimonio; que pues el cielo quería traerme de continuo al claustro en que pasé mi primera juventud, en él acabaría mi vida cuando me faltase la égida paterna. No he profesado porque no pienso en dejar solo á mi padre, y porque, si he de decir todo lo que siento, abrigo una leve esperanza de que logréis reconciliaros con él.

—Ese es ya mi más ardiente deseo. Veré á don Alonso, me postraré á sus plantas, impetraré su perdón y tendrá que matarme ó que concederme vuestra mano.

—Dios lo quiera—suspiró la joven.

—Y en tanto que ese feliz momento llega, ¿no podré hablaros como antes?—agregó Mansilla.

—Como antes no, pues, como veis, estoy en el convento. Mi padre debe llegar pronto. Hace muchos días que supo la caída de Olivares, suceso que esperaba para cambiar de vida y que había previsto alumbrado más de su deseo que de su entendimiento. Tened calma hasta entonces y dadme licencia para regresar antes que cierre por completo la noche.

Hiciéronlo así; entróse la dama en su reclusión y subió don Félix calle arriba hasta su casa con el corazón abierto á la esperanza.

Antes de llegar á su vivienda detúvose algún

rato en el Mentidero, donde los rezagados y empedernidos murmuradores daban la postrera mano á las glosas y comentos de las más recientes novedades.

Allí supo cómo el Conde-Duque, no resignándose con su desgracia, había puesto en juego todos los medios para volver al favor del Monarca, haciendo que su mujer se arrojase á las plantas de la Reina, como si ésta no fuese interesada en la caída del Ministro, que, al fin, tuvo que salir de Palacio y retirarse á su villa de Loeches.

Muy pocos días después llegó, en efecto, don Alonso de Meneses; presentóse al Rey, que le recibió con su afabilidad ordinaria Oyósele en justicia, acudiendo á la ficción de no haber don Alonso sabido que se le citaba en juicio criminal. Contestó satisfactoriamente á todos los cargos que ahora redundaban en favor suyo; casóse la sentencia en que se le declaraba traidor; se le devolvieron todos sus bienes secuestrados y hasta se le propuso al Rey para una recompensa digna de sus sacrificios y amor á la Patria.

Ofreciósele el cargo de Oidor del Consejo Real, que rechazó, diciendo que ya no deseaba más que vivir quietamente en su casa; en fin, la fortuna, largo tiempo hostil á este hombre, parecía querer abrumarle con sus favores ahora que él no los ansiaba.

Esperó don Félix á que don Alonso y su hija quedasen instalados en su antigua casa; y no atreviéndose á recibir personalmente el primer cho-

que hasta disipar el encono que suponía abrigaría en contra suya, escribióle una respetuosa carta solicitando el olvido de lo pasado y la concesión de la mano de doña Isabel.

Al día siguiente recibió en respuesta este billete: "No siendo decoroso para vos entrar en la casa de uno á quien declarasteis traidor, ni por la misma razón que yo vaya á la vuestra, mejor será que para tratar los puntos que indicáis en vuestra epístola nos veamos en lugar solitario, por ejemplo, las tapias de la huerta de los Agustinos Recoletos, donde os esperaré desde las tres de la tarde. Guárdeos Dios como desea *Don Alonso de Meneses.*"

En un piélago de confusiones dejó á don Félix el laconismo y sequedad de la carta. No ignoraba que el lugar designado era el que solían elegir algunos caballeros para ventilar casos de honra; pero no creyó que fuese un reto lo que don Alonso le intimaba.

Dejó la carta en el bufete de su aposento; comió poco y de prisa y salió al lugar de la cita, donde ya se hallaba el de Meneses.

Aunque afeitada la barba que le había servido de disfraz mientras fué guerrillero, dejando solos bigote y perilla que siempre había usado, no por eso estaba menos desconocido el veterano caballero. Su cabeza y mostacho habían encanecido; el color de su rostro habíase puesto moreno y asolanado; las facciones, más enérgicas; la mirada, más dura; los movimientos, más nerviosos y

rápidos en razón de la menor abundancia de carnes que traía de la guerra. Vestía de capa y espada á lo cortesano y todo de negro; pero el aire y aspecto marciales que eran su distintivo ordinario habíanse acrecido visiblemente, y ahora sí que podía decirse que al verle se hallaba uno ante un verdadero soldado.

Recibió con arrogancia, contestando fríamente al saludo expresivo y respetuoso de Mansilla y, sin más preámbulos, le dijo:

—Os habrá extrañado, caballero, el lugar que señalé para responder á vuestra demanda, aunque si paráis mientes en ello quizá convendréis en que es el más adecuado á fin de que podáis darme satisfacción en la forma en que lo hacen los nobles de los agravios que habéis osado inferirme.

Esperaba ya don Félix algo semejante á este *ex abrupto* y, revistiéndose de calma y mansedumbre, le respondió:

—El error cometido por mí, señor don Alonso, al apreciar vuestra conducta fué, dejando á un lado el fallo de los Tribunales, el mismo en que cayeron vuestros más íntimos y leales amigos é hijo de vuestra extraña y misteriosa ausencia. Más bien pudiera yo mostrarme quejoso de vuestro silencio y desconfianza conmigo; yo...

—Vos—interrumpió el otro—no erais mi pariente y no tenía por qué haceros partícipe de mis proyectos.

—Pero sí el prometido de vuestra hija.

—¡Valiente promesa, que habéis roto al primer contratiempo!

—Sea así, pues vos lo queréis. Reconozco mi falta y la reconoceré siempre y en todo lugar. Os suplico me perdonéis ó me impongáis el castigo que os cuadrare, como no sea el de privarme de vuestra amistad.

—No la merece el que por un solo instante pudo creerme traidor á mi Patria. Pero no es para dilucidar este extremo á lo que hemos venido aquí; yo sé olvidar las ofensas de mi amor propio. Pero no es lo mismo al tratarse de la afrenta que habéis causado á mi hija; el desprecio injusto é ignominioso que habéis hecho de su persona, deshonrándola á los ojos de todo el mundo al abandonarla como á una vil mujerzuela.

—Confieso igualmente mi delito y harto lo he expiado en los dos años corridos desde entonces. Pero toda vez que me ofrezco á reparar el mal causado si vos queréis dármela por esposa, creo que nada me queda por hacer.

—Para ella quizá fuese satisfacción bastante eso; pero no para mi honor ni para mi sangre. Creerían todos que yo os rogaba con lo mismo que habéis desdeñado, y como esto no es posible ni que Isabel sea ya nunca mujer vuestra después de haberla desechado y ella está deshonrada á los ojos del mundo, y más aún la habéis hecho infeliz para toda su vida inspirándole un amor detestable, comprenderéis que no hay otro reparo

á mi honra mancillada que el usual entre caballeros. Y creo hemos hablado ya con exceso sobre negocio tan claro y patente; hablen los aceros.

Y diciendo y haciendo desenvainó el suyo. Pero don Félix, sin moverse, repuso con el tono más mesurado que pudo adoptar:

—Permitidme aún, don Alonso, una observación, la última. Creo que abultáis y desnaturalizáis el menoscabo que hayan podido recibir vuestra honra personal y vuestra nobleza hereditaria. Siendo notorio que lo sucedido procede de un error, deshecho y esclarecido éste por el Rey mismo y vueltas las cosas al estado que tenían antes, nadie podrá achacar á humillación vuestra lo que más bien lo es mía, puesto que recojo lo que sólo por un funesto engaño he podido rechazar para mi desdicha.

—Caballero Mansilla. La magnitud y calidad de las ofensas no es al ofensor á quien incumbe el graduarlas, sino al ofendido. Por más sofismas que empleéis siempre resultará que hubo un momento y no corto en que considerasteis á mi hija indigna de vos. Este desprecio inmerecido que ninguno de mi raza hubiera soportado me obliga hoy y siempre á negárosla por esposa; antes la encerraré en un convento, antes le daré muerte por mi mano. Con que defendeos.

—Tenéis razón —exclamó el joven ya fuera de juicio—. Sin ella ¿para qué quiero la vida?

Y sacó la espada. Pero en el acto mismo reflexionó que, fuese cualquiera el resultado del

duelo, perdía á doña Isabel para siempre. Imaginó que, desarmando al testarudo anciano daba una tregua al conflicto que acaso la dama podría ir lentamente desatando; hizo algunas tentativas, pero en vano: era un puño de hierro con el que tenía que habérselas. Comprendiólo don Alonso y comenzó á menudear sus arremetidas en términos que harto hacía don Félix en cubrirse y parar tan fieras estocadas y altibajos. Loco ya de dolor y desesperación iba á dejarse traspasar cuando repentinamente surgió como una aparición una mujer que, descubriendo su rostro, arrojóse decidida en medio de las espadas, gritando:

—Antes de mataros atravesadme el corazón, pues á mí es á quien verdaderamente asesináis con vuestros inicuos rencores.

En poco estuvo que la espada de don Alonso no lo hiciese. Don Félix, como más dueño de sí, bajó prontamente la suya y se apartó, exclamando:

—¡Doña Isabel!

Inclinó también don Alonso su arma y, poseído del mayor asombro, dijo con voz ronca:

—Isabel, ¿á qué has venido?

—A que de una vez acabes con tu hija ya que parece que tal es tu sino y el mío—dijo ella, soltando la presa de sus lágrimas y sollozos desgarradores.

Y sin darle tiempo á reponerse postróse de hinojos y, abrazándose á las rodillas de su padre, murmuraba, mezcladas con su llanto, palabras que no se comprendían.

Don Alonso estaba de pie, silencioso, con la espada desnuda á guisa de bastón y sin moverse; don Félix contemplaba la escena sin alcanzar modo de intervenir en ella. Al fin, tomando su acero por medio de la hoja, acercóse al grupo y, doblando la rodilla, depositó la espada á los pies de don Alonso, diciendo:

—Señor: perdonadme siquiera por el inmenso dolor de esta inocente. De aquí no me levantaré sino perdonado ó muerto.

Desprendióse doña Isabel, y tomando la mano de don Félix que estaba á su lado, dijo con acento de infinita ternura:

—¡Padre, perdonadnos!

Entonces se vió claramente reflejada en el rostro de aquel empedernido campeón del honor la terrible lucha que su corazón, bueno y justo, sostenía con su pensamiento obcecado y temeroso del juicio ajeno. Al fin se ablandó aquel duro y nunca rendido pecho; dejó caer la espada, levantó á los dos jóvenes con un abrazo á cada cual, los atrajo á sí y, poniendo en medio de ambos su noble cabeza, fundiéronse las tres almas en un estrechísimo abrazo.

Pasados los momentos de muda expansión y luego que los dos caballeros recogieron sus armas y las volvieron á las pretinas, hubo de preguntar don Alonso:

—Pero dime, Isabel, ¿cómo pudiste saber de este encuentro?

—Eso me toca á mí explicarlo —contestó Gra-

jales, que se venía aproximando con la doncella de la dama—. Habiendo observado la preocupación y disgusto que en mi amo produjo la lectura de la carta que recibió antes de la comida quise saber el motivo, y con alegría vi que al salir la había dejado olvidada sobre su bufete. Con esta penetración que poseemos todos los hijos de Villada, mi patria, adiviné que citar á mi amo para los Recoletos no sería para devoción, pues otras iglesias y conventos hay más próximos. Corrí á la calle del Barquillo con el billete; leyólo doña Isabel y, sin calzarse los chapines, cosa que parecerá increíble, ni aguardar á que le pusieran el coche, cosa más increíble aún, llevándonos á remolque á mí y á Julia, que está presente, con la velocidad propia de toda mujer que siente malograrse su casamiento si se descuida, hemos venido á tiempo de ver cómo á espaldas de la huerta de un convento de las afueras se abrazan tres personas que muy bien y más cómodamente pudieran haberlo hecho en su casa.

Sin hablar más, pues los otros tres iban hondamente conmovidos, doblaron por delante de la iglesia, que todos saludaron; cruzaron el *Prado*, que por este lado se llamaba *de los Recoletos,* y atravesando callejuelas hoy desaparecidas, desembocaron en la del Barquillo y entraron en la casa de don Alonso.

CAPITULO XXII

DESENLACES

CAÍA la tarde, una de las más hermosas y dulces del mes de Junio. Sentados cerca de la gran vidriera que daba al jardín de su casa estaban don Alonso y su hija Isabel.

En el viejo advertíase un notable y favorable cambio de fisonomía: ni su frente mostraba tan pronunciados sus pliegues y arrugas, ni tenían sus ojos la habitual dureza, ni, en fin, en el semblante había sombra ni veladura, sino que aparecía limpio y despejado.

Más visible era todavía el contento en el rostro de doña Isabel, que, vestida con el desgaire casero, estaba encantadora en su hermoso desaliño. Rivalizaban sus colores con los de las telas claras y ligeras que velaban su cuerpo, y no eran más frescas que sus labios y mejillas las encendidas rosas que ornaban su cabeza y seno. Su nativo buen gusto hacíale preferir como adorno en la estación de las flores á éstas mismas, y no los

artificiales de joyas de oro y piedras ricas y exóticas.

Como prosiguiendo una conversación empezada, decía la joven con su dejo y retintín mimosos:

—¿Creéis, padre, que darán á Félix algunos meses de licencia antes de volver á Cataluña?

—Seguramente —contestó con tranquilidad el padre—. Tu marido viene sirviendo á su Patria hace diez años casi sin descansar y ha recibido dos graves heridas; bien merece que ahora que acaba de casarse tenga algún reposo.

Un ruido que se oyó en la parte de afuera de la habitación suspendió el diálogo. Abrióse luego la puerta y apareció en ella el capitán Mansilla sonriente. Levantóse instantáneamente doña Isabel y corrió hacia él, presentándole su frente, que el galán besó con suavidad á la vez que cercaba su talle con el brazo. Pero en el acto retiróse la joven algo sonrojada al ver que su esposo no venía solo, sino que le acompañaban otros dos caballeros á quienes Grajales recogía las capas y sombreros, y que ó no vieron ó no quisieron ver la efusión conyugal de la dama.

Entraron en la sala, y don Félix dijo en alta voz:

—Ante todo os diré que traigo buenas noticias. Compadecidos los señores Consejeros de la soledad de mi querida esposa han prorrogado mi licencia por el tiempo que yo conceptúe necesario usar de ella.

—No porque lo afirméis en tono irónico—re-

puso doña Isabel—es menos cierto lo que decís. Si os fueseis á la guerra yo me iría también á vuestro lado.

—Entonces ¡ay de catalanes y franceses! —dijo entrando uno de los acompañantes del Capitán—. Vuestros ojos, señora, los convertirían en cenizas; y á tanto no debe aspirar el Rey de España, puesto que perdería unos vasallos que, vueltos á su obediencia, podrán ser lo que fueron hasta este negro momento de su rebeldía.

—Siempre seréis poeta burlón y satírico, señor don Juan de Salas —respondió doña Isabel—. ¿Qué os han hecho mis ojos para que no los perdonéis, ni aun cuando como ahora debierais estar predispuesto á la benevolencia?

—Tiene razón mi hija —exclamó don Alonso—. Y perdonad, señor don Juan, que antes no os haya dado mi más cordial enhorabuena por vuestro empleo en la Secretaría de Estado. Tiempo era de que los que nos gobiernan pensasen en utilizar vuestros grandes estudios.

—Desde que al monstruo devorador de España se han quebrado las fauces toda rehabilitación y mejora será posible si el Rey quiere —dijo con voz fuerte llegando también á la saleta un hombre anciano que, con lerdo paso y renqueando, se acercó adonde estaba el de Meneses, añadiendo—: Beso las manos de mi señor don Alonso y le doy mil parabienes de la adquisición que como yerno ha hecho de mi querido amigo y compañero de hábito don Félix de Mansilla.

Levantóse vivamente Meneses y, encaminándose al recién llegado, exclamó:

—¡Oh mi señor don Francisco de Quevedo, cuánta alegría experimento en volveros á ver! La misma causa ha permitido que hayáis podido vos romper las cadenas de vuestra cárcel y regresar yo de mi inicuo destierro.

La caída de Olivares había, en efecto, abierto las puertas del convento de San Marcos de León al célebre polígrafo; pero, tan quebrantado de salud y abatido de ánimo, que parecía llevar la muerte en el semblante. Ya no era aquel hombre vigoroso de rostro sano, melena de león, bigote negro retorcido y mirada enérgica á través de sus redondas gafas de córnea armadura que nos ha conservado el retrato velazqueño; los años, las enfermedades y, más que nada, la cólera, el despecho y rabia nunca domeñados en los cuatro años de encierro, habían arruinado su varonil entereza.

Encanecido, flaco y torpe en sus movimientos le devolvieron al mundo las humedades leonesas. Había también perdido su humor satírico y maleante. Un triste y resignado desaliento fluía de sus acciones y palabras. Sólo mantenía vivo y ardiente su odio al Conde de Olivares y, justo es decirlo, con sobrado motivo.

Sentóse don Francisco enfrente de don Alonso en una silla de cuero de Córdoba y nogal con amplios brazos y grandes y estrellados clavos dorados en asiento y respaldo y, ya reposado, dijo á Meneses:

—Vos no sabíais, sin duda, la grande y dulce amistad que me liga á vuestro hijo político. Es lo único bueno que debí al tirano: haberme dado ocasión de conocer á don Félix. En dos distintas sus visitas y trato han servido de lenitivo á mis penas y de alivio á las pesadeces del encierro. Pero, sobre todo, en los meses que pasó en su patria cuando la muerte de su digno padre hase hecho acreedor á toda mi gratitud. Olvidado yo de todos mis antiguos amigos en prisión tan larga y país tan lejano, sólo él tuvo compasión de mi soledad, y á la vez que su juvenil entusiasmo vertía una gota de miel en mis negras melancolías, fué mi valedor en inexcusables apremios y su providente cuidado siguió aún en favorecerme después de su ausencia.

—¡Por Dios, señor don Francisco! —exclamó el joven algo turbado—. Vuestro generoso corazón abulta y engrandece insignificantes atenciones equiparándolas á la voluntad con que os fueron ofrecidas.

—Sea como quiera —interrumpió don Alonso—, gracias al recordar, aunque tardío, de Su Majestad, os tenemos al fin entre nosotros.

—Pero ¡qué diferencia, amigo —añadió Quevedo—, de cuando nos conocimos por vez primera. ¿Os acordáis? ¡Allá en los últimos años del reinado del otro don Felipe! Jóvenes éramos entonces; vos comenzabais con envidiable fortuna vuestra carrera, que deshizo la funesta privanza de Olivares; así como la mía, el ocaso de aquel

radiante sol de la grandeza hispana; aquel Girón á quien la Patria dió en pago de haberle "hecho esclava la fortuna", cárceles y destierros que le condujeron á una muerte aún temprana.

—Pero vos pudisteis con las alas de oro de vuestro ingenio volar á las más enriscadas cumbres de la fama, y ella se encargará de repetir vuestro nombre glorioso á través de los tiempos y por todos los confines del planeta.

Iba á contestar Quevedo; pero le detuvo la entrada de Grajales y una criada de doña Isabel que traían el ordinario agasajo de chocolate, bollos, hipocrás y vino dulce que solía hacerse en las tertulias. Acercó un bufetillo de ébano y marfil á don Alonso y Quevedo, poniéndolo entre ambos á la vera de la puerta de cristales ante la que estaban sentados. En torno de otro mayor de caoba y nácar acomodáronse el poeta Salas, doña Isabel y su marido.

Cuando los criados volvieron á recoger el servicio, que era de cristal de Venecia y loza catalana, entregó Grajales á su amo dos cartas y un paquetito envuelto en una telilla de seda obscura.

Miró el sobrescrito de ambas, y dijo:

—Una es de mi primo don Lope, Corregidor de Villalozana. Veremos lo que dice.

Hizo una inclinación á Salas, como demandándole su licencia, y se acercó á la otra puerta vidriera para leerla, pues la luz escaseaba en la sala por la espesura de los árboles del jardín.

Leyó primero una; rompió luego la nema de

la otra y la leyó también atentamente y echó una mirada al paquetito que había dejado sobre la mesa. Luego, colocándose en medio de los dos grupos, dijo en voz alta:

—He aquí dos cartas que, aunque salidas de muy distintos lugares, tienen entre sí conexiones que, sobre todo á vos, don Francisco, que estáis ya al coriente de los amores de mi primo con la comedianta llamada Armida, que tanto sobresalía al ausentaros de la corte, os suministrarán acaso materia de reflexión y estudio y que á mi buen amigo don Juan podrán inspirar una elegía y un epitalamio.

—¿Cómo podrá ser eso?—exclamó Salas.

—Oid —respondió don Félix—. Esta—mostrándola—es de la ministra del convento de las Trinitarias, que me dice:

"Ayer hemos dado tierra al cuerpo de nuestra hermana Sor Angela de la Penitencia, que lo fué verdaderamente en el corto tiempo que permaneció entre nosotras. No podré con palabras encareceros el arrepentimiento de sus pasados errores y ansia del cielo con que falleció. Sus mortificaciones y atrición fueron espanto más que ejemplo de sus compañeras. Dios misericordioso habrá acogido esta alma atribulada. Por si queréis conservar un recuerdo suyo os envío el libro en que esta segunda Magdalena rezaba; en cada página veréis huellas de sus lágrimas."

Oid ahora la de don Lope:

"Mi querido primo y señor: En todo lo que

resta de mes me casaré en esta villa con una noble y rica mayorazga que se llama doña Luisa de Benayas. La dilación consiste sólo en dar tiempo á que llegue mi hermano, que será el padrino. Si vos no estuvierais tan lejos y bañado aún por la luz de vuestra inacabable luna de miel, os rogaría vinieseis á honrarnos. Vuestro primo, *don Lope.*"

—Este libro—dijo, tomándolo con rapidez doña Isabel—no irá jamás á poder de vuestro primo. Lo conservaré yo como reliquia de esa noble mártir del bienestar ajeno.

—Es el mejor comentario que puede hacerse á las dos cartas—añadió Quevedo.

Salas repuso:

—En cuanto al martirio de la "señora Armida", como en el teatro la llamaban, tengo, con perdón de mi señora doña Isabel, algunas dudas. ¿Creéis que si no hubiese amado á don Lope se sacrificaría por él tal como lo ha hecho?

—Sin vacilar lo creo, supuestos lo grande y delicado de su alma. Los antecedentes del hecho nos inducen igualmente á pensar así. Mas en prueba de sinceridad y de que alcanzo toda la fuerza de vuestra observación, borro y anulo la palabra mártir, ni aun dándole la mayor extensión posible, principalmente por faltar al hecho la cualidad de sufrimiento por una causa justa y muy alta. La sustituiremos por las de "víctima generosa", si os parece. Y ahora quiero á mi vez someter á vuestro juicio otra duda que no ya

ahora, sino cuando Félix me dio á saber la heroica abnegación de esa mujer, se me presentó á la mente. ¿Es lícito semejante sacrificio?

—Dentro de nuestra moral cristiana seguramente que no—respondió Salas.

—¿Debería, pues, dejar morir á don Lope?—insistió doña Isabel.

—Sí, ciertamente... ó casarse con él.

—Lo último sería lo mejor —interpuso Quevedo—, y quizá su ejemplo, aunque lo creyesen acto de loco, serviría para ir desvaneciendo ese y otros prejuicios y falsas ideas que afligen y molestan á nuestra Patria. Lícito, permitido y amparado por las leyes es el arte del teatro; ¿por qué han de ser, pues, indignos aquellos que lo ejercitan?

—Pero ¿no reparan en qué casta de gente es la que á él se dedica?—observó don Alonso.

—Eso no destruye, según pienso, mi argumento. Noble y glorioso es el ejercicio de las armas, y en los ejércitos no escasean los pícaros y rufianes que legítimamente llevan el nombre de soldados y no abaten ni dañan la condición de los demás que forman á su lado.

—Es cierto; pero en lo otro son la mayoría.

—Aunque lo fueran todos no habría razón esencial para que el abuso fuese norma de juicio. Además, esta preocupación mortífera se extiende á otros muchos órdenes de la vida. ¿No creéis vos lícitos y honrados los oficios manuales?

—Claro es que sí, y muy útiles á la república.

—Y, sin embargo, nuestras leyes y, lo que es peor, nuestras ideas y costumbres, los tienen sumidos en la abyección y el desprecio. No solamente cargan sobre ellos los tributos, sino que se considera á los que los ejercen indignos de obtener los cargos públicos y las dignidades.

—El Rey dispensa á veces ese defecto.

—Con las palabras "defecto" y "dispensa" me estáis dando la razón. Y, en fin, aunque el Rey dispense no dispensa la sociedad, que es lo verdaderamente lamentable y peligroso.

—Además, eso da lugar á muy graciosos contrasentidos —agregó Salas—. Por ejemplo: tal pintor famoso, retratista inimitable de la Real Familia, hase hecho acreedor á una recompensa honorífica, el hábito de Santiago, tal vez. Pues el pintor tendrá para llevarlo que probar que ejerce el arte por gusto y deporte y no por oficio. Es decir, que lo mismo que sirve de mérito para el premio le imposibilita de lograrlo, y hay que acudir á una falsedad para salvar contradicción tan patente. Tal poeta que compone lindas comedias, y observad que no se trata aquí de un arte mecánico ó manual, si quiere cruzarse de caballero de Calatrava alegará que las escribe para solaz de Sus Majestades, aunque la mayor parte se las compren los autores de compañías. Tal otro que tiene la desgracia, no imputable á él, de proceder de judíos, moriscos ó luteranos por alguna de sus ramas, tendrá que fabricar una genealogía de todo punto falsa y artificiosa.

—Tiene razón el caballero Salas —agregó Quevedo—. Contrasentido y mentira es todo. Y aun se llega en esto á la más irritante desigualdad é injusticia. Por ejemplo: damos calidad, hábitos y honores á los mercaderes de cualquier nación y quitamos la nobleza á los nuestros si tratan ó mercan y venden.

—Será para recompensarles el favor que nos dispensan al empobrecernos—insinuó Salas.

—Así lo parece al menos —apoyó Quevedo—. El dinero se ha huído de España. Con los premios se ha desvanecido como ruin con honra. Y dentro de poco un real de á ocho se enseñará por dos cuartos, como un elefante. De los doblones puede decirse lo que de los Infantes de Aragón: "¿Qué se hicieron?" En cambio nos han llenado la tierra de vellón; moneda que el que la paga se limpia y se desembaraza, y el que la cobra se ensucia y se confunde. Más vale su incomodidad en trajinarla que su valor.

—Es la consecuencia natural—dijo don Alonso—de haber dado un valor excesivo y falso á tan vil moneda. Un diluvio de cobre acuñado se nos ha entrado por el Pirineo, y nuestros vecinos se llevan en cambio el oro y la plata.

—¡Triste país aquel en que son sinónimos nobleza y holganza!—prosiguió Salas.

—Bien lo podéis decir —añadió Quevedo—. Tres cosas hay que con ser buenas en su origen hacen ridículos á los hombres: la nobleza, la honra y la valentía.

El que desciende del Cid, de Bernardo ó de Gofredo y no es como ellos, más destruye su linaje que lo hereda. ¿Cómo no ha de ser risible el que se contenta con la virtud ajena de trescientos años y ya casi olvidada, sin que por su parte le añada esmaltes, antes bien la desluce y apoca con sus vicios? "Toda la sangre es colorada; la virtud es la mejor ejecutoria, pues aunque el virtuoso descienda de hombres viles y bajos, con divinas costumbres se hace noble á sí y hace linaje para otros."

—Pues ¿qué diremos de la honra mundana? "Muere de hambre un caballero pobre; no tiene con qué vestirse; ándase roto y remendado ó da en ladrón, y no lo pide porque dice que tiene honra, ni quiere servir porque dice que es deshonor. Por la honra no come el que tiene gana donde le sabría bien. Por la honra muere la viuda entre dos paredes. Por la honra se pasa la doncella tristes años casada consigo misma. Por la honra pasan los hombres la mar. Por la honra mata un hombre á otro.... Y es la honra mundana, según esto, una necedad del cuerpo y alma, pues al uno quita sus gustos y á la otra el descanso."

"¿Y la valentía? ¿Hay cosa más digna de burla? Ved qué valientes: salen á robar oro y á inquietar pueblos apartados. Mata uno á otro primero porque no le mate á él..."

—Permitidme, señor don Francisco —interrumpió el Capitán—, observar que sois ahora vos quien hace norma de los abusos y confundís

el valor con el matonismo, y el espíritu guerrero con el pillaje y la piratería propia, por ejemplo, de holandeses.

—¡Oh! Esos lo entienden del mejor modo—exclamó riéndose Quevedo—. "Van por oro y plata á nuestras flotas, como nuestras flotas van por él á las Indias. Tienen por ahorro y atajo tomarlo de quien lo trae y no sacarlo de quien lo cría. Danles más baratos los millones el descuido de un general ó el descamino de una borrasca que las minas." Y en cuanto á lo demás podéis tener por seguro, mi querido amigo, que ni remotamente quise aludir al valor ó valentía puestos al servicio de la Patria, y mal podía hallándome en presencia de dos modelos y dechados de ese valor grande y generoso.

—Y siendo eso así —interpuso Salas—, nada más justo que recompensar y ensalzar á los que á costa de su vida y su hacienda nos aseguran y defienden la tierra y á los que de ellos se derivan.

—Téngolo por evidente; y me alegro de que con esto tornemos al comienzo de nuestra plática. El que indicáis sería, por lo general, el origen de los privilegios y exenciones de nuestros hidalgos; pero luego su ambición fué acumulando ventajas y provechos en su favor á costa de negaciones y prohibiciones á los demás, que convirtieron en vil y despreciable el digno y santo trabajo. Así quedó dividida nuestra Patria en dos clases de personas de tan diferente suerte. Y no sería lo peor si al menos se observara siempre esta sepa-

ración en castas: habría dos Españas, cada cual fuerte y poderosa como hace cien años. Pero desde que se compran fácilmente las ejecutorias de nobleza y ascienden á ella por este y otros medios indirectos los pecheros ó villanos, y al mismo tiempo se mantiene la vileza de los oficios manuales, sólo se han obtenido dos resultados á cual peor: la enorme disminución de las rentas públicas y el abandono y pérdida de aquellos oficios. Todos los españoles quieren ser hidalgos aunque hayan de vivir en la estrechez ó pobreza. La peste de la vanidad invade y corrompe á todas las clases. "Viste el artesano como caballero; suspira el hidalgo por señoría, y está más casado con sus deudas que con su mujer. Sustenta, por parecer señor, halcones, que lo primero que matan es de hambre á su amo con la costa. El señor, por tener acciones de grande se arruina, y el grande remeda ceremonias de rey." En tanto la agricultura se paraliza y apoca por falta de brazos, que se llevan las guerras y las Indias, y los tributos son cada vez mayores y destinados más que á satisfacer necesidades generales á enriquecer deudos, amigos y criados de favoritos y ministros. Ciérranse las oficinas de industrias carentes de maestros y menestrales, ó decaen y degeneran en manos inhábiles y rudas; y dentro de poco, ni Segovia dará sus paños, ni sus armas Toledo, ni Córdoba y Valladolid sus pieles, ni sus ricas sedas Valencia, Murcia, Granada y Sevilla. La pobreza será general,

si ya no puede decirse que lo es, y la miseria afloja todos los vínculos sociales y hasta los domésticos. En los tiempos felices de Isabel, Carlos V ó de su hijo no hubieran prosperado ni un momento insurrecciones como las de Portugal y Cataluña. El temple moral de los hombres bastardea y cede ante la común desdicha, y entonces aparecen y triunfan caracteres como el de don Lope, egoístas y débiles, que sólo anhelan un buen empleo y un matrimonio ventajoso. Por dicha tampoco han de faltar, y esta esperanza nos consuele, hombres como don Alonso y don Félix, prontos y apercibidos al sacrificio en aras de la Patria.

Anochecía por completo cuando se despidieron los extraños; y los de casa, llevando en medio á la dama, radiante de gloria y contento, salieron al jardín á desenfadarse.

¿Quién podría convencer entonces á doña Isabel de que nuestra grandeza nacional se hundía en el abismo acaso para siempre?

CAPITULO XXIII

CONCLUSIÓN

Todos los finales de historias son tristes, porque la muerte es quien les pone término. El autor de la presente obra, que ha deseado hacer verídica hasta en los pormenores, deja que el lector imagine el fin que mejor le cuadre para los personajes de invención, y entra á decir algunas palabras sobre el que tuvieron los de naturaleza real ó históricos.

Destituído el Conde-Duque al comienzo de 1643, se retiró á Loeches, saliendo ocultamente de la corte en la mañana del viernes 23 de Enero luego que fracasaron sus tentativas para ver al Monarca. Confiado en las buenas mañas de su mujer todavía esperaba volver á la gracia real, cuando meses después recibió orden de retirarse á la ciudad de Toro y permanecer en ella. Salió de Loeches el viernes 12 de Junio; pidió licencia para sestear en Madrid, pero la obtuvo sólo para oir misa en el convento de Atocha, donde le vi-

sitaron su mujer, su hijo y don Luis de Haro, encargado de transmitirle la voluntad del Rey. En Pozuelo comió, durmió en Torrelodones y allí fueron á despedirle diferentes señores en número escaso.

En pos de él iba, para acompañarle en el destierro, su hermana la Marquesa de Alcañices, viuda desde algunos meses y dueña del palacio de Toro en que Olivares había de residir. Había, además, perdido don Gaspar á su hermana mayor la Marquesa del Carpio el día de Navidad del año precedente. Ya sólo muertes, enfermedades y amarguras de todo género le estaban aparejadas.

Llegó á Toro otro viernes, 19 de Junio por la mañana, saliendo á recibirle, con vítores populares, el Corregidor y cuatro comisarios de la ciudad; pobre agasajo que pareció satisfacerle entonces tanto como el universal aplauso y rendimiento de otras épocas. Los primeros meses andaba en coche por las calles de Toro y sus afueras; asistía á los cabildos de Ayuntamiento, como Regidor perpetuo que era de todas las ciudades de España (una de sus más pueriles vanidades), y al juego de pelota, única diversión pública que gozaban los toresanos, y concertaba los partidos de los jugadores.

Pero luego, cansado y aburrido, suspendió casi toda comunicación con aquellas gentes. Todavía la proximidad de la guerra portuguesa le movió á interesarse en este asunto, y escribió á Madrid

proponiendo los medios para la mejor defensa de sus provincias colindantes y se ofrecía él mismo á ejecutarlos. Pero no se le respondió: en el ánimo del Rey estaba como muerto.

En tanto había Felipe IV emprendido su viaje á Tarazona y Zaragoza, acompañándole como gentilhombre don Enrique Felípez de Guzmán, que pronto comenzó á sufrir las consecuencias del eclipse paterno. En Zaragoza á duras penas recibió hospedaje: nadie le quería albergar y le traían de una casa para otra, hasta que de orden real pudo hallar acomodo. Sus amigos y aduladores le volvían la espalda ó le ultrajaban perdiéndole todo respeto. Como en cierta ocasión hubiese dado al Secretario y poeta don Antonio de Mendoza el tratamiento de "*vos*", le contestó: "Ni yo soy *vos* ni quiero ser *vos*."

En fin: el martes 3 de Noviembre le ordenó el Rey salir de Zaragoza é irse con su mujer. En un coche de dos mulas emprendió al día siguiente el triste regreso á la corte, donde nueva desgracia había sobrecogido á la familia de Olivares.

La última esperanza y asidero del Conde-Duque acababa de desaparecer. El mismo día 3 de Noviembre la Condesa salió también de Palacio despojada de su cargo de camarera mayor de la Reina. Ya meses antes se tenían barruntos de esta caída. El pueblo, que no cesaba de alimentar odio contra el privado, la venía pidiendo. El día de San Blas, yendo Felipe IV á la iglesia de Atocha con la Reina y en el séquito la Condesa de

Olivares, una tapada arrojó dentro del coche real un papel con esta ridícula copla:

> Ya que habéis hecho lo más
> haced, gran señor, lo menos,
> que es echar de entre los buenos
> la vieja que va detrás.

Y no mucho más tarde, al volver la Reina de las Descalzas, vió su carroza rodeada y seguida de un enjambre de muchachos y algunos hombres de capa negra entre ellos, que gritaban: "¡Viva la Reina sin la Condesa de Olivares!"

Al fin, en la tarde del lunes 2, recibió la orden real por intermedio del viejo Consejero José González. Lloró y se desconsoló á lo sumo. Ya muy noche vino su nuera á buscarla para cenar y se excusó con un gran dolor de cabeza.

Mandó al contralor de la Reina que á las ocho de la mañana siguiente tuviese dispuestos dos coches de las Reales Caballerizas, y á tal hora entraron en una ella, su nuera doña Juana de Velasco, doña Isabel de Ledesma y otra criada, y en el otro, tres criados con el Secretario Navarrete, y sin ruido ninguno penetraron en Loeches. El miércoles y jueves siguientes le enviaron de Palacio sus demás criadas, ropas y algunos muebles.

Allí vino á juntárseles el desterrado de Zaragoza. Pero como por los mismos días llegaron noticias de hallarse enfermo el Conde-Duque con erisipela y tres veces sangrado, se les mandó ir

á Toro á hacerle compañía y asistirle en su dolencia.

Era á mediados de Noviembre (lunes 16) y el invierno se anticipaba rigoroso y ceñudo cuando los proscritos comenzaron su triste jornada. Al intentar el paso del Guadarrama estuvieron á pique de perecer todos á causa de la nieve y tempestades que se les vinieron encima. Se heló un paje y se baldó un capellán de la Condesa, y don Enrique tuvo que retroceder con su mujer sin atreverse á llegar al puerto.

Tampoco lo pudo travesar la Condesa, que se refugió en El Escorial, donde así ella como sus damas llegaron arrecidas, tanto que hubo que envolverlas en sábanas empapadas en vino hervido para que volviesen al natural calor.

Dos días más tarde con mayores recursos y hombres que les fuesen abriendo camino pudieron cruzar la sierra; pero aquella noche hubo necesidad de que calentara la cama de la Condesa un criado de los inferiores acostándose antes en ella.

Al fin llegaron al lado del Conde-Duque, cuya salud iba decayendo velozmente no obstante los esfuerzos de su voluntad poderosa y lo tranquilo de su vida.

A principios de Abril de 1644 volvió á sufrir otro insulto del mal con erupción en la piel que no pudieron extirpar del todo las repetidas sangrías doctorales. Pidió venir á Loeches por creer que los aires madrileños ó de sus cercanías eran

más saludables; pero el Rey le envió á decir que tan buenos eran los de Toro para su dolencia y que procurase sanar lo primero.

En Toro había montado su casa con holgura si no con la opulencia antigua, expendiendo en ello, sin contar los gastos de caballeriza ni los sueldos de criados, dos mil ducados mensuales.

Cayendo y levantando pasó el resto del año 1644. Tuvo un contento grandísimo al conocer la preñez de su nuera, esperando ver antes de morir asegurada su descendencia. Pero en el mes de Julio de 1645 agraváronse sus padecimientos, comenzando por una hinchazón de miembros á que se unieron otras señales que los médicos apreciaron como de tabardillo, ó sea lo que hoy se llama fiebre tifoidea, aunque quizá no lo fuese (1).

Arreció el mal con rapidez, y el martes 18 se trató de administrarle los Sacramentos, que hubo que suspender por haberle acometido un delirio furioso. Asistiéronle desde el principio de su enfermedad tres médicos, que fueron: el doctor Cipriano de Maroja, catedrático de Valladolid; el doctor Lázaro de la Fuente y el doctor Francisco de Medina.

Al día siguiente recobró el juicio porque, acer-

(1) Estos pormenores, hasta hoy desconocidos, sobre los últimos momentos de Olivares están tomados del *Memorial ajustado* de uno de los pleitos que litigaron sus herederos.

cándose á las cuatro de la mañana al lecho el doctor Medina que le velaba, reparó en él el Conde-Duque, y le dijo:

—¿Qué hace acá?

Respondióle el doctor que le estaba asistiendo en una enfermedad, y que lo más grave era haber padecido su excelencia un enajenamiento de la razón con peligro de la vida. A esto replicó el Conde que "los médicos eran grandes hazañeros", y le preguntó:

—¿Está abierto el cuarto de la Condesa?

—Sí—respondió el médico.

—Pues entre y diga cómo estoy.

Retirábase el médico para tomar en su aposento una valona y su ferreruelo y, reparándolo el Conde, le dijo:

—¿Dónde va por ahí?

Y, habiendo oído la respuesta, agregó:

—Entre como está y diga que yo se lo mando.

Volvió luego hecho el recado y Olivares prosiguió diciendo:

—Y ahora ¿qué han de hacer?

—Llamar á los demás médicos que asisten á vuestra excelencia —respondió Medina—, que si por mí sólo fuera no hiciera más que suplicarle tratase de confesar y comulgar y disponer sus cosas antes de otra diligencia.

El Conde sacó la mano y, tomando la del doctor, le dijo:

—No en balde le quiero yo bien, porque le tengo por hombre de bien y buen médico.

Añadió que lo experimentaba en decirle la verdad y desengañarle, y mandóle que llamase á su mujer con quien tenía que tratar sus disposiciones.

Salió la Condesa y, habiéndole preguntado cómo estaba, el Conde le tomó la mano derecha y, besándosela, le dijo:

—Mi señora. Bendita sea la misericordia de Dios que tal día me ha dado. Hágame llamar al padre Ripalda para confesarme y un escribano para hacer la disposición que he de hacer conforme sabe, mi señora.

La Condesa le propuso un escribano llamado García; pero el Conde le dijo que no se llamase sino á Bernardino de Benavides, que era su conocido y amigo, y que su administrador don Diego de Llamazares sabía que le había enviado á llamar ya ocho días antes para aquello mismo.

Entró el padre Ripalda y luego el doctor Maroja, pidiéndole permiso el doctor Medina para recogerse á descansar, pues no se había desnudado el día anterior.

Estaba también presente su hijo don Enrique; y como el administrador Llamazares preguntase si llamarían á la Marquesa de Mairena y le respondiese con algún enfado don Enrique:

—¡Ea, señor don Diego! ¿Para qué quiere ahora á la Marquesa?

Le replicó el Conde-Duque:

—Calla, hijo mío, que este mozo es mozo de buena ley. Venga y vengan todos para que me

ayuden á dar gracias á Dios de la merced que me ha hecho en el día de hoy.

El escribano se acercó al lecho y, habiéndole preguntado si quería hacer testamento, declaró no tener fuerzas para ello; pero que otorgaría poder para que, en su nombre, lo hiciese la Condesa según las instrucciones que le tenía comunicadas, á quien nombró por heredera, y por testamentarios al Cardenal Borja, al Duque de Medina de las Torres, al Condestable de Castilla, á don Luis de Haro, á José González y otros.

Llegado á firmar no pudo escribir más que la letra Y, que era la cifra que acostumbraba á poner como inicial del nombre de la Condesa. Y, mostrándose afligido de su impotencia, el escribano le dijo:

—No le dé cuidado á vuexcelencia, que para mí basta con lo hecho.

—¡Oh qué bien lo entiende! ¡A buen seguro! —contestó él.

Y añadió:

—Yo, cuando estaba en Salamanca y era Rector...

Y dejó sin acabar el pensamiento. Acrecería la imposibilidad de firmar el estar el Conde-Duque recostado entonces sobre el brazo derecho, que tenía con vendas por haberle sangrado los médicos el día antes.

Habíase ya confesado, y cuando le avisaron que llegaba el Viático hizo que Llamazares trajese una imagen de bulto de la Virgen que había en

el oratorio de su mujer. Y, puesta sobre el altar ya preparado, dijo á su administrador:

—Corre ese biombo.

Por uno que le impedía la vista. Pudo á duras penas incorporarse algo, y después de decir: "¡Dios te salve, hija de Dios padre!", cayó pesadamente sobre las almohadas. Al entrar el Sacramento logró enderezarse de nuevo y, dándose muchos golpes en el pecho con la mano derecha, dijo: "Señor, pequé; habed misericordia de mí." Díjole el sacerdote que para mayor puridad repitiese con él devotamente la confesión, y el Conde repuso:

—Señor cura: vuesamerced me la deje decir á mí solo, y si errare me enmiende.

Y la rezó en latín sin equivocarse, y luego el Credo y las preguntas. Recibió la Hostia vertiendo lágrimas y pidió la Extremaunción con gran sosiego.

Dióle la Comunión el párroco de la Trinidad Licenciado Tomás de Mansilla, y estuvieron presentes los dominicos Fray Pedro Rodríguez, Fray Alonso de Salamanca, Fray Bartolomé Díaz y Fray Francisco de Isunza con Fray Juan de Jesús María, Definidor general de los Carmelitas Descalzos; el franciscano Fray Antonio de Paz y su confesor el jesuíta padre Juan Martínez de Ripalda.

Agradeció al prior de San Ildefonso, allí presente, que hubiese hecho rezar en su convento una *Salve* y un *Te Deum laudamus*, y luego co-

mió quietamente en presencia de muchas personas y criados, á quienes daba á besar la mano, negándosela á los eclesiásticos que se la pedían, sino que les echaba los brazos.

Llegó también su nuera, á quien reprendió con cariño no haberle venido á ver antes, y comió algo de un plato que le traía, y dejándolo pronto le pidió la Marquesa que por amor de ella comiese otros dos bocados, á que respondió el Conde:

—¿Qué no haré yo por vueseñoría?

Y prosiguió en comer, aunque poco. Llamazares le preguntó:

—¿Comería vuexcelencia un poco de trucha de las que mi madre me suele enviar?

—Sí, hijo; por ser de tu madre, que siempre me han sabido muy bien.

Díjole la Condesa que comiese un poco de jigote por vida de Su Majestad, á que respondió el Conde:

—Sí, haré, señora. Pero no me jure vuexcelencia esa vida otra vez.

Y comió del jigote. Preguntóle luego si el embarazo de su nuera iba bien, y diciéndole que sí, agregó:

—Hágala entrar allá dentro, mi señora, porque no le haga mal al preñado el verme así.

Con lo que se retiró la Marquesa.

Continuó hablando con el prior de los Carmelitas, el de San Ildefonso y Fray Juan de Santo Tomás, que también se hallaba presente. Asistíanle las camareras de la Condesa doña Jerónima

de Mendoza, Isabel Delgado y doña Catalina de Olivares.

A la una de la tarde le sobrevino el letargo y delirio, de que ya no volvió en los dos días que aún tuvo vida, y expiró al amanecer del 22 de Julio, día de la Magdalena.

Muy extraño parece que si los médicos conocieron que el mal de Olivares era tabardillo, le consintiesen comer de un modo que indudablemente anticiparía su muerte.

Abrieron el mismo día el cadáver para embalsamarle. Los médicos demostraron sorpresa al extraer el corazón, cuyo tamaño dijeron ser el mayor que habían visto.

Vistiéronle calzón y ropilla de tela nacarada y oro; botas blancas y espuelas doradas; guantes bordados, sombrero blanco con plumas leonadas; manto capitular de Alcántara y bastón de general. Sobre un paño de brocado y en una cama con dosel en la sala de Palacio estuvo expuesto todo el día 24, y á las doce de la noche le llevaron á la iglesia de San Ildefonso en caja de terciopelo negro con galones de oro y clavazón dorada, y le pusieron en la misma tribuna donde oía misa, que descolgaron de las telas ricas para vestirla con bayetas negras. Día y noche guardaban el cuerpo dos criados con capuces y hachas amarillas en las manos, y cuatro religiosos en la parte exterior de la tribuna. Incesantemente se dijeron misas y responsos en los días que permaneció en Toro.

Como había dispuesto que se le sepultara en el convento de Dominicas de Loeches, fundación suya, al tratar la Condesa de ponerlo en acto lo contradijo el Corregidor de Toro, escudándose tras la orden recibida cuando el destierro de que no dejase salir á Olivares de la ciudad. Hubo que esperar la licencia del Rey que disipase el necio escrúpulo del Corregidor; y la Condesa, para disponer el enterramiento, vino antes á Loeches, donde se hallaba el 5 de Agosto.

Con bastante prisa caminaron los que traían el cadáver, acompañado por numeroso cortejo de clérigos y seglares, llegando á Madrid el 9 siguiente. Depositáronlo, encerrado en un nuevo féretro de veinticuatro arrobas de peso, en la iglesia de Nuestra Señora de Montserrat en espera de que el Marqués de la Puebla trajese los restos de doña María de Guzmán que desde 1631 estaban en el convento de Santo Tomás, en la calle de Atocha, para conducirlos con los de su padre á Loeches.

Este día cuajó sobre Madrid una tempestad furiosísima, de las más violentas que se habían visto, al decir de los gaceteros del tiempo. Cayó un rayo en la torre de la casa del Embajador de Alemania, uno de los instigadores del destierro de Olivares, y quemó parte de ella; otro cerca de la iglesia de San Pedro y otros dos en distintos lugares. Al día siguiente se llevaron á Loeches los cuerpos con asistencia de gran número de parientes y amigos.

Repitióse la tormenta con la misma furia, y el público hacía glosas y comentos harto contradictorios, mientras que los muchachos decían que el Conde-Duque se andaba paseando por el campo de Santa Bárbara en un coche de fuego.

La herencia de Olivares fué motivo de grandes y reñidos pleitos sustentados por don Luis Méndez de Haro, que aspiraba á recogerla toda entera, y la Condesa-Duquesa, que reveló en esta lucha desigual un carácter varonil y una firmeza tan grande en defender y sostener la voluntad de su difunto marido, que puso asombro en los que la presenciaron. Logró, como heredera, la tenuta y posesión de los bienes libres que no pertenecían á don Enrique de Guzmán, á quien igualmente sosuvo y amparó con su viril energía.

Porque este hombre, juguete de la fortuna, estaba también condenado á próxima muerte. Arruinada su salud, que nunca había sido muy cabal, hizo presa en su pecho la garra de la tisis y falleció en Loeches en medio de continuos vómitos de sangre á mediados de Junio de 1646.

Dejó un niño de escasos cinco meses, á quien se designó desde entonces con los nombres de don Gaspar de Guzmán y Velasco, Duque de Sanlúcar y Marqués de Mairena. Acogióle bajo de su amparo la vieja Condesa de Olivares, y aprestóse á reñir nuevos litigios con el poderoso Ministro y aun con los representantes de otras ramas legítimas del Conde-Duque que intentaban despojar al pobre huérfano de su rica herencia.

Pero si no el ánimo, decayeron pronto las fuerzas de la vieja Condesa y, sintiéndose morir, hizo que antes celebrasen esponsales de futuro entre el nieto de su marido y una niña nieta del Marqués de Leganés, primo del Conde-Duque y hombre poderoso, á fin de comprometerlo en la defensa de aquellos intereses.

Ante su lecho de muerte celebráronse las vistas en que el novio, de poco más de año y medio, dió á su novia de siete meses de edad preciosísimas joyas, todas las que la Condesa había juntado en su largo favor de veintidós años.

E hizo más aún. Previendo las dificultades con que tropezaría el tutor de su nieto, porque don Luis de Haro y el Duque de Medina pedirían, desde luego, la posesión de los bienes que ella tenía por herencia de su marido, la víspera de su muerte otorgó un documento en que cedía al niño el usufructo para que, según las leyes, entrase desde luego en posesión de ellos.

Y satisfecha de haber pugnado cuanto en su mano estuvo por que la voluntad de su esposo fuese cumplida, cerró blandamente los ojos el día 10 de Septiembre de 1647.

Lleváronla á sepultar á Loeches al lado de aquél y de su hija, y acompañaron su cadáver los Marqueses de Leganés y el de Tarazona su hijo; el de Loriana y el Conde de Grajal de Campos.

Pero toda esta fábrica la deshizo la muerte con su soplo. El 27 de Febrero del año siguiente ex-

piraba el último vástago del poderoso Conde-Duque; y, ¡coincidencia extraordinaria!, á las cinco de la mañana fallecía el niño Gaspar y á la tarde del mismo día la niña destinada á ser esposa suya.

Réstanos decir algunas palabras sobre la suerte futura de la mujer del hijo del Conde-Duque.

Casóse segunda vez en 1648 con don Alonso Melchor Téllez-Girón, señor de Galve, hijo del Conde de la Puebla de Montalbán, que á los dos años la dejó viuda, siendo él de solos treinta de edad y viudo también de otras dos mujeres.

Doña Juana pasó á terceras nupcias en 1651 con el séptimo Marqués de Alcañices don Juan Enríquez de Almansa. Esta unión duró veinticuatro años, y, nuevamente viuda, doña Juana de Velasco falleció de sesenta y dos en el de 1688, dejando por hijos al Duque de Uceda, al Marqués de Alcañices y á la Condesa de Oropesa.

INDICE

Capítulo I.	La misa de la Victoria..	5
Cap. II.	En la casa de conversación. . . .	35
Cap. III.	Dudas y consejos.	49
Cap. IV.	Noche toledana.	63
Cap. V.	El corazón de dos mundos. . . .	83
Cap. VI.	Sorpresas.	109
Cap. VII.	Amor y devoción.	139
Cap. VIII.	Corrales y comediantes.	151
Cap. IX.	Amor y arte.	173
Cap. X.	Intriga.	189
Cap. XI.	Anagnórisis.	199
Cap. XII.	Incertidumbres.	215
Cap. XIII.	Los amores de don Lope.	233
Cap. XIV.	Petición y desaire.	247
Cap. XV.	El duelo.	267
Cap. XVI.	Palabra devuelta..	279
Cap. XVII.	Peripecia	293
Cap. XVIII.	Tribulación.	307
Cap. XIX.	Desengaños.	321
Cap. XX.	El hijo del Conde-Duque.. . . .	333
Cap. XXI.	El regreso.	357
Cap. XXII.	Desenlaces..	377
Cap. XXIII.	Conclusión.	393

62632729

EL HIJO

DEL

CONDE-DUQUE

NOVELA HISTÓRICA

POR

EMILIO COTARELO Y MORI

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

147

MADRID
IMPRENTA DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS
Olózaga, 1 —Teléf. 3.185.
1912

ES 946.2 A.1

Obras de D. Emilio Cotarelo y Mori.

El Conde de Villamediana. *Estudio biográfico y crítico con varias poesías del mismo.* Madrid, 1886, en 4.º, 6 ptas.

Tirso de Molina. *Investigaciones bio-bibliográficas.* Madrid, 1893, en 8.º, 3 ptas.

Vida y obras de Don Enrique de Villena. Madrid, 1896, en 8.º, 2 ptas.

Estudios sobre la historia del arte escénico en España. I. María Ladvenat y Quirante, *primera dama de los teatros de la corte.* Madrid, 1896, en 8.º, 2 ptas.

Estudios sobre la historia del arte escénico en España. II. María del Rosario Fernández (*la Tirana*). Madrid, 1897, en 8.º, 3 ptas.

Iriarte y su época. *Obra premiada en público certamen por la Real Academia Española é impresa á sus expensas.* Madrid, 1897, en 4.º mayor, 15 ptas.

El supuesto libro de Las Querellas *del Rey Don Alfonso el Sabio.* Madrid, 1898, en 4.º (Agotado.)

Discurso de ingreso en la Real Academia Española. Sobre las imitaciones castellanas del *Quijote.* (No se ha puesto á la venta.)

Don Ramón de la Cruz y sus obras. *Ensayo biográfico y bibliográfico.* Madrid, 1899, en 4.º, 20 ptas.

Cancionero de Antón de Montoro (*el Ropero de Córdoba*), poeta del siglo XV, publicado por primera vez, con prólogo y notas. Madrid, 1900, en 8.º, 4 ptas.

Juan del Encina *y los orígenes del teatro español.* Madrid, 1901, en 8.º, 1 pta.

Estudios de historia literaria de España. Madrid, 1901, en 8.º, 6 ptas.

Cancionero inédito de Juan Alvarez Gato, poeta madrileño del siglo XV. Madrid, 1901, en 8.º, 2 ptas.

Lazarillo de Manzanares. Novela española del siglo XVII, de Juan Cortés de Tolosa. Reimpresión y notas. Madrid, 1901, en 8.º, 2 ptas.

Comedia de Sepúlveda (del siglo XVI). Ahora por primera vez publicada, con advertencias y notas. Madrid, 1901, en 8.º, 2 ptas.

Estudios sobre la historia del arte escénico en España. III. Isidoro Máiquez *y el teatro de su tiempo.* Madrid, 1902, en 8.º, 6 ptas.

El primer auto sacramental del teatro español y noticia de su autor El Bachiller Hernán López de Yanguas. Madrid, 1902, en 4.º, 1 pta.

El supuesto casamiento de Almanzor con una hija de Bernardo II. Madrid, 1903, en 4.°, 1 pta.

Las armas de los Girones. Madrid, 1903, en 4.°, 1 pta.

Teatro español del siglo XVI. Catálogo de piezas impresas y no conocidas hasta el presente. Madrid, 1903, 8.°, 1 pta.

Bibliografía de las controversias sobre la licitud del teatro en España. Obra premiada por la Biblioteca Nacional. Madrid, 1904, en 4.° mayor, 10 ptas.

Efemérides cervantinas, ó sea resumen cronológico de la vida de MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA. Madrid, 1905, en 8.°, 5 ptas.

Colección selecta de antiguas novelas españolas. Con introducciones, biografías y notas. Van publicados 12 tomos, á 3 ptas.

Examen de una conferencia acerca de Tirso de Molina. Madrid, 1906, en 8.°, 0,25 ptas.

Comedias de TIRSO DE MOLINA (en la Nueva Biblioteca de Autores Españoles). Madrid, 1906 y 1908. Dos vols. en 4.°

Los grandes calígrafos españoles. I. LOS MORANTES. Madrid, 1906, en 8.°, 2 ptas.

Sobre el origen y desarrollo de la leyenda de los Amantes de Teruel. 2.ª edición, Madrid, 1907, 1 pta.

Vida y obras de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo. (En la *Colección de Escritores Castellanos,* tomo 128. Madrid, 1907.)

DON JUAN DE ESPINA. Madrid, 1908, en 8.°, 1 pta.

Migajas del ingenio. Madrid, 1908, en 8.°, 3 ptas.

Obras de Lope de Rueda. Madrid, 1908, en 8.° Dos volúmenes, 7 ptas. (Edición de la Academia Española.)

Fonología española. Madrid, 1909, en 8.°, 3 ptas.

Satisfacción á la Academia Española. Madrid, 1909, en 8.°

Sobre el "Le" *y el* "La". *Cuestión gramatical.* Madrid, 1910, en 8.°, 2 ptas.

Bosquejo histórico del Entremés, la Loa, el Baile, la Jácara y demás piezas intermedias en el teatro del siglo XVII. (En la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles.* Madrid, 1911, en 4.°)

DON FRANCISCO DE ROJAS ZORRILLA. *Noticias biográficas y bibliográficas.* Madrid, 1911, 4 ptas.

Diccionario biográfico y bibliográfico de Calígrafos españoles. Obra premiada por la Biblioteca Nacional. (Para publicar á expensas del Estado.)

Herenio. Novela histórica. Madrid, 1912, 3 ptas.

Véndense en la librería de D. Gabriel Molina, Travesía del Arenal, 1.